

UNIVERSIDAD DE VALENCIA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y CIENCIAS DE LA EDUCACION

SECCION DE FILOSOFIA

JOHN DEWEY: SUPERACION DEL DUALISMO Y TEORIA DEL VALOR

TESIS DOCTORAL

Realizada por D. MIGUEL CATALAN GONZALEZ

Dirigida por el Dr. D. JOSÉ MONTOYA SAENZ

Catedrático del Dpto. de Filosofía del

Derecho, Moral y Política.



UMI Number: U607332

All rights reserved

INFORMATION TO ALL USERS

The quality of this reproduction is dependent upon the quality of the copy submitted.

In the unlikely event that the author did not send a complete manuscript and there are missing pages, these will be noted. Also, if material had to be removed, a note will indicate the deletion.



UMI U607332

Published by ProQuest LLC 2014. Copyright in the Dissertation held by the Author.
Microform Edition © ProQuest LLC.

All rights reserved. This work is protected against
unauthorized copying under Title 17, United States Code.



ProQuest LLC
789 East Eisenhower Parkway
P.O. Box 1346
Ann Arbor, MI 48106-1346

UNIVERSIDAD DE VALENCIA
FACULTAD DE FILOSOFIA
Y CIENCIAS DE LA EDUCACION
BIBLIOTECA
Reg. de Entrada n° 26.052
Fecha: 26-3-1992
Signatura FE-T/299

BID. T 116P

D. 26099/26113



A mi madre

"El crecimiento en sí es el único fin moral" (John Dewey)

Esta tesis no hubiera sido posible sin la Licencia por Estudios concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia para el curso 1.989-90, y sin el estímulo y atención del profesor José Montoya.

Deseo expresar mi agradecimiento a Charles y Richard Alcon por su orientación en el inglés americano de John Dewey y por su ayuda durante mi estancia en Wallingford, Oxfordshire, respectivamente; así como a Jane Meehan, de la *Bodleian Library* de Oxford, por su amable solicitud; al profesor Eduardo Primo Yúfera por sus valiosas indicaciones sobre el espíritu de la investigación; a Javier García Raffi por haber leído y anotado pacientemente el original; a Ernesto Ciudad por su ayuda en los análisis de ciertos términos latinos; y finalmente a mi mujer por su apoyo constante en estos cuatro años.

ABREVIATURAS

1 - Obras Completas

- EW ⇒ Early Works ú Obras Juveniles (5 volúmenes)
- MW ⇒ Middle Works ú Obras de Madurez (15 volúmenes)
- LW ⇒ Later Works ú Obras Postreras (17 volúmenes)

2 - Libros y artículos

- AE ⇒ Art as Experience (1.934)
- CF ⇒ A Common Faith (1.934)
- DE ⇒ Democracy and Education (1.916)
- E ⇒ Ethics (1.908, versión revisada en 1.932)
- ED ⇒ The Ethics of Democracy (1.888)
- EEL ⇒ Essays in Experimental Logic (1.916)
- EN ⇒ Experience and Nature (1.925)
- FC ⇒ Freedom and Culture (1.939)
- G ⇒ German Philosophy & Politics (1.915)
- HT ⇒ How we Think (1.910)
- HNC ⇒ Human Nature and Conduct (1.922)
- I ⇒ Individualism, Old and New (1.930)
- ID ⇒ The Influence of Darwin on Philosophy and other Essays (1.910)
- KK ⇒ Knowing and the Known
- L ⇒ Logic: The Theory of Inquiry (1.938)
- LC ⇒ "Logical Conditions of a Scientific Treatment of Morality" (1.903)
- MP ⇒ Moral Principles in Education (1.909)
- NR ⇒ "The Need for A Recovery in Philosophy" (1.917)
- O ⇒ Outlines of a Critical Theory of Ethics (1.891)3
- P ⇒ Psychology (1.887)
- PC ⇒ Philosophy and Civilization (1.931)
- Ps ⇒ Psychology (1.887)
- QC ⇒ The Quest for Certainty (1.929)
- R ⇒ Reconstruction in Philosophy (1.920)
- RA ⇒ "The Reflex Arc Concept in Psychology" (1.896)
- SLT ⇒ Studies in Logical Theory (1.903)
- Sy ⇒ Syllabus (1.898)
- SS ⇒ The School and Society (1.899)
- PIP ⇒ The Public and its Problems (1.927)
- PM ⇒ Problems of Men (1.946)
- TV ⇒ Theory of Valuation (1.939)

INDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL	p.	1
PARTE I. LA CONTROVERSIA VALORADO/VALORABLE		
Introducción	p.	9
I.1 El problema de la transición entre valorado y valorable	p.	15
I.2 Presentación de los textos de la controversia	p.	19
I.3 La crítica de Stevenson	p.	25
I.4 La crítica de Morton White	p.	30
I.5 La crítica de Cavell-Sesonske	p.	35
PARTE II. DUALISMOS Y TRANSICIONES		
II.1 El término "transición"	p.	38
II.1.1 El problema terminológico	p.	38
II.1.2 "Transición": razones positivas para la elección	p.	42
II.1.3 Alternativas desestimadas	p.	43
II.2 La transición como idea genérica	p.	48
II.2.1 La idea	p.	48
II.2.2 Los años formativos y la idea de transición	p.	50
II.2.2.1 Orígenes existenciales	p.	51
II.2.2.2 Monismo dialéctico	p.	51
II.2.2.3 Sociedad y ciencia: Comte	p.	53
II.2.2.4 Lecturas vermontianas: Huxley y Spinoza	p.	53
II.2.2.5 Hegel	p.	55
II.2.2.6 El ejemplo de G.S. Morris	p.	56
II.3 La continuidad	p.	60
II.3.1 ¿Qué es la continuidad?	p.	60
II.3.2 El principio de continuidad	p.	61
II.3.3 Significado del principio de continuidad	p.	62
II.4 Las continuidades sectoriales	p.	65
II.4.1 La continuidad metafísica	p.	66
II.4.2 La continuidad biológica	p.	69
II.4.2.1 Evolución y desarrollo: la deuda darwiniana	p.	69
II.4.2.2 Una categoría dependiente de la continuidad biológica: lo orgánico	p.	70
II.5 El naturalismo	p.	74
II.5.1 La continuidad hombre / naturaleza y el naturalismo	p.	74
II.5.2 El modelo griego	p.	75
II.5.3 Significado para la transición valorado / valorable	p.	76
II.6 Genealogía del dualismo	p.	79
II.6.1 Orígenes de los dualismos	p.	79
II.6.1.1 La naturaleza dialéctica de los orígenes	p.	79

II.6.1.2	La versión de las dos estrategias	p.	81
II.6.1.3	La versión sociológica de las clases en relación a la carga del trabajo	p.	83
II.6.1.4	El pensamiento inmaterial	p.	84
II.6.2	El mundo griego	p.	86
II.6.2.1	El nacimiento oficial de la filosofía y la pervivencia del espíritu dualista	p.	86
II.6.2.2	Señores y esclavos	p.	87
II.6.3	El Cristianismo	p.	89
II.6.4	La revolución científica	p.	91
II.6.5	La "aparente discordia"	p.	93
II.6.5.1	Causas de la "aparente discordia"	p.	94
II.6.5.2	La "tentación del retorno" y el camino a seguir	p.	96
<u>II.7</u>	El dualismo metafísico	p.	101
II.7.1	Dicotomía ideal / real	p.	102
II.7.2	Dicotomía ser / devenir	p.	104
II.7.3	Dicotomía necesidad / contingencia	p.	105
II.7.4	Dicotomía fijeza / cambio	p.	108
II.7.5	Dicotomía espíritu / materia	p.	111
II.7.6	Dicotomía yo / mundo	p.	112
II.7.7	Dicotomía alma / cuerpo	p.	113
II.7.8	Una mirada hacia atrás: la metafísica transitiva	p.	114
<u>II.8</u>	El dualismo gnoseológico	p.	118
II.8.1	Exposición del dualismo gnoseológico	p.	118
II.8.1.1	La dicotomía sujeto / objeto	p.	118
II.8.1.2	La teoría del espectador	p.	119
II.8.1.3	Procedencia del dualismo metafísico	p.	122
II.8.1.4	Significado del dualismo	p.	123
II.8.2	La transición gnoseológica: el modelo del artesano	p.	124
II.8.2.1	El principio de indeterminación	p.	125
II.8.2.2	El instrumentalismo epistemológico	p.	127
II.8.2.3	Significado de la transición para la ética	p.	130
<u>II.9</u>	El dualismo psicológico	p.	135
II.9.1	Dicotomía mente / cuerpo	p.	135
II.9.2	Dicotomía estímulo / respuesta	p.	137
II.9.2.1	Formulación clásica: la teoría del arco reflejo	p.	137
II.9.2.2	Superación de la teoría del arco reflejo: la teoría del circuito	p.	138
II.9.2.3	Significado del circuito psicofisiológico	p.	140
II.9.3	Significado ético del dualismo psicológico	p.	141
II.9.4	Superación del dualismo psicológico	p.	142
<u>II.10</u>	El dualismo antropológico	p.	145
II.10.1	La naturaleza humana idealizada y la <i>natura vitanda</i>	p.	145
II.10.2	La dicotomía libertad interior / sometimiento exterior	p.	148
II.10.3	Significado moral del dualismo	p.	149
II.10.4	La transición antropológica	p.	150
II.10.5	Significado de la transición para la ética	p.	155
<u>II.11</u>	El dualismo sociológico individuo / sociedad	p.	159
II.11.1	Caracterización del dualismo	p.	159
II.11.2	Superación del dualismo: el aspecto social del yo	p.	160

II.11.3	Carácter orgánico de la sociabilidad del yo	p.	162
II.11.4	Experiencia compartida y sentimiento religioso	p.	165
II.11.5	Experiencia compartida y democracia	p.	167
II.11.6	Significado moral de la transición individuo / sociedad	p.	169
II.12	El dualismo ético	p.	173
II.12.1	Dicotomía teoría / práctica	p.	174
II.12.2	Dicotomía inteligencia / conducta	p.	175
II.12.2.1	Divergencias entre Razón moral e inteligencia moral	p.	176
II.12.2.2	Divergencias entre teoría y conducta	p.	177
II.12.2.3	Ideales y utopía	p.	180
II.12.2.4	La conducta desintegrada	p.	182
II.12.3	Dicotomía egoísmo / altruismo	p.	184
II.12.3.1	Exposición	p.	184
II.12.3.2	La transición entre egoísmo y altruismo	p.	186
II.12.4	Dicotomía valores / hechos	p.	187
II.12.4.1	Exposición	p.	188
II.12.4.2	La transición entre valores y hechos	p.	190
II.12.5	Superación del dualismo ético	p.	192

PARTE III. INVESTIGACIÓN Y FILOSOFIA DE LA ACCION

Introducción	p.	197	
III.1	La experiencia	p.	200
III.1.1	¿Qué es la experiencia?	p.	200
III.1.2	Las cinco diferencias	p.	201
III.1.3	Significado para la teoría de la valoración	p.	205
III.2	La acción	p.	209
III.2.1	La actividad	p.	209
III.2.1.1	La actividad como búsqueda de control	p.	210
III.2.1.2	La actividad como modo de la felicidad	p.	211
III.2.2	La acción	p.	213
III.3	El acto	p.	216
III.3.1	La base metafísica del acto	p.	216
III.3.2	El acto, en el "camino" de la vida	p.	218
III.3.3	Modelo orgánico de la investigación	p.	219
III.3.4	Las fases del acto: los precedentes de Peirce y Mead	p.	221
III.3.5	El acto como instancia comprensiva y originaria de la investigación	p.	222
III.4	La investigación	p.	227
III.4.1	Su función biosocial como instrumento de integración	p.	229
III.4.2	El método empírico. Empirismo y experimentación	p.	231
III.4.3	La situación, marco teórico de toda investigación	p.	235
III.4.3.1	Unicidad y concreción de la situación	p.	235
III.4.3.2	Contextualismo de la situación	p.	236
III.4.4	La situación indeterminada	p.	240
III.4.4.1	Caracteres de la situación indeterminada	p.	240
III.4.4.2	Su conformación en impulsos y hábitos	p.	242
III.4.5	La situación problemática	p.	243
III.4.6	Determinación de la solución	p.	247
III.4.6.1	Las fases de la determinación.	p.	247

III.4.6.2	Características de la idea deweyana	p.	249
III.4.7	El razonamiento	p.	252
III.4.8	La prueba	p.	254
III.4.8.1	La prueba en HT	p.	255
III.4.8.2	Asertibilidad garantizada	p.	257
III.4.9	La situación unificada	p.	260

PARTE IV. LA INVESTIGACIÓN DEL VALOR

Introducción		p.	268
IV.1	La ética científica	p.	273
IV.1.1	Dicotomía ética / ciencia	p.	274
IV.1.2	Transición entre ética y ciencia	p.	275
IV.1.3	La transición. ¿Corpus o método?	p.	277
IV.2	Aplicación a la moral del método científico	p.	280
IV.3	La situación indeterminada	p.	284
IV.3.1	Las condiciones "subjetivas" de la investigación valorativa	p.	284
IV.3.2	El valorar: descripción	p.	286
IV.3.3	La inmediatez cualitativa del valorar	p.	287
IV.3.4	Organicismo y primacía del valorar	p.	288
IV.3.5	El querer, el desear, el interés y el placer	p.	290
IV.3.6	El problema del placer: actividad, crítica e investigación	p.	290
IV.4	La situación problemática	p.	295
IV.4.1	La hibridez de la situación problemática: inmediatez y mediación	p.	295
IV.4.2	El bien problemático y la precariedad natural	p.	297
IV.4.3	El estado de duda	p.	299
IV.5	Perentoriedad del juicio práctico	p.	303
IV.5.1	Situación de la perentoriedad en el acto valorativo	p.	303
IV.5.2	Necesidad de los juicios prácticos	p.	304
IV.5.2.1	La acción moral	p.	304
IV.5.2.2	El artesano frente al espectador	p.	306
IV.6	La valoración	p.	309
IV.6.1	Naturaleza mediadora de la inteligencia	p.	309
IV.6.2	Primariedad del impulso, derivatividad de la inteligencia	p.	312
IV.6.3	Significado para la controversia valorado / valorable: la decisión inteligente como valor en sí	p.	314
IV.7	Valoración y juicio práctico	p.	318
IV.7.1	El juicio práctico	p.	318
IV.7.2	Los <i>agenda</i>	p.	320
IV.7.3	El juicio práctico como factor de cambio	p.	323
IV.8	Las condiciones	p.	326
IV.9	Las consecuencias	p.	329
IV.9.1	Las consecuencias como criterio	p.	330
IV.9.2	Las consecuencias previstas como fines	p.	331
IV.9.3	La dicotomía de los fines y los medios	p.	331
IV.9.3.1	Crítica del fin en sí mismo	p.	332

IV.9.3.2	La interacción de fines y medios	p.	334
IV.9.3.3	La transición entre fines y medios: el fin en perspectiva (<i>end-in-view</i>)	p.	337
IV.9.4	Significado del consecuencialismo para la transición valorativa	p.	340
IV.10	La deliberación	p.	342
IV.10.1	Deliberación y creación del valor	p.	343
IV.10.2	Hipótesis y principios	p.	345
IV.10.3	Carácter personal de la deliberación moral	p.	348
IV.11	La elección	p.	351
IV.11.1	La elección como opción inteligente e integrada	p.	351
IV.11.2	Elección y valor inteligente	p.	353
IV.12	La prueba, problema central de la valoración deweyana	p.	356
IV.12.1	La prueba reside en el examen de las consecuencias	p.	357
IV.12.1.1	Exposición	p.	357
IV.12.1.2	Comentario y críticas	p.	359
IV.12.2	Condiciones exigibles a las consecuencias para ser consideradas probatorias	p.	362
IV.12.2.1	Las consecuencias probatorias no dependen de ninguna sensación (satisfacción, placer), ni tampoco de ninguna convicción subjetiva (intuición).	p.	362
IV.12.2.2	Carácter público y social de la prueba	p.	366
IV.13	Valor unificado / experiencia consumatoria	p.	373
IV.13.1	El criterio de la continuidad	p.	374
IV.13.2	El criterio orgánico de validez y el postulado del orden moral del mundo	p.	378
IV.13.3	El modelo homeostático	p.	382
IV.13.4	Conclusiones al acto valorativo	p.	384
IV.14.	El valor	p.	388
IV.14.1	Las dos caras del valor	p.	389
IV.14.2	El método inteligente como criterio de la valoración	p.	390
IV.14.3	Críticas al formalismo del método	p.	395
IV.14.4	Contextualismo situacional del valor	p.	399
IV.15	La objetividad del valor	p.	402
IV.15.1	Objetividad del juicio de valor	p.	402
IV.15.1.1	La facticidad del juicio de valor y la "prueba por negación"	p.	402
IV.15.1.2	Consecuencias inaceptables del no-cognitivismo	p.	405
IV.15.2	Críticas de Dewey al emotivismo y prescriptivismo: teoría mentalista de la "expresión de emociones"	p.	407
IV.16	Elementos <i>de iure</i> y <i>de facto</i> en los juicios morales	p.	412
IV.16.1	La dicotomía entre juicios morales y juicios físicos	p.	413
IV.16.2	La integración deweyana mediante la investigación	p.	414
IV.17	La deseabilidad	p.	421
IV.17.1	Heterología de la deseabilidad deweyana con la obligación y la normatividad	p.	421
IV.17.2	La conexión entre proposiciones descriptivas y valorativas no es de implicación, sino de apoyo	p.	423
IV.17.3	El resorte en la ejecución de la deseabilidad	p.	427
IV.17.4	El criterio de la deseabilidad	p.	428

PARTE V LA CONTROVERSI A VALORADO /VALORABLE A LA LUZ DE LAS CONEXIONES
DOCTRINALES

V.1	Reconsideración de las críticas de Cavell-Sesonske	p. 432
V.2	Reconsideración de las críticas de Stevenson	p. 435
V.2.1	Reconsideración del primer argumento	p. 435
V.2.2	Reconsideración del segundo argumento	p. 436
V.2.3	Reconsideración del argumento principal	p. 437
V.2.3.1	Primera formulación del argumento principal	p. 437
V.2.3.2	Segunda formulación	p. 441
V.3	Reconsideración de las críticas de White	p. 450
V.3.1	Reconsideración del argumento contra las consecuencias criteriales	p. 450
V.3.1.1	Resumen del argumento	p. 450
V.3.1.2	Respuesta	p. 450
V.3.2	Reconsideración del argumento contra la transición valorado / valorable	p. 453
V.3.2.1	Primer paso del argumento	p. 453
V.3.2.2	Segundo paso del argumento	p. 459
V.4	Conclusiones	p. 467
V.4.1	La estrategia negativa	p. 468
V.4.2	La estrategia positiva	p. 471
V.4.3	La transición valorado / valorable, a la luz de los resultados de las dos estrategias deweyanas	p. 475
V.4.4	Conclusión final	p. 481
APENDICE. ESQUEMA DE BIOGRAFIA INTELECTUAL		p. 488
BIBLIOGRAFIA CITADA		p. 500
BIBLIOGRAFIA. FUENTES		p. 501
BIBLIOGRAFIA. LITERATURA		p. 504

INTRODUCCION GENERAL

Ortega ha dejado escrito que cierto género de filósofos conciben a una edad muy precoz su idea característica, la cual encarna una intuición personal vinculada a intereses profundos y no forzosamente librescos. Tales pensadores se limitan en los días de la madurez a equilibrar y desarrollar la idea seminal, como una gema digna de ser pulida a lo largo de toda una vida. Ortega mismo se declaraba de su número y dejaba entrever que era éste el vivero en donde crecían los pensadores geniales, aquellos que creaban escuela y campo de interpretación, digamos así, por no desaprovechar el venero orteguiano de imágenes verbales, eminencias del terreno filosófico entre valles de escoliarcas.

En un grado semejante al de Bergson, Schopenhauer o Unamuno, Dewey pertenece a la grey de la idea seminal.

Iremos observando a lo largo de nuestro trayecto cómo esa idea -que es la de la superación de los dualismos, o transición-, afecta a Dewey inicialmente en sus años formativos como una luz de conversión, siendo rememorada por el propio autor con visos de rara emotividad en sus escritos de autobiografía intelectual. Examinaremos su arraigo existencial cuando tenga que elegir a *radice* entre esa idea y el idealismo que profesó en su juventud; la distinguiremos en todos y cada uno de sus trabajos importantes, más o menos camuflada en los problemas específicos que debate; la veremos dotada con unos atributos cuasirreligiosos, en un

autor que ha sido considerado -a mi juicio una de las pocas imputaciones a que no se hace acreedor- como un nihilista.

«No hay probablemente nada más prominente en la filosofía de Dewey que su crítica de los dualismos», ha afirmado uno de los contados autores que calibraron en su medida la preocupación transicionista de Dewey ⁽¹⁾; nosotros suprimiríamos decididamente el adverbio.

Rescatemos del índice de uno de sus libros la reseña no exhaustiva de los dualismos que Dewey detectó en la vida intelectual de su tiempo. En DE, bajo la entrada de "Dualisms, educational results", se computan las divisiones entre

«Activity and Knowledge; Activity vs. Mind; Authority vs. Freedom; Body and Mind; Body vs. Soul; Capital vs. labor; Character vs. conduct; Character vs. intelligence; Conservatism vs. progressiveness; Culture vs. efficiency; Discipline vs. Interest; Doing vs. Knowing; (...) Duty vs. interest; Emotions vs. intellect; Ends vs. means; Environment and Heredity; Experience vs. Knowledge; Habit vs. Knowledge; Humanism vs. naturalism; Individual and the World; Individuality vs. institutionalism; Intellectual vs. practical studies; Inner vs. Outer; Logical vs. Psychological Method; Man and Nature; Matter vs. mind; Method vs. Subject-matter; Nature vs. nurture; Objective vs. subjective knowledge; particular vs. general (...) Physical vs. psychical; Practice vs. theory; Rationalism vs. empiricism or sensationalism; Thinking and experience; Thinking vs. knowledge». ⁽²⁾

Esta lista, cuya amplitud apunta a una extensión tan genérica del concepto, es la mejor muestra de que para nuestro autor el problema supera el ámbito de los

laboratorios y de las aulas, hallándose extendido sobre todas las capas de nuestra civilización; anida en cualquier tema que discutamos y exige un tratamiento pluridisciplinar.

La tarea general del presente estudio se propone establecer un mapa conceptual que saque a la luz las relaciones históricas y sistemáticas de los dualismos según Dewey, para poder comprender mejor su doctrina positiva acerca de su superación. En cuanto a la tarea focal, coincide con lo que Dewey ha llamado el problema crucial de nuestro tiempo: en qué forma puede la inteligencia introducir sus métodos y resultados -que han producido un avance tan considerable desde la revolución científica en la comprensión de la naturaleza- en el campo de la conducta, de suerte que quede sobrepujado el inveterado dualismo que enfrenta Inteligencia y Acción:

«El problema de restaurar la integración y la cooperación entre las creencias del hombre acerca del mundo en que vive y sus creencias acerca de los valores y propósitos que han de dirigir su conducta es el problema más profundo de la vida moderna» ⁽²⁾

Nuestra finalidad es demostrar cómo la aplicación de la inteligencia a los asuntos morales se resuelve técnicamente en la transicionalidad del juicio práctico. La línea de transmisión entre las innovaciones teóricas de Dewey en metodología, pedagogía o psicología y su teoría del valor moral remite al empeño genérico de superar los dualismos.

Si se quieren comprender los malentendidos provocados por la transición entre ser y deber ser en la teoría de la valoración deweyana, hemos forzosamente de seguir, al estudiar los textos éticos, la línea de transicionalidad que los une al resto de su pensamiento. Fue el propio Dewey quien sugirió en DE que el destino de los dualismos en su conjunto residía en la fatal dicotomía del pensamiento y la acción. También Dewey era consciente de la íntima trabazón que vamos a desarrollar a lo largo de este trabajo entre la totalidad de los dualismos que combatía cuando, al hablar de la teoría especular del conocimiento, afirmaba

«Todas estas ideas acerca de la certeza y de lo fijo, acerca de la naturaleza del mundo real, de la mente y de sus órganos de conocimiento se hallan completamente entrelazadas entre sí y sus consecuencias se ramifican en prácticamente todas las ideas importantes acerca de cualquier problema filosófico. Todas ellas provienen -tal es mi tesis básica- de la separación (originada por la búsqueda de una certeza absoluta) entre teoría y práctica, entre conocimiento y acción. Por lo tanto, este problema no puede ser abordado aisladamente, por sí solo. Se halla completamente trabado con creencias e ideas fundamentales en todos los campos» ⁴

No se podrían hallar mayores argumentos de autoridad para justificar el carácter mixto de una tesis doctoral que quiere esclarecer las dificultades de transición entre lo deseado y lo deseable poniendo de relieve tanto su deuda respecto al resto de las transiciones como el íntimo entramado de todas ellas.

Intentaremos demostrar que los malentendidos en las críticas a la teoría del valor de Dewey resultan de no haber situado esa teoría en el conjunto de una obra que a mi modo de ver se vertebra a partir de una intuición existencial juvenil: la superación de los dualismos, y en tres orígenes intelectuales: Hegel, Darwin y el pragmatismo de Peirce (5), James y Mead principalmente. También que si se escatima el alcance de la transición resulta ininteligible el empeño deweyano por formar una ética empírica que afronte las exigencias del espíritu trifronte de la edad contemporánea: industrialismo, democracia y ciencia.

Mantendré que en Dewey la transición ética no es más que una especie de la transición en general, de la cual depende en su método y conceptos operativos. Sin un movimiento de ida y vuelta, del campo concreto de la valoración a los campos teóricos, y de éstos al primero, no captaremos cabalmente el sentido de la valoración deweyana, en su poder y limitaciones. Así pues, este estudio no puede ser ni estrictamente panorámico, ni estrictamente focal. Va de lo concreto a lo general y de lo general a lo concreto, en un esfuerzo porque los dos niveles de análisis se expliquen mutuamente. Por ello, no será posible discutir las cuestiones de detalle hasta no alcanzar el tema focal de la tesis -la teoría del valor- en las partes IV y V.

He traducido personalmente las citas textuales de las obras de Dewey, así como en la mayoría de las de literatura crítica; en aquellos casos de literatura crítica en que me

haya tenido que valer de la traducción española, señalaré este hecho mencionando en primer lugar el título del libro en castellano. En aquellos términos que ofrezcan dificultades idiomáticas o reciban un tratamiento enfático por parte de Dewey, colocaré tras el término o expresión traducida el término o expresión del inglés original en cursiva y entre paréntesis.

La bibliografía está compuesta exclusivamente por las obras que vienen explícitamente citadas en el texto «e».

He procurado seguir en la medida de lo conveniente la edición SIU de las Obras Completas que la Southern Illinois University Press viene publicando a buen ritmo en los últimos años. Algunas obras de Dewey no estaban todavía incluidas en catálogo en el momento de redacción del trabajo; de otras he preferido utilizar las primeras ediciones, por ser las manejadas en los escritos académicos y facilitarse consecuentemente la identificación de los pasajes críticos. En cada nota vienen especificados estos extremos.

Debido a la enorme diversidad de su producción -estimo en unas 17.000 las páginas que publicó en vida-, he abreviado los títulos de las obras de Dewey que cito con mayor frecuencia, según claves expuestas en la lista de abreviaturas que consta al principio del volumen.

NOTAS

- (1) Gouinlock, en "Dewey's Theory of Moral Deliberation", *Ethics*, LXXXVIII (1.978), p. 221. Otro autor que lo ha entendido así es Morton White, quien en su Science and Sentiment in America, p. 271 afirma: «Dewey's condemnation of dualism was the central feature of his [de Dewey] philosophy».
- (2) DE, p. 365.
- (3) QC, O.C. / LW 4: 204.
- (4) idem, pp. 19-20. Como se observa, soy contrario a la idea expresada por van Wesep, en la p. 191 de su Siete sabios y una filosofía de que el pensamiento deweyano se expresa en bloques monolíticos yuxtapuestos. Estimo muy al contrario que en cualquiera de sus obras es la fluidez entre las diversas áreas del pensamiento la nota predominante.
- (5) Hay que hacer una salvedad con este autor respecto a la transición entre ética y ciencia: para Peirce, como ha recordado entre nosotros Gabriel Bello (vid. "El pragmatismo americano", p. 55), la ciencia fracasa cuando quiere resolver problemas prácticos, y no hay conexión entre una y otra.
- (6) Para una bibliografía general de literatura, aconsejo Boydston, Jo Ann, y Poulos, Kathleen, A Checklist of the Writings about John Dewey, así como Milton Halsey, Th., John Dewey: A Centennial Bibliography, una actualización de 1.962 sobre la bibliografía de referencia que editó el autor en 1.939. Para una bibliografía exhaustiva de fuentes, año a año, la que se halla en las páginas 611-686 de Schilpp, P. (ed.), The Philosophy of John Dewey. Una útil bibliografía centrada en el tema ético, tanto de fuentes como de literatura, se puede encontrar en las páginas 262-278 de Mataix, Anselmo, La norma moral en John Dewey.

PARTE I.

LA CONTROVERSIA

"VALORADO / VALORABLE"

INTRODUCCION.

El problema central que ocupa el pensamiento moral de Dewey es, como ya hemos indicado, en qué forma puede la inteligencia repetir los resultados de la ciencia natural en el ámbito de la acción humana. En ese logro cifra Dewey la superación de la fractura entre pensamiento y acción:

«Llegará un tiempo en el que se encuentre extraño que en nuestra época nos hayamos tomado tantas molestias en controlar por todos los medios a nuestra disposición la formación de ideas sobre las cosas físicas, aún las más remotas para los intereses humanos, y sin embargo nos hayamos contentado con creencias fortuitas acerca de las cualidades de los objetos que regulan nuestros más profundos intereses; que seamos escrupulosos en los métodos de formación de ideas acerca de los objetos naturales, y seamos dogmáticos o hasta nos veamos arrastrados por las condiciones inmediatas en formar los de los valores

(...)) '1'

La perspectiva deweyana se puede resumir del modo siguiente: los métodos de la investigación científica son los métodos genuinamente modernos de la inteligencia organizada; por razones históricas que se estudiarán en II.6.4 y II.6.5, esos métodos se encuentran circunscritos a los problemas naturales: hay en consecuencia una creencia compartida e injustificada según la cual nada puede decirse acerca de los valores como tales, los cuales se encuentran más allá de los significados mediadores de la teoría. Ahora bien, cuando esos métodos consigan entrar en el reducto de

la ética, de manera que orienten el proceso de deliberación en los juicios de valor, los reinos fronterizos de la inteligencia y la acción establecerán, si no un libre paso, al menos ciertas aduanas controladas que permitan la interpenetración mutua, interpenetración de la que ambos se hallan necesitados en gran manera.

En realidad el punto de partida de esta tesis puede entenderse como la satisfacción de una propuesta velada que hiciera Gouinlock en un artículo titulado "Dewey's Theory of Moral Deliberation" ⁽²⁾. En ese artículo sugería que el olvido en que se ha sumido la teoría deweyana del valor en las últimas décadas se debe, más que a una deficiencia intrínseca de la misma, a la discutible interpretación que sobre ciertos pasajes del capítulo X de The Quest for Certainty ⁽³⁾, y sobre la teoría de los juicios prácticos ⁽⁴⁾ habían desarrollado White y Stevenson en la década de los 40.

En el estudio posterior de textos y literatura me convencí de que la dificultad de comprensión ante lo nuevo, y la descontextualización de los pasajes analizados respecto a los supuestos éticos de Dewey hizo que se malentendieran conceptos éticos peculiares como los de 'juicio de valoración', 'juicio práctico', 'evaluación', 'deseabilidad', 'acción', 'experiencia', o 'perentoriedad', y no se calibrara en su justa medida la extraordinaria riqueza instrumental de la teoría ética de Dewey. Esos conceptos, que atraviesan todas las obras sustanciales de

Dewey, se hallan unidos por hilos no demasiado evidentes, y sin aprehender sus relaciones nada se entenderá de la teoría moral; por otra parte, las críticas suelen adolecer precisamente de la asimilación de ciertas novedades teóricas que, en distintas áreas, introdujo nuestro autor.

Ahora bien, con la profundización ulterior también descubrí que esa dependencia argumental de su doctrina no era en ocasiones tan favorable a su tesis transicional ética, sino que parecía precisamente convertirse en su peor enemiga, de manera que algunas de las críticas apuntaban a defectos aparentemente mezquinos y formales, pero con un fondo que sólo podía calibrarse desde dentro de la doctrina deweyana: en ambos casos llegué a la conclusión de que la re-contextualización del problema del valor en torno a la superación de los dualismos con el instrumento de sus conceptos-marco era el único camino con garantías para desentrañar los aspectos debatidos del capítulo X de QC.

El propio Dewey se quejó, en carta dirigida a Arthur F. Bentley ⁽⁵⁾, de no haberse hecho entender en su pensamiento ético, sobre todo en la idea de que todos los juicios eran últimamente prácticos.

Sin entrar ahora en la discusión del juicio práctico, aquí es la dificultad de comprensión de un concepto-marco, el de 'acción', lo que dificulta la correcta interpretación de Dewey, y por lo tanto es necesaria su imbricación con aspectos más generales de la teoría.

Intentaré mostrar contra los que, como Lewis S. Feuer
'6' atribuyen al anti-dualismo una conformación
independiente en el pragmatismo de Dewey, que la línea
maestra de transmisión entre las innovaciones teóricas de
Dewey y su teoría del valor moral es la línea de la
superación de los dualismos, a los cuales consideraba un mal
histórico tan enraizado que nos hacía ver el mundo de manera
diferente a como es en realidad '7'.

La propuesta de la creación del valor y la teoría de la
valoración supone, no sólo la eliminación de los dualismos
morales, sino también la de aquellos otros que los han
engendrado. Siguiendo la línea de la transicionalidad,
podremos establecer una relación significativa entre los
múltiples focos de interés de Dewey - la pedagogía, la
psicología, la religión, la filosofía, la ciencia, la
estética, la política, la sociología...- y devolver así a la
teoría moral una susceptibilidad de comprensión que
recapacite todo su mérito innovador, treinta años después de
la desaparición física de su artífice.

NOTAS

- (1) QC, O.C. / LW 4: 214.
- (2) Gouinlock, James, "Dewey's Theory of Moral Deliberation", *Ethics*, LXXXVIII (1.978), pp. 218-228.
- (3) Vid. Gouinlock, J., The Moral Writings of John Dewey, p. 146.
- (4) idem, p. 122.
- (5) J.D. and Arthur F. Bentley, A Philosophical Correspondence, 1932-1951, p. 646.
- (6) Feuer, Lewis S., "Introduction", O.C. / LW, 15: xxxii.
- (7) Por ejemplo, en HNC, O.C. / MW 14: 51.

I.1. EL PROBLEMA DE LA TRANSICION ENTRE VALORADO Y VALORABLE.

Hacia los años en que Dewey escribe QC, la versión positivista del problema del juicio del valor, así como la intuicionista, la fenomenológica, y, en general, tanto la tradición empirista que procede de Hume '1' como la tradición idealista que procede de Kant, dividen los juicios en empíricos y valorativos. Se asigna a cada tipo un campo lógico diferente, reservando exclusivamente para los juicios empíricos la susceptibilidad de ser confirmados por la experiencia, de ser modificados por hechos de experiencia y, en casos más radicales, la patente de significatividad.

Además, se prohíbe pasar de unos a otros, notoriamente de los primeros a los segundos.

Dewey nunca hace referencia a la conveniencia de fundamentar teóricamente los juicios valorativos, y se nos muestra generalmente receloso de la misma. Sin embargo se declara abiertamente contrario a las imputaciones de falta de significatividad que los no-cognitivistas -y, sobre todo en TV, los emergentes positivistas lógicos- hacen recaer sobre los juicios valorativos.

Dewey mantuvo, en disensión con ellos, que los juicios de valor nacen de y son refrendados por la experiencia, pudiendo formularse con garantías de validez. La superación del subjetivismo ético y del relativismo absoluto sin caer

en el absolutismo y el intelectualismo que fundamentan apriorísticamente la validez de los juicios prácticos es una de las difíciles tareas de equilibrio que asigna Dewey al pensamiento moral. Una tarea que debemos asociar al problema de la validez cognitiva de lo 'valorable'.

Retenido el marco de análisis, centremos ahora el problema.

I.1. Significación y tratamiento de QC, X.

La controversia que origina esta tesis está basada en el capítulo X de The Quest for Certainty, titulado "La construcción del bien" (en adelante, "la controversia valorado-valorable"). Este libro ⁽²⁾, publicado en 1.929, fue considerado por Woodbridge y Herbert Schneider como el mejor resumen de su posición filosófica fundamental. En él Dewey atribuye a la búsqueda de la certeza el origen de la dicotomía entre pensamiento y acción, y se propone la tarea de franquear la inveterada frontera mediante juicios de valor que exhiban no sólo una cualidad normativa, proponiendo líneas de acción, sino también una cualidad cognitiva, que les permita aprovechar el conocimiento empírico, así como establecer y comprobar hipótesis.

Transcribiremos los pasajes del capítulo X de QC que los críticos tomaron como el lugar canónico de su intento de superar la sima entre descripción y valoración, y luego resumiremos las críticas a que han dado lugar.

Para nuestros comentarios -tanto a los textos de Dewey como a los de sus críticos- remito a la parte V de este estudio, pues sólo serán plenamente inteligibles mediando el recorrido de las partes II, III y IV.

Al término de esta Parte I concluiremos que es necesario considerar su teoría de la transicionalidad ética y la etiología del dualismo ético en el resto de transiciones para establecer las bases de la interpretación de Dewey: la etiología del intento de superación del dualismo en la teoría del valor nos llevará al establecimiento de una diagnosis sobre el problema valorado / valorable. La conexión de la teoría del valor con el resto de su filosofía reside en que responden a un mismo reto: la superación del dualismo. Esta es la clave que nos permitirá tratar, desde el punto de vista del sistema, las inconsecuencias imputadas, con mayor o peor fortuna, a su teoría de los juicios prácticos.

NOTAS

- (1) Vid. el *locus* canónico donde Hume prohíbe derivar el "debe" a partir del "es" en el A Treatise of Human Nature, III, i. 1., pp. 469-70.
- (2) QC, O.C. / LW 4: 1-250.

I.2 PRESENTACION DE LOS TEXTOS DE LA CONTROVERSIA

En las páginas centrales del capítulo X de QC ⁽¹⁾ Dewey emprendió un discurso argumentativo acerca de lo deseado y lo deseable que levantaría una oleada de objeciones y respuestas entre buen número de filósofos morales americanos y británicos durante la década de 1.940 y parte de la de 1.950. Presentaremos como punto de partida los pasos más relevantes de esa franja central del capítulo X.

1) En primer lugar, Dewey rechaza la asimilación de lo deseable a lo deseado implícita en ciertas tesis utilitaristas de influyentes autores como su maestro y amigo William James, o Ralph Barton Perry:

«Puede darse contenido concreto al enunciado formal, señalando la diferencia existente entre lo gozado y lo gozable, lo deseado y lo deseable, lo satisfaciente (*satisfying*) y lo satisfactorio. Decir que algo es gozado es enunciar un hecho, algo ya existente; no es juzgar el valor de este hecho. No existe diferencia entre una proposición semejante y otra que dice que algo es dulce o amargo, rojo o negro. Es simplemente correcto o incorrecto y eso es todo. Pero llamar a un objeto valor significa afirmar que satisface o cumple con ciertas condiciones. La función y el rango propio de algo que cumple con condiciones es asunto diferente de la mera existencia. El hecho de que algo es deseado plantea solamente la *cuestión* de su deseabilidad; no la resuelve. (...)» ⁽²⁾

Más adelante reitera la misma distinción, pero referida a los goces, es decir, a la diferencia entre lo que es gozado y lo que es gozable o digno de ser gozado:

«Si los goces son valores, el juicio de valor no puede regular la forma que adopta el gusto; no puede regular sus propias condiciones. El deseo y los fines y, por lo tanto, la acción, quedan sin guía alguna, siendo así que la cuestión de regular su formación constituye el problema supremo de la vida práctica.»

(3)

2) A continuación limita el ámbito de "lo que satisface" a una finalidad limitada, y amplía el de "lo satisfactorio" a todo tipo de relaciones y conexiones:

«Lo que se objeta a la teoría empírica corriente acerca de los valores no es que los relacione con el deseo y el goce, sino que no distinga entre goces de tipos radicalmente diferentes (...) Tomemos como ejemplo la diferencia entre las ideas de "satisfaciente" y "satisfactorio". Decir que algo satisface es informar de algo como una finalidad aislada. Decir que es satisfactorio es definirlo en sus conexiones e interacciones.» (4)

Dewey distingue entre el informe de una sensación aislada, que no proporciona conocimiento, y la investigación de sus relaciones (condiciones y consecuencias), que sí lo proporciona. Esa diferencia es lo que separa a lo gozado de lo gozable:

«Si conocemos las condiciones bajo las cuales tienen lugar los actos del agrado (*liking*), del deseo y del goce, estamos en posición de saber cuáles son las consecuencias de ese acto. La diferencia entre lo deseado y lo deseable, lo admirado y lo admirable, deviene efectiva justo en este punto. Considérese la diferencia entre la proposición "Esta cosa ha sido comida (*eaten*)", y el juicio "esta cosa es comestible (*edible*)" (...) Es fútil, incluso insensato, suponer que alguna cualidad inmediatamente presente constituye el todo de la cosa que presenta la

cualidad. No sucede esto cuando la cualidad consiste en ser caliente o fluida o pesada, y no sucede cuando la cualidad es la de dar placer, o ser gozada. (...) Cuantas más conexiones e interacciones establezcamos, más *conocemos* el objeto en cuestión. (...) Lo mismo es verdad de los goces. Los goces que proceden de la conducta dirigida por la comprensión de las relaciones tienen un significado y una validez debida a la forma en que han sido experimentados». ⁽⁵⁾

3) En tercer lugar, propone la necesidad de un juicio que pondere los pros y contras de la satisfacción, entendida como una sensación subjetiva:

«El hecho de que [algo] plazca o sea inmediatamente agradable plantea un problema al juicio. ¿Cómo será ponderada (*rated*) la satisfacción? ¿Es un valor o no lo es? (...) No sólo los moralistas adustos, sino la experiencia diaria nos informa de que encontrar satisfacción en una cosa puede ser una advertencia, un requerimiento para que tengamos precaución con sus consecuencias.» ⁽⁶⁾

4) Después hace una declaración de fe naturalista, y da el criterio con que se pronuncia el juicio moral sobre la satisfacción: el examen de las consecuencias. Esto implica la contemplación de un futuro en que la cosa marchará o funcionará en conexión con una actitud a tomar ⁽⁷⁾:

«Declarar que algo es *satisfactorio* es afirmar que cumple (*meets*) con condiciones especificables. Es, en efecto, un juicio acerca de que la cosa "será adecuada" (*will do*). Implica [notemos que Dewey usa aquí '*involves*', no '*entails*'] una predicción; se contempla un futuro en el cual la cosa continuará siendo útil; la cosa será adecuada (*it will do*). Afirma una consecuencia que la cosa establecerá activamente; la cosa será *adecuada* (*it will do*). Que

es satisfaciente es el contenido de una proposición de hecho. Que es satisfactorio es un juicio, una estimación (*estimate*), una tasación (*appraisal*). Denota una actitud a tomar (*to be taken*), la actitud de empeñarse en perpetuarla y asegurarla.» (e)

Dewey, como veremos a continuación, mantiene que un genuino juicio práctico versa sobre nuestra acción futura y tiene por esa razón un contenido, no sólo *de facto*, sino también *de jure*. El juicio práctico es el único que se ocupa de la acción futura.

«Las proposiciones acerca de lo que gusta o ha gustado son de un valor instrumental para llegar a juicios de valor en la medida en que se piensa en las condiciones y consecuencias de la cosa gustada. En sí mismas esas proposiciones no pretenden nada; no plantean exigencias sobre actitudes y actos subsecuentes; no se invisten de autoridad para dirigir. Si a uno le gusta una cosa, le gusta; he aquí un punto sobre el cual no cabe discusión (...). Por otra parte, un juicio acerca de lo que *ha de ser* deseado (*about what is to be desired*) y gozado es una afirmación (*claim*) sobre la acción futura; posee una cualidad *de jure* y no sólo *de facto*. Es un asunto de experiencia frecuente que los gustos y los goces son de todo género y que muchos de ellos son tales que los juicios reflexivos los condenan.» (e)

5) Luego añade las distinciones del lenguaje ordinario en conexión con la necesidad, no ya de contemplar un hecho futuro, como en el punto 4), sino de provocar ese hecho, sacándolo a la existencia o conservándolo en el caso de que ya exista. Es el papel de la acción en el juicio:

«Notado y notable, digno de nota; comentado y comentable; aconsejado y aconsejable; admirado y admirable; agradable y bello; amado y amable; condenado y condenable, digno de condenación; honrado y honorable; aprobado y aprobable, digno de

aprobación, etc. (...) [apuntan a] la diferencia entre la mera información de un hecho ya existente y el juicio sobre la importancia y la necesidad de producir un hecho; o, si ya existe, de mantenerlo en existencia. El último es un juicio genuinamente práctico y señala el único tipo de juicio que tiene que ver con la dirección de la acción.» <10>

6) Después propone una dignificación teórica del gusto, y formula una crítica al *dictum* "de gustibus non disputantur".

Es la objetividad del buen gusto (*taste*), que, interpretando a Dewey, podría diferenciarse del mero agrado (*liking*), el cual no ha sido sometido todavía a juicio, y se limita a un mero sentir placer por o gustar de algo.

«La tarea suprema que plantean al hombre los incidentes de la experiencia es la formación de un buen juicio o gusto cultivado y efectivamente operante con respecto a lo estéticamente admirable, lo intelectualmente aceptable y lo moralmente probable». <11>

Hasta aquí los textos. Resumen aceptablemente las pretensiones más acusadas de una filosofía del valor que ha sido interpretada con diferente suerte por sus críticos, y cuya presencia en este estudio se justifica precisamente porque sus argumentos sólo serán plenamente inteligibles si se insertan en el resto del pensamiento deweyano.

Oigamos ahora las críticas que los pasajes citados suscitaron en su momento.

NOTAS

- (1) Capítulo que comprende las pp. 203-28 de O.C. / LW 4.
- (2) O.C. / LW 4: 207-208.
- (3) Idem, 210-11.
- (4) Idem, 208
- (5) Idem, 213
- (6) Idem, 208
- (7) Hago notar que la traducción de La busca de la certeza (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1.948) de "marchará" por "will do" impide, al no recoger la distinción sucesiva de énfasis en *will* y *do*, la completa comprensión del pasaje.
- (8) Ibidem.
- (9) Idem, 210
- (10) Idem, pp. 208-209
- (11) Idem, 209

I.3. LA CRITICA DE STEVENSON.

INTRODUCCION.

Stevenson fue el primero en analizar críticamente el tratamiento transicional de "La construcción del bien" entre términos descriptivos y valorativos. Stevenson incluye los juicios de valor deweyanos en su segundo esquema interpretativo para los enunciados normativos, según el cual "esto es bueno" se puede traducir por "esto tiene las cualidades X, Y, Z". La imputación stevensoniana de analogía es irreprochable, pues Dewey afirma textualmente que «calificar un objeto de valor significa afirmar que satisface o cumple con ciertas condiciones» ⁽²⁾.

I.3.1 Primer argumento

«¿Pero son suficientes los aspectos predictivos de un juicio valorativo para caracterizar su "cualidad de *jure*"? No parece que lo sean, pues aun cuando todos los juicios valorativos fueran predictivos, difícilmente se podría sostener que todos los juicios predictivos son valorativos. Predecir lluvia no es valorar (...)» ⁽³⁾.

I.3.2. Segundo argumento.

El segundo argumento de Stevenson pone de relieve que la predicción de los juicios valorativos no es aleatoria, sino que está sujeta a los intereses pragmáticos del hablante.

«(...) podemos concluir con seguridad que su énfasis

[de Dewey] en la predicción, que tan repetidamente caracteriza sus observaciones acerca de los juicios valorativos, comporta una importante restricción: las predicciones son seleccionadas y utilizadas en un esfuerzo por guiar actitudes». ⁽⁴⁾

I.3.3. Tercer y principal argumento: Función imperativa disfrazada de función predictiva.

Pero reproduzcamos la principal crítica de Stevenson, vinculada al segundo argumento, y según la cual Dewey ignora el significado cuasi-imperativo de los términos éticos; significado del que carecen los términos científicos, y que Dewey, en el punto 4) de nuestra exposición, insiste en asimilar al significado predictivo, estableciendo con ello un paralelismo entre ambos:

I.3.3.1 Primera formulación.

«¿Qué podemos decir del aspecto cuasi-imperativo de los términos éticos, que el presente análisis ha preservado mediante el significado emotivo? ¿Es totalmente ignorado por Dewey? (...) Dewey dice a menudo que juicios como "X es bueno" y "X es deseable" indican que X *ha de ser* estimado ("X is to be prized") o que *ha de ser* deseado ("or to be desired"). ¿Qué significa "*ha de ser*"? Hay un sentido corriente, desde luego, en el que la expresión se emplea predictivamente. "Mañana ha de haber un eclipse solar" significa que mañana *habrá* un eclipse solar. Pero hay otro sentido en el que "*ha de ser*" se comporta como el gerundio adjetivado (*gerundive*) del latín, que es menos predictivo que exhortativo.

Cuando una persona dice a un subordinado "Este trabajo *ha de ser* concluido y entregado a las cinco de la tarde", la enunciación es en realidad un imperativo. Cuando Dewey utiliza "*ha de ser*" para explicar la función *de jure* de un juicio ético, la expresión parece poseer una fuerza casi imperativa; y quizás por tal motivo la equiparación de "deseable"

con "ha de ser deseado" parece tan plausible. Pero esta fuerza cuasi-imperativa parece ser utilizada tácitamente, sin recibir mención explícita.

(...) El carácter exhortativo de "ha de ser" resulta absorbido por una complicada conjunción de sus sentidos predictivos.

Aquí nuestra consideración difiere notablemente de la de Dewey. Él identifica tácitamente la función cuasi-imperativa de los juicios éticos con su función predictiva; y nosotros, aún admitiendo que los dos factores se dan a menudo de manera conjunta, insistimos en que se haga la distinción. Ahora bien, si las funciones emotivas o cuasi-imperativas pudieran ser absorbidas por las predictivas, la manera en que Dewey lo hace sería menos equívoca que la de cualquier otro teórico; pues Dewey elige el tipo de predicción que más o menos se aproxima al significado emotivo en cuanto a sus efectos prácticos (...)) «E».

Resumamos drásticamente la posición de Stevenson: lo que mantiene es que Dewey asimila "ha de ser" (*to be*) al contenido meramente predictivo de los juicios de valor, pero sin reconocer su carácter exhortativo, y esto a causa de que confunde dos significados distintos de "ha de ser".

I.3.3.2 Segunda formulación.

Stevenson esgrime una segunda forma del argumento principal, más genérica, que me limitaré en esta ocasión a parafrasear «E»: Dewey, cuya noción de predictibilidad es demasiado vaga e imprecisa en cuanto a las reglas lingüísticas que la definen como para incluirla en el significado descriptivo, no distingue suficientemente el significado emotivo de de las sugerencias cognitivas de las que depende. El ejemplo es el imperativo «Cierra la puerta,

por favor», al que hay que suponer sinónimo de un conjunto de enunciados predictivos, como «Hay corriente de aire» "cerrar la puerta sería una manera de detenerla» y otros. Es cierto que pueden intercambiarse funcionalmente por el imperativo, pero -contra lo que opina Dewey- si deseamos que surta efecto, tenemos además que añadir el imperativo. De no hacerlo, éste sería, como tal imperativo, superfluo.

NOTAS

- (1) Stevenson, Ch, Ethics and Language, pp. 253-264
- (2) QC, O.C. / LW 4: 208.
- (3) Stevenson, Ch, Ethics and Language, p. 254.
- (4) Idem, p. 256.
- (5) Idem, pp. 256-7.
- (6) Idem, pp. 257-258.

I.4 LA CRITICA DE MORTON WHITE

INTRODUCCION.

El artículo con el que inicialmente White criticó los pasajes centrales de "La construcción del bien" fue "Value and Obligation in Dewey and Lewis" ⁽¹⁾, cuatro años después de que Stevenson llamara por primera vez la atención sobre tales pasajes. Durante el mismo 1.949 reimprimió White parte de su artículo en el capítulo XIII de Social Thought in America ⁽²⁾. Finalmente, hizo una nueva versión del mismo con la intención de clarificar algunos malentendidos y la incluyó como capítulo 11 del volumen Pragmatism and The American Mind ⁽³⁾.

Para la fijación y clarificación de los argumentos, haré un uso selectivo de las tres ediciones, especificando en cada caso a cuál de ellas me refiero.

I.4.1 El argumento contra las consecuencias como criterio

De Social Thought in America ⁽⁴⁾ parafrasearemos el argumento contra la consideración deweyana de las consecuencias como criterio de valoración, presente en el punto 4) de nuestra exposición de "La construcción del bien". La pregunta inicial de White es: ¿quién ha de valorar las consecuencias de una acción?; y las preguntas

subsiguientes: ¿no implicaría la aplicación del criterio consecuencial a las propias consecuencias la necesidad de valorar las consecuencias de las consecuencias?, y finalmente, ¿no llevaría esto a un retorno al infinito?

I.4.2. El argumento contra el paso valorado / valorable.

De Pragmatism and the American Mind ⁽⁵⁾ tomaremos el argumento que prohíbe el paso de lo valorado a lo valorable, basándose en la diferencia entre informar de una sensación (subjetiva) y averiguar sus relaciones (objetivas), que está presente en el punto 2) de nuestra presentación de textos de "La construcción del bien".

Según White, Dewey desestima la identificación entre ser gozado y ser un valor, manteniendo sin embargo que entre una cosa y otra se da una conexión ⁽⁶⁾. Conectando el valor (lo deseable) con lo deseado, debe hacerlo en tal forma que mientras "a es deseado ahora" es una proposición de facto, "a es deseable" es una proposición de facto que tiene también una cualidad de jure.

- 1) «El problema, entonces, es dar un análisis de "a es deseable" cuando se construye como significado de a debe ser deseado, el cual lo convierte en [which will render it in] un enunciado empírico, un enunciado que conlleva conocimiento empírico» ⁽⁷⁾.

White estima que, si bien la empresa acometida no es imposible por principio, el intento deweyano fracasa. Y a la demostración de este extremo se aplica el segundo paso.

2) White establece la siguiente analogía:

«(...) La visión de Dewey de la relación entre lo que es deseable y lo que es deseado la indentifica con la relación mantenida entre la propiedad objetiva de ser rojo y la apariencia de rojo. Y parece que según Dewey solamente un objeto que nos satisfaga bajo condiciones que sean análogas a las condiciones normales asociadas a la comprobación de colores, tiene valor en este sentido» «e».

éste es el paso que Bausola resume como el paso de unas condiciones cualesquiera (*comunque*) a otras condiciones normales (*normali*), y la crítica de White es: el segundo caso no tiene nada de normativo, sólo es descriptivo bajo otro punto de vista.

Un poco más adelante compara

(1) a me parece rojo ahora (que es un informe de una sensación) y

(2) a es (realmente) rojo (que no lo es)

con la distinción deseado / deseable, pues sugiere que en medio hay reflexión, método y prueba. Una nueva presunción de White es que

(3) "a es realmente rojo" equivale a "Para toda persona normal y, si y observa a a bajo condiciones normales, entonces a parece rojo a y".

Luego afirma que esas tres proposiciones tienen sus análogos:

(1') a es deseado por mí ahora

(2') a es deseable

(3') "a es deseable" es equivalente a "Para toda persona normal y, si y observa a bajo condiciones normales, entonces a es deseado por y" (9).

El argumento reposa en que Dewey no ha mostrado que 2' tenga mayor valor de jure que 2. Y también en que 3' nos indica lo que una persona deseará bajo condiciones normales, como 3 nos indica lo que verá. No se entiende por qué, aceptando 3', el enunciado "a es deseable" ha de poseer más cualidad *de jure* que pueda tener 3. De la misma manera, no parece seguirse de 3 que y "deba" ver a como rojo. Lo ve y eso es todo; no hay obligación alguna de verlo rojo.

Un análisis cuidadoso de la analogía de Dewey nos conduce, afirma White, a la conclusión de que tal analogía es últimamente inviable, y que por lo tanto el intento de fundamentar empíricamente los enunciados normativos fracasa.

NOTAS

- (1) En las pp. 321-30 del nº 58 de *Philosophical Review*, julio de 1.949.
- (2) White, M., Social Thought in America, Nueva York: Viking Press, 1.949, pp. 286-293.
- (3) White, M., Pragmatism and The American Mind, pp. 155-167.
- (4) White, M., Social Thought in America, Nueva York: Viking Press, 1.949, pp. 291-293.
- (5) White, M., p. 157-160 de Pragmatism and the American Mind.
- (6) *idem*, p. 157.
- (7) *Ibidem*.
- (8) *idem*, p. 158.
- (9) *idem*, pp. 159-60

I.5. LA CRITICA DE CAVELL-SESONSKE.

Tomo la crítica de "Logical Empiricism and Pragmatism in Science", artículo publicado en 1.951 y por lo tanto en la época de la controversia. La crítica va dirigida contra el punto 4) de nuestra exposición de "La construcción del bien".

Refiriéndose a los enunciados éticos, los autores afirman '1)' que «Son predicciones de la ocurrencia de goces inmediatos», y en general, atribuyen a los enunciados éticos deweyanos un contenido meramente de hecho, en la medida en que se trata de ocurrencias futuras que son previstas, o pronosticadas.

NOTAS

- (1) Cavell, Stanley, y Sesonki, Alexander, "Logical Empiricism and Pragmatism in Science", *Journal of Philosophy*, XLVIII (1.951), pp. 5-17.
-

II DUALISMOS Y TRANSICIONES

II.1. EL TERMINO "TRANSICION".

II.1.1. El problema terminológico.

Si bien el *designatum* de la superación de los diversos y heterogéneos dualismos es omnipresente en Dewey, éste varió el *designans* del mismo a lo largo de su carrera o lo sustituyó por las más variadas perífrasis.

El problema terminológico no se cibe, infortunadamente, a este asunto concreto, sino que se extiende por toda su obra y genera una considerable confusión. Por la importancia que tendrá en la controversia valorado / valorable, vamos a resolverlo desde el principio.

Mary Warnock ha resumido el carácter "evasivo" del estilo de Dewey con sagaz humor cuando, analizando un pasaje de QC, comenta que «parte de la dificultad del pasaje obedece a que parece estar escrito en un estilo más parecido al de Henry que al de William James» ⁽¹⁾.

Otro aspecto, sorprendente en un empirista que vindicó constantemente la concreción, es el de la "ambigüedad" típica de sus razonamientos, anotada por Stevenson y otros.

La variedad de interpretaciones posibles del texto deweyano parece un mal menor que hemos de aceptar como *fait accompli*: tenemos que habérnoslas con una falta de claridad que Sleeper considera "característica" ⁽²⁾.

La falta de claridad no sería tan llamativa si Dewey se expresara en un lenguaje deliberadamente técnico o

intrincado, pero lo paradójico es que quiso siempre valerse de términos heredados de la tradición humanística con la intención de hacerse entender por un público culto y no especializado; huía de los distinguos innecesarios y de la discutible profundidad que proporciona el uso de las jergas filosóficas artificiales. Su idea de la misión pública de la filosofía -común a otros pragmatistas- bien puede hallarse a la base de este deseo de propagación social de las ideas.

Sin embargo, la originalidad de su pensamiento hacía que los contenidos no encajaran en los moldes. Dewey se topó ya en su juventud con un problema que los retóricos antiguos marcaron con el marbete de "catacresis"; ¿cómo significar lo que aún carece de palabras para ser significado? Al contrario que Heidegger, que optó por inventar un código de nueva planta, Dewey intentó hablar un inglés corriente, y algunas de las dificultades de interpretación se deben a sus intentos fallidos por reconstruir *desde dentro* el vocabulario filosófico. Veamos algunos ejemplos.

Su nuevo sentido de 'experiencia' presenta una carrera llena de malentendidos. Dewey no consigue nunca liberarla de su tradicional tinte subjetivista, viéndose obligado a sustituir en su vejez, decepcionado, el título de Experiencia y Naturaleza por el de Naturaleza y Cultura.

Dewey recusó el término 'verdad' a raíz de las críticas de Russell, pues se dió cuenta de que siempre significaría en la mente del receptor "correspondiente a un evento ya sucedido", y esa era precisamente la dirección a evitar;

optó entonces por un neologismo, y sustituyó 'verdad' por 'asertibilidad garantizada' (*warranted assertibility*).

Términos, como 'instrumentalismo' o 'metafísica', siguieron transparentando sus viejas connotaciones al través del nuevo sentido estipulado por Dewey, teniendo éste finalmente que abjurar de ellos. Ahora bien, con otros términos -'fin en perspectiva', por ejemplo- hubo mejor suerte, y no se puede afirmar sin matices que la superación de la catacresis haya sido un fracaso ⁽³⁾.

En general, es cierto lo que dice Murray G. Murphey ⁽⁴⁾, acerca de que el lector tiene dificultad en distinguir entre lo que Dewey está intentando decir (novedosamente) con un término y las connotaciones tradicionales del mismo.

Para terminar, Oliver Wendell Holmes afirmó que EN estaba "increíblemente mal escrita", y otros que la experiencia de leerle es semejante a la de intentar nadar a través de la harina, en tanto que para Alexander el propio Dewey no es su mejor defensor.

Dewey también se fue convenciendo de este defecto con el tiempo, y solía reformular sus argumentos a instancias de los críticos.

Apuntemos como motivo parcial de su falta de precisión la cualidad extensiva de su filosofía. El campo de sus intereses fue amplísimo, y escribió libros influyentes en campos de la filosofía muy diversos. En mi opinión, su importancia como pensador radica en que nunca se aparta, al tratar los problemas, de su conexión teórica y práctica

con el todo cultural al que pertenecen. En el terreno de la psicología, escribió "El arco reflejo en psicología" (1.896), que recibió un premio de *Psychological Review*, donde se publicó, como el artículo más valioso de la historia de la revista; en Estética, publicó Art as Experience en 1.934, y formuló una teoría original muy estudiada, en Filosofía de la Religión hizo lo propio con A Common Faith (1.934); en pedagogía cimentó una auténtica revolución con My Pedagogic Creed cuyas consecuencias aún estamos viviendo en nuestras aulas; en metodología contamos con la Logic (1.938), y en ética con estudios tan importantes como Theory of Valuation o "The Field of Value".

Dewey, además, introduce el factor genético en el análisis de muchos problemas, con lo que éstos se tñen de aspectos sociologistas, historicista y psicologistas.

Hay que añadir que el aspecto experimental, la observancia científica y positiva, faltan en buena medida.

Es el espíritu del empirismo y las líneas generales lo que nos vamos a encontrar más que el análisis preciso o la meticulosidad del laboratorio que pedía Peirce para la filosofía. A veces, como hemos dicho, Dewey es evanescente justo cuando se trata de bajar al terreno de los ejemplos y contraejemplos, en una época en que ya se empezaba a hacer del análisis precavido y prolijo, en un ámbito temático limitado, un hábito de los filósofos profesionales.

II.1.2. "Transición": razones positivas para la elección

He preferido, a la hora de designar la superación de los dualismos y dicotomías en Dewey, no seguir su costumbre de adaptar el nuevo significado a una palabra que antes tenía otro al que se pretende expulsar por inadecuado. He creído más oportuno valerme de un tecnicismo con una modesta carga de autoridad en sus escritos. Este rasgo moderadamente estipulativo no es gratuito y obedece a las exigencias del material tratado.

Entenderemos por 'transición' el restablecimiento de las relaciones lógicas entre cualesquiera dos términos que hayan sido consideradas como adversos o polares (y no sólo diversos) en el proceso de constitución de los dualismos; o, dicho de otra manera, la restauración de las implicaciones y conexiones entre dos términos de un dualismo.

En el caso de la dicotomía alma / cuerpo, por ilustrar el problema, Dewey estableció una teoría del arco reflejo que relacionaba los dos términos polares, insertándolos en una estructura de la cual ambos participaban como funciones mutuamente afectadas de relaciones externas. La transición se puede realizar mediante la categoría de lo orgánico o de la transacción, según etapas, pero el proceso es el mismo.

El propio Dewey usa 'transición' como un "principio" de carácter general, lo que da idea de su importancia: tras mencionar el cambio de interés de lo permanente a lo variable que introdujo la ciencia del XVII, afirma:

«La influencia de Darwin en la filosofía reposa en haber conquistado los fenómenos de la vida para el principio de transición, y de esa manera liberado a la nueva lógica para poder referirse a la mente, a la moral y a la vida» ⁽⁵⁾.

con lo que claramente usa el concepto para relacionar (o mejor, respetando su porción de realismo, conectar) las ciencias físicas con las morales, problema considerado por Dewey como el más acuciante de nuestro tiempo.

II.1.3 Alternativas desestimadas.

Se han utilizado, por Dewey o sus seguidores, una serie de denominaciones alternativas: 'unificación', 'continuidad', 'integración', 'organización', 'reorganización', 'reconstrucción' entre otras. Las sometemos a un breve examen con el fin de exponer su limitación a campos teóricos determinados, y por lo tanto, su inadecuación para nuestro *definiens*: el de un concepto genérico que nombre la superación de los dualismos.

A) Integración: Si bien en pasajes de "From Absolutism to Experimentalism" ⁽⁶⁾ y del cap. IV de la L lo usa en sentido amplio, Dewey suele usar 'integración' para referirse preferentemente a la reorganización psicológica (de los hábitos, p.ej.), ética (de los deseos e impulsos), o educativa (de las diversas disciplinas bajo valores comunes). Queda entonces destinado este término a la

organización de elementos inconexos de un sistema natural en funcionamiento. En ocasiones cumple idéntica función el término 'unificación' '⁷', y en tal caso usa indistintamente 'unificación' e 'integración' para referirse al ensamblaje de organismo y medio. Ambos pueden admitir como *definiens* tanto la reorganización de dos términos polarizados como de un número mayor e indefinido. La indeterminación de los elementos a integrar aconseja prescindir de este término.

Por medio de la transición, en cambio, la mutua comunicación entre los dos términos de la polaridad no conduce a su indistinción, a la fusión, e impide así que lleguen a confundirse.

B) Continuidad: Deledalle '⁸' propone 'continuidad' como un principio opuesto en general al dualismo. Este principio resolvería la continuidad natural en continuidad teórica.

Tal proposición puede sustentarse en el propio Dewey, quien '⁹' pretende reemplazar la separación de teoría / práctica por la "idea de continuidad". Observemos que al proponer 'continuidad', Deledalle pretende aplicar un término de por sí muy deweyano, pero en un sentido no deweyano, pues la idea de continuidad tiene en nuestro autor un aspecto "natural", como cuando habla del continuum fines-medios, o '¹⁰' cuando equipara la "evolución" a la "continuidad biológica". En términos dialécticos, la continuidad sería lo inmediato; después llegaría con los avatares de la historia del pensamiento el dualismo, y la superación de esta segunda

fase, que es representada por la transición de los términos polares, no puede denominarse igual que la primera.

Deledalle ^{'11'} contrapone el "principio de continuidad" -que une- al principio de polaridad, -que separa-, dándose perfecta cuenta de la importancia que tiene en el pensamiento deweyano la superación de las polaridades.

C) Reorganización: El sentido limitado a las funciones orgánicas es evidente en amplios pasajes de su obra.

D) Unificación: Bausola ^{'12'} habla de "condotta unificata", refiriendo el adjetivo a la conducta, a la cual, como ya queda dicho, Dewey suele aplicar el adjetivo 'integrada'; pero lo hace siguiendo al propio Dewey, quien había comparado en E la unificación de los actos de la conducta de un militar con el éxito en una batalla, asociándose un fin o propósito común con el elemento unificador (organizador) de la conducta. Unificación y organización son, pues, en muchos lugares deweyanos, intercambiables: "curso de acción unificado". En L la unificación es el carácter que asume el logro de la investigación, que convierte la situación original en una «situación unificada» ^{'13'}. Por esta razón, y por su asociación a procesos orgánicos, reservaré 'unificación' exclusivamente para el contexto de la investigación.

E) Reconstrucción: Su uso refiere indistintamente a la recuperación de la efectividad perdida por una actividad de carácter social -por ejemplo, de las instituciones académicas, o de la filosofía- y a la finalidad (aim) de la investigación, que consiste en reconstruir una situación previa. Nuevo caso de polisemia, y por lo tanto, de impropiedad.

NOTAS

- (1) Warnock, M.: Etica contemporánea, p. 98.
- (2) Sleeper, "Dewey's Metaphysical Perspective: a note on White, Geiger and the Problem of Obligation", p. 105.
- (3) Para 'metafísica' y 'experiencia', vid Alexander John Dewey's Theory of Art, Experience and Nature, pp. 69-70; para 'instrumentalismo", Eames S. Morris, en "Introduction", O.C. / EW 3: 10.
- (4) Murphey, Murray G., O.C. / MW 14 :ix.
- (5) ID, O.C. / MW 4: 7-8.
- (6) Concretamente en O.C. / LW 5: 153.
- (7) L, O.C. / LW 12: 33.
- (8) Deledalle, L'idée d'expérience dans la philosophie de John Dewey p. 507.
- (9) DE, p. 336.
- (10) Como en NR, O.C. / MW 10: 14.
- (11) Deledalle, L'idée d'expérience dans la philosophie de John Dewey, p. 509
- (12) En Bausola, A., L'Etica di John Dewey, p. 22
- (13) L, O.C. / LW 12: 111.

II.2. LA TRANSICION COMO IDEA GENERICA.

II.2.1 La idea

A la transición asigna Dewey la finalidad implícita de todo pensamiento (auténtico), y en múltiples ocasiones expresa la idea de que la finalidad del pensamiento es la consecución de unidad. Consecución significa aquí restauración, pero siempre en un contexto y por medio de una operación efectiva, pues una unidad abstracta de las cosas, aplicada a una extensión ilimitada, si bien fue aceptada por el joven Dewey idealista, carece de significado para el Dewey maduro, quien pide a la filosofía menos unidad y más unificación.

La transición culmina un proceso triádico que supone dos estadios previos:

a) una continuidad natural primaria, que tratamos en los capítulos II.3 a II.5.

b) la dualización, o fractura de la continuidad en dos elementos contrapuestos e irreductibles que forman el dualismo, que tratamos en los capítulos II.6 a II.12.

El segundo estadio, que procede de la intervención humana y culmina en la teoría del espectador, es la decisiva para la valoración, si bien precisa dialécticamente de la primera para justificarse. La fractura se produce por el deseo de aplicar a la existencia, que es inacabada e imperfecta, las categorías de acabamiento, seguridad y

certeza, con el efecto disyuntivo de "romper" la realidad en dos partes inconexas ⁽¹⁾. Abrimos una brecha en el mundo de la experiencia para apoderarnos intelectualmente de la parte más estable y segura, y mantenernos a salvo de los riesgos y las pérdidas.

c) La transición. Significa la superación del dualismo por los medios teóricos que suministra la moderna civilización científica, industrial y democrática. Entendiéndose bien que en ningún momento se aceptan los términos enfrentados que componen el dualismo (dualismo construido, incluyendo la *open question* mooreana, por medio de la falacia filosófica, es decir, dotando a funciones eventuales de existencia antecedente ⁽²⁾) y que no se trata de una reconciliación entre contrarios, sino la negación de que esos contrarios se den en la experiencia.

Entendemos por dualismo no la simple dualidad, sino la heterogeneidad última de dos elementos mutuamente irreductibles. La misión que asignará el Dewey maduro a los dos términos polarizados será el de funciones correlativas interactuando en una unidad de orden superior. En general, Dewey no pretende eliminar la diferencia ni la distinción, sino la incompatibilidad y el extrañamiento.

Las condiciones exigibles para superar el dualismo vienen definidas al final del artículo "Dualism" que Dewey escribió para la Cyclopedia of Education,

«(...) lo contrario del dualismo no es necesariamente el monismo, sino una filosofía que contemple la distinción de términos antitéticos (...) como relativa y funcional, no fija y absoluta, de manera que sean capaces de ir juntos en una unidad funcional» (3).

La perífrasis "una filosofía que contemple..." confirma la falta de un término que denote la superación del dualismo en general. Sin embargo, no siempre fue así: Dewey era un declarado monista durante su fase intuicionista, hasta la mitad de los 80, y durante toda su fase hegeliana; sólo bajo las fases intelectuales del funcionalismo y del instrumentalismo, entre 1.890 y 1.910, se irá convirtiendo en pluralista empírico, en la línea de William James.

II.2.2 Los años formativos y la idea de transición.

Aludiremos en este párrafo a los influjos en los años de despertar intelectual de Dewey, incluyendo al evolucionismo darwinista y el hegelianismo, los cuales, si bien tendrán un tratamiento sistemático aparte en la medida en que constituyen sustancialmente su pensamiento posterior, han de ser mencionados aquí como adquisiciones intelectuales juveniles.

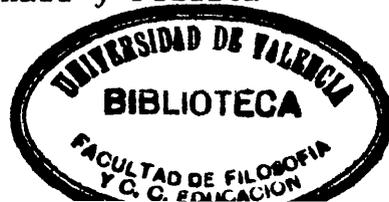
II.2.2.1. Orígenes existenciales

Dewey ⁽⁴⁾, al recordar los orígenes emocionales de su aversión al dualismo, la asocia al elemento represivo de la educación del norte de Nueva Inglaterra, y con ello alude a la naturaleza protestante del congregacionalismo de sus mayores y seguramente a la rigidez "parcialista" (versión evangélica que mantenía que sólo los hombres virtuosos se salvarían, frente a la "universalista" paterna, que admitía la salvación final de la humanidad) del congregacionalismo que abrazó su madre a partir de cierto momento de su vida, y bajo cuyo perfeccionismo educó a sus hijos.

Para algunos autores, la visión unitaria del mundo que destilan sus primeros escritos proviene del carácter de esta iglesia, y el propio Dewey habla con benevolencia del congregacionalismo liberal como de la doctrina ambiental de la filosofía americana de aquellos años; de manera que bien podemos filiar emocionalmente el aspecto "religioso" de la idea de democracia en Dewey a partir de la práctica congregacionalista de elegir a sus ministros democráticamente, y de la teoría de una república real de ciudadanos libres y una comunidad fraternal.

II.2.2.2 Monismo dialéctico

El Dewey juvenil que escribe la Ps. de 1.887, que pretende ser empirista en la línea de Stanley Hall y resulta



sin embargo más bien idealista dinámico en la línea de Morris, se adhiere aún bajo la égida del idealismo a la separación entre una voluntad o Yo universal y objetivo y otro particular y no realizado ⁽⁵⁾; asimismo, identifica la elección del motivo con el logro del fin, sin que intervengan circunstancias externas, identificando de esta forma la voluntad del bien con el bien mismo, en un sentido kantiano que no deja de sorprender. «Si su motivo [del hombre] es verdadero, no puede ser falso, no importa cuán falso pueda ser el resultado» ⁽⁶⁾ afirma en contraste con su consecuencialismo y contextualismo posteriores.

Este Dewey que pretende ser empirista en psicología, pero que todavía no ha recibido el ejemplo de W. James, ya detecta las dicotomías éticas, como cuando afirma «Hay una brecha entre el motivo y el fin logrado» ⁽⁷⁾.

Finalmente, asigna a Dios el papel mediador como Voluntad Perfecta que reconcilie la fractura entre motivo y fin. El procedimiento dialéctico de la reconciliación de contrarios fue luego severamente criticado por el Dewey pragmatista y funcionalista, con el encono de los convertidos. La búsqueda de armonía y unidad, que es primigenia en Dewey, sólo podía encontrar bajo el armazón del dualismo subjetivo -el hombre "como poder autodeterminante" ⁽⁸⁾- una salida en la Personalidad Infinita de los idealismos, alimentada por la fe infantil congregacionista.

II.2.2.3 Sociedad y ciencia: Comte.

En su época de *undergraduate*, asistió a la exposición que de Comte hiciera Martineau. Dewey la rememora así:

«(...) su idea [de Comte] del carácter desorganizado de la moderna cultura occidental, debido a un "individualismo" desintegrador, y su idea de una síntesis de la ciencia que debería ser el método regulativo de una vida social organizada, me impresionó profundamente.» «?». »

Lo que más interesó a Dewey de la filosofía comtiana fue el proyecto de una ciencia ético-social que reemplazara el dualismo metafísico y religioso que había dado lugar a la separación de individuo y sociedad; esa perspectiva socializadora se fortalecería con las enseñanzas sociogénicas de Mead, a partir de los años 80 en la Universidad de Michigan, y asimismo con la idea de que todos los productos del espíritu se miden por sus frutos sociales, que tomó del periodista Franklin Ford en los años 90.

II.2.2.4 Lecturas vermontianas: Huxley y Spinoza

En el primer año de Vermont, su profesor de zoología y geología, G.H.Perkins, le hace estudiar los Elementos de Fisiología, de Huxley. Oigamos cómo rememora Dewey su lectura:

«(...) Tuve la impresión de que se derivaba de este estudio un sentido de interdependencia y unidad interrelacionada que daban forma a las agitaciones intelectuales que habían sido previamente provocadas, y creaba una especie de tipo o modelo de una visión de las cosas a la cual la materia en cualquier ámbito debería adaptarse. Subconscientemente, al menos, fui llevado a desear un mundo y una vida que tendrían las mismas propiedades que tenía el organismo humano en el cuadro de éste que se derivaba del estudio del tratamiento de Huxley» ¹⁰.

Huxley, pues, oficiaría de cicerone conduciendo a Dewey por las sendas del evolucionismo, llevándole al estudio de Darwin. Después, ciertos capítulos de los Principles of Psychology de W. James y ciertos artículos de Peirce le despertarían a la conciencia de que la mente humana respondía principalmente a requerimientos orgánicos.

En cuanto a Spinoza, en 1.877 se celebró el bicentenario de su muerte, y con este motivo una gran cantidad de artículos y trabajos llegaron a manos de Dewey, quien halló en él un profundo ejemplo de superación de los dualismos metafísicos mediante un rígido monismo que ponía en contacto la religión y la ética, la lógica y los datos de la experiencia ¹¹. El segundo artículo escrito por Dewey es "The Pantheism of Spinoza" ¹². Posteriormente, con el estudio por Dewey de los métodos empiristas y científicos, se iría diluyendo su interés por el sistema racionalista y deductivo del judío holandés.

II.2.2.5 Hegel

El profesor Morris fue quien introdujo al joven Dewey en el pensamiento de Hegel, cuya influencia es decisiva. Dewey mantendrá en los años 90 una versión hegeliana del darwinismo, concibiendo la negatividad como el conjunto de tensiones producidas por una modificación ambiental, pero manteniendo el carácter metafísico de la continuidad entre el espíritu y la materia, el espíritu y sus criaturas.

Lo que tomó de Hegel y no abandonó en el camino hacia el empirismo fue precisamente la unificación entre polaridades; unificación que tendrá diversas consecuencias, desde el naturalismo craso hasta la crítica de la lógica formal. Dewey lo expone en su autobiografía intelectual "From Absolutism to Experimentalism" con desacostumbrada vehemencia como una recuperación -intelectual- del perdido sentimiento de unidad entre razón y pasión de su fe infantil, inculcada por el ambiente puritano de Burlington:

«(...) me suministró [el pensamiento de Hegel] un requerimiento en pro de la unificación que fue indudablemente un intenso anhelo emocional, y aún un apetito que solamente un material intelectualizado podía satisfacer. Más que dificultoso es imposible recuperar este temprano talante. Pero el sentido de las divisiones y separaciones que me habían nacido, supongo, como una consecuencia de la cultura de Nueva Inglaterra, divisiones por medio del aislamiento del yo respecto al mundo, del alma respecto al cuerpo, de la naturaleza respecto a Dios, me trajo una opresión dolorosa -o, más bien, una laceración interna. (...)

La síntesis hegeliana de sujeto y objeto, materia y espíritu, lo divino y lo humano, no fue, sin embargo, una mera fórmula intelectual; operó como un inmenso descargo, como una liberación» (13).

II.2.2.6 El ejemplo de G. S. Morris.

Dewey conoció a su profesor George Silvester Morris al ingresar en la John Hopkins, y se sintió inmediatamente atraído por él. Morris era un idealista objetivo, un hegeliano experimentalista que quería relacionar orgánica y dinámicamente las instancias ontológicas y gnoseológicas de Sujeto y Objeto ⁽¹⁴⁾. En el artículo "The Late Professor Morris", publicado en un anuario de la Universidad de Michigan, el alumno escribe del profesor

«Fue característica del profesor Morris que los dos escritos que más a menudo citaba fueran los Diálogos de Platón y el Evangelio de San Juan. En el principio fundamental de la Cristiandad encontró expresada la verdad que él estaba convencido era la verdad fundamental en filosofía -la unidad de Dios y el hombre, de manera que el espíritu está en el hombre, mientras el hombre es el espíritu de Dios» ⁽¹⁵⁾.

Dewey, a pesar del aspecto irreligioso de su obra posterior ⁽¹⁶⁾, siempre conservó la idea de que el cristianismo expresaba una unión de lo ideal y lo material, y en esta época (1.889) consideraba la religión como un factor que revelaba la transición metafísica entre finitud e infinitud mediante la unión del hombre con Dios; transición que era conservada después en el idealismo hegeliano por medio del Espíritu Absoluto.

Hasta aquí parece proponerse una divinización de ciertas facultades humanas, pero sin modificar el dualismo subyacente que enfrenta las facultades sensibles a las

espirituales. Sin embargo, ya en esta época idealista Dewey hace un esfuerzo voluntarista por esquivar esta conclusión:

«En la antítesis corriente entre lo supernatural y lo natural, él [Morris] intentó conciliar la verdad más profunda de la antítesis de lo espiritual y lo natural -una antítesis que implica, empero, una unidad; siendo lo natural solamente la manifestación parcial y dependiente de lo espiritual» (17)

Esta consideración peyorativa de lo natural no se integra de manera tan efectiva con lo supernatural como Dewey supone: si lo natural es una mera manifestación de lo espiritual, las leyes científicas y la ley orgánica de la evolución no podrán subordinarse al carácter especulativo del idealismo neohegeliano de Morris. Aquí se ve bien por qué Dewey tendrá que elegir hacia el cambio de siglo entre naturalismo e idealismo; será cuando las contradicciones de sus dos principales orientaciones, transicionalidad e idealismo, le fueren a tomar una decisión excluyente. El conflicto que irá tomando cuerpo en la última década del siglo -en la que asimila "La Superstición de la Necesidad" de Peirce, critica la hipostatización del concepto de causa, y conceptos como el de "absoluto" de Green empiezan a tambalearse- sólo se resolverá en 1.903, con la publicación de SLT y la adhesión al instrumentalismo.

Resulta extremadamente interesante para la consideración unitaria de las dicotomías y dualismos que Dewey distinga entre los aspectos que le impresionaron de su maestro

Morris, principalmente dos: el plano teórico de la unidad metafísica y religiosa del hombre con Dios, y otro plano existencial -también transicional-, que es el de la sociabilidad humana, expresada en instituciones orgánicas y relaciones personales que cooperan a un fin común:

«La otra cualidad personal que dio carácter al pensamiento del profesor Morris fue su profundo sentimiento de las relaciones orgánicas de la vida - de la familia y del estado. (...) él encontró la sustancia de su ser en sus conexiones vitales con otros; en su casa, en sus amistades, en la organización política de la sociedad (...)» «1e».

Cuando Dewey habla de "relaciones orgánicas", incluye el tema comtiano y hegeliano de la realización personal en la comunidad, si no por medio de las instituciones, sí en las relaciones humanas; incluye el aristotelismo de lo orgánico y teleológico que le inculcó Morris y, en general, toma en consideración las instancias orgánicas superiores al mero individuo. Detectamos aquí una conexión sutil, bajo la forma de una discriminación funcional, entre integración -de diversas partes en un todo orgánico o dialéctico- y transición -de dos elementos polares-. Podemos colegir que los modelos explicativos biológico (Huxley y Darwin) y sociológico (Comte y Hegel) conducirán a las integraciones, en tanto que el modelo filosófico del idealismo junto a sus raíces congregacionalistas dará lugar a las transiciones, de orden más general y comprensivo que las integraciones.

NOTAS

- (1) Vid. EN, O.C. / LW 1: 42-68 passim.
- (2) En idem, p. 34, Dewey definió la falacia filosófica.
- (3) "Dualism", O.C. / MW 6: 424. En esta cita se entiende por qué suele decirse que Dewey "naturalizó" a Hegel, como hace Bernstein en Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics, and Praxis, p. 76.
- (4) "From Absolutism to Experimentalism", O.C. / LW 5: 153.
- (5) Ps, O.C. / EW 2: 358.
- (6) idem, p. 345.
- (7) idem, p. 359.
- (8) idem, p. 362.
- (9) "From Absolutism to Experimentalism", O.C. / LW 5: 154.
- (10) idem, pp. 147-148.
- (11) Vid. Deledalle, L'idée..., p. 20.
- (12) *Journal of Speculative Philosophy*, XVI, pp. 249-257.
- (13) "From Absolutism to Experimentalism", O.C. / LW 5: 153.
- (14) Vid. la detallada exposición de este aspecto de su pensamiento en White, Morton, The Origin of Dewey's Instrumentalism, pp. 12-33.
- (15) "The Late Professor Morris", O.C. / EW 3: 8-9.
- (16) Sobre todo, hasta que en CF (a sus 75 años de edad) definiera a Dios como la relación activa entre lo ideal y lo real.
- (17) "The Late Professor Morris", O.C. / EW 3: 9.
- (18) idem, pp. 9-10.

II.3 LA CONTINUIDAD

II.3.1. ¿Qué es la continuidad?

La continuidad es un concepto metafísico y biológico que denota los lazos y conexiones de todos los entes, principalmente en el sentido temporal: historicidad, método genético y operacionalismo se revelan como las formas más adecuadas de tratar el carácter dinámico de cualquier realidad. Atendamos a la definición negativa de Dewey:

«La idea de continuidad no es auto-explicativa. Pero su significado excluye por un lado la ruptura completa y por otro la mera repetición de identidades: excluye la reducción de lo "más alto" a lo "más bajo" lo mismo que excluye las fracturas y brechas completas. El crecimiento y desarrollo de cualquier organismo vivo desde la simiente hasta la madurez ilustra el sentido de la continuidad» ⁽¹⁾.

Notemos el elemento orgánico de la continuidad, con el ejemplo del desarrollo vital de un ser "desde la simiente a la madurez". La continuidad, idea a la que Dewey trata en ocasiones de "postulado", contempla el desarrollo y la transformación gradual. Hemos dicho que se alude con ella principalmente a las conexiones temporales, pues en ocasiones Dewey usa también "continuidad" con el fin de justificar las relaciones entre los juicios.

II.3.2 El principio de continuidad

Si hay una clave conceptual sin la cual me parece inviable la discusión sobre la teoría del valor de Dewey, es la constitución de la idea de continuidad en un principio.

Haremos uso de la escueta definición de Dykhuizen, según la cual «El principio de continuidad mantiene que la experiencia presente procede del pasado y conduce al futuro»⁽²⁾, para resaltar el aspecto diacrónico de la ligazón. Lo que ocurre es que ese aspecto es patente en el darwinismo de la continuidad biológica y del hombre / naturaleza, y sólo latente en la continuidad metafísica. Lo veremos después.

Como ha señalado Deledalle⁽³⁾, la de continuidad es la única idea no hipotética en Dewey. En otros lugares, Dewey la llama "the inclusive philosophic idea", calificación que da nombre a un capítulo de PC, donde afirma -en tono absoluto poco propio de él- que no puede calificarse de hipótesis a la idea de continuidad, pues si la negáramos en algún momento, nos contradiríamos.

Dejando a un lado el discutible énfasis apriorístico de estas palabras, señalemos que la cualificación de la idea de continuidad como principio facilita que las continuidades de la experiencia sean dadas como 'hechos'. En NR afirma típicamente Dewey:

«Las conexiones dinámicas son cualitativamente diversas (...) En este sentido el pluralismo, no el monismo, es un hecho empírico establecido. (...) La experiencia muestra todo tipo de conexiones, desde la

más íntima hasta la mera yuxtaposición externa» «4»

De manera que el principio de continuidad admite que las discontinuidades, que son la materia prima de dicotomías y dualismos, si existen, sólo que deben el carácter hegemónico con que aparecen en la tradición filosófica a que han sido consideradas desde un punto de vista estático, es decir: absoluto. Una consideración genética, en cualquier caso dialéctica, nos hará comprender que son las conexiones que las unen las metafísicamente decisivas:

«Empíricamente, entonces, los lazos activos de continuidades de todo tipo, junto con discontinuidades estáticas, caracterizan la existencia» «5»

Queda así de manifiesto el importancia de la idea de continuidad -entendida como un desarrollo gradual de partes imbricadas al modo orgánico- para la teoría de la experiencia deweyana.

II.3.3 - Significado del principio de continuidad.

La continuidad como principio dará lugar al naturalismo de Dewey, al carácter naturalista de su teoría de la experiencia y de su teoría moral. También proporcionará un fundamento no discutible -pues la da como un hecho- a la transición metafísica, estableciendo que las polaridades que

encarna son diferencias funcionales. El significado para la lógica y ética del principio de continuidad reside en

A) Integración de organismo y ambiente.

Afirma Dewey «6» que la investigación es un desarrollo que procede de la integración y la interacción del organismo y el medio ambiente, y que esta definición es corolario primario del «postulado de la continuidad naturalista». Los eslabones lógicos entre la continuidad, los dualismos y la teoría de la acción consisten en que la investigación es una consecuencia de la integración de organismo y ambiente -lo que en los años maduros llamará técnicamente "transacción"- y de que esta definición procede como corolario lógico del "postulado de continuidad naturalista".

B) La continuidad como criterio (*standard*) de valoración.

El criterio de la investigación experimental, como ha afirmado Deledalle «7» consistiría en que al final del proceso investigador se de una situación que restablezca la continuidad perdida. /A pesar de que el análisis del acto y de la investigación validan esa opinión, el problema, que Deledalle no puede ver en su dimensión valorativa, es que se trata de un criterio ambiguo. Lo veremos en su momento, pero aquí nos encontramos por primera vez con el problema del criterio de la adecuación de las hipótesis de toda investigación, que tan gran papel jugará en la transición valorado / valorable. Es el restablecimiento de la continuidad, percibida como una unidad cualitativa, lo que se da aquí como criterio de la correcta valoración.

NOTAS

- (1) L, O.C. / LW 12: 30.
- (2) Dyckhuizen, The Life and Mind of John Dewey, p. 278.
- (3) Deledalle, L'idée d'expérience..., p. 405.
- (4) O.C. / MW 10: 11-12.
- (5) NR, O.C. / MW 10: 12.
- (6) L, O.C. / LW 12: 42.
- (7) Deledalle, L'idée d'expérience..., p. 461.

II.4 LAS CONTINUIDADES SECTORIALES.

Se entiende por continuidad en sentido metafísico la idea de que todos los estratos genéricos de la realidad se encuentran unidos por conexiones dinámicas.

Por continuidad biológica entenderemos la idea de una evolución orgánica, tal como se presenta en el evolucionismo de Darwin, Huxley y Spencer. Consecuentemente a la aceptación de la teoría de la evolución de las especies, se afinanza la idea del hombre como estructura orgánica altamente desarrollada, y de sus funciones (incluyendo la teorización de la conducta) como integradas por medio de un proceso genético en una estructura histórica: la continuidad hombre / naturaleza significa el sometimiento de la naturaleza y el hombre a un proceso común que los incluye, de forma que el segundo se concibe como parte de la primera.

Además, refleja una interacción correlativa entre los productos humanos y la naturaleza misma -sociedad y naturaleza, conducta y naturaleza, cultura y naturaleza, experiencia y naturaleza, etc.-.

Las tres formas del principio de continuidad aparecen ya en el período estudiantil de Dewey previo al idealismo, complementariamente a la idea de transición. Dewey reproduce con sus tres sentidos de la idea-principio de continuidad, los influjos más importantes de sus años formativos.

Las continuidades metafísica y biológica se tratarán en este párrafo; la de hombre / naturaleza se tratará, por su relevancia para nuestro estudio, en el párrafo II.5.

II.4.1. La continuidad metafísica

La continuidad metafísica, entendida como correlación y mutua influencia de todas las realidades en sus diversos niveles de complejidad, parte del monismo de Spinoza, de la dialéctica de Hegel y del teleologismo de Trendelenburg.

Un rasgo que suele dar el Dewey instrumentalista como común a toda investigación es el de la diversidad y pluralidad de las existencias. El pluralismo de existencias se presenta como condición de continuidad entre las mismas.

A pesar de que el convencimiento pluralista con relación a dominios como el de los valores sólo llegará en la década de los 30, ya en 1.917 afirma Dewey:

«(...) el dualismo me parecía solamente la unión imprecisa de dos monismos rígidos, de manera que todas las dificultades del monismo se multiplicaban por dos. Si mi posición ha de ser clasificada, preferiría llamarla pluralismo empírico, pues actúa con respecto a la pluralidad de los hechos observables» [1].

Mencionemos el influjo que en los primeros años del siglo ejercería el pluralismo metafísico de James sobre el joven Dewey, precisamente en su fase de transición al funcionalismo.

El argumento final de Dewey a favor del pluralismo metafísico en cuanto encarnación del principio de continuidad es un argumento realista por el que, si negamos la realidad de las conexiones que nombran términos como «unir, desunir, resistir, modificar» y otros ⁽²⁾ estamos reduciendo los dramas de la vida real a una mera ilusión.

Mediante la continuidad, Dewey pretende evitar la identidad lógica o metafísica de las realidades, partiendo de un pluralismo y estableciendo después, gracias a la temporalidad radical de la experiencia, las conexiones genéticas e históricas que se dan entre los diversos estratos de la realidad.

Esta continuidad es, por un parte, de carácter diacrónico frente a las «discontinuidades estáticas» ⁽³⁾ que también caracterizan la existencia, pero que representan el lado pasivo y no dialéctico de la misma.

La existencia viene caracterizada según Dewey por conexiones que no se distinguen a simple vista y sólo aparecen a la luz del análisis genético: algo así como la contemplación de las cordilleras en un mapa sin el conocimiento del efecto histórico que las placas tectónicas han tenido sobre su formación y desarrollo.

La experiencia se compone de heterogeneidades cualitativas que enfrentan el naturalismo pluralista de Dewey al atomismo y subjetivismo, el cual considera la experiencia como algo meramente "interior" o "psíquico", y en general al supernaturalismo y al monismo. Pero por otra

parte la continuidad deweyana tampoco se puede reducir al carácter diacrónico de la continuidad biológico-darwiniana: no olvidemos que Peirce llama en su sistema categórico a la Terciariedad "mediation, or continuity", y que el carácter dialéctico de la mediación hegeliana llega a Dewey a través de Peirce. Aquí la continuidad terciaria viene precedida por las categorías lógicas y ontológicas de la Primariedad o Totalidad de lo experienciado, y por la Secundariedad o existencialidad de las ocurrencias singulares, con lo que su categorización más allá del proceso temporal o histórico queda fuera de toda duda.

II.4.2.- La continuidad biológica

Un darwiniano que influyó en la naturalización deweyana de la inteligencia fue Chancey Wright, miembro del Club Metafísico. Según Wright, ya se podía, gracias a Darwin, superar el hiato entre instinto y razón anterior a la revolución evolucionista. Como indica Pérez de Tudela, Chancey Wright asignó en La evolución de la autoconciencia la causa suficiente de la razón humana al desarrollo de facultades animales como la atención y la memoria '4'.

En cualquier caso, Dewey fue, sino el pensador norteamericano más afectado por las ciencias biológicas darwinizadas '5', sí el más conspicuo entre ellos.

II.4.2.1 Evolución y desarrollo: la deuda darwiniana

La deuda darwiniana se expresa en la conferencia de 1.909 "The Influence of Darwinism in Philosophy" '6'. Para Dewey, la evolución biológica obedece a la idea general de desarrollo (*developing*), una idea que comprende en su seno la de evolución, y que se aplica a la naturaleza con efectos unificadores. El desarrollo, incluyendo las fases de decadencia y muerte, afecta a todos los fenómenos naturales e impide por medio de la transmisión de la vida que se produzcan fracturas en la continuidad biológica. El descubrimiento de Darwin básicamente significa, según Dewey, que el criterio de fijeza y perfección de la especie con que

los griegos solucionar con el amenazante cambio, se sustituye por el de evolución y adaptación al cambio.

El propio Dewey ha confirmado que la continuidad biológica tiene considerables consecuencias para la teoría de la investigación, de manera que la pauta de conducta vital prefigura la pauta de investigación. La investigación aparece como una forma diferida y estilizada de la acción biológicamente orientada.

Asimismo, el concepto-marco de acción podría entenderse sin demasiada tirantez como una forma de "adaptación", tal y como hace C.W. Mills ⁽⁷⁾, una adaptación biológica a la solución de los problemas elementales de los organismos.

II.4.2.2 Una categoría dependiente de la continuidad biológica: lo orgánico.

Delatemos una extendida ambigüedad desde este momento; partiendo de la continuidad biológica se dibujan dos tipos claramente diferenciados de organicismo en Dewey, los cuales unificarán diferentes dualismos: A) el organicismo individual y B) el organicismo social.

A) De acuerdo con el organicismo individual, se considera al individuo como a un todo funcional en el que no se pueden separar las "facultades" o partes operativas más que a efectos analíticos. Para Dewey, la sensibilidad, la volición y el pensamiento del hombre forman parte de una unidad

natural evolucionada específica de un organismo avanzado. En él las diferenciaciones -más ricas y variadas que en los organismos primitivos- obedecen a una diversificación de las funciones para hacer mejor frente a los retos del medio ambiente; la naturaleza de estas diferenciaciones, sin embargo, es estrictamente complementaria debido a que nacieron como funciones cooperativas al servicio de un único organismo.

Una de las primeras intuiciones que llevarían al desarrollo de la idea seminal de transición la tuvo Dewey en su época de estudiante en Vermont.

Fue la lectura del libro de fisiología de T.H. Huxley, que ya citamos en II.2.2.4 ^(e), la que le sugirió la idea de ampliar las relaciones de interdependencia y complementariedad que veía descritas en el organismo humano por Huxley a otro tipo de estructuras y procesos.

Reparemos en la conversión del organismo humano en modelo para todas las áreas del conocimiento: una unidad de factores biológicamente interrelacionados que Dewey desearía ampliar indefinidamente.

B) La idea de que la sociedad o -en un sentido más idiosincrásicamente deweyano- la comunidad se comporta como un organismo, y que el individuo lo hace como una célula u

órgano del mismo, explicará otras peculiaridades de la teoría de la valoración, pero es idea diferente de la del organicismo individual, que desarrollamos en II.11.3.

Podría sostenerse, no sin cierto riesgo especulativo, que el organicismo social, en el que lo importante es el grupo, no el individuo, procede de la misma consideración biológica, en la que lo importante es la especie. La noción de "experiencia compartida" podría proceder de la necesidad de cooperación biológica en la lucha por la supervivencia de nuestros antepasados <3>

NOTAS

- (1) O.C. / MW 10: 64.
- (2) NR, O.C. / MW 10: 12.
- (3) Ibidem.
- (4) Pérez de Tudela, J., El pragmatismo americano, pag. 37.
- (5) Como propone Wright Mills en Sociología y Pragmatismo, p. 390.
- (6) ID, O.C. / MW 4: 3-30.
- (7) Wright Mills, C., Sociología y Pragmatismo, p. 392.
- (8) "From Absolutism to Experimentalism", O.C. / LW 5: 147-8.
- (9) Nada más ilustrador de este organicismo social que la descripción de Wiltshire que puede leerse en II.11.3.

II.5 EL NATURALISMO.

II.5.1 La continuidad hombre / naturaleza y el naturalismo.

Hay diversos modos de entender el naturalismo. El más extendido sostiene que para esta doctrina la explicación última de todos los hechos y procesos ha de buscarse en causas naturales, y que las facultades más elevadas del hombre no precisan explicación supranatural.

El naturalismo de Dewey, desarrollado sobre todo en EN, puede perfectamente dar nombre a su filosofía, la cual parte de la continuidad biológica, e implica que la naturaleza orienta con sus rasgos la conducta del hombre. El naturalismo proporciona el arma con que se puede luchar contra el "dualismo básico", como Dewey lo llamará, que es el de hombre / naturaleza o experiencia / naturaleza. La identidad que proponemos entre naturalismo y continuidad experiencia / naturaleza la corrobora el propio autor:

«El término "naturalista" tiene muchos significados. Como lo hemos empleado aquí significa, por una parte, que no hay brecha de continuidad entre las operaciones de la investigación y las operaciones biológicas y físicas. "Continuidad", por otra parte, significa que las operaciones racionales proceden de las actividades orgánicas, sin ser idénticas a

aquellas de las cuales emergen» (1).

Este texto señala el origen biológico de la investigación, como ya hemos indicado en II.4.2, y también

que toda investigación está sujeta a una función y finalidad últimamente vitales.

II.5.2. El modelo griego

El aspecto de la filosofía griega que Dewey juzga más asumible fue su conciencia de que el hombre era parte de la naturaleza, y su idea de que la actividades intelectual y moral se incardinan en el mundo natural, de donde surgen y hacia el que se dirigen. Cuando Dewey se refiere al influjo de los filósofos griegos, notoriamente de Aristóteles, lo hace sobre todo a cuenta de su confiado naturalismo, extraño al cristianismo y al mundo occidental moderno.

También el aspecto de las enseñanzas socráticas centrado en torno al intelectualismo moral no será, como veremos más adelante, echado en saco roto. Pero Dewey, que podía haber extraído unas conclusiones en términos de filosofía de la cultura semejantes a las de Nietzsche, dándose a una glorificación romántica de lo heleno y a una desvalorización del cristianismo, no avanzó en esa dirección, y su actitud hacia lo griego carece del fervor arcádico propio de Nietzsche, y en general, del pensamiento germano moderno. Si bien crítica, sobre todo en CF, la responsabilidad de las Iglesias en otro tipo de alianzas regresivas, en ningún lugar supone que se haya dado una regresión importante con la aparición del cristianismo, sino sólo el reforzamiento de ciertas tendencias ya presentes en el paganismo.

II.5.3 Significado para la transición valorado / valorable.

Característico del naturalismo deweyano es que la totalidad de las capacidades humanas proceda de un desarrollo gradual a partir de su origen biológico, como hemos visto en el texto de L. Como consecuencia, los fines y valores más altos del hombre surgen de la naturaleza, y no de un reino supernatural. Asimismo, se sostendrá que la conducta humano puede ser estudiada como un fenómeno natural con unas cualidades específicamente humanas, y la moral como un tipo de comportamiento influido por su naturaleza, así como por la novedad de un ambiente cultural y social propio.

No por su origen modesto se menoscaba la dignidad del hombre, sino al contrario. Cuando contemplamos las obras realizadas por la especie humana, parece decir Dewey, se nos aparecen como doblemente admirables al tener en cuenta el origen y desarrollo en las entrañas de los procesos meramente biológicos. La originalidad y dignidad del hombre, como en Pico della Mirandola, consiste en ese desarrollo y en sus resultados, no en las condiciones de partida.

Recordemos que esta línea de pensamiento y argumentación no es privativa de Dewey, sino que presenta un cierto aire de familia pragmatista. En las Varietades de la experiencia religiosa que publicara William James en 1.902, se trata del origen neuropático de ciertas afecciones superiores como la religiosidad o la actividad artística genial, y frente a la

idea de que su origen biológico menoscaba la grandeza de tales afecciones, James pregunta: ¿a qué preocuparnos por las condiciones existenciales cuando lo significativo es la capacidad para, partiendo de cualesquiera condiciones, producir esos resultados admirables? ⁽²⁾.

Por otra parte, la noción de perentoriedad ⁽³⁾, según la cual estamos obligados moral y existencialmente a actuar en conciencia y a formular juicios de valor, tiene en el naturalismo de base un origen remoto, pues la naturaleza no es pre-humana, sino simplemente humana ⁽⁴⁾. Como afirma Nathanson, no hay una naturaleza escondida tras la Naturaleza que explique ésta, sino que naturaleza es la suma total de la experiencia ⁽⁵⁾, y la posición existencialista de un hombre "arrojado" en la corriente natural carece de sentido en Dewey. Si no contamos con principios externos a la naturaleza, y formamos parte de la misma, ya estamos actuando en ella y desde ella. El hombre, pues, no es que deba intervenir en la marcha del Universo, sino que ya interviene de hecho; de lo que se trata entonces es de hacerlo a conciencia, sin dejar nuestra intervención a merced de una "moralidad accidental".

NOTAS

- (1) L, O.C. / LW 12: 26
- (2) Vid. James, W., The Varieties of Religious Experience, p. 42-45.
- (3) La cual será tratada en IV.5.
- (4) Esta especie de ósmosis entre hombre y naturaleza ha sido criticada por Woodbridge, p. ej., quien en la p. 493 de "Experience and Dialectic" se queja de la antropomorfización de la Naturaleza (si nos equivocamos nosotros, ella contiene el error; si somos inestables, ella es inestable, etc.).
- (5) Nathanson, J., John Dewey: la reconstrucción de la vida democrática, p. 53.

II.6. GENEALOGIA DEL DUALISMO

Establecidos el principio de continuidad, sus orígenes y su vinculación al naturalismo, estableceremos ahora cuál es el origen y pasos decisivos en el desarrollo de la fractura entre hombre y naturaleza, entre valor intemporal y hecho concreto, entre pensamiento y acción, para poder restablecer ulteriormente los términos de la soldadura deweyana.

La importancia del llamado método genético para la determinación del significado de los valores, que consiste en establecer la historia de cualquier actitud moral '*ex parte ante* y *ex parte post*, reside por una parte en que la comprendemos con una luz de espectro más amplio, y por otra parte, en que dejamos de considerar a los significados culturales como *hechos* a los que adaptarse ciegamente.

Nosotros, al estudiar ahora la genealogía de los dualismos, reabarcamos la estrategia negativa deweyana para la superación de los mismos, mediante su filiación genética.

II.6.1 Orígenes de los dualismos

II.6.1.1 La naturaleza dialéctica de los orígenes

Es de reseñar que, si bien Dewey supone que el mal de las separaciones absolutas tuvo un comienzo real y unas causas determinadas, no puede evitar la vaguedad histórica

en cuanto a los momentos en que acaece tanto la *época dorada* de la interacción como la de la cesura que la interrumpe.

Daremos dos ejemplos. En "Body and Mind" afirma Dewey:

«(...) el rasgo conspicuo del período en que la ciencia, la filosofía y las artes estaban estrechamente conectadas fue el sentido de totalidad (*wholeness*), en tanto el verdadero problema de la mente y el cuerpo sugiere los desastrosos efectos de las divisiones que desde entonces han madurado». ⁽²⁾

Desde entonces... ¿desde cuándo? desde la división.

Pero, ¿cuándo surgió la división? No se indica. Podemos suponer que en esta ocasión la elusividad del estilo es menos explicativa que una positiva sospecha acerca de si no estaremos hablando, como en Hegel, Rousseau o Heidegger, de una cesura no tanto temporal como meramente dialéctica.

Vayamos con el segundo ejemplo:

«Los lazos que unen al hombre con la naturaleza, y que los poetas han celebrado siempre, son pasados alegremente por alto. La actitud adoptada es con frecuencia la del hombre viviendo en un mundo indiferente y hostil, al cual desafía (...)» ⁽³⁾

Pasaje menos inconcreto que el anterior, en el cual se deja entrever que hay unos lazos que "se han celebrado siempre", pero que la actitud dominante "los pasa por alto", como si el dualismo fuera una novedad de las últimas generaciones. Hay aquí una velada denuncia de la fractura histórica cuya datación, siquiera aproximativa y en relación

a una antropología filosófica expresable en conceptos, no se encuentra en Dewey. Nos tememos que la legítima sospecha sobre si en realidad se produjo alguna vez una fractura real (cultural, de usos), se amplía a la de si en realidad hubo alguna vez una época dorada previa a la formación de los dualismos, es decir, un estado de naturaleza rousseauiano, o un estado de conciencia plena del ser heideggeriano. A pesar de que en ocasiones pone la Grecia clásica como momento previo a la cesura, como cuando recuerda que una sola palabra, techné, servía para denominar la ciencia y el arte ⁽⁴⁾, o como cuando, en la división cuerpo / alma, pone a Hipócrates de ejemplo de médico que buscaba en causas naturales y sociales el origen de enfermedades anímicas ⁽⁵⁾, en otras ocasiones, como cuando estudia la consolidación del dualismo metafísico, es precisamente el fondo clasista y esclavista de Atenas la mayor expresión de lo contrario.

Háyase dado o no en la historia una época de cultura integrada, el aspecto dialéctico de la fractura puede quedar relativamente a salvo, y en cualquier caso vamos a estudiarlo con el mismo cuidado que si lo estuviera.

II.6.1.2 La versión de las dos estrategias

Establece Dewey en QC (6) una genealogía remota de la fractura, caracterizada por un materialismo cultural que nos recuerda a Comte, tanto como a Marx y a Thorstein Veblen; y

también en QC da un factor independiente que coadyuvó a su consagración.

En QC Dewey reconstruye una situación primigenia en la que el hombre habita un mundo donde reina el azar '7'. Los presupuestos del carácter azaroso de la existencia, y del deseo de alcanzar una seguridad, expresados en los rasgos metafísicos de precariedad y búsqueda de control, son dos puntos de partida irrenunciables.

Dewey destaca que el hombre trató de obtener la seguridad siguiendo dos caminos opuestos:

- 1- alianza con las potencias naturales que le rodeaban.
- 2- invención de las artes y las técnicas.

La estrategia 1 implicaba la súplica y el sacrificio, el rito y el culto mágico. Con el tiempo, esa estrategia da lugar a la religión (como institución social), a un método interior consistente en modificar las actitudes internas más que en cambiar las condiciones ambientales, y a una finalidad: aliarse con el destino omnipotente.

La estrategia 2 implicaba el estudio, la práctica y la transformación de los objetos. Con el tiempo daría lugar a los oficios, ciencias y tecnologías, a un método consistente en cambiar el mundo mediante la acción, y a una finalidad: comprender y controlar los poderes de la naturaleza '8'.

Con el paso del tiempo, los hombres se benefician más y más de los productos de las artes, pero consideran serviles sus efectos beneficiosos, pues no pertenecen al reino de lo

extraordinario -no preservan de las grandes amenazas para la supervivencia, de las catástrofes, enfermedades, mortalidad, plagas, guerras- sino al de lo ordinario y prosaico.

Dewey parece suponer que el carácter hegemónico que adquirió en los primeros tiempos la estrategia 1 permitió considerar "inferior" y "servil" el control empírico del medio natural, consideración de la que aún no se ha librado enteramente. Esta condición coadyuva a que, al distribuir el trabajo social, se asignen a siervos y esclavos las actividades materiales y objetivas, reservándose para las capas altas las espirituales y subjetivas.

II.6.1.3 La versión sociológica de las clases en relación a la carga del trabajo.

Dewey presenta ⁽⁹⁾ una causa independiente de la escisión, un factor que "conspiró" con la finalidad de la estrategia 1. Se trata de la penosidad del trabajo, míticamente simbolizada por la maldición bíblica. Si hay una especulación retrospectiva plausible es que el trabajo se realizó en las primeras civilizaciones bajo el peso de la necesidad, y Dewey señala que la parte desagradable de la actividad social recayó sobre los menos favorecidos, que tras pasaron a su actividad el deshonor de su clase.

Su contrario, el ocio, fue lógicamente reservado a las capas altas, las cuales a su vez transmitieron su propia dignidad a la actividad improductiva. Esta doble dirección

en la transferencia de valor social ha incidido en la dignificación del ocio y en la deshonra del trabajo.

El factor sociológico de división de clases sociales que traspasa la obligación del trabajo más penoso a la clase más baja se repite en L:

«Las culturas orientales, especialmente la asiria, la babilónica y la egipcia, desarrollaron una división entre técnicas y tipos de conocimiento "inferiores" y "superiores". Los inferiores, *hablando en general*, se hallaban en posesión de los que realizaban la faena diaria; carpintería, tintorería, tejido, alfarería, comercio, etc. Los superiores estaban en posesión de una clase especial, los sacerdotes y los sucesores de los primitivos curanderos. Sus conocimientos y técnicas eran "superiores" porque tenían que ver con lo que se suponía asuntos de la mayor importancia; el bienestar del pueblo y, especialmente, el de sus gobernantes -y este bienestar suponía transacciones con los poderes que gobernaban el universo (...). Estos hechos contenían en embrión, y en forma más o menos madura, el dualismo.» ⁽¹⁰⁾.

Y este factor sociológico vuelve a citarse en DE, donde atribuye el origen de dualismos como teoría / práctica a la

«división de la sociedad en una clase que trabajaba con sus músculos para el sostenimiento material de otra clase que, eximida de la presión económica, se dedicaba a las artes de la expresión y a la dirección de la sociedad» ⁽¹¹⁾

II.6.1.4 El pensamiento inmaterial

Una tercera causa ⁽¹²⁾ propuesta es la asociación del conocimiento con ciertos principios inmateriales (es de suponer, aunque Dewey no lo explicita, que la asociación

saber-inmaterialidad se produce por la alianza de los cultos mágicos o religiosos con los poderes invisibles), principios inmateriales e inaccesibles a la mayoría que difícilmente pueden asociarse a la actividad mecánica, a las cosas materiales o a los instrumentos, elementos todos de la actividad laboral.

Esta supuesta causa, a mi modo de ver, no carece de dificultades, pues el hecho de que se asocie el conocimiento con principios espirituales depende precisamente de la valorización previa de la estrategia 1, y la desvalorización de la estrategia 2. A nuestro juicio, la idea del pensamiento inmaterial sería en cualquier caso un factor dependiente en la genealogía de la escisión.

II.6.2. El mundo griego.

II.6.2.1 El nacimiento oficial de la filosofía y la pervivencia del espíritu dualista

Lo que sostengo en este punto es que Dewey, de un modo heterodoxo pero coherente con su naturalismo, no asigna ninguna función transicional al nacimiento del pensamiento racional en forma de filosofía, ni ninguna innovación radical en la actitud del hombre (en el sentido convencional que se da al paso entre explicación irracional y racional, entre Mito y Logos) a la hora de "producir" la escisión de los dos mundos.

Según Dewey, lo que hicieron los primeros filósofos griegos (y recordemos nosotros con Werner Jaeger el carácter teológico de aquellos primeros filósofos, desde Hesíodo a la llegada de los sofistas) fue sistematizar y elevar a dignidad ontológica la misma estructura mental, social, política, y económica que dominaba la vida cotidiana. Lo importante es la formación de esa estructura social dualista señor / esclavo, ciudadano / meteco, guerrero / artesano, por medio del sentido común y de la religión. Cuando llegan los griegos (y a diferencia de lo que piensan Nietzsche o Heidegger), para Dewey la escisión estaba consumada; lo que hicieron ellos fue expresarla racionalmente.

Así, según nuestro autor, la importancia epocal del nacimiento de la filosofía debe ser rebajada:

«El cambio de la religión a la filosofía fue tan grande respecto a la forma, que se pierde de vista fácilmente la identidad respecto al contenido. (...) Es bien conocido que aquella parte del sistema de Aristóteles que generaciones posteriores llamaron "metafísica", él la llamó "filosofía primera"» ¹³

Dewey recuerda después que Aristóteles identificó su protofilosofía con la teología, la cual superaba a las demás ciencias en que no trataba como éstas de la generación y la producción, y que podía establecer la verdad demostrativa y necesaria debido a que sus objetos eran divinos ¹⁴.

La opinión general de Dewey sobre el influjo de los griegos en la historia del pensamiento es matizada y dual; por una parte elogia su naturalismo y su liberación del pensamiento respecto al poder político y eclesiástico, pero por otra les hace reos de haber fijado para la historia intelectual subsiguiente la división previa que hemos mencionado en II.6.1, glorificando lo cierto, invariante, inmaterial, estático y teorético a costa de lo dudoso, cambiante, empírico, dinámico y práctico.

II.6.2.2 Señores y esclavos.

Los griegos fijaron teóricamente el dualismo entre conocimiento racional y empírico. El primero era la forma superior de conocimiento expresada en la ciencia y la filosofía (entonces unidas); una forma racional y pura, completa y perfecta, emancipada de las compulsiones y

exigencias de la praxis. El segundo era la forma inferior de conocimiento expresada en la artesanía y el comercio; una forma dependiente de los deseos e intereses, incompleta e imperfecta, tejida por la indignidad.

El factor social en la formación de los dualismos operaba al asignarse el conocimiento racional a los ciudadanos libres, y el empírico a los artesanos, siervos y no-ciudadanos. La división social de la vida ateniense contribuyó a la desvalorización del obrar frente al conocer, y si los esclavos y artesanos se ocupaban de labores orientadas a satisfacer las necesidades vitales de los ciudadanos libres, éstos quedaban liberados del trabajo y se dedican precisamente a lo contrario, a la *skhole*, al ocio, al discurso y a la razón.

Esta división social, al conceptualizarse y legitimarse teóricamente en escritos de autoridad como *La República* platónica, consolidó formalmente la escisión entre *praxis* y *theoria*, entre *empiría* y *episteme*, entre *doxa* y *logos*.

El germen de la disociación moral de nuestro tiempo entre una ética pura y teórica (o una metaética) desinteresada de los problemas éticos y sociales, y una práctica moral y social despiadada y sin control reside para Dewey en la dicotomía que los griegos explicitaron entre "actividad" y "acción", "obrar" y "hacer", y últimamente "teoría y práctica" ⁽¹⁵⁾, cuya diferencia axiológica tuvo un origen socioeconómico que se tiende a olvidar.

II.6.3. El cristianismo.

Los productos de la civilización griega, espléndida en sí misma, tuvieron para Dewey al transmitirse unos efectos negativos en relación al problema del dualismo. En primer lugar, los tuvieron sobre el problema del conocimiento.

Dewey asigna al cristianismo la responsabilidad de haber desnaturalizado el sujeto cognoscente:

«(...) mientras que según la versión griega la mente, en lo que respecta tanto a sus operaciones sensibles como a las racionales, constituía una manifestación culminante o fin último de los hechos naturales, en la versión medieval -de la cual surgió la filosofía moderna sin superar algunos de sus dogmas fundamentales- el alma y la mente adquirieron rasgos decididamente sobrenaturales. Estos rasgos, en forma más o menos atenuada, reaparecieron en el "sujeto" cognoscente extranatural de la filosofía moderna, contrapuesto al mundo natural como "objeto"» ⁽¹⁶⁾

En "Anti-Naturalism in Extremis" ⁽¹⁷⁾ afirma que el cristianismo inyectó en la filosofía teórica de Aristóteles fuertes dosis de supernaturalismo, desfigurándola. En el aspecto moral, sin embargo, era tan evidente el naturalismo aristotélico que la teología tuvo que dar una versión nueva de las virtudes naturales, alejándolas del deseo, del cuerpo y de la carne.

Dewey hace recaer ⁽¹⁸⁾ sobre San Agustín y San Pablo la mayor cuota de autoría en la noción, históricamente anterior, de la carne corrupta, del estado "caído" del hombre natural y de la pecaminosidad intrínseca de los

apetitos, implicando un dualismo ético que llega en su influjo hasta nuestros días. En cualquier caso, la connivencia de los intereses institucionales religiosos con la propagación y exacerbación de los dualismos existenciales está para Dewey, que se opuso siempre a toda forma organizada y doctrinal de religión, fuera de toda duda. Sin embargo, ni hizo de ello un tema de su filosofía ni aparece tratado en profundidad en ninguno de sus escritos.

II.6.4. La revolución científica

En L (19) Dewey reconoce que el renacimiento de la "ciencia genuina" tuvo su inspiración en los productos del pensamiento griego, pero fue la ascendencia de los instrumentos de uso en las artes prácticas, como las lentes y la brújula, y el creciente papel de la experiencia, lo que reanimó aquel pensamiento. Se pusieron bajo el control experimental la electricidad, el calor, la luz; se valoraron los procedimientos artesanales, como precipitar y fundir, unir y separar, calentar y enfriar.

La prueba de validez de los conceptos se halló en su aplicabilidad al "material cualitativo de la existencia", y en su capacidad para establecer un control sobre el mismo, en vez de en su participación en un discurso racional aislado. Esto es lo que destruyó la separación entre teoría y acción, afirma textualmente en la p. 92. Y la consecuencia es que se introdujeron los métodos científicos en los contenidos y técnicas del sentido común, donde "sentido común" significa conocimiento vigente en un grupo social, no discutido y no metódico.

Según Dewey, el impacto de las ciencias sobre el dualismo fue en principio, positivo, como afirma en CF:

«En la relación entre naturaleza y fines humanos y esfuerzos, la ciencia reciente ha roto el viejo dualismo. Ha estado ocupada en esta tarea durante tres siglos» (20)

Hubo, sin embargo, un aspecto en los primeros pensadores científicos modernos que prolongó el viejo ideal heleno del conocedor separado del mundo conocido. Fue el ideal de "objetividad absoluta". Stephen Toulmin ⁽²¹⁾ lo sintetiza con la aplicación de las matemáticas a la astronomía, y la idea de que no era preciso modificar las condiciones de los procesos para descubrir las leyes de la Naturaleza.

Dewey (22) puso como modelo de la absoluta objetividad el ideal de Laplace de un Calculador Omnisciente: un ente de razón a quien, dándosele las posiciones y velocidad inicial de cada partícula en el momento de la Creación, no le sería imposible calcular con la sola ayuda de las leyes newtonianas la historia entera del Universo. Hemos escogido este ejemplo porque continúa, con la concepción de una facultad perceptiva innata y de una naturaleza mecánica, con el viejo dualismo ontológico y epistémico. En éste, como en el Calculador Omnisciente, se da una separación estricta en la cual el conocedor no introduce cambios en el material conocido. Una objetividad ésta que -contra lo que sostiene el propio Toulmin- no refleja una "interacción unívoca", sino una relación unívoca que contradice la interacción deweyana, la cual siempre es bidireccional: sujeto-objetiva y objeto-subjetiva, por expresarnos en términos consabidos.

Esta separación de mente conocedora y mundo conocido pronto ejercería sobre el dualismo pensamiento / acción un efecto paradójico, que señalaremos en el subparágrafo siguiente.

II.6.5 La "aparente discordia"

"Aparente discordia" es la fórmula con que nombramos la dicotomía histórica que se produce entre los problemas científicos y los problemas humanos, reproduciendo *sub specie temporis nostri* la dicotomía entre lo ideal y moral -las humanidades, la religión, la ideología-, y lo material -lo mecánico, lo experimental-.

Bajo una mirada superficial, podría parecer que los efectos de la cultura científica sobre la fractura valores / hechos debieran ser forzosamente benéficos, pero lo cierto, sostiene Dewey, es lo contrario: se ha intensificado una separación que dará lugar al tema de la "aparente discordia", presentada como "una aguda división entre la investigación del sentido común y su lógica y la investigación científica y su lógica" ⁽²³⁾. Este es el problema de carácter cultural: en los asuntos de verdadera importancia humana no influye la ciencia, y creencias precientíficas siguen arraigadas en campos de investigación social como la moral y la política.

Un caso paradigmático es el uso de la bomba atómica en 1.945. Tres meses después de su explosión, Dewey publicó "Dualism and the Split Atom", donde la califica de "agente de destrucción", aludiendo al "cultural lag" que la produce en los siguientes términos:

«trágica grieta entre lo que es distintivamente humano por un lado y la ciencia y tecnología que

calificamos de meramente materiales por otro. Tanto como dure la grieta, la ciencia y la tecnología operarán demasiado a menudo en forma inhumana» (24).

II.6.5.1 - Causas de la "aparente discordia"

La causa de la discordia entre un humanismo teórico y una ciencia no-humana reside en que los beneficios de la ciencia, al aplicarse a los objetos materiales, operan como agentes disyuntivos entre ciencias y humanidades, dejando en poder de éstas últimas el campo completo del valor y la cualidad, y en el de las primeras el del hecho y la cantidad; a un lado lo descriptivo y al otro lo normativo.

«Por una curiosa rareza, el resultado actual de este desarrollo histórico en las ciencias naturales no ha sido la adopción del mismo método de investigación en los asuntos humano-morales; sino más bien la intensificación del supuesto dualismo entre lo normativo y lo descriptivo (...)).» (25)

Según Dewey, las relaciones entre el sentido común y la ciencia son unidireccionales: la ciencia arranca de los problemas del sentido común, pero el retorno está bloqueado.

Las escuelas filosóficas persisten en la separación al juzgar necesaria la división entre razón y experiencia.

Dewey menciona dos causas comúnmente aducidas para explicar ese efecto paradójico: primero, que el sentido común tiene que ver con un campo cualitativo, y la ciencia con un campo cuantitativo (26), y segundo que como el sentido común se ocupa de problemas de uso y disfrute, es

teleológico. La ciencia, en cambio, que prefiere la causa eficiente a la final, no trata de fines y valores «27».

Que el sentido común también se ocupa de instrumentos y medios, y que la ciencia también cuenta con fines y valores propios, es algo que veremos en la parte sistemática.

Respecto al dualismo pensamiento / acción, la "aparente discordia" tuvo el efecto de eliminar las nociones de valor (value-conceptions) de las ciencias. Y fue precisamente el estado de cosas que impuso la revolución científica el que desalojó los fines y valores del campo científico:

«Durante siglos, hasta, digamos, los siglos XVI y XVII, se supuso que la naturaleza era lo que era a causa de la presencia de fines en ella. (...) La filosofía clásica identificaba *ens*, *verum* y *bonum*, y la identificación se tenía por una expresión de la constitución de la naturaleza como el objeto de la ciencia natural. En tal contexto no había apelación ni lugar para ningún problema separado de la valoración y los valores, pues lo que ahora llamamos valores se entendía incorporado integralmente en la propia estructura del mundo. Pero cuando las consideraciones teológicas fueron eliminadas de una ciencia natural tras otra, y finalmente de fisiología y biología, el problema del valor surgió como un problema separado» «28».

Retrospectivamente, parece que la eliminación de las consideraciones teleológicas en las ciencias emergentes fue una medida necesaria para su progreso; lo cierto es que tuvo como consecuencia que los fines y deseos humanos fueran progresivamente adscritos al reino teológico y metafísico de un pensamiento sin conexiones empíricas.

II.6.5.2 La "tentación del retorno" y el camino a seguir

La tentación del retorno es el tipo conservador de solución al problema de la aparente discordia. Pretende una vuelta al sistema de creencias y de organización del saber que mantuvo su autoridad a lo largo de la época precientífica, con el fin de eliminar el imperio de la técnica deshumanizadas sobre las relaciones humanas:

«El remedio [según los anticientíficos] es sujetar la ciencia física y la tecnología industrial a lo que los representantes de este grupo llaman "moral", con independencia de los inmensos cambios que están teniendo lugar en todas las condiciones de la vida humana» ⁽²⁹⁾.

La tentación surge como un rechazo saludable a la idea de construir el hombre bajo un modelo mecánico, pero, como insinúa Dewey en CF ⁽³⁰⁾ el mecanicismo y el materialismo representan el segundo cuerno de un dilema en cuyo primer cuerno se asienta un espiritualismo reduccionista. Para Dewey ⁽³¹⁾ el hecho de que la ciencia trabaje con un aparato simbólico diferente al del sentido común y su material técnico no esté al alcance del mismo, no significa que haya una división "dentro del objeto existencial". Problemas diferentes requieren diferentes técnicas de investigación, o hasta diferentes lenguajes ⁽³²⁾: eso es todo. La ciencia es una actividad potencial que organiza los problemas del sentido común, por el que entiende Dewey el conjunto de creencias y nociones cualitativas que se aceptan por una

comunidad como dados; en cada comunidad habría un número de sentidos inmediatos que funcionan normativamente en función de su carácter pre-lingüístico y pre-racional, de manera que el sentido común determinaría ciertos fines sociales «³³».

Digamos, la importancia dada al deporte o a la moda cíclica en nuestra sociedad contemporánea podrían ser dos ejemplos de este sentido común. Pues bien, para Dewey, los problemas científicos, expresados en lenguaje cuantitativo, proceden de y revierten al sentido común, que es cualitativo.

A mi modo de ver, Dewey introduce para la ciencia respecto a las relaciones humanas el mismo instrumentalismo que adjudica al pensamiento respecto a la acción. Para él, a diferencia de los cientifistas, la ciencia es un mero medio de resolver problemas específicamente humanos.

Frente a los que consideran que las ciencias naturales invaden un ámbito ajeno al interferir en los asuntos elevados, y que es el hecho mismo de la fisión atómica lo que constituye el mal de la modernidad, Dewey arguye en otros lugares que la guerra es un mal precientífico, y que precisamente el retraso del área donde ocurren las guerras - las relaciones diplomáticas, la política, la ciencia de lo humano-, respecto al área en que se aplica el método científico -lo material, lo físico- encarna ese mal. No podemos volver atrás en la invención de la pólvora porque se usa militarmente; lo que se puede hacer es precisamente introducir la investigación en campos humanos que hasta ahora han sido abandonados a la costumbre, a la autoridad o

a los intereses del poder, de manera que se produzca una moralización de la ciencia y una aplicación de las virtudes científicas a los saberes humanos. En resumen, lo que pretende Dewey es que la ciencia deje de dirigirse solamente a la naturaleza, y dedique también su poder explicativo a la resolución de problemas sociales y morales.

Que cierto género de nuevas desigualdades y desequilibrios, junto al influjo benéfico en la vida diaria de las personas, así como nuevas formas de dualismo, han sido introducidas precisamente con la hegemonía de la ciencia, Dewey no lo pone en duda. Pero en la resolución del dilema -un dilema práctico que se agudiza peligrosamente- sólo caben dos opciones: vuelta de la ciencia a su antigua posición ancilar o definitiva inmersión de la ciencia en los asuntos humanos:

«La solución no está en retornar a la sujeción a la supuesta autoridad de los dogmas y las instituciones que incorporan y perpetúan las divisiones que sufrimos. Está en llevar hacia adelante la aplicación de nuestros mejores procedimientos y resultados científicos de manera que actúen dentro y no sólo fuera o en contra de los valores morales e intereses de la humanidad. Es la ocupación del hombre moderno usar todo su esfuerzo en comprender que los inmensos recursos tecnológicos ahora a nuestro servicio no están limitados en su uso a fines previamente degradados como meramente materiales o utilitarios en algún sentido bajo, sino que son sistemáticamente empleados en ayuda de la seguridad y el bienestar humano (...))» ⁽³⁴⁾

En nuestro campo de interés, concluiremos que en Dewey es preciso constituir lo que se ha llamado su "ética

científica" como una tarea de interés social -no tenemos mucho tiempo para la integración de ciencia y sentido común, parece intuir Dewey ya en 1.945-, cuyo instrumento será la «posibilidad de proposiciones genuinas acerca de la dirección de los asuntos humanos» ⁽³⁵⁾. Pero no adelantamos acontecimientos. Concluido el repaso al proceso que condujo al divorcio actual entre pensamiento y acción -del cual es un mero escolio el divorcio entre descripción y norma, origen de nuestro trabajo-, nos aprestamos ahora al análisis sistemático de los dualismos sectoriales.

NOTAS

- (1) O.C. / MW 2: 26.
- (2) "Body and Mind", O.C. / LW 3: 25.
- (3) CF, O.C. / LW 9: 36.
- (4) "Body and Mind", O.C. / LW 3: 27.
- (5) *Ibidem*.
- (6) QC, O.C. / LW 4: 1-250.
- (7) QC, O.C. / LW 4: 3 y ss.
- (8) QC, O.C. / LW 4: 3.
- (9) QC, O.C. / LW 4: 4.
- (10) L, O.C. / LW 12: 78.
- (11) DE, p. 336.
- (12) QC, O.C. / LW 4: 3 y ss.
- (13) QC, O.C. / LW 4: 12.
- (14) Para la relación de Dewey con Platón y Aristóteles respecto al tema de los dualismos, ver el interesante "John Dewey and Ancient Philosophies", de J. P. Anton, pp. 491 y ss. Un rechazo a la separación de cualidades desde la perspectiva deweyana se puede ver en la "Introducción" de Ratner en Ratner, J. (ed.), Intelligence in the Modern World, p. 47.
- (15) La disociación más decisiva, que trataremos en II.12.1.
- (16) "By Nature and by Art", O.C. / LW 15: 87.
- (17) O.C. / LW 15: 46-7.
- (18) "Anti-Naturalism in Extremis", O.C. / LW 15: 47.
- (19) L, O.C. / LW 21: 79.
- (20) O.C. / LW 16: 37.
- (21) Toulmin, Stephen, "Introduction", O.C. / LW 4: xv.
- (22) QC, O.C. / LW 4: 161.
- (23) L, O.C. / LW 12: 81.
- (24) "Dualism and the Split Atom", O.C. / LW 15: 200.
- (25) O.C. / LW 16: 339.
- (26) L, O.C. / LW 12: 81.
- (27) L, O.C. / LW 12: 82.
- (28) TV, p. 2.
- (29) "Dualism and the Split Atom", en O.C. / LW 15: 200.
- (30) CF, O.C. / LW 9: 37.
- (31) L, O.C. / LW 12: 82.
- (32) L, O.C. / LW 12: 82.
- (33) En el sentido expuesto en L, O.C. / LW 12: 67-8.
- (34) "Dualism and the Split Atom", en O.C. / LW 15: 202.
- (35) TV, p. 4.

II.7 EL DUALISMO METAFISICO

Este dualismo sostiene básicamente que se da una división insuperable entre dos reinos: el del ser, que es superior, verdadero, fijo y necesario, y el del no-ser, que es inferior, incierto o erróneo, cambiante y contingente.

En ciertas conformaciones el ala noble del dualismo comporta lo nouménico, cierto, inmóvil, significativo, valioso, y el ala innoble lo fenoménico, probable, móvil, insignificante y fáctico.

Jalona todos los tramos de la historia filosófica occidental: Parménides, Platón, Aristóteles, Demócrito, Plotino, Marco Aurelio, Santo Tomás, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel, Comte, Bradley, Haeckel, son eslabones que propone Dewey en diversos lugares, de la cadena que honra algo últimamente real, que es racional, ideal, fijo e infinito, como contrapunto salvador y fundamentador de otro algo experiencial, ordinario y finito.

El metafísico representa para Dewey el dualismo propiamente filosófico: afirma en diversos lugares que la desconexión de lo ideal y lo real fundamenta todos los demás dualismos, y es el problema central de la metafísica. Dewey sostendrá que lo sustentan los diversos idealismos, atomismos y positivismos, y que ninguna escuela de pensamiento contemporánea se libra completamente de su poder. Un dualismo de amplísimo espectro caracterizado por un sentido originariamente religioso y existencial, que



permea las dicotomías dependientes: 1- ideal / real, 2- ser / devenir, 3- necesidad / contingencia, 4- fijeza / cambio, 5- espíritu / materia, 6- yo / mundo y ⁷⁻ alma / cuerpo.

Considerémoslas separadamente.

II.7.1. Dicotomía ideal / real.

En ocasiones, Dewey la asimila a lo sobrenatural / natural. Lo ideal es entendido, no en el sentido de privación de realidad, sino en el sentido de perfección y acabamiento, de Realidad última como modelo de perfección hacia la que tiende lo (meramente) real; lo real, por su parte, no se entiende en el sentido substancial de la *realitas*, sino en el sentido defectivo de lo imperfecto y aparente. .

La evolución de la dicotomía ha decantado modos privilegiados de acceso a ese ámbito de idealidad, como el modelo místico, valorado por Dewey como

«(...) una ilustración de la tendencia general a dividir dos reinos separados, en uno de los cuales tiene jurisdicción la ciencia, mientras en el otro tienen autoridad modos especiales del conocimiento inmediato de objetos religiosos. Este dualismo, al operar en la interpretación contemporánea de la experiencia mística con la finalidad de dar validez a ciertas creencias, no es más que un restablecimiento del viejo dualismo entre lo natural y lo sobrenatural, en términos mejor adaptados a las condiciones culturales del presente. (...) Como método [el doctrinal de la experiencia mística] carece del carácter público perteneciente al método de la inteligencia. Además, cuando de la experiencia en cuestión no se sigue la conciencia de la existencia de Dios (...) la réplica inmediata es que

no es una experiencia religiosa genuina. Pues, por definición, la experiencia es religiosa sólo cuando se alcanza este resultado particular.» ⁽¹⁾. (1940)

La transición ideal / real -que conduce a la de valor / hecho- se ha de realizar, pues, mediante métodos públicos y activos, pues tanto el misticismo como el ateísmo se resienten de la separación estéril entre lo ideal y lo real:

«(...) hay una marcada diferencia entre la unión asociada con el misticismo y la unión a que me refiero. En la última no hay nada místico: es natural y moral. (...) Una razón por la cual considero adecuado usar la palabra "Dios" para denotar la unión de lo ideal y lo real del que hemos hablado, reside en el hecho de que me parece que el ateísmo agresivo tiene algo en común con el supernaturalismo tradicional» ⁽²⁾.

La unión propuesta por Dewey es una unión práctica, que se constituye por la acción inteligente del hombre, y si Dewey consiente en su fase pragmatista llamarla con el nombre de Dios, lo hace sobre la base de no significar un ente particular, sino la convergencia unificadora de todos los ideales por medio de la dirección de los deseos y de la conducta. La unión no existe objetivamente, sino que hay que producirla. El mal -en Dewey, el desorden, el estancamiento, la separación- existe en proporciones semejantes a las del bien -el orden, el crecimiento, la integración- y el hombre se encarga de desequilibrar la balanza mediante su intervención uni-ficadora.

II.7.2 Dicotomía ser / devenir.

A) El ser se caracteriza por la esencia, el devenir por la existencia.

El hombre aspira a la perfección y la inmortalidad. Como el mundo conocido es un mundo en que las cosas cambian, nacen y mueren, se precisa una entidad comprensiva y trascendente que reduzca tales experiencias a una mera apariencia: la definición platónica del tiempo como forma móvil de la eternidad me parece una buena ilustración.

Incide esta dicotomía en la desvalorización de la experiencia diaria, las transformaciones y los cambios. En EN ⁽³⁾ Dewey afirma que la dicotomía nace con Platón: ideas / eventos, continúa con Aristóteles: potencia / acto, cruza toda la historia de la filosofía, se reencarna en la distinción atributos / modos de Spinoza, y llega al mundo moderno como subsistencia / existencia. Dewey pone el ejemplo terminal de Russell:

«(...) dice [Russell] que las matemáticas nos llevan "a la región de la absoluta necesidad, a la cual no sólo el mundo actual sino todo mundo posible debe adaptarse"» ⁽⁴⁾.

filiando así el formalismo de un sistema independiente de pensamiento perfecto y cerrado fuera de la naturaleza en el viejo intento de construir fuera del tiempo un reino a salvo de la precariedad ⁽⁵⁾, un reino procedente del platonismo,

que procuró evitar todo contacto entre los arquetipos ideales y los eventos físicos.

La formalización de la lógica y las matemáticas, vinculadas a una tautologización vacía y exenta de conexiones empíricas, reestablece el imperio del modo de la necesidad frente al de la posibilidad, y del ser frente al devenir. Dewey propondrá una nueva consideración de la lógica, alejada de la ontología y del imperio de la necesidad, y por tanto de la intemporalidad de sus valores, para vincularla a los procesos reales de investigación, y a los problemas vivos de la metodología científica.

Otro aspecto fundamental es la asignación de realidad al ser y de irrealdad al devenir, de suerte que la ontologización del dualismo metafísico conduce a la dicotomía epistemológica clásica realidad / apariencia 'e'.

II.7.3 Dicotomía necesidad / contingencia

Esta dicotomía se expresa ejemplarmente en la física y lógica aristotélicas '7', donde los diversos grados de la contingencia miden los grados de deficiencia del Ser.

La necesidad aplicada a un mundo de eventos parcialmente contingentes se presenta a menudo en Dewey como una supercompensación del miedo al azar puro, y se muestra a lo largo de la historia filosófica como una fuerza

racionalizadora en favor de opiniones y estados de cosas que han perdido su vigencia social. Por ejemplo, en RC:

«cuando se trata de convencer a los hombres de la verdad de doctrinas que ya no son aceptadas bajo la simple aquiescencia a la costumbre y a la autoridad social, pero que tampoco son susceptibles de verificación empírica, entonces no queda otro recurso que magnificar los signos del pensamiento riguroso y la demostración rígida (...) las costumbres dictadas por la tradición y el deseo han invocado la finalidad y la inmutabilidad» «e».

La desconfianza acerca de las fuerzas del hombre se muestra en esta dicotomía -y sus derivadas- como la que se da entre lo absoluto y lo relativo, la certeza y la probabilidad, así como la tendencia a introducir en campos claramente probabilísticos y tentativos, como la propia conducta humana (Bentham), las matemáticas y las ecuaciones definitivas. En HNC se juzga al utilitarismo y al idealismo reos del mismo error. Asimismo, se corre el grave riesgo de divinizar las costumbres, atribuyéndoles la propiedad de definitivas o inmutables.

La recusación de la necesidad y la vindicación de la posibilidad son dos aspectos de la ontología modal que pertenecen a la herencia común pragmatista: James la relaciona con su pluralismo y con el meliorismo, al que también se adherirá Dewey. Para James, el principio de unidad del racionalismo está emocionalmente dispuesto como una garantía del resultado de las operaciones: las cosas

buenas son ciertas y las malas imposibles, escamoteando la modalidad de lo posible. También en Dewey está implícita la crítica genética de las ideas de "absoluto" y "necesario": en ambos pensadores surgen para compensar, como en un embarazo histórico, la tremenda dificultad de asegurar algo que el sujeto o la comunidad juzga imprescindible.

James utiliza las expresiones "salvación del mundo" y "liberación del mundo", y divide los talentos ante esta expresión: pesimista cuando se cree imposible la salvación del mundo y optimista (que es el talento racionalista de la filosofía europea) cuando la juzga inevitable. El meliorismo se presenta como una vía media entre los modos dominantes del pensamiento occidental, el cual juzga la salvación posible, y tanto más probable cuanto mayor sea el esfuerzo invertido. El meliorismo anuncia la noción deweyana de que con mi intervención personal puedo modificar el orden del mundo, y que mi decisión en el juicio práctico es un factor en la resolución de los problemas, una idea-fuerza en el sentido de Fouillée. Las nociones de 'intervención', 'precariedad' y 'acción' se presumen en la idea de que ante ciertas cuestiones de orden existencial y moral, va contra el "espíritu de la vida" (James) permanecer indiferentes o neutrales, lo cual supone una proclamación de necesidad o de fariseísmo. El meliorismo se anuncia como marco de la significatividad moral de los juicios prácticos.

II.7.4. - Dicotomía fijeza / cambio.

Esta dicotomía asocia la realidad con lo invariable y eternamente regular; la fijación de la filosofía griega con el llamado "problema" del cambio es bien conocida, y Dewey señala así la relación del cambio temporal o de cualidad con la supuesta "falta" o "hueco" del ser:

«Alteración, modificabilidad, mutabilidad, son *ipso facto* prueba de inestabilidad e inconstancia. éstas a su vez son prueba de falta de ser en su sentido más pleno» «9».

La importancia dada a los universales y a los conceptos generales sobre los particulares y las existencias, como si aquéllos precedieran y fundamentaran éstos, viene alentada por la creencia metafísica de que es necesario salvar los entes mudables y transitorios mediante algún orden superior escondido tras el velo de Maya de la naturaleza.

La transición se propone siguiendo dos vías:

A) Mediante el evolucionismo.

El título darwiniano "Origen de la especie" hace ya tambalear, para Dewey, el fijismo y el teleologismo de la especie aristotélica. En ID «10» Dewey recuerda que los griegos, en su afán por apartar de su vista el cambio desordenado, idearon una analogía entre la madurez de los seres vivos, hacia la que les parecía estar dirigido el proceso biológico, y la de la naturaleza como un todo,

aplicando de esta manera la causa final al universo, y por lo tanto, asentando la condición irreal del cambio.

Establecieron la fijeza de la especie (eidos \Rightarrow species \Rightarrow especie) como contrapartida a la variación individual, y genéricamente, como expresión de que todo aparente cambio podía pertenecer a una estructura comprensiva que le transmitiera su propia constancia. Darwin, por el contrario, estableció que la adaptación orgánica se debía a combinaciones y variaciones naturales, sin necesidad de apelar a ninguna fuerza causal inteligente. Esto acabó con las ideas de que el cambio y el origen eran signos de irrealidad o de tacha.

B) Mediante la defensa de la temporalidad metafísica, que resumimos en la frase "Toda existencia es un evento" ⁽¹⁾.

Para Dewey, y frente al futuro cerrado de los griegos, con su concepción del hado, y de los judíos, con su esperanza en la llegada inevitable del Mesías, el futuro es abierto. Todo cambia en todas direcciones, de manera que no hay diferencia de naturaleza entre el acontecimiento y la estructura en el que se inserta. En EN y otros lugares se ve perfectamente que un sistema, una estructura, no es otra cosa que un cambio de larga duración; un evento relativamente fijo y estable, en el cual adquiere significado el grupo de eventos de corta duración que llamamos procesos.

Hay múltiples derivaciones de este dualismo:

Si la modificación implica falta de ser, entonces se entiende mejor la posición del dualismo epistemológico -que veremos en II.8- según la cual la ciencia sólo se ocupa de causas formales, nunca de lo variable e inestable, que es opinión y conocimiento por los sentidos: formas bajas de conocimiento. Dewey atribuye al predicamento de las causas formales la esterilidad de la ciencia hasta la revolución científica, a partir de la cual ésta «se ocupa del conocimiento de los órdenes del cambio» ⁽¹²⁾.

Asimismo, el teleologismo y la teleonomía -la idea de un diseño previo para el universo y una posición final y perfecta que justifica los procesos cósmicos- hacen surgir la idea de un Fin Último, previamente dado e inamovible, al que ajustar también la conducta humana.

Negación del experimentalismo: se da un origen remoto del miedo religioso al experimento -el cual opera introduciendo cambios sensibles en las condiciones del problema con el fin de comprobar las hipótesis- en esta concepción de lo cambiante como cualidad aparente:

«La esterilidad del conocimiento natural antes de la adopción del método experimental es atribuible, en gran medida, al hecho de que la ciencia antigua y medieval tomaban el material de la observación ordinaria "tal cual", esto es, a trozos y en pedazos como naturalmente dados en un estado confeccionado de antemano. En consecuencia, el único tratamiento que podían darle era dialéctico» ⁽¹³⁾.

Ese miedo supersticioso al experimentalismo pervive hoy día en su forma ética y social, en su rechazo a la propagación de los logros científicos, y, para nuestros intereses, de su extensión a los terrenos de las ciencias morales.

II.7.5 Dicotomía espíritu / materia.

Esta dicotomía actúa en forma unidireccional y sin retroalimentación: se supone que el espíritu es capaz de modificar la materia, pero no al contrario. El motor inmóvil aristotélico es un buen ejemplo histórico ⁽¹⁴⁾. A la materia se le asigna el dominio de lo pasajero, azaroso, imperfecto, efectual e instrumental, en tanto al espíritu se le asigna el de lo imperecedero, cierto, perfecto, causal y final.

La desvalorización de la materia incide en la desvalorización de la sensibilidad que la percibe; origen remoto del dualismo entre la razón y los sentidos, del subjetivismo y de los dos reinos kantianos: el de lo nouménico y el de lo fenoménico.

La consecuencia que más nos interesa es la renuencia a creer que las ciencias físicas tengan algo que decir respecto a la moral:

«Persiste la idea de que hay algo materialista en la ciencia natural y que la moral se degrada si tiene algo que ver con cosas materiales (...) Es imposible decir cuánto del sufrimiento remediable del mundo se debe al hecho de que la ciencia física es considerada

meramente física» (15).

II.7.6. Dicotomía yo / mundo.

Dicotomía ligada a la anterior, considera al yo como un peregrino en el mundo sensible, mundo que queda reducido a un medio de alcanzar la vida eterna. Las doctrinas soteriológicas que ven en el mundo un lugar de prueba o de paso se extienden desde su origen mítico y religioso hasta el cristianismo moderno, y siguen teniendo predicamento en la vida social.

Aquí reside el origen de la división entre lo interior y lo exterior, que da lugar a la dicotomía psicológica y también a la separación epistemológica entre sujeto y objeto, entendido como no-yo. Por ejemplo (16), Dewey critica la treta idealista de separar la experiencia en las esferas del mundo y el yo, y cuando el yo se convierte, como era de esperar, en una instancia egoísta, se busca un *Deus ex machina* que reúna artificialmente lo que antes se ha separado artificialmente: los fines sociales de la actividad individual. Esta crítica, que se repetirá en la distinción valor / hecho, insinúa que sólo la sociología y la psicología aplicadas a la educación pueden liberar al Yo del papel protagonista y aislado que la religión y la metafísica le han asignado.

Esta dicotomía origina tanto los métodos de salvación individual religiosos (ascetismo, misticismo), como de la

interioridad de la teoría moral (exacerbación de la buena voluntad y de los ideales en menoscabo de las consecuencias y los logros) y del individualismo de la teoría política (liberalismo y capitalismo agresivo).

II.7.7. Dicotomía alma / cuerpo.

Dewey suele referirse a la doctrina del alma individual como sujeto cognoscente aludiendo a su origen precientífico y teológico, y la noción bíblica de un "soplo" que Alguien introduce en el cuerpo del hombre bien puede simbolizarla.

Esta doctrina rompe la unidad de hecho del ser humano: en tanto no se concibe la actividad de los pulmones sin el aire, ni la de la digestión sin intercambio de materiales con el exterior, la capacidad de simbolización y transformación de contenidos se abstrae completamente de las condiciones ambientales, y es elevada a regiones infinitas y remotas, de donde se hace proceder su razón de ser, su cualidad y hasta las diferencias individuales de capacidad.

La dicotomía elimina los factores orgánicos del crecimiento y de la historia en la cualidad del alma, como si efectivamente fuera un factor misteriosamente exógeno.

En EN '17' Dewey parte de una consideración orgánica, según la cual toda mente depende del cuerpo y se conforma a través de las experiencias funcionales, desapareciendo finalmente cuando se disuelve su soporte material: no hay un

alma puramente interior y desgajada de las funciones que realiza, y en las cuales consiste su ser.

Dewey ⁽¹⁸⁾ acusa sin nombrarlos al materialismo y al behaviorismo craso de haberse hecho eco de la dicotomía al pretender superarla negando todas las facultades superiores y no somáticas; una táctica que obedece a la ley del péndulo y no hace justicia al carácter interactivo de las funciones intelectivas, emocionales y volitivas al servicio de una unidad orgánica: el ser humano.

II.7.8. Una mirada hacia atrás: la metafísica transitiva.

Resumamos, partiendo de las transiciones parciales, los rasgos de lo que podríamos llamar la "metafísica" de Dewey. Una metafísica que aspira a la transición entre elementos enfrentados mediante un método de observación y descripción de la realidad en sus aspectos omnipresentes -noción de experiencia-, ~~que describimos en III:1.~~

~~Antes~~ señalemos lo que nuestro autor acepta y rechaza de la idea de metafísica. Dewey ⁽¹⁸⁾ rechaza el estudio de lo que se encuentra más allá de todo contexto experiencial -como, por ejemplo, las causas absolutas de que la experiencia sea como es- por considerar su contenido mero verbalismo; pero sí acepta el estudio de los "rasgos genéricos de la existencia", es decir, de aquellos rasgos que se observan como presentes en toda experiencia humana y

a los que no se presta atención precisamente por su carácter saturador.

Nos hallamos, pues, ante una "metafísica de la experiencia", "de la existencia" o "naturalista" | parcialmente inspirada en Woodbridge, a quien conoció en Columbia, y que profesaba una metafísica naturalista y pluralista, apoyada en el "principio de continuidad". No entraremos en el problema de hasta qué punto es viable en el empirismo de Dewey una metafísica naturalista, empírica e hipotética, obviando la crítica de "animismo" que le han hecho Santayana y Kahn ⁽²⁰⁾, entre otros, sobre el antropocentrismo que supone la "humanización" de esos rasgos genéricos. Los rasgos omnipresentes, según Dewey, en toda experiencia ⁽²¹⁾ son: a) continuidad, b) actividad, c) interacción, d) cambio y e) precariedad.

Todos ellos -con excepción de la continuidad, de la que ya hemos hablado en su excepcionalidad de "principio"- serán estudiados en la parte programática, principalmente en los capítulos dedicados a la experiencia y a la situación ⁽²²⁾.

NOTAS

- (1) CF, O.C. / LW 9: 26-8.
- (2) CF, O.C. / LW 9: 35-6.
- (3) EN, O.C. / LW 1: 53-4.
- (4) Idem, p. 54.
- (5) La cual es un rasgo primario de la existencia, como veremos en III.1.
- (6) Vid. II.8.
- (7) EN, O.C. / LW 1: 48.
- (8) RC, O.C. / MW 12: 91.
- (9) "By Nature and by Art", O.C. / LW 15: 84.
- (10) ID, O.C. / MW 4: 3-14.
- (11) EN, O.C. / LW 1: 63.
- (12) "By Nature and by Art", O.C. / LW 15: 85.
- (13) Idem, p. 90.
- (14) EN, O.C. / LW 1: 65.
- (15) HNC, O.C. / MW 14: 10. Cuando Dewey escribe "potencialidades morales de la ciencia física" en contextos como el presente, parece significar por 'ciencia física' las ciencias naturales en sentido amplio.
- (16) "The Metaphysical Method in Ethics", O.C. / EW 5: 30-1.
- (17) EN, O.C. / LW 1: 212.
- (18) Dewey, "The Unity of the Human Being", p. 827.
- (19) "The subject-matter of Metaphysical Inquiry", *Journal of Philosophy*, XII (1.915), pp. 337-345.
- (20) Santayana, en "Dewey's Naturalistic Metaphysics", y Kahn, en "Experience and Existence in Dewey's Naturalistic Metaphysics".
- (21) Rasgos que, como afirma Alexander en John Dewey's Theory of Art, Experience & Nature, p. 87, propone Dewey sin indicar qué metodología ha aplicado en su formulación.
- (22) Dewey dio en otros lugares listas diversas, sin que hubiera nunca una voluntad de sistematizar, como en las categorías kantianas, los diversos predicables. Para algunos autores, como Bausola (vid. Bausola, L'etica di John Dewey, p. 183), sólo hay dos predicables: precariedad y actividad; para otros, como Alexander (Alexander, John Dewey's Theory of Art, Experience & Nature, p. 89) los hay en número de quince: transacción, lo precario, lo estable, cualidades o fines, medios o relaciones, historias y procesos, comunidad, selectividad, continuidad, emergencia, potencialidad, actualidad, tiempo, proceso e historia. Esta disensión viene a confirmar la multiplicidad de

interpretaciones posibles a que se hace acreedor Dewey
en este punto.

II.8 EL DUALISMO GNOSEOLOGICO

II.8.1. Exposición del dualismo gnoseológico

Según Dewey, el dualismo gnoseológico se expresa en la pregunta: ¿es posible el conocimiento? Para nuestro autor, la vigencia de esta pregunta indica tan sólo que se pone una consecuencia de la experiencia en el lugar constitutivo de la experiencia ⁽¹⁾. El interaccionismo de Dewey mantiene que, de la misma manera que la existencia de obras de arte anula la pregunta: ¿cómo es posible que exista en absoluto el arte?, y la sustituye por la de las condiciones, rasgos, funciones y consecuencias de las obras de arte conocidas, la existencia del conocimiento diario convierte la pregunta por el fundamento del conocimiento, más que en una invitación al pensamiento, en un síntoma morboso.

II.8.1.1. La dicotomía sujeto / objeto

Es la dicotomía más relevante y comprensiva, y Dewey ⁽²⁾ cifra ella la división de la filosofía moderna entre empirismo e idealismo.

Según cierta conformación subjetivista de la dicotomía, el sujeto es heterogéneo a las cosas naturales que contempla, está en cierto sentido lógico por encima de ellas, y tiene la capacidad de introducir relatividades en

la realidad, de sintetizar la experiencia y de darle los principios por los que debe regirse.

Según otras conformaciones, el objeto se contempla como algo terminado e intocable, puesto delante del sujeto; todo lo que el sujeto puede hacer con él es verlo desde distintos puntos de vista y reflejarlo: medida de un orden cósmico o creatura de Dios, no es plástico ni accesible, sino fijo y misteriosamente inabordable.

El sujeto es la formulación abstracta del alma, la mente, la conciencia, el conocedor en general, en una facultad autónoma e independiente del trasiego empírico del organismo en el que está alojado; en la misma forma que un piloto está alojado en su nave.

Un buen número de dicotomías dependen de la de sujeto / objeto, y reproducen con sus peculiaridades históricas las dificultades de ésta: mencionamos simplemente las que se dan entre realidad y apariencia (noúmeno / fenómeno y otras conformaciones), conocimiento racional y conocimiento empírico, *a priori* y *a posteriori*, *sense data* y objeto.

II.8.1.2. La teoría del espectador

La crítica -ya esbozada por Peirce- a la teoría según la cual el sujeto de conocimiento es un espectador dotado de un "ojo mental", y el objeto un espectáculo independiente del sujeto, aparece por vez primera en la Ps de 1.887 («la mente no ha sido un espectador pasivo del universo, sino que ha

producido y produce ciertos resultados» ⁽³⁾, pero el lugar donde más incide en la teoría son los capítulos centrales de QC y el capítulo 5 de R, que intentaremos esbozar.

Para Dewey, la teoría del espectador imprime su sello a toda la filosofía tradicional. Tanto empiristas como idealistas conciben el conocimiento como una relación entre dos elementos discretos: lo conocido, que es externo, público y material, y el conocedor, con una facultad interna, privada y espiritual. El conocedor *contempla* el universo sin inmiscuirse en el mismo, lo *observa* y juzga desde un estrado a salvo de la contaminación de lo conocido, como un espectador que asistiera a una función. De nuevo el origen se remonta a Grecia. La naturaleza como algo acabado y digno de admiración -contemplación- estética, propia del mundo antiguo y de las culturas estéticas. Esta visión contrasta con la intervención del conocimiento moderno al utilizar a la Naturaleza como material transformable ⁽⁴⁾. La aceptación religioso-metafísica de las condiciones naturales, frente al dominio de orden técnico-científico, reproduce la estrategia 1 del género humano -que ya reprodujimos en II.6.1.2-, y convierte al conocedor en un ser esencialmente pasivo que reproduce mediante *visión mental* el espectáculo de la Naturaleza; una Naturaleza que se pretende ya acabada, fija y en ocasiones hasta perfecta, como parte de la táctica meramente compensatoria que se esgrime al no poder modificar -debido al escaso nivel técnico de ese estadio- las condiciones naturales:

«La división del mundo en dos tipos de Ser, uno superior, accesible solo a la razón y de naturaleza ideal, el otro inferior, material, cambiante, empírico, accesible sólo a la observación sensorial, lleva inevitablemente a la idea de que el conocimiento es contemplativo en su naturaleza» (5).

La noción de que la naturaleza era racional en sí misma quitaba todo el sentido a la acción del hombre como creador, y lo relegaba a la situación de un mero *voyeur* cuya máxima aspiración era la de copiar estérilmente la estructura de lo ya dado: la inteligencia humana como espejo del Universo, en forma del calculador Omnisciente laplaceano, del matematizador universal que con las leyes en la mano y una posición inicial conocida podía prever todas las posiciones futuras, incidía en la separación de la inteligencia y la acción cuyo último vástago es el desinterés por la ética sustantiva y la grieta entre ser y deber ser, entre valoración y descripción, entre la mente y los resultados de la actividad práctica. Insistimos en que el origen de la idealización y racionalización del mundo implícita en la teoría del espectador no es otro que la incapacidad histórica que ha padecido el hombre de introducir cambios en la Naturaleza que facilitarían la vida en su seno.

Si se admite la impotencia del conocimiento respecto a los procesos mundanos, la filosofía puede entonces dedicarse a la búsqueda de los fundamentos del conocimiento en general y a las condiciones por las que un objeto "aparente" puede concebirse como "real" gracias a una posición absoluta -la

"posición privilegiada" rortyana 'e)- fuera de los marcos heurísticos, y que no comparte con las otras posiciones absolutas más que su propio carácter absoluto.

II.8.1.3 Procedencia del dualismo metafísico.

Además del sentido evidenciado en la cita anterior de R, en el dualismo gnoseológico es condición necesaria la existencia de un agente específico de conocimiento que adopta un papel decisivo en la conformación de la realidad: también el sentido epistemológico del sujeto, la conciencia, el intelecto, la Razón, son entidades residuales del Alma metafísica:

«El Ser Verdadero o Realidad es completo; siendo completo, es perfecto, divino, inmutable, el "motor inmóvil". Después hay cosas que cambian, que vienen y van, que nacen y mueren, a causa de la falta de estabilidad que sólo la participación en el Ser último confiere. Estos cambios, sin embargo, tienen forma y carácter y son conocibles en la medida en que tienden a un fin que es la realización y compleción de los cambios en cuestión. (...) Lo perfecto y completo es el pensamiento racional, el "fin" último o término de todo movimiento natural. Lo que cambia, deviene y desaparece, es material; el cambio *define* lo físico. (...) Estos dos reinos pertenecen a dos tipos de conocimiento. Uno de ellos es el conocimiento en sentido completo, la *ciencia*. Tiene una forma racional, necesaria e inmutable. Es *cierta*. El otro, que trata con el cambio, es creencia u opinión; empírica y particular; es contingente, asunto de probabilidad, no de certeza» '7'.

Los efectos de la metafísica se hacen sentir en primer lugar sobre la epistemología: la concepción del pensar como

un acto puramente mental, desligado de los órganos corporales y de la acción; la propia teoría del espectador, que precisa de una "facultad" independiente del cuerpo y sus conexiones con el teatro del mundo; el divorcio de la lógica, entendida como mero reflejo de la estructura mental, de los procesos indagatorios reales; los sentidos fuertes de la mente o la conciencia como fuente de conocimiento o de moralidad o de apreciación estética, son una reedición del alma teológica.

II.8.1.4 Significado del dualismo

La noción dependiente de la teoría del espectador según la cual el universo es racional *per se* y el hombre ha de acomodarse pasivamente a sus dictados, incide según Dewey en la búsqueda de la filosofía moderna de unos principios de la "naturaleza humana" a los que acomodarse, como si lo que ha de ser el género humano no dependiera de lo que éste haga, sino de algún principio "natural" previo y salvador.

Indudablemente, la separación entre hombre (o cultura) y naturaleza procede de este punto.

De acuerdo con este punto de vista, la técnica y las ciencias físicas (modernas) son impuras y bajas, en contraste con el pensamiento metafísico y moral, que es puro y elevado: en QC compara Dewey la actividad de la Racionalidad pura con la de la Opinión:

«La actividad pura es racional; es teórica, en el sentido en que la teoría es aparte de la acción práctica. Después está la acción de elaborar (*making*) y hacer (*doing*), ocupado con las necesidades y defectos del bajo reino del cambio en el cual, en su naturaleza física, el hombre está implicado» ^(e).

El subjetivismo ético, que surge del subjetivismo gnoseológico implícito en la teoría del espectador, es en Dewey otra forma de nombrar el egoísmo ^(e). Si el sujeto está separado del objeto, en ética se tenderá a independizar los fines del sujeto de los fines sociales.

II.8.2. La transición gnoseológica: el modelo del artesano

La transición en este campo sólo puede alcanzarse en el cambio de mentalidad, introducido con el desarrollo de la ciencia, en el sentido de que conocer no es un asunto subjetivo y dialéctico, sino empírico y experimental. En vez del modelo del espectador, se propone el del artesano: transformación de las condiciones naturales en vez de contemplación estática de una Naturaleza dada. Sólo podrá realizarse con las nociones de experiencia y acción en funcionamiento. La idea de que conocer es producir, experimentar y probar, tanto como analizar y revisar, acabaría con lo que llama Dewey la industria epistemológica, es decir, con la insistencia en caminos sin salida procedentes de la consideración absoluta y principal del

conocimiento, de la búsqueda de sus fundamentos fuera de los procesos concretos de conocimiento:

«Si el conocer fuera habitualmente concebido como activo y operativo, (...) el primer efecto sería emancipar a la filosofía de todos los puzzles epistemológicos que ahora la dejan perpleja. Pues todos ellos proceden de una concepción de la relación de la mente y el mundo, el sujeto y el objeto en el conocimiento, que asume que conocer es comprender lo que ya está en la existencia» (10).

En esa línea de pensamiento, realista y pluralista, Dewey concebirá las leyes -leyes de la mente o de la Naturaleza- más bien siendo de naturaleza estadística que de naturaleza absoluta, más bien como medios instrumentales de conocimiento que como fines a los que se adapta el conocimiento. Son las regularidades las que conforman las leyes, y no las leyes las que dictan las regularidades.

En consecuencia, se despojan a las leyes naturales (11) de su aureola absoluta, para concebirlos como producto del libre desarrollo de los acontecimientos.

II.8.2.1 El principio de indeterminación

Como es sabido, el principio de indeterminación (o de incertidumbre) fue formulado por Heisenberg en 1.927, y afirma que cuando medimos la velocidad de una partícula se da un grado de indeterminación de su posición relativa, y cuando fijamos su posición, se da un grado de

indeterminación en su velocidad. La indeterminación de ambas variables no revela una insuficiencia técnica, sino intrínseca: la partícula carece de una posición o velocidad fijas, pues está cambiando continuamente por (en términos deweyanos) las interacciones con el medio. Y (aquí viene lo atinente para la transición deweyana) en el momento de la medición, la partícula cambia *como efecto de la intervención del observador mismo*. Dewey se ocupó ^{'12'} de generalizar este principio:

«(...) la metafísica de la existencia como algo fijo y por tanto susceptible de una descripción y predicción matemática literalmente exacta, es socavada. Conocer es, para la teoría filosófica, un caso de actividad específicamente dirigida en vez de algo aislado de la práctica (...) El principio de indeterminación se presenta a sí mismo como el último paso en el desalojo de la vieja teoría del espectador. Representa el reconocimiento, en el procedimiento científico mismo, del hecho de que conocer es un tipo de interacción que funciona dentro del mundo» ^{'13'}.

La intención de Dewey al generalizar sobre el principio de Heisenberg es poner de relieve la interacción entre sujeto y objeto, que considera palmaria durante el experimento, en el cual el sujeto es un factor de la predicción misma, y la transacción entre el sujeto y el medio. Los conceptos son operacionales, y al transformar mediante ellos los objetos en datos (es decir, objetos a su vez susceptibles de transformación) la misión del investigador es ser consciente de su intervención y hacer un buen uso de ella, no creer que se abstiene de intervenir y

hacerlo descontroladamente. La matematización absoluta del Universo, en la línea newtoneana o laplaceana, es imposible, y las leyes adquieren de ese modo un significado suplementario conceptual.

El hombre puede elegir los medios y los fines de la investigación, así como los cambios sobre las condiciones iniciales de la misma. El hombre, al no estar fuera de la Naturaleza, se introduce a sí mismo en sus transformaciones y participa de ellas como agente y paciente.

Podemos resumir la generalización diciendo que el acto de observación, que ya no es táctil, sino visual (diríamos, el centro mismo de la teoría del espectador), juega un papel activo en la investigación, y que conocimiento y acción se unen en la inteligencia, que es la Naturaleza misma activando su propia potencialidad y actuando desde dentro.

II.8.2.2 El instrumentalismo epistemológico

Frente a la adecuación de la teoría del espectador, Dewey propone el instrumentalismo epistemológico, según el cual el pensamiento es un instrumento -el más adecuado- producido por el desarrollo orgánico. Lo que hacemos al pensar es establecer transacciones más estables y satisfactorias con el medio y solucionar problemas de nuestra conducta. Dewey, para quien -como para Peirce- el pensamiento es un tipo específico de acción, no hace otra cosa que naturalizar la mente al incardinar su función y

resultados en el mismo camino de la vida que las especies que nos precedieron.

La transición pasa por aceptar que el sujeto de esa experiencia que llamamos pensar no es ninguna facultad ni agente especial abstracto de conocimiento del mundo ⁽¹⁴⁾, sino un animal biológicamente evolucionado que ha desarrollado un cerebro que le permite interrelacionar y procesar la información en forma compleja con el fin de hacer frente a los embates del medio. Ese animal no está separado del "objeto" de su conocimiento, sino que es

«continuo con los procesos físicoquímicos que, en los seres vivos, están tan organizados como para constituir las actividades de la vida con todos sus rasgos definatorios (...) el cerebro es primariamente un órgano de cierto tipo de comportamiento, no [un órgano] de conocimiento del mundo». ⁽¹⁵⁾ †

En suma, el conocimiento es una forma de participación en el mundo cuya primera y principal función es la de la efectividad vital, no la de la reproducción especular del universo.

La desontologización del conocimiento se produce también por el proceso sociológico de formación del intelecto, y por la realidad primigenia de la vida asociada, la cual reintroduce al sujeto en un ámbito común de significados, valores y experiencias de las que el sujeto forma parte, y en las cuales también consiste su razón.

Así que, en vez de un conocedor fuertemente ontologizado y espiritualizado, dotado de un *sensorium* privado y por cuyas venas no parece correr la sangre, frente a un conocido físico, cambiante y mecánico, Dewey propone una interacción de procesos que permita establecer los caminos reales por los que se comunican a diario en la experiencia ordinaria. Volviendo al comienzo del capítulo, la interacción empírica entre conocido y conocedor, lejos de constituir el "problema del conocimiento", abona el terreno común que lo produce. La pregunta "¿Cómo es posible el conocimiento?" se diluye cuando tomamos el punto de vista activo e interventor según el cual se da una interacción precognitiva entre el agente y el objeto; se diluye cuando observamos que, de hecho, cada vez que actuamos como seres vivos dotados de razón y sensibilidad, cada vez que emitimos un juicio (subsumiendo un evento o un objeto bajo una ley o principio racional) con la intención de actuar de una manera u otra, los elementos sensitivos colaboran con las condiciones del medio en una estructura integral en marcha.

Dewey no cree en ningún caso que el conocimiento nazca de sí mismo ni se autojustifique, ni que se de sin mediación empírica, social ni contextual, ni que exista una metodología propia de la epistemología. El conocimiento es una función relacional del organismo, una simbolización con fines de adaptación activa y de equilibrio.

El objeto conocido es un objeto construido en una interacción; no hay objetos fuera del lenguaje significativo

que, nombrando, singulariza. Lo conocido es para Dewey conocido sólo en tanto resultado de las operaciones que el investigador introduce. Pues son los problemas que aquejan al conocedor los que dotan de sentido a los "objetos" de conocimiento: «Lo conocido es visto como un producto en el cual el acto de observación juega un papel necesario» (188), y de ahí que el origen contingente de esos problemas se traspase a sus soluciones, y de ahí también que Dewey esté más interesado en la fiabilidad (*reliability*) del conocimiento que en su certeza, de carácter principal y absoluto. No podemos dejar de nombrar aquí el nombre de Peirce, quien seguramente insufló en Dewey la idea de que, dado el carácter social -lingüístico- de toda significatividad y teoría, el proceso mismo de investigación debería ser considerado como el único límite y campo de prueba de la inteligencia, con una comunidad de investigadores que siempre pudieran criticar con ánimo constructivo los métodos y resultados del proceso científico, en vez de los tradicionales "fundamentos" á la Descartes que autorizaran o desecharan de una vez por todas lo que ha de considerarse "verdadero" conocimiento.

II.8.2.3 Significado de la transición para la ética

Señalemos la nueva consideración de las leyes y de los casos particulares:

«las leyes sobre la nueva base [partiendo del principio de Heisenberg] son fórmulas para la predicción de la probabilidad de una ocurrencia observable (...) Las leyes son inherentemente de carácter conceptual (...) Así, la supuesta ley inmutable que supuestamente gobierna los fenómenos deviene un modo de tratar efectivamente con las existencias concretas, un modo de regulación de nuestras relaciones con ellas» (17).

En primer lugar las leyes, en vez de aserciones constitutivas de las uniformidades rígidas del ser, son medios instrumentales de control de los eventos, y los eventos, en vez de meros "casos" de las leyes, son las existencias concretas y primarias que dan lugar, con sus regularidades, a las leyes. La importancia que tendrá esta inversión para las normas éticas, valores y fines, no puede ser encarecida suficientemente.

En segundo lugar, la experiencia se adivina como la única condición de un conocimiento integrado. Rechazados empirismo y racionalismo, es la experiencia la que nos conduce a la necesidad de adoptar la noción de hipótesis como expediente metodológico en todos los campos del saber, incluyendo el del valor moral.

En tercer lugar, y enlazando con el subparágrafo anterior, la investigación es el concepto que ha de establecer, mediante la idea peirceana de la falibilidad radical, qué ideas y métodos se van asentando, sobre la base de una perpetua revisabilidad, como los más adecuados; esto significa negativamente la incoación de un proceso intelectual contra las diferencias absolutas entre *a priori*

y *a posteriori*, entre sujeto y objeto, entre significatividad y no-significatividad.

En cuarto lugar, Dewey ha vinculado fuertemente el conocimiento a la acción; la acción adoptará mediante el pensar la forma de acción inteligente, y servirá de eslabón entre la transición epistemológica y la transición valorado / valorable; la de acción, como la de experiencia, son categorías últimamente biológicas. Pensar es una actividad orgánica (en el primer sentido) de adaptación transaccional al medio. El pensamiento moral se incluye aquí, y los problemas relativos a si la adaptación del individuo al medio no será una forma servil de aquiescencia y conservadurismo morales proceden precisamente de este modelo biológico.

En quinto lugar, la necesidad de establecer mediante la teoría el significado del material observado incide directamente en la creación del valor. Esta es una aplicación de la verdad metodológica general de que se da una intervención -experimental, operativa- del investigador en la construcción del objeto. Oigamos a Dewey:

«Ellos [tanto empiristas como idealistas] sostienen que la operación de la investigación excluye cualquier elemento de actividad práctica que entre en la construcción del objeto conocido. Extrañamente esto es una verdad del idealismo y del realismo, de las teorías de la actividad sintética y de las de la receptividad pasiva» ⁽¹⁸⁾.

La construcción del objeto, trasladado a la ética, significa la construcción del valor por medio de la correlación fines / medios. El sujeto mismo se convertirá en un factor de la investigación:

«(...) la "inteligencia" va ligada al *juzgar*, esto es, a la selección y disposición de los medios para obtener consecuencias y a la elección de lo que consideramos fines nuestros» ⁽¹⁹⁾.

Al elegir los propios fines, el campo de la ética se amplía en la medida en que lo hace la libertad efectiva. Tenemos que construir nuestros valores desde nuestra propia existencia, no suponer que nos vienen dados. Y aquí juega el sentido deweyano de la palabra "inteligencia", la cual no admite principios teóricos que la informen, sino que se ocupa de elegir prácticamente (convirtiéndose en lo que es de hecho: un factor en el juicio) los fines y los medios de la investigación. Por eso Dewey ⁽²⁰⁾ contrapone la razón teórica (*nous, intellectus*) y sus aspiraciones especulares de precisión y certeza ⁽²¹⁾ a la inteligencia práctica (*intelligence*) y sus aspiraciones de dirección del cambio.

Como conclusión, el instrumentalismo epistemológico promovido por Dewey permite establecer significados en función de las necesidades prácticas, y construir los objetos en la misma dirección, erigiéndose la inteligencia misma en factor del juicio y del cambio en el proceso de determinación de fines y medios.

NOTAS

- (1) La separación, vigente en nuestros días, entre la gnoseología como tal y la metodología de las diversas ciencias sería un refrendo a la abstracción de la gnoseología expuesta por Dewey.
- (2) NR, O.C. / MW 10: 24.
- (3) O.C. / EW 2: 15.
- (4) Vid. el cap. IV de QC, "El arte de la aceptación y el arte del control", *passim*, en O.C. / LW 4: 60-86.
- (5) R, O.C. / 12: 149.
- (6) Vid. a este respecto el ataque al punto de vista de la posición privilegiada que Rorty, valiéndose de Sellars y Quine, despliega en el capítulo IV de La filosofía y el espejo de la Naturaleza, pp. 157-199.
- (7) QC, O.C. / LW 4: 16-17.
- (8) *idem*, p. 17.
- (9) *Ibidem*, p. 219.
- (10) R, O.C. / MW 12: 150.
- (11) Y, como veremos en la parte IV, a las normas y deberes éticos.
- (12) Vid. QC, O.C. / LW 4: 160-166. Para la posición de los científicos del momento, vid. la postura favorable de Niels Bohr -quien formuló en su apoyo el principio de complementariedad- al principio de indeterminación, en las pp. 215-21 de "Discussion with Einstein on Epistemological Problems in Atomic Physics", y la renuencia de Einstein -en la misma dirección de Louis de Broglie o Erwin Schrödinger-, quien lo juzgaba un testimonio del estado imperfecto de los sistemas de medición de la época, en "Biographical Notes", p. 87.
- (13) O.C. / LW 14: 163.
- (14) NR, O.C. / MW 10: 26,
- (15) *Ibidem*.
- (16) QC, O.C. / LW 14: 163.
- (17) *idem*, p. 165.
- (18) *idem*, pp. 16-17.
- (19) *idem*, p. 170.
- (20) *Ibidem*.
- (21) Que sería una inteligencia "arrancada" de su origen -los métodos con que se adquirió- y de su finalidad -los usos a que está dirigida-, como indica Mc Intyre en la p. 243 de su Historia de la ética.

II.9. EL DUALISMO PSICOLOGICO.

En síntesis, el ala noble de este dualismo está representada por la mente y el ala innoble por el cuerpo.

Según conformaciones, en la primera ala se incluyen la conciencia, el alma o la *psique*, siempre como realidades interiores y autónomas, y en la segunda lo físico o lo fisiológico; ambas son independientes.

II.9.1. Dicotomía mente / cuerpo

Procede de la dicotomía metafísica alma / cuerpo, y en ella la mente ocupa un lugar de privilegio, es de carácter interior y personal y se encuentra separada del cuerpo, considerado a su vez como una especie de soporte material necesario y gravoso.

Da forma a la concepción del sentido común y la filosofía, según la cual hay dos tipos de actividades netamente separadas y que operan bajo principios irreconciliables: las realidades físicas y las mentales.

«La digestión, reproducción y locomoción son conspicuamente físicas, en tanto pensar, desear, anhelar, amar y temer son distintivamente mentales»

« ».

Dewey señala cómo, sin embargo, una buena o mala digestión afecta al estado de ánimo, cómo comer es una

actividad social, cómo beber presenta a veces aspectos sacramentales. A mayor civilización, menor separación psicosomática de estos actos. Dewey ve un mal social en el comportamiento que se reduce a mero nivel físico o mecánico, y suele recordar el papel del sistema nervioso y el cerebro en las actividades espirituales ⁽²⁾.

La mente ha heredado parte del significado ultramundano del alma, constituyendo uno de esos dualismos arraigados que encuentran su mayor punto de anclaje en el lenguaje mismo: como Dewey indicó hace sesenta años ⁽³⁾, todavía carecemos de un sustantivo simple que designe la realidad integral de la mente y el cuerpo. Y no se puede partir de la unidad de los dos elementos sin que se mencione la separación "originaria", y parezca obligado ocuparse en "relacionarlos" lógicamente, en "demostrar" su unidad: por supuesto, la unidad del "cuerpo" y la "mente" ⁽⁴⁾; de forma que, cuando establecemos teorías al respecto, el nombre de esas teorías sigue denotando la realidad primigenia de una dualidad: interaccionismo, epifenomenalismo, paralelismo, etc.

Como sucederá después entre ser y deber ser, entre pensamiento y acción, entre teoría y práctica, se empieza por suponer acríticamente el dualismo y luego se nos pide que demos la unidad de los elementos en oposición.

De nuevo, el concepto de superación es el de organismo: la mente y el cuerpo funcionan organizadamente ⁽⁵⁾ para la pervivencia y prosperidad del todo; como todos los seres vivos, el hombre utiliza sus energías para fines de

consumación y equilibrio desde una perspectiva holística y operacional, es decir: integrada.

II.9.2. Dicotomía estímulo / respuesta

II.9.2.1. Formulación clásica: la teoría del arco reflejo.

Merced al timbre asociacionista de la teoría clásica del arco reflejo 'e', se reproduce en la psicología contemporánea la dicotomía de mente y cuerpo al dividir el circuito sensomotor en tres momentos claramente diferentes y separados, repitiendo idéntica secuencia: la sensación (o estímulo sensorial), el pensamiento (estructura central) y el acto (o respuesta motora):

«El viejo dualismo entre sensación e idea se repite en el dualismo actual de estructuras y funciones periféricas y centrales [momentos 1 y 3 / momento 2]; el viejo dualismo de alma y cuerpo encuentra un eco distinto en el dualismo actual del estímulo y la respuesta [momento 1 / momento 2]» '7'

Siguiendo el ejemplo canónico del niño y la vela 'e', cuando el niño ve la luz es porque se produce un estímulo visual; después el niño decide acercar su mano a la luz en una respuesta motora; la vela quema su mano (nuevo estímulo), y el niño retira la mano (nueva respuesta).

El estímulo estaría en primer lugar, la actividad central ideatoria en segundo, la descarga motora en tercero,

formando en conjunto un arco de miembros discretos y más mecánicos que orgánicos. La actividad sensorial y la actividad motora funcionan separadamente, como elementos de la estructura periférica, lo cual significa que son más bien fisiológicas que psíquicas, reservando el pensamiento a la estructura central, que retoma el oneroso testigo de la Razón meramente psíquica. El conjunto yuxtapone fases discretas materialistas y espiritualistas.

II.9.2.2 Superación de la teoría del arco reflejo: la teoría del circuito

Dewey, aplicando la psicología funcional, propone ~~en su~~ celebrado artículo de 1.896 la sustitución del modelo del arco reflejo, engañosamente simplificador, por el modelo del circuito, de mayor alcance explicativo.

Dewey acepta el ejemplo del niño y la vela; pues bien, en ese ejemplo el acto no comienza realmente con la sensación visual pasiva 'e', sino que previamente está el buscar con la vista, el acto de mirar 'o'. Así sucede en la vida real; un ruido adquiere significados diferentes dependiendo del grado y naturaleza de la atención que se ponga en escuchar: no es lo mismo esperar que aparezca una liebre sosteniendo una escopeta, que aguardar un precipitado en el laboratorio, o no esperar nada en absoluto; en cada caso se da una coordinación senso-motora diferente que cualifica el ruido en un sentido o en otro. En cierto modo,

dice Dewey, «el movimiento es primario y la sensación secundaria» ⁽¹¹⁾. La expectativa hace que una parte del aparato motor funcione en el oído; de manera que al oír algo no estamos simplemente recibiendo un impulso externo y registrándolo por vía aferente, sino que estímulo sensorial y respuesta motora trabajan juntos y en coordinación porque forman parte del mismo acto: el acto de escuchar.

Después, cuando el niño dirige su mano hacia la vela, es porque el propio acto de ver estimula el acto de coger:

«Hay todavía un circuito senso-motor, con más contenido o valor, no la substitución de una respuesta motora por un estímulo sensorial» ⁽¹²⁾.

Y de nuevo tenemos en el acercar la mano a la vela una co-ordinación de lo táctil y lo visual (no vemos en este acto pretendidamente sólo motor menos de lo que veíamos en la primera visión de la vela, pretendidamente sólo sensorial), de lo motor y lo sensorial, que funcionan coordinadamente porque forman parte de un acto integral.

Finalmente, cuando el niño se quema y responde apartando la mano, llorando, etc., esta respuesta no queda ahí, sino que el *quale* de la sensación recibida hace que el siguiente estímulo lumínico no sea ya un mero estímulo de luz-que-ilumina, sino que se convierte en luz-que-significa-dolor-cuando-se-toca ⁽¹³⁾, de manera que cada estímulo producido por la luz de una vela que se produzca en el futuro significará algo muy diferente de lo que significó antes de

la quemadura; una retroalimentación que no explica el segmento del arco reflejo, el cual termina planamente con la respuesta. En Dewey, las respuestas son factores en la formación del contexto donde surgen los estímulos; estímulos que según la teoría del arco reflejo nacerían de la nada.

En resumen, la experiencia psíquica no figura un arco, sino un círculo, un circuito orgánico en el que el movimiento determina el significado del estímulo, cerrando lo que antes estaba abierto. Al separar la sensación y el movimiento, el estímulo y la respuesta, olvidamos que ambos términos presentan una génesis y una función coordinada y correlativa: son funciones integrales de un organismo del que dependen, no existencias separadas. En palabras de Deledalle ⁽¹⁴⁾, la experiencia psíquica forma una unidad de comportamiento indivisa y continua.

II.9.2.3. Significado del circuito psicofisiológico

La integración sucede aquí con la misma estructura que la transición: la integración de los *dissecta membra* del arco reflejo sucede sobre la base de una unidad (aquí, el acto psíquico) previa, que ha sido falazmente desintegrada, merced a una ruptura dualista de raíces metafísicas (cuerpo / alma) y gnoseológicas (idea / sensación), y cuya superación sólo se puede lograr mediante los conceptos unificadores de acción, experiencia y acto, y un concepto organicista y funcional de la experiencia.

La aceptación del circuito psicofisiológico en lugar del arco reflejo supone que

- a) estímulo y respuesta son ambas *funciones* de un proceso teleológico que las dota de significado continuo
- b) la actividad es teóricamente anterior al estímulo, y
- c) el organismo, de nuevo, está ya integrado en un medio biológico antes de emprender cualquier tipo de actividad perceptiva o motora.

La acción integral del organismo en sus relaciones con el ambiente es lo que importa, y para Dewey el descubrimiento de la sensación señala el establecimiento de un problema, de la misma manera que la respuesta señala su solución, | en una clara homologación del circuito psicológico con lo que luego será la estructura del Acto.

II.9.3 Significado ético del dualismo psicológico

La mente, el pensamiento, la reflexión, la deliberación, son un asunto interno, de concentración y de retiro. Si bien la moderna psicología ha mostrado hasta qué punto los actos de escribir y hablar *producen* pensamiento, y cómo son los estímulos externos, simbólicos sobre todo, los que perfilan y perfeccionan el desarrollo de la inteligencia, el dualismo psicológico residual introduce en lo interior el terreno de lo psicológicamente relevante, y en el de lo exterior, incluyendo las otras mentes, el terreno de lo disvalioso, lo relativo o, a veces, como en Sartre, lo amenazante. Dewey se

ocupó de señalar las consecuencias éticas de la separación entre lo interior y lo exterior:

«El motivo y el carácter son considerados como algo puramente "interior", existiendo exclusivamente en la conciencia, mientras las consecuencias y la conducta son consideradas externas a la mente, teniendo que ver la conducta simplemente con los movimientos que llevan a cabo los motivos; las consecuencias con lo que sucede como resultado. Las diferentes escuelas identifican la moralidad o bien con el estado interior mental o el acto y resultados exterior, cada uno separado del otro» ⁽¹⁵⁾.

Con lo cual, en la división psicológica entre lo interior y lo exterior (donde actúan las sustancias de la mente y el cuerpo) tenemos el origen de la separación entre una motivación meramente interna (mental) y unas consecuencias externas (físicas), y por lo tanto la expulsión de las consecuencias del reino de la ética. La teoría mentalista "interna" del valor ⁽¹⁶⁾ conduce a la completa a-racionalidad del valorar, pues el subjetivismo extremo convierte al valor en algo recalcitrante a la investigación y al juicio, de carácter necesariamente intersubjetivo. Para Dewey, el énfasis en la interioridad de los valores conduce a un callejón sin salida ⁽¹⁷⁾.

II.9.4 Superación del dualismo psicológico

El comportamiento del ser humano es bio-psico-social; las actividades mentales dependen de las físicas y

viceversa. Suponer, como se ha hecho, que el comportamiento es un asunto físico que no depende de nuestra actividad espiritual, o que el estado físico es un asunto despreciable, es para Dewey un síntoma de "desajuste social" ⁽¹⁹⁾. El aislamiento en que cierto behaviorismo incluye al acto psicológico ha de superarse mediante la incardinación de ese acto en el contexto vital del sujeto: «El comportamiento es serial, no una mera sucesión» ⁽¹⁹⁾.

Ya en la década de 1.880 Dewey criticó el dualismo psicológico y propuso aplicar la psicología al campo de la experiencia, de manera que el campo de los perceptos y de los conceptos se unificara ⁽²⁰⁾.

En cuanto al individualismo de sujeto psicológico, a su extrañamiento de los hábitos o de la sociedad, Dewey -que es más bien ambientalista que innatista-, contribuyó a la formación de la psicología social, orientada a las relaciones de la mente con la actividad del grupo del que depende, y con las otras mentes, insistiendo en el factor formativo de la personalidad social y en la internalización de costumbres y pautas de conducta durante la primera infancia, que contribuyen a la cohesión social.

Dewey declaró que la psicología social suponía que la diferencia básica entre la psicología animal y humana estaba constituida por la transformación que ejercía sobre ésta la asociación y relación con otras personas y grupos ⁽²¹⁾.

NOTAS

- (1) O.C. / LW 3: 28.
- (2) Vid. p. ej., O.C. / LW 3: 29..
- (3) Vid. O.C. / LW 3: 27.
- (4) *Ibidem*.
- (5) EN, O.C. / LW 1: 196-7.
- (6) Expuesta en "The Reflex Arc Concept in Psychology", *Psychological Review*, III (1.896), pp. 357-370, e incluida en O.C. / EW 5: 96-109.
- (7) RA, O.C. / EW 5: 96.
- (8) También expuesto por James en sus The Principles of Psychology.
- (9) La tesis de que la sensación no es absolutamente primera, sino que forma parte de un substrato continuo, ya la expuso en 1.891 en la 3ª ed. de la Ps., bajo la influencia de la *stream of consciousness* jamesiana. Por otro lado, que lo primero en la experiencia no es el estímulo, sino -como dice Allen Smith en "Dewey's transition piece: the Reflex Arc Paper"- «una posible respuesta» es ya un truismo en psicología perceptiva.
- (10) RA, O.C. / EW 5: 97.
- (11) *Ibidem*. Vid. "Remarks on Dewey's Conception of Ends and Means", p. 750, donde Aldo Visalbergui propone lo que él llama el "primado de la actividad sobre el estímulo" en Dewey.
- (12) *Idem*, p. 98.
- (13) *Ibidem*.
- (14) Deledalle, G., L'idée d'expérience dans la philosophie de John Dewey, p. 167.
- (15) DE, p. 347.
- (16) "Some Questions about Value", *The Journal of Philosophy*, p. 454.
- (17) Vid. la controversia con Rice que tuvo lugar de enero a septiembre de 1.943 en *The Journal of Philosophy*, iniciada con el artículo de Rice "«Objectivity» in Value Judgments", reforzado por "Quality and Value". Contestado por Dewey en "Valuation Judgments and Immediate Quality", replicado a su vez por Rice en "Types of Value Judgments", y finalmente contrarreplicado por Dewey en "Further as to Valuation as Judgment", que no permitió acercar sus posturas
- (18) O.C. / LW 3: 29.
- (19) "Conduct and Experience", O.C. / LW 5: 218-235.
- (20) Vid. críticas de Rorty y Hodgson en Rorty, R., Consequences of Pragmatism, pp. 78-79; es cierto que Dewey no propuso un método efectivo y que, como en otros aspectos, cuando parece ofrecer un programa sólo está señalando con claridad los caminos equivocados; pero su preocupación ya estaba definido en sus primeros escritos.
- (21) "The Unity of Human Being", p. 825 de ed. cit.

II.10 EL DUALISMO ANTROPOLOGICO

El dualismo antropológico refleja la desvinculación entre el género humano y la naturaleza de que procede, y es un compendio de las separaciones sectoriales estudiadas. Las capacidades psicológicas, gnoseológicas y metafísicas, aplicadas al concepto de hombre, conllevan una separación del suelo nutricio y una levitación moral respecto a la tierra que nos formó. En ocasiones Dewey pone en lugar de "hombre" la palabra "experiencia" y en otras "cultura", pero la contraposición destila siempre un idéntico precipitado de las distintas formas del rompimiento del anclaje natural, que ya consideramos en el capítulo dedicado al naturalismo. Como también hemos tratado el aspecto genético de este dualismo en II.6.1., resumiremos ahora la parte sistemática.

II.10.1 La naturaleza humana idealizada y la *natura vitanda*

Se pueden extraer de las ideas de Dewey dos versiones del dualismo antropológico en relación con la naturaleza humana: la versión de la *natura vitanda*, según la cual la naturaleza humana es extraña al verdadero ser del hombre y de condición maléfica, y la versión idealizada, según la cual la naturaleza humana es extraña al hombre (o tan remota que de hecho sus efectos resultan los mismos que si fuera extraña) y de condición benéfica.

El t3pico de la *natura vitanda* encarna una primera versi3n de corte teol3gico y profundas consecuencias culturales seg3n la cual la naturaleza humana estar3a contaminada de los mismos defectos asociados de lo exterior, lo material y lo impuro, que ya vimos en el dualismo metaf3sico. S3lo mediante un apartamiento de sus tentaciones por parte del elemento espiritual del hombre ser3a posible vivir moralmente. El siguiente pasaje podr3a evocar el mito del Pecado Original, que Dewey no menciona:

«Se la ha presentado [a la naturaleza humana] tan malignamente dispuesta que la labor de la moralidad era recortarla y someterla; hubiera sido mejor poder sustituirla por otra cosa. Se ha supuesto que la moralidad ser3a superflua de no ser por la debilidad inherente, rayando en la depravaci3n, de la naturaleza humana» '1'.

As3, los preceptos morales pretenden debilitar la naturaleza humana, y adoptan para ello la forma negativa: acatar las prohibiciones, evitar ciertos actos, no pensar en ciertas cosas. Dewey escribe con insospechados matices nietzscheanos e inusual vigor literario que la maldad de la gente buena es una revancha de la naturaleza humana contra aquellos que la han despreciado en nombre de la moralidad:

«Su forma m3s com3n [de la moralidad negativa] es el mimetismo de una respetabilidad neutral, de una insipidez de car3cter. (...) La limpieza de culpa social es el distintivo usual de la bondad, pues indica que se ha evitado el mal. La mejor manera de evitar la culpa es siendo tan parecido a todos los dem3s que uno pase desapercibido (...) La moralidad

convencional es una moralidad gris, en la cual lo único fatal es ser conspicuo» (2).

Como consecuencia, los temperamente fuertes o rudos no pueden soportar la uniformidad, de donde se derivan males sociales: la hipocresía del que acepta sólo nominalmente la moralidad social, y la proscripción de los que no transigen ni siquiera nominalmente.

La otra mixtificación de la naturaleza humana consiste en idealizarla. Al contrario de la *natura vitanda*, se glorifican ideales individualistas cuya realización cae fuera del marco social, al cual se considera un añadido posterior al hombre original, un mero postizo (3); así, se tiende a confundir la satisfacción ilimitada de los apetitos con la realización de la individualidad o la personalidad.

En general, se da una oposición por sistema a la moralidad convencional, cayendo en otra forma extrema, sólo que de signo contrario, del dualismo antropológico. Esta forma de concebir la naturaleza humana da lugar a los ideales puros y a las utopías, que serán tratadas en su lugar. En resumen, ahí se da la doble moral de los puros ideales y de la baja conducta, así como de la ética y de la política, doble moral que tendrá un escolio insospechado en la relación de medios / fines.

II.10.2. La dicotomía libertad interior / sometimiento exterior

No pretendemos, como en muchos otros problemas clásicos de la filosofía, agotar aquí las posibilidades del problema de la libertad, sino sólo asociarlo al dualismo deweyano.

Hay una concepción de la libertad absoluta, propia de la teología cristiana y ampliamente desarrollada por la protestante, que alcanza su culmen en el existencialismo del siglo XX: es la noción de un hombre absolutamente libre.

Para Dewey esta opción de la libertad, como la noción opuesta de que el hombre está completamente a merced de las circunstancias, procede del extrañamiento del hombre espiritual respecto a sus orígenes naturales, y la incompreensión del emergentismo humano.

Al vincularse históricamente la libertad con la interioridad -el único reino donde efectivamente puede ser absoluta-, nos encontramos con que la ética se desgaja de la política, estableciéndose un reino de puros ideales por un lado, y un reino de craso interés material por otro. Demos dos ejemplos: la combinación en una misma persona de las actividades inescrupulosas como hombre de negocios en días laborables y la dedicación piadosa de los domingos, o el ideario comunista en los comicios con el desmedido afán de lucro en la legislatura. En cierto modo se complementan:

«El coste de confinar la libertad moral a una región interior es la casi completa ruptura de la ética

respecto a la política y a la economía» (4).

Para Dewey sólo hay una manera segura de eliminar las desastrosas consecuencias de la dicotomía: reconocer que

«toda conducta es *interacción* entre elementos de la naturaleza humana y del ambiente, natural y social. Entonces veremos que se progresa en una doble dirección, y que la libertad se encuentra en este tipo de interacción que mantiene un ambiente en el cual el deseo humano y la elección cuentan para algo»

(5)

Entonces, con la convicción de que podemos cambiar las condiciones de vida en una medida que depende en parte de nosotros, y en parte del ambiente, el centro de preocupación sale de los agobiantes límites individuales y se proyecta sobre la naturaleza y la sociedad.

II.10.3 Significado moral del dualismo

Adoptemos el modelo de naturaleza que adoptemos, si el origen del mismo es dualista, habrá consecuencias sociales y morales de largo alcance.

Por una parte, el puritanismo moral: la preocupación hipocondríaca por la pureza de los ideales y el estado de gracia del alma, con descuido de la situación de las otras personas, excepto en la medida en que sirven para el propósito egocentrado.

En el plano contrario, el descuido de las necesidades sociales. Puesto que comparadas con el reino impoluto del ideal, las preocupaciones por la economía, la reforma social y la política aparecen como "sórdidas" o "bajas", lo mejor será ocupar en ellas el tiempo y la energía estrictamente imprescindibles. El efecto directo es la claudicación de hecho ante formas injustas de relación social enmascaradas en la dignidad de la tradición.

La pretensión protestante kierkegaardiana de que en la existencia sólo importan nuestras relaciones personales con Dios adquiere nueva luz cuando tomamos la perspectiva de la separación antropológica.

II.10.4 La transición antropológica

La naturaleza humana emerge del seno de la naturaleza, y con ella emerge el espíritu. El hombre integra la naturaleza y el espíritu en forma dialéctica y continua: la moral y la inteligencia son desarrollos de la naturaleza humana, y por tanto de la naturaleza misma. A riesgo de parecer demasiado radical, nada hay en una cosechadora que no sea, últimamente, tan natural como el trigo que corta y recoge.

Al mismo tiempo, cuando experimentamos cualidades (lo estimulante, lo satisfactorio, etc.), tenemos una experiencia real de algo real, y no estamos tratando con objetivaciones subjetivistas: la naturaleza presenta unos objetos y procesos reales: esta realidad contrapuesta de la

naturaleza respecto a la cultura y a la experiencia, es la que dispone que el análisis de la experiencia sea un análisis de sucesos reales, y no meramente un informe de estados subjetivos: como veremos en la parte III, la experiencia de la duda será una experiencia natural, sujeto-objetiva en términos tradicionales, y no un "estado" mental de dubitación voluntarista al modo cartesiano.

La transición se realiza en el marco de la recepción norteamericana del evolucionismo darwinista. Hay una crítica significativamente radical de Dewey a la conferencia de Huxley de 1.893 "Ethics and Evolution", según la cual son incompatibles los intereses de la naturaleza y los del hombre. Según Huxley

«La regla del proceso cósmico es la lucha y el conflicto. La regla del proceso ético es la simpatía y la cooperación. El fin del proceso cósmico es la supervivencia del más apto; el del proceso ético, la aptitud de tantos como sea posible para sobrevivir. Ante el tribunal ético el proceso cósmico sería condenado. Los dos procesos son no sólo incompatibles, sino opuestos. (...) Entendamos de una vez por todas que el progreso ético de la sociedad depende, no de imitar el proceso cósmico, todavía menos de huir de él, sino de combatirlo» «6».

Dewey elogia el estilo cautivador de Huxley, pero no sus conclusiones. Para Dewey, el proceso cósmico es sólo una parte del ambiente modificada por otra parte del mismo: el hombre. Éste no lucha contra el estado de naturaleza, sino que «utiliza una parte de este estado para controlar otra parte» «7».



En otros lugares, Dewey insiste en la armonía de lo más apto y de lo moralmente laudable, con ejemplos difícilmente aceptables, y con ampliaciones insospechadas del significado de "lucha" o "supervivencia", o afirmando que también hay una "selección natural" moral en los hábitos que se educan.

Una de las cosas que desesperan más a los lectores de Dewey es que éste se presente como un empirista bregando contra la descontextualización metafísica de sus oponentes, y en controversias como la que nos ocupa no tenga reparos en defender sus posiciones frente a lo que parecen hechos palpables partiendo de la pericia adquirida en su fase hegeliana, o transformando liberalmente conceptos ampliamente aceptados. Mi posición aquí no está con Dewey, y estimo que en esta ocasión lleva el naturalismo demasiado lejos, de forma que el concepto mismo de dignidad humana pareciera surgir directamente de la propia naturaleza: tomemos, por ejemplo, la idea de que en la misma selección natural ya hay moralidad:

«Cuanto más grande sea el número de variedades sobre una sección dada de terreno, más individuos pueden mantener una vida vigorosa. *La nueva especie significa un nuevo ambiente al cual ajustarse sin interferir con otros*» (2).

Sostener que se da una especie de *moralidad* en la evolución de los ambientes, pasando por alto la evidencia sostenida por Huxley de que en el proceso cósmico, incluyendo la evolución de los ambientes, nada importa la

vida de los individuos, y que la piedra angular de la moralidad es precisamente la dignidad del individuo, sólo se puede entender por la idea apriorística transicional (de hecho Dewey acusa a Huxley, injustamente, de dualista) de que entre la naturaleza y el hombre no hay ningún salto, siquiera sea en el orden de los fines emergentes. Pero no es aceptable, bajo el principio de continuidad entre el proceso cósmico y el proceso humano, negar los hechos básicos de que los árboles vecinos consiguen la mejor posición de exposición al sol obligando a los menos afortunados a curvarse ineluctablemente hasta la muerte, o que los cachorros más fuertes condenan a muerte a los más débiles, desalojándolos de la tetilla materna. No es posible negar en qué consiste la especialización del depredador, ni la excelencia en el trabajo específico de los virus, en base a una oscura "evolución ambiental". Una vez más, incluso por exceso, la crítica de todo asomo de dualismo es más importante para Dewey que el propio método empirista.

El aspecto más rescatable de la posición de Dewey es que los impulsos naturales no son ni buenos ni malos, sino tan sólo materiales neutros de la conducta que serán bien o mal utilizados en la fase crítica de la misma. Al afirmar que «Lo que era instinto en el animal es impulso consciente en el hombre» ⁽²⁾ Dewey rehúye la cuestión clave de si la naturaleza es o no contraria al ideal moral, y una vez más olvida lo que no quiere tratar. Pero en Dewey, la oposición no hay que buscarla entre el orden natural y el orden moral,

sino entre un órgano ajustado al estado pretérito y el funcionamiento que requieren las condiciones presentes; éste es el aspecto que sí nos interesa preservar de la desacertada crítica deweyana: la herencia animal se condensa en los impulsos, que no son morales ni inmorales, sino materiales que nosotros podemos dirigir en un sentido constructivo o destructivo.

Hay una acepción de uso de "naturaleza" que se aproxima a lo que nuestro autor quiere significar; aquella según la cual, cuando un extranjero adquiere los derechos y privilegios que poseen los ciudadanos nacidos en el país de destino, se dice que se "naturaliza". También para el hombre hay una naturalización en el ingreso, partiendo de la inmediatez, en el reino de la mediación simbólica e inteligente; ingresamos, al modo aristotélico, en una nueva forma de naturaleza, no menos natural que aquella de la cual partimos.

«La naturaleza, tal como existe en un momento particular, es un reto más que una conclusión; facilita posibles puntos de partida y oportunidades más que fines acabados» (10).

La naturaleza misma, en tanto mediada por la simbolización humana, no significa un modelo ni una guía de dirección, sino un punto de partida (regularidades de la naturaleza, impulsos de la naturaleza humana) que reclama intervención y moldeado; en términos deweyanos,

reconstrucción y cambio. Dewey, contra ciertas formas estéticas de considerar la Naturaleza, estima que está ella misma en proceso (el "tejido conjuntivo" del que habla ingeniosamente J.E. Smith ¹¹), y que no nos queda sino echar una mano en ese proceso en marcha. La ayuda al proceso se efectúa desde la inteligencia, es decir, desde el corazón mismo del proceso.

II.10.5 Significado de la transición para la ética

Como ha señalado Gouinlock ¹², la elección inteligente se basa en la táctica de responder teniendo en cuenta las posibilidades reales de la naturaleza. Es la naturaleza la que finalmente "premia y castiga" nuestras decisiones.

Este aspecto del pensamiento deweyano renueva las enseñanzas de los filósofos morales de todos los tiempos, desde los estoicos griegos hasta los moralistas franceses del XVIII: hay esperanzas de triunfo cuando nos enfrentamos a problemas de orden eventual, pero esas esperanzas son contraproducentes cuando nos enfrentamos a problemas constitucionalmente reiterativos; y no puede haber sino reiteración en los problemas surgidos de nuestra propia naturaleza. Ahora bien, ¿cómo se manifiesta la naturaleza? ¿Por medio de preceptos camuflados? Parece más apropiado sostener que es mediante los impulsos -los cuales, como veremos, son la base de la actividad humana-, que en Dewey deben ser satisfechos y hasta socialmente garantizados

excepto en aquellos casos que impliquen consecuencias indeseables en términos de sociabilidad y crecimiento.

Un recuento de las necesidades de la naturaleza humana, desde la perspectiva individual y asociada, se halla en "Anthropology and Ethics". Desde la primera

«Por mucho que difieran los hombres en otros aspectos, son iguales en precisar de comida, protección, pareja sexual, reconocimiento de algún tipo, compañeros, y necesidad de actividades constructivas y manipulatorias (...) [esta uniformidad de la naturaleza humana] asegura la recurrencia constante, bajo formas cambiantes, de ciertos patrones morales. (...)» ¹³.

Para Dewey, la naturaleza humana no es fija absolutamente, pero presenta ciertas uniformidades. Para compatibilizar las dos afirmaciones debemos suponer que, si bien la inmutabilidad de la naturaleza humana es "la más deprimente de todas las doctrinas posibles" -como dijo en cierta ocasión- algunas necesidades básicas no han cambiado de hecho desde el período de hominización.

Según la perspectiva asociada, la naturaleza humana nos impulsa a la formación de relaciones estables:

«Algún grado de paz, orden, y armonía interna deben asegurarse si los hombres han de vivir juntos» ¹⁴.

Estos dos factores de invariancia, según Dewey, impiden el relativismo moral. No olvidemos que las necesidades básicas individuales dan lugar a los impulsos, y las

necesidades sociales a los deberes; la satisfacción comprometida de ambas instancias se considerará, no sólo posible, sino prioritaria en la ética deweyana.

Finalmente, la suposición dualista de que se daba una Naturaleza Humana única y cerrada abonaba la idea de que ciertos principios fijos e inmutables se derivaban de la misma. Gracias a la innovación teórica de considerar las concepciones generales -incluyendo la de la naturaleza humana- como hipotéticas, se reproducen sus efectos sobre la teoría moral: el abandono de lo inmutable. Dewey es a veces contradictorio -pues, como hemos visto en este mismo apartado, hay regularidades que difícilmente podemos considerar hipotéticas-; sin embargo, conviene recordar su punto de vista dual y complementario sobre la naturaleza: la naturaleza es plástica, y por ello es plástica la naturaleza humana; la naturaleza es tribunal de nuestras acciones, y por ello debemos respetarla en nuestra conducta.

NOTAS

- (1) HNC, O.C. / MW 14: 4.
- (2) idem, p. 6.
- (3) idem, p. 7.
- (4) idem, p. 9.
- (5) Ibidem.
- (6) Huxley, T.H., "Ethics and Evolution", p. 81-83, citado en O.C. / EW 5: 36.
- (7) "Evolution and Ethics", O.C. / EW 5: 38.
- (8) O.C. / EW 5: 52.
- (9) idem, p. 53.
- (10) QC, O.C. / LW 4: 81.
- (11) Para el análisis de las relaciones entre naturaleza y cultura en Dewey, vid. Smith, J.E., "John Dewey: Philosopher of Experience", en Hendel, Ch. W. (ed.), John Dewey and the experimental spirit in Philosophy, pp. 95 y ss.
- (12) Gouinlock, The Moral Writings of John Dewey, pp. xxxiv-xxxv.
- (13) O.C. / LW 3: 22.
- (14) Ibidem.

II.11 EL DUALISMO SOCIOLOGICO INDIVIDUO / SOCIEDAD

51

Según este dualismo, el individuo es una entidad separada y, en ocasiones, enfrentada a la comunidad, a la sociedad, o al Estado. En su superación Dewey propone el desarrollo de la psicología social, en cuyo crecimiento colaboró Dewey en su época de Chicago y cuyo mayor impulsor fue G.H. Mead con su tesis de la formación social del yo a través del lenguaje como proceso simbólico ⁽¹⁾. Dewey se vale del carácter orgánico de la sociedad: los individuos humanos nunca se presentan aislados, sino en sociedad ⁽²⁾, y precisamente en el ser social estriba su personalidad.

II.11.1. Caracterización del dualismo

El divorcio teórico entre el individuo y el resto de la comunidad procede en parte de la dicotomía psicológica yo / mundo, que pone la distancia entre lo que sucede dentro del cuerpo y lo que sucede fuera del mismo, restringiendo el "mundo", o las condiciones ambientales, al ámbito social.

Este yo cerrado se puede concebir como una prolongación psicológica del Yo absoluto, y conduce también a la consideración política setecentista de la sociedad como un agregado de individuos originalmente aislados que deciden, mediante un pacto racional, "ingresar" en ella.

«La teoría contractual del origen del Estado es una teoría cuya falsedad puede ser fácilmente demostrada

filosófica e históricamente (...) [la teoría] mostraba la creencia creciente de que el Estado existía para satisfacer las necesidades humanas y que podía formarse por la intención y la volición humana» «3».

1978

En realidad, el hombre tiene en su propia naturaleza la sociabilidad que dará lugar al Estado. Dewey responsabiliza de la teoría contractual -voluntarista e individualista- al poso europeo germánico, que nunca aceptó como propias las ideas ecuménicas romanas «4». Con el protestantismo se formaliza la independencia del culto individual respecto a las instituciones organizadas. En cualquier caso, el origen histórico de la teoría contractual del Estado, tenga o no su síntoma en la proliferación de sectas e iglesias, dio también lugar a todo tipo de consecuencias modernizadoras.

II.11.2 Superación del dualismo: el aspecto social del yo

Dewey postula una interacción integrada en la que la sociedad entra a formar parte de la naturaleza del yo, respondiendo a la definición de individuo como "el centro reconstructivo de la sociedad". La interacción obedece a una cierta línea común pragmatista, si dejamos aparte a James y su concepción de la sociedad como un mosaico de individuos: la "social welding" o soldadura social peirceana, y la sociogénesis del lenguaje y la cultura meadiana. Dewey sigue dos tácticas argumentativas:

A) La naturaleza social del lenguaje

El centro mismo de la peculiaridad humana, que es el lenguaje, sólo puede entenderse surgiendo de una interacción de individuos que comparten relaciones estables. La comunicación elaborada que da lugar al significado mediato y es condición de toda cultura, depende absolutamente en su formación del medio social. Lo que cada individuo peculiarmente es emerge de un fondo de significados de carácter cultural. La orientación contemporánea de las ciencias lingüísticas y sociales nos eximen de incidir en algo que podemos dar por sabido, sin dejar antes de mencionar el nombre pionero de G.H. Mead.

Para terminar, en Dewey el lenguaje no es expresión de sucesos antecedentes, sino -de nuevo el instrumentalismo- comunicación entre individuos:

«El corazón del lenguaje no es la 'expresión' de algo antecedente, y mucho menos la expresión de pensamiento antecedente. Es comunicación; el establecimiento de cooperación en una actividad en la cual hay compañeros (...)» 'E'.

reafirmando la concepción de la sociedad como la matriz de donde surge el hecho lingüístico, en vez de un "receptáculo" común que se limita a combinar significados individuales.

B) El fundamento de la sociedad en la naturaleza humana:

Dewey trata el carácter natural de la sociedad, ~~en la dirección ya estudiada en II.11, como un *faktum*: los~~

individuos humanos nunca se presentan aislados, sino en sociedad, y su personalidad proviene precisamente de su ser social, del que no pueden prescindir: un aspecto con consecuencias de compromiso social que algunos seguidores como Rorty ⁽⁶⁾ han desestimado en el neopragmatismo de nuestros días. Para Dewey, el filósofo no sólo tiene un papel social y político que jugar, sino también moral:

«Hay algo profundo en la naturaleza humana que empuja a las relaciones estables. La inercia y la tendencia a la estabilidad pertenece a las emociones y a los deseos tanto como a las masas y las moléculas. Esta felicidad, plena de contento y paz, está fundada sólo en vínculos duraderos con los otros (...). Se desconoce cuánto de la frívola excitación de la vida, de la manía por el movimiento, del quejoso descontento, de la necesidad de estimulación artificial, es la expresión de la búsqueda frenética de algo que llene el vacío causado por la pérdida de lazos que mantengan a las personas unidas en una comunidad inmediata de experiencia» ⁽⁷⁾.

Comunidad inmediata de experiencia. Aquí llegamos a la noción social que conecta con la teoría moral: el valor de la experiencia compartida. El "sentido de la comunidad" es un sentido primigenio de pertenencia del yo al grupo y una de las condiciones de la valoración. Abordemos sus dos dimensiones: la religiosa y la política.

II.11.3 Carácter orgánico de la sociabilidad del yo

En Dewey, la sociedad es el mejor ejemplo de organismo.

En "The Ethics of Democracy" afirma significativamente que el cuerpo animal no es el paradigma de organismo, pues en aquél los miembros, los órganos, son sólo partes de todo y están absorbidos por éste, siendo incompleta la relación orgánica. En cambio la sociedad humana

«(...) representa un organismo más perfecto. El todo vive verdaderamente en cada miembro (...) [y] se manifiesta a sí mismo como lo que es, un ideal de vida espiritual, una unidad de *voluntad*. Entonces, la sociedad y el individuo son realmente orgánicos el uno respecto al otro (...)» «²».

En esta línea spenceriana de la concepción orgánica de la sociedad, en la cual el individuo ya no es una "parte" de la sociedad, sino un "miembro" de la misma, Dewey afirmará años más tarde:

«Un ser humano es en cierto sentido una asociación, consistente en una multitud de células viviendo cada una su propia vida. Y así como la actividad de cada célula está condicionada y dirigida por aquellas con las cuales interactúa, así el ser humano (...) está movido y regulado por sus asociaciones con otros; lo que hace y lo que son las consecuencias de su comportamiento, en lo que consiste su experiencia, no puede ser descrito, y mucho menos explicado, en aislamiento.» «³».

Del sentido recto de los textos se colige que Dewey piensa en términos de inclusión lógica más bien que en términos comparativos; más bien en términos de una homología que de una analogía: la célula es al organismo como el individuo al conjunto de la sociedad.

«La actividad asociada o unida es una condición para la creación de una comunidad. Pero la asociación misma es física y orgánica, pues la vida comunal es moral, esto es, emocionalmente, intelectualmente, conscientemente sostenida» (10).

De suerte que la forma social de la vida implica un flujo emocional, moral e intelectual que desprivatiza, por decirlo así, a los individuos que la forman, y en el que el "nosotros" es una dimensión ínsita en el "yo".

La única forma de nostalgia que se permite Dewey es la de la comunidad de experiencia compartida, a la que insistimos en adjudicar un carácter orgánico. Reproducimos el muy significativo pasaje que admirativamente citara Dewey (11) de una descripción imaginaria del pueblecito de Wiltshire. Se la debemos el naturalista británico, hoy olvidado, W.H. Hudson en su A Traveller in Little Things:

«Todas [las casas] juntas formando un organismo, instinto con una vida, movida por una mente, como una serpiente multicolor echada a descansar (...).»

Hudson imagina un vecino en su casa de un extremo de la aldea, cortando una pesada pieza de madera. Accidentalmente, este vecino se infiere una grave herida con el hacha...

«Las nuevas del accidente volarían de boca en boca hasta el otro extremo de la aldea, una milla más allá; no solamente cada habitante se enteraría enseguida, sino que tendría al mismo tiempo una vívida imagen mental de su vecino en el momento de la desgracia, la afilada hacha cayendo sobre su pie, la roja sangre fluyendo de la herida; y al mismo tiempo sentiría la herida en su propio pie y el shock en su organismo. En cierta manera todos los pensamientos y sentimientos pasarían libremente de uno a otro, pero

no necesariamente comunicados por el habla; y todos serían participantes en virtud de esta simpatía y solidaridad uniendo los miembros de una pequeña comunidad aislada. Nadie sería capaz de un pensamiento o emoción que fuera extraño a los otros.

El carácter, el estado de ánimo, la mentalidad del individuo y de la aldea, serían el mismo» ⁽¹²⁾.

Para algunas mentes liberales esta aldea orgánica representaría cumplidamente una forma de pesadilla, pero para Dewey, que ni siquiera sospecha esta posibilidad, resulta decididamente "hermosa". Comparada con la intimidad que destila, considera Dewey al Estado como "una impertinencia", como si la descripción de Wiltshire no fuera obra de la imaginación de Hudson.

La insistencia deweyana en la conveniencia de las comunidades cara a cara procede ⁽¹³⁾, aparte de su origen rural y del influjo de autores como Thorstein Veblen, de esta visión orgánica de la sociedad que ya propusiera Herbert Spencer, y que ejemplifica la aldea de Wiltshire.

Hemos creído oportuno reproducir una cita tan extensa porque la comprensión de lo que supone la aldea de Wiltshire, con la transmisión del dolor de un vecino a otro "no necesariamente por el habla", nos capacitará para entender los límites del juicio de valor cuando se trata de resolver conflictos interpersonales.

II.11.4 Experiencia compartida y sentimiento religioso

La tendencia de Dewey a valorar la experiencia

compartida como una experiencia sublime, y a reservarle metáforas de una religiosidad natural llega más allá de la figuración misma '14', en tal grado que parece la única vía de trascendencia que se permite nuestro autor:

«La religión se ha perdido a sí misma en cultos, dogmas y mitos. Consecuentemente, la tarea de la religión como sentido de la comunidad y el lugar de uno en ella, se ha perdido. (...) En vez de resaltar la libertad y la paz del individuo como miembro del todo infinito, se ha petrificado en una esclavitud de pensamiento y sentimiento, en una intolerante superioridad de los pocos, y en una intolerable carga para los muchos. (...) En los inseguros actos inconsecuentes de los yoes separados reside un sentido del todo que les afirma y dignifica. En su presencia expulsamos la mortalidad y vivimos en lo universal. La vida de la comunidad en la cual vivimos y tenemos nuestro ser es el símbolo adecuado de esta relación. Los actos en los que expresamos nuestra percepción de los vínculos que nos unen con otros son sus únicos ritos y ceremonias» '15'.

La experiencia compartida se constituye así en un valor universal. Al grave problema kantiano de "¿Qué podemos esperar?", al problema de la trascendencia personal, Dewey rehúsa responder con ningún tipo de consuelo subjetivo, y sólo apunta a que la finalidad de la conducta se cifra también en trabajar para la felicidad de las generaciones futuras. En la prosecución del crecimiento de la Humanidad, de nuestros hijos y nuestros nietos, cuya experiencia unificada ya no podremos ver, hay una nueva variante de ese organicismo social de las esperanzas humanas, que no sólo se extiende a los vecinos de nuestra comunidad, sino a nuestra

descendencia, como si pudiéramos, ya que no sentir su felicidad, al menos vivirla en algún oscuro sentido ⁽¹⁶⁾.

II.11.5 Experiencia compartida y democracia

Hay dos sentidos diferentes de 'democracia' en Dewey ⁽¹⁷⁾: democracia política como sistema de gobierno (sufragio universal, elección de representantes, etc.), y democracia como idea social. La que nos interesa es esta segunda, de alcance más amplio, y que según Dewey debe afectar «a todos los modos de la asociación humana, la familia, la escuela, la industria, la religión» ⁽¹⁸⁾. Para Dewey, la democracia encarna la aplicación del método inteligente que se desarrolla en las investigaciones organizadas a los problemas sociales y, más que una alternativa a otros principios de vida asociativa, es «la idea de vida comunitaria misma» ⁽¹⁹⁾, impregnándose de los valores más altos de la comunidad. La fe democrática aparece en nuestro autor como fe en la inteligencia humana.

La conexión de la transición sociológica con la idea democrática es clara. En comparación con la doctrina filosófico-política del liberalismo, que mantenía la idea de una sociedad compuesta por entidades individuales autosuficientes y aisladas, los cuales convenían racionalmente en formar una asociación voluntaria para protección mutua, Dewey es decididamente democrático en su concepción de la sociedad como formada por una comunidad de

individuos ya previa y naturalmente imbricados entre sí, que deben su personalidad a la pertenencia a un todo cooperativo y su capacidad de progreso a la educación, en la cual todos participan y colaboran en las tareas de dirección, en la misma forma que lo hacen en las tareas de subsistencia:

«Al menos en la concepción, la democracia es lo que más se aproxima al ideal de toda organización social; aquella en la que individuo y sociedad son orgánicos uno respecto al otro» ⁽²⁰⁾.

El ideal de democracia deweyana se aproxima más a lo que Gastil llama la "democracia tribal" ⁽²¹⁾ de los cantones suizos medievales o de las comunidades de Nueva Inglaterra del XVII, que al de "democracia liberal" que sólo se impone a partir del siglo XVIII; más bien radicando en la voluntad (*will*) única de un "organismo social" ⁽²²⁾ que en un agregado de individuos que reclaman sus derechos civiles frente al Estado invasor. Dewey llega a afirmar significativamente que un voto no cuenta por un individuo, sino «como manifestación de alguna tendencia del organismo social a través de un miembro de ese organismo» ⁽²³⁾.

Sólo así, con la relegación del individuo no-social a la categoría de abstracción, podemos entender la idea deweyana repetidamente expuesta de que la democracia es la forma más estable de gobierno, y no la más inestable, como se suele pensar. De hecho, la separación entre gobernantes y gobernados resulta de entender la sociedad como un agregado numérico sin voluntad política; al concebirse al organismo

social como una masa inerte sin voluntad, surge la tesis de que son necesarias unas minorías, como grupo separado de la masa, capaces de dirigirla. En Dewey, postular la necesidad de las élites políticas significa reconocer un fracaso ético y social. En cambio, si el individuo y la sociedad se entienden orgánicamente, «el individuo es la sociedad concentrada» ⁽²⁴⁾ y «cada ciudadano es un soberano» ⁽²⁵⁾; al menos en el plano del ideal, la forma de gobierno tiene el significado ético rousseauiano de una comunidad espiritual.

II.11.6 Significado moral de la transición individuo / sociedad

A) La conformación orgánica del individuo social explica por qué el conflicto moral jugará tan pobre papel en el proceso de formación del juicio de valor, y también por qué -como en el problema de la "prueba" de la hipótesis moral- supondrá Dewey que de manera natural los intereses de los seres humanos tienden a ser congruentes y armonizables.

Si en la aldea de Wiltshire -a la que convendremos en asignarle el punto límite teórico en la dirección de la experiencia compartida- la opinión, la visión del mundo y hasta las emociones y sentimientos individuales pertenecen a la comunidad, entonces la mera suposición de divergencias en los intereses básicos de sus miembros podría ser considerada una broma impertinente.

B) El yo y la autorrealización en los valores comunes.

Para Dewey, los grupos sociales y los individuos son interdependientes, y no hay más interés individual que el interés del grupo. Ya en O, se establece enfáticamente como "el postulado ético" la siguiente proposición

«En la realización de la individualidad se precisa también la realización de la comunidad de personas de la cual el individuo es un miembro; y, a la inversa, el agente que debidamente satisface la comunidad en la que vive, por esta misma conducta se satisface a sí mismo» (26).

Y en PIP, el problema de la moral se centra en formar un cuerpo de tendencias individuales orientadas por los valores comunes. De este *desideratum*, que reproduce la intuición aristotélica de que el cumplimiento del individuo no puede realizarse sin el de sus conciudadanos, a la consideración de las tendencias antisociales como intrínsecamente disvaliosas no hay más que un paso.

La moralidad del hombre común resulta privilegiada sobre la de los individuos particularizados que se separan de la unidad del grupo social. La "filosofía del hombre común", como ha sido a menudo calificada la filosofía deweyana, presenta aquí una inesperada ramificación moral: no hay autorrealización si no es a través de los valores comunes.

Estas afirmaciones encuentran a primera vista una difícil compaginación con el elogio del individualismo de otros lugares de su obra, o ~~su rechazo por la moral gris de~~

las mayorías expuesta en II.10.1. Sin embargo, podemos establecer un contenido común mínimo que respete ambas tendencias si nos fijamos sobre todo en que Dewey pretende establecer con la innovación moral de los individuos avanzados una solución a problemas reales de la sociedad, y en su beneficio, tanto como de su propio problema adaptativo. Dewey protestaría inmediatamente si se le acusara de fomentar el estancamiento o la indiferencia social, pero sin duda, cuando denuncia que la formación de la Gran Sociedad moderna ha desintegrado los valores comunes de las pequeñas comunidades agrícolas, y cuando propone que debemos colaborar en la creación de la Gran Comunidad, por encima de los actuales Estados-nación '27', está proponiendo la conservación de la fase orgánica de la comunidad, representada por la aldea de Wiltshire, solo que en una fase posterior, y aún muy prospectiva, de la historia.

NOTAS

- (1) Respecto a la preordinación del lenguaje al pensamiento, vid. su Mind, Self & Society, pp. 190-2; respecto al surgimiento del yo bajo las condiciones sociales, las decisivas páginas 152-60 op. cit.
- (2) Una interesante constatación de la "escala" social de los conflictos en Dewey, comparando a éste con W. James, puede encontrarse en Schneider, H., A History of American Philosophy, pp. 566.
- (3) RF, O.C. / MW 12: 104.
- (4) Idem, p. 105.
- (5) EN, O.C. / LW 1: 141.
- (6) Rorty, Richard, "From Logic to Language to Play", Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association, LIX (1.986), p. 752, citada por Mac Carthy, Thomas, en "Ironía privada y decencia pública: el nuevo pragmatismo de Richard Rorty, p. 1.
- (7) PIP, O.C. / LW 2: 368-9.
- (8) "The Ethics of Democracy", O.C. / EW 1: 237.
- (9) PIP, O.C. / LW 2: 353.
- (10) idem, p. 330.
- (11) idem, p. 261.
- (12) Hudson, W.H., A Traveller in Little Things, Nueva York: E.P. Dutton and Co., 1.909, pp. 110-2.
- (13) Vid., p. ej., PIP, O.C. / LW 2: 367-72.
- (14) La cualidad social y ética de la religiosidad deweyana se menciona en Kurtz, Paul, Filosofía norteamericana en el siglo XX, "Introducción", p. 36
- (15) HNC, O.C. / MW 14: 226-7.
- (16) Hay que considerar a este respecto que la idea de justificación en el bienestar de las futuras generaciones fue compartida por evolucionistas sociales como Herbert Spencer, y actualmente lo es por E.O. Wilson, en coincidencia no accidental de pareceres.
- (17) Por ejemplo, en PIP, O. C. / LW 2: 325.
- (18) Ibidem.
- (19) idem, p. 328. La idea deweyana de democracia es eulogística y ha sido calificada de "ingenua". Vid. una comparación con la postura considerada "realista" de Max Weber, según la cual no hay un sistema político que pueda conciliar libertad e igualdad, en la p. 48 de Manasse, E.M., "Moral Principles and Alternatives in Max Weber and John Dewey".
- (20) EN, O.C. / EW 1: 237.
- (21) Gastil, R. D., "What kind of Democracy?", pp. 10-13.
- (22) "The Ethics of Democracy", O.C. / EW 1: 231.
- (23) Idem, p. 234.
- (24) Idem, p. 237.
- (25) Ibidem
- (26) O, p. 131.
- (27) Vid, p. ej., PIP, O.C. / LW 2: 314.

II.12 DUALISMO ETICO

Hemos considerado como nítidamente separadas en Dewey cuatro configuraciones del dualismo ético: aquellas que contraponen respectivamente la teoría a la práctica, los motivos a las consecuencias, el altruismo ideal al egoísmo compensatorio, y finalmente el hecho al valor. En su formación confluyen los dos brazos más amplios del gran río de la tradición dualista: el metafísico y el gnoseológico.

Tras afirmar en ^DQC que el problema central de la filosofía en su aspecto metafísico ha sido la conexión entre lo real y lo ideal, Dewey establece su equivalente para el aspecto gnoseológico:

«(...) la relación entre existencia e idea ha constituido siempre el tema central de la filosofía en el aspecto de teoría del conocimiento (...) Ambos tópicos confluyen en el problema de la relación de lo real y lo posible» '1'.

Lo posible se entiende anclado en el reino de los fines e ideales: la transición ética impuesta por la necesidad de regular la acción humana. Aquí tenemos una muestra de que la transición metafísica entre lo real y lo ideal es equivalente a la gnoseológica entre la existencia y la idea, y ambas confluyen en la transición ética, que se da entre lo real y lo posible.

Las dicotomías éticas "internas", como fines / medios o motivos / consecuencias, se tratarán en la parte IV; ahora

trataremos las dicotomías teórico-prácticas, cuyas conformaciones principales son

- 1- teoría / práctica, como dualismo ético general
- 2- inteligencia / conducta (o acción moral), expresado en el problema central de la ética deweyana: ¿cómo aplicar la inteligencia a la acción?
- 3- altruismo / egoísmo.
- 4- valores / hechos, que vincula, como última dicotomía, la estrategia de la genealogía con el problema central de la controversia valorado / valorable: la integración de los elementos *de jure* y *de facto* en un mismo juicio.

Para la resolución de todas ellas será preciso apelar a los conceptos presentes en la parte III, la cual vincula la Teoría de la Acción y la Investigación. Aquí nos limitaremos a identificarlas y a esbozar su tratamiento transicional.

II.12.1. Dicotomía teoría / práctica

Es la especificación del dualismo ético. Reproduce, desde el punto de vista ético, la separación -ya estudiada en la teoría del espectador desde el punto de vista del pensar- entre pensar y hacer. Su importancia se prueba en esta cita:

«El problema de la relación entre teoría y práctica no es sólo un problema teórico, pues es al mismo tiempo el problema más práctico de la vida (...)» (2).

¿De dónde surge la separación entre los métodos usuales de la inteligencia y de la conducta? De la confluencia de dos dualismos: el metafísico específico de necesidad / contingencia y el epistemológico de las dos estrategias.

~~En cuanto al primero~~, Dewey recuerda que ya Platón ⁽³⁾ contrapone la ciencia a la experiencia y al conocimiento empírico, y que en Aristóteles el único tipo posible de conocimiento de lo que no presenta necesidad y universalidad, sino contingencia, es el empírico, el cual ni es demostrativo ni constituye ciencia.

Dewey asimila el desprecio por los asuntos prácticos al desprecio hacia la "experiencia", y en el mismo texto afirmará que esa depreciación llega hasta nuestros días, asociada a la actividad baja y práctica, no racional.

~~En cuanto al segundo~~, el divorcio entre teoría y práctica presupone la desconexión entre una búsqueda de certeza emocionalmente gratificante y una técnica desvalorada. La búsqueda intelectual de certeza se asocia a las necesidades espirituales y a las abstracciones más ideales, en tanto que la acción sobre las cosas se asocia a fines utilitarios de corto alcance.

II.12.2 Dicotomía Inteligencia / Conducta

La dicotomía entre inteligencia y conducta se expresa en la falta de operatividad de las ideas por una parte, y por otra en la falta de crítica de la actividad diaria.

Presupone esta dicotomía la dicotomía metafísica entre lo ideal y lo real, y la gnoseológica entre sujeto y objeto.

Poner las ideas en funcionamiento es la conclusión del camino recorrido hasta aquí. Aplicar las ideas a la conducta significa, por un lado, introducir cambios en las condiciones naturales que las hagan más propicias; la fe romántica en las armonías de la Naturaleza, nos dirá Dewey, conduce al desastre. Por otro lado, significa establecer para nuestros hábitos una estructura ordenada e integral, que constituye la persona. La operatividad de las ideas precisa de la inserción de la inteligencia en su lugar natural como instrumento, activo en sí mismo, de la acción integrada: «(...) el conocimiento es en sí mismo un tipo de acción» ⁴ bien podría ser la divisa del instrumentalismo gnoseológico de nuestro autor, si Peirce no hubiera pronunciado las mismas palabras bastantes años antes ⁵.

II.12.2.1 Divergencias entre Razón moral e inteligencia moral

En las tendencias dualistas se separan absolutamente los datos y resultados del conocimiento ordinario del órgano que juzga y decide en asuntos prácticos. Para ello, se requiere la identificación de la vieja Razón universal, autónoma respecto a las apariencias del mundo sensible, con la esencia de la Moralidad:

«(...) Por una parte, hay una identificación de lo moral con lo racional. La razón es elevada a facultad de la que proceden las intuiciones morales últimas, y a veces, como en la teoría kantiana, se dice que suministra el único motivo propiamente moral. Por otra parte, el valor de la inteligencia concreta de cada día es subestimado, e incluso deliberadamente despreciado. La moral es a menudo considerada un asunto sin nada que ver con el conocimiento ordinario (...)» ⁽⁶⁾.

La demanda de aplicación de inteligencia, entendida en sentido empírico, a los asuntos morales tiene aquí una de sus raíces estratégicas. Si no aplicamos la inteligencia a la moral, ésta se convierte en moralismo, con la connotación de esquematismo vacío que encontramos en Dewey ⁽⁷⁾ cada vez que menciona esta palabra.

II.12.2.2 Divergencias entre teoría y conducta

Un aspecto que se suele aceptar como un "mal necesario" en el pensamiento ético moderno es la inevitabilidad de las divergencias entre la teoría moral y la conducta, las virtudes de los tratados y las virtudes cotidianas, las prohibiciones estrictas de los códigos morales y la permisividad o el oportunismo de la práctica moral y social -dobles teórico-prácticas a las que, dicho sea de paso, se les suele dar en nuestro país el inquietante nombre de "pragmatismo"-. Estas divergencias sintonizan con la disyunción entre unos valores superiores (teóricos, humanistas, contemplativos) y otros inferiores (prácticos,

ordinarios, efectivos), al conjunto de los cuales se supone luchando en una misma persona por alcanzar la hegemonía en combate a ultranza; en ese combate un grupo de valores debe rendirse ante el otro, o bien ambos han de resignarse a convivir ignorándose. La disyunción reproduce la diferencia entre teoría, axiológicamente encomiada, y práctica, axiológicamente ignorada o denostada.

Ya a los 32 años ⁽⁸⁾ propuso Dewey que toda conducta fuera considerada conducta moral, bajo el supuesto de que la teoría es necesaria para cualquier acción. Todo acto demanda teoría en la medida en que es significativo, y cuanto más significativo, más teoría demanda. Entonces criticó la independencia de teoría y práctica en actividades del tipo de andar o hablar por teléfono, con argumentos como que el solo nombre de 'locomoción' ya es teoría, o que quien habla por teléfono no sabe cómo se construye el teléfono, pero sí sabe cómo hablar o qué decir. En su definición,

«La teoría moral (...) es la construcción del acto en el pensamiento frente a su construcción desde fuera. (...) Tan lejos estamos de todo divorcio de teoría y práctica moral que la teoría es el acto ideal, y la conducta el conocimiento ejecutado» ⁽⁹⁾.

En HNC rastrea otra pervivencia dualista en este problema:

«La razón para dividir la conducta en dos sectores, uno práctico y otro moral, desaparece cuando se desecha la teoría psicológica que identifica la deliberación ordinaria con el cálculo. (...) No hay

sino una sola cuestión de toda reflexión acerca de la conducta: la rectificación de las dificultades presentes, la armonización de las actuales incompatibilidades (...)» '10'.

Dewey asigna también el origen de esta creencia compartida a la brecha de corte teológico que contrapone la fijeza del orden moral a la volubilidad de la "naturaleza humana" -en su versión de *natura vitanda* que vimos en II.10.1-. Ya en "Green's Theory of the Moral Motive" propuso Dewey una tarea de recolección y asimilación de usos que, si bien pasadas por el tamiz de los ideales y de las reglas establecidas, debía conducir a cambios sustanciales en el propio radio de acción de la teoría moral, eliminando las reglas fijas y la pretensión de exhaustividad de las mismas:

«La teoría ética debe ser una afirmación general de la realidad implicada en cada situación moral. Debe ser acción expresada en sus términos más genéricos, términos tan genéricos que toda acción individual caiga dentro de sus límites» '11'.

En otro lugar desechó la idea de que el dominio de la conducta moral es más estrecho que el de la conducta misma:

«La teoría moral, por ejemplo, es a menudo vista como un intento de hallar una "base" o fundamento filosófico para la actividad moral en algo más allá que la actividad misma (...) ¿Qué es, entonces, la teoría moral? (...) consiste simplemente en los trabajos diarios de la misma inteligencia ordinaria que (...) inventa el teléfono (...) Es la acción en idea. Es la construcción del acto en el pensamiento frente a su construcción desde fuera. Es, por lo tanto, el hacer -el acto mismo, en su emerger.

Estamos tan lejos de todo divorcio entre teoría y

práctica moral que la teoría es el acto ideal, y la conducta la idea ejecutada» ⁽¹²⁾.

II.12.2.3 Ideales y utopía

Dewey se nos viene descubriendo de aquella estirpe pindárica que prefiere agotar lo posible antes de buscar lo imposible; si se muestra partidario del ideal moral, será sólo en un sentido en el que se aporte, además del contenido ideacional del mismo, los medios para conseguirlo y la previsión de su eficacia en plazo razonable. En caso contrario -y ya podemos suponer que esto sucede con gran frecuencia- se producen los ideales vacíos y las utopías morales, a las que Dewey califica habitualmente de "ensueños compensatorios" o de "residuos pueriles". Con ambas calificaciones se pretende significar la reconcentración en y teatralización de lo que hubiéramos hecho o de lo que haríamos en una situación ideal (esto es, inexistente) ante una dificultad que de hecho nos ha paralizado y a la que no queremos volver a enfrentarnos en la realidad concreta.

Si los ideales no sirven para organizar la actividad diaria y para su transformación efectiva, se convierten en "asilos contra el esfuerzo". De manera que hay dos tipos de ideales: los vacíos y los operativos. En HNC, Dewey sitúa los ideales operativos exclusivamente en la fase problemática de la investigación:

«Todo fin que el hombre sostiene, todo proyecto que

abriga es ideal. Indica algo deseado, más que algo existente. Es deseado porque la existencia tal como *ahora* es no lo proporciona (...) Pero, aunque en este sentido sea ideal, no es *un* ideal. (...) La calidad del ideal es exaltada hasta tal punto, que se le pone fuera de toda posibilidad de planeación y ejecución definidas (...) Entonces, (...) el ideal se materializa en el pensamiento como un objeto elevado y remoto, tan elevado y distante que no pertenece a este mundo ni a la experiencia. (...) Es lo que, en términos técnicos, se llama trascendental y, en lenguaje común, sobrenatural, celestial y no terrestre. (...) Esta noción de la naturaleza y función de los ideales combina (...) todo lo que hay de vicioso en la separación del deseo y del pensamiento (...) el ideal es en sí el producto del descontento con las condiciones. Aunque en vez de servir para organizar y dirigir el esfuerzo, actúa como un ensueño compensatorio (...). Es un refugio, un asilo frente al esfuerzo (...) El ideal, tal como lo concibe la mente popular, está muy lejos de la verdadera función de los fines» ⁽¹³⁾.

De lo que se trata es de incluir en un programa orgánico de comportamiento a la imaginación abierta y al pensamiento ordenado, los cuales, cuando no funcionan en armonía, como dirá Wittgenstein después, son "ruedas que van por su cuenta" y giran en el vacío sin ningún provecho.

«Excepto donde hay una disposición disciplinada, la tendencia de la imaginación es rodar por su cuenta. En vez de examinar sus objetos por sus condiciones con referencia a su puesta en práctica, se les permite desarrollarse a causa de la inmediata satisfacción emocional que proporcionan (...) Esta brecha entre pensamiento y conducta se refleja en aquellas teorías que hacen una tajante separación entre la mente como algo interior y la conducta y las consecuencias como meramente externas» ⁽¹⁴⁾.

Nuevamente se presenta la dicotomía entre inteligencia y conducta surgiendo de la dicotomía psicológica interior /

exterior, y ésta de la teoría del espectador. Viniendo de donde viene, el espectador con alma de espejo no puede dejar de caer en variedades morbosas como el "sentimentalismo":

«Es fácil construir ideales en general y glorificarlos sentimentalmente; pero así se esquivan las responsabilidades de un pensamiento estudioso y de la acción (...)» (18).

La institución sentimental de la utopía no se concibe en realidad sino como el otro cabo de la cuerda que separa los fines absolutos y la realidad diaria. Frente a la "brutal eficiencia" de la competitividad del mundo industrial, está la "fútil complacencia" en un reino interior de bellos ideales, como dos extremos complementarios del mismo error.

II.12.2.4. La conducta desintegrada

La conducta desintegrada promueve la existencia de rasgos de carácter -o de actos- que tienen justificación por sí mismos, con independencia del grado en que afecten a la totalidad de la conducta o de la personalidad. En las teorías de la felicidad que promueven una sola dirección en la satisfacción de impulsos, como el kantismo, o se ocupan de la cuantificación, como el hedonismo, se alienta según Dewey la desintegración de la conducta.

El atomismo, la incoherencia, la pérdida de fluidez moral, la doblez, son todos defectos de la personalidad cuya causa radica en la desintegración de la conducta.

Para Dewey, la importancia de las virtudes comprensivas y extendidas (*pervasive*) significa que toda virtud ha de ser juzgada, no sólo en su cualidad absoluta, sino, y sobre todo, en su capacidad para compaginar diversos impulsos y de permear la totalidad del carácter personal:

«Si lo fundamental en la felicidad es la relación del deseo y la intención del agente con su propio resultado exitoso, se da una conexión inherente entre nuestras diferentes tendencias» ⁽¹⁶⁾.

Además, se ve que la integración de la conducta funciona en dos direcciones diferentes: equilibrio y referencia mutua de los diversos impulsos o rasgos de conducta, e integración de los mismos respecto al resultado de la conducta, por decirlo así, total, de individuo.

La renuencia al aspecto "sumativo" de la ética de un Bentham proviene de la propiedad holística del organismo humano, y de la correspondiente propiedad funcional de sus elementos.

Términos como armonía, refuerzo, expansión ⁽¹⁷⁾, compatibilidad, extensión e integración se repiten, y no por casualidad, en el tratamiento deweyano de los impulsos, los hábitos y las virtudes.

II.12.3. Dicotomía egoísmo / altruismo

81

En esta dicotomía de la conducta el altruismo ocupa el lugar de los motivos puros, de los ideales, del valor moral, del dictado de la Razón, en tanto que se asigna al egoísmo el puesto de rebrote de la naturaleza humana vitanda, inmoral y predatoria en unas conformaciones, y en otras conformaciones el de los hechos consumados o el de la "dura realidad".

El altruismo consolida la aparición de los bellos ideales, los cuales son remotos, a tiempo parcial y demasiado bellos para el materialismo vulgar del mundo (o de la sociedad, o de la época) en que *de hecho* vivimos.

Las condiciones de la dicotomía radican en el divorcio entre la persona y su medio social que ya señalamos en el *capítulo anterior*, pero la discriminación axiológica entre egoísmo y altruismo sería imposible sin el elemento noble de los dualismos metafísico (un alma trascendente), epistemológico (un conocedor trascendental), psicológico (un sujeto interior) y sociológico (un individuo aislado que procura por sí mismo), así como el elemento vil respectivo.

II.12.3.1 Exposición

Las doctrinas que se inclinan por una u otra ala del dualismo como principios de conducta conciben un yo substraído

de la asociación; en el primer caso, tanto como en el segundo, se supone que solamente padecemos los efectos de los males personales, no de los que recaen en el grupo al que se pertenece, y también que el interés por uno mismo y el interés por el grupo son actividades básicamente incompatibles.

81

Para Dewey, que nos vuelve a descubrir las secretas afinidades de los contrarios, el egoísmo y el altruísmo son posiciones igualmente insatisfactorias, porque ambas parten del aislamiento del yo respecto a la comunidad.

El egoísmo tiene su asiento en el desarrollo de la Gran Sociedad moderna y en el declive de la solidaridad orgánica que la ha precedido en las comunidades cara a cara. Sólo la concepción de un yo estrecho y desnudo, reducido a los límites fisiológicos de la piel, puede sostener la hipótesis de que siempre actuamos por amor de nosotros mismos.

En cuanto al altruísmo ⁽¹⁹⁾, ha surgido igualmente de las cenizas de la solidaridad orgánica, si bien se ha dado en multitud de culturas y escuelas como la budista, la monástica cristiana, la cínica o la estoica. En Dewey es inaceptable porque, en primer lugar, atenta contra la propia existencia el desprecio absoluto del yo; y en segundo lugar, porque en el altruísmo puede fácilmente anidar una forma particularmente insidiosa y sutil de egoísmo: la de presentarse ante los demás o ante sí mismo como héroe de la abnegación.

II.12.3.2 La transición entre egoísmo y altruismo

Ambas formas complementarias de error nacen del olvido de la sutura social y de los hechos básicos de la socialización.

En la medida en que nos encontramos en una fase del desarrollo de la inteligencia y de la sociedad (marcada por la democracia, el industrialismo y la ciencia) que ha superado el voluntarismo y el individualismo extremos -los cuales surgieron según Dewey para contrarrestar el peso medieval de las instituciones-, es necesario un ajuste de la balanza que nos recuerde el principio aristotélico de que no es posible ser feliz sin que los que están a nuestro alrededor lo sean también. En este aspecto de la teoría moral se puede detectar el giro hacia el equilibrio antiguo entre placer y virtud, o lo que es lo mismo, entre la persecución de intereses propios y la observancia de los intereses comunes, que Dewey entiende se ha perdido en la recepción cristiana y supernatural de las enseñanzas aristotélicas. El yo del que habla en E es un yo expansivo, amplio, jamesiano, en el que se sobreentiende la socialización de los impulsos y los deseos.

Desde el punto de vista de nuestro estudio, Dewey no contempla conflictos serios entre los intereses individuales y los intereses sociales. La afirmación de que hay un sentido social en el individuo se presenta como axiomática en Dewey, como un rasgo de la naturaleza humana, el cual es a la vez una

realidad y una virtud. En E, por ejemplo, sólo parece existir un vicio: pasar por alto los intereses de los demás.

La socialización introduce al individuo (bien entendido que, siguiendo a Mead, no hay individuo previo a la socialización, sino precisamente como efecto de la misma) en los intereses de su grupo, y cuando el individuo no coincide con los intereses básicos de la mayoría, actúa en la dirección de cambiar los hábitos sociales.

El problema de interpretación estriba en que Dewey no enuncia nunca la confluencia de intereses básicos entre individuo y sociedad como un fin al que se tiende, sino como un hecho de la experiencia en bruto (*gross experience*). Utiliza siempre el modo indicativo, y en ningún momento deja claro cuándo hemos de entender que los individuos díscolos se están enfrentando justamente "a la gris mayoría", o por el contrario está traicionando valores básicos de la sociedad que no han sido convenientemente internalizados en el proceso de socialización. Esta ambigüedad preñada de dificultades no ha sido adecuadamente observada, y tiene una gran importancia para la cabal comprensión de la teoría de la valoración.

II.12.4. Dicotomía valores / hechos

Hemos alcanzado el punto en la estrategia crítica de Dewey en que el dualismo ético-práctico, deudor del metafísico y del

gnoseológico, conecta por primera vez con el problema de la transición entre ser y deber ser que origina la controversia valorado / valorable. Nos ocuparemos de mostrar el desarrollo que, según esta estrategia negativa, sitúa la disyunción entre describir y valorar en el término previsible de una cadena ideológica y cultural que tuvo su origen en la búsqueda desesperada de certeza interior, y eslabones privilegiados de su extensión en la sociedad esclavista griega y en el espiritualismo cristiano.

II.12.4.1 Exposición

La doctrina tradicional erige un ideal "reino de valores" alejado del real "reino de lo existente", en la dirección ya estudiada en II.12.2. Esta supernaturalización de los valores provoca que cuando se los concibe como fines, no se los conciba como fines naturales, emergentes y cambiantes, sino como fines fijos y absolutos. Los hechos no cuentan en absoluto a la hora de elegir los valores, los cuales han de ser descubiertos por algún órgano y facultad especial (por ejemplo, la Intuición, la Razón pura, o la conciencia).

La dicotomía, en una formulación ya clásica, impide que los juicios de valor y los juicios prácticos se modifiquen mutuamente.

De signo contrario -pero, reiterando el énfasis deweyano en la *coincidentia oppositorum*, del mismo talante dualista- la creencia en unos "hechos absolutos", independientes del juicio y de la teoría, favorece el surgimiento del positivismo lógico del no cognitivismo.

En ambos casos, una separación absoluta se presenta como dada, y se exige una justificación para quien intente salvarla, mientras que en Dewey el problema es justo al revés: la separación proviene de la herencia cultural ⁽¹³⁾ dualista cuya trama estamos describiendo, y precisa, ella misma, de una justificación teórica que nunca se da o se da por supuesta.

Aquí aparece por vez primera un *quid pro quo* que determinará la controversia valorado / valorable: para Dewey, padecemos de un defecto de visión intelectual *ab ovo* que nos impide distinguir, por constitución cultural, las conexiones naturales, ordinarias y reiteradas, entre hechos y valores.

En la práctica ordinaria de la comunidad científica se producen investigaciones, juicios y conceptos en las ciencias naturales que permiten el control lógico sobre el material tratado, pero como los valores son trascendentales, o inmediatos, y como esos valores nada tienen que ver con el mundo de la experiencia, las inferencias entre diferentes investigaciones, juicios y conceptos de valor son imposibles.

En LC se echa de menos la continuidad de la experiencia moral que ya se da en la experiencia física:

«(...) hay tal disparidad inherente entre los juicios morales y los juicios físicos, que se carece de base para controlar la actividad que juzga en un caso para inferir la posibilidad de un control semejante en otro» (20).

Semejante situación, parece insinuar Dewey -y con buen sentido, a nuestro juicio- es insostenible en los dos sentidos de la palabra. A menos que podamos establecer un control sobre los juicios morales que dependa en buena medida de las situaciones de hecho en que se formulan, es decir, de enunciados descriptivos garantizados por el conocimiento ordinario, Dewey diagnostica que se formularán impunemente todo tipo de juicios valorativos desautorizados por el nivel de conocimientos de nuestro estadio cultural.

II.12.4.2 La transición entre valores y hechos

Esta transición ha de asumir de momento la forma de *desideratum*, pues será preciso el instrumental teórico suministrado por la filosofía de la acción de la parte III para llevarla a cabo de manera satisfactoria. La transición ha de realizarse mediante la idea de una ética empírica, una ética que tome en consideración los hechos de la experiencia en la determinación de los valores. Sus logros tendrían unos límites que Dewey impuso antes que sus críticos, dando a entender que adoptándola no se resolverían los conflictos morales, sino que

simplemente ayudaríamos a localizar y transformar el verdadero problema, poniéndolo a punto para la decisión:

«No se pretende que una teoría moral basada en las realidades de la naturaleza humana y en un estudio de las conexiones específicas de esas realidades con las de la ciencia física acabaría con la lucha y el fracaso moral. No haría de la vida moral un asunto tan simple como caminar a lo largo de una avenida bien iluminada. Toda acción es una invasión del futuro, de lo desconocido. El conflicto y la incertidumbre son rasgos últimos. Pero la moral basada en el interés por los hechos y que deriva su guía del conocimiento de los mismos al menos sitúa los puntos del esfuerzo efectivo y podría considerar los recursos disponibles. Pondría fin al empeño imposible de vivir en dos mundos no relacionados.

Destruiría la distinción fija entre lo humano y lo físico (...)» (21).

La tendencia cultural dualista, denunciada por Dewey, que separa sin esperanzas de reencuentro el plano humano y el plano físico, es la que aflora en la extrañeza que experimentamos cuando se afirma que los perros sueñan, padecen depresiones, de asma, o de gota, como si las enfermedades funcionales fueran patrimonio exclusivo del hombre en la medida en que no son estrictamente físicas.

Dewey establece en HNC que la ética podría aliarse con la física y la biología, restableciendo la continuidad entre ambas. La moral resultante sería

«sería sin ser fanática, ambiciosa sin sentimentalidad, prudente sin tomar la forma del

cálculo de beneficios, idealista sin ser romántica»

«22».

Dewey, como ha resumido Blau, rechaza la alternativa entre negar los hechos siguiendo un ideal moral no-natural y someterse sumisamente a los hechos. La tercera vía es la de reconocerlos, pero usándolos como «un reto a la inteligencia para modificar el ambiente y cambiar los hábitos» «23».

Esta transición, que parte de configuraciones "desordenadas" de eventos y va instituyendo activamente un orden y un control racionales sobre las mismas, sólo será posible mediante un método común al saber teórico y al saber práctico que permita y desarrolle el talante empírico de la ética.

II.12.5 Superación del dualismo ético

Para superar los dualismos sectoriales, y sobre todo el ético, será necesario entrar en la teoría de la investigación y de la valoración, en las partes III y IV del presente estudio.

Adelantemos que el concepto que permitirá superar el dualismo entre inteligencia y acción será el de "investigación".

En QC relaciona Dewey el experimentalismo de la investigación con la transición teoría / práctica, y lo destina a la futura creación del valor en una teoría instrumentalista,

en tanto que parte de la creación del significado a través de la experiencia consciente. Mediante la experimentación, el investigador actúa y conoce a la vez; merced a los cambios que la experimentación introduce en los objetos, se desaloja la fijeza que antes tenían y se los dota de un significado más amplio y rico. Así, el contenido de los términos no está previamente fijado, sino que la investigación misma los determina: trae a existencia lo posible.

¿Por qué los conceptos de 'experiencia', 'investigación', 'perentoriedad' y sobre todo 'acción', son aquí necesarios? En gran parte, porque el Dewey instrumentalista ya ha abandonado el idealismo. Dewey ⁽²⁴⁾ creyó aproximadamente hasta 1.891 que la unidad de teoría y práctica estaba determinada idealmente, y sólo con sus ataques a Green, su ídolo juvenil, y con la primera crítica al idealismo en el A Syllabus de 1.894 abandona esta tendencia metafísica ⁽²⁵⁾. Posteriormente afirmará:

«(...) la noción de que la acción y el sentimiento están inherentemente unificadas en la constitución de la naturaleza humana no está justificada. La integración es algo a conseguir» ⁽²⁶⁾.

De suerte que idealismo y dualismo coinciden en este aspecto de la teoría moral, y sólo a partir del abandono de aquél adquiere importancia la "acción" deweyana, que ha de reunir las instancias de teoría y práctica, ya no "preordenadas

en la idea", sino instituídas por la actividad humana, e instrumentalizadas por la investigación inteligente en un método restringido a la observación, la hipótesis y la prueba.

En cuanto a la transición entre hechos y valores, constituye el punto de engarce entre la estrategia negativa de las genealogías, la positiva de la investigación, y la controversia valorado / valorable. La transición entre hechos y valores permite salvar la barrera que separa a los juicios de *jure* y los juicios de *facto* interpuesta por Kant, Hume, Moore y los positivistas: es la misma barrera que origina la controversia valorado / valorable.

NOTAS

- (1) QC, O.C. / LW 4: 239.
- (2) *idem*, p. 224.
- (3) Estas observaciones sobre los *filósofos mayores* se repiten a lo largo de su obra.
- (4) AC, O.C. / LW 4: 134.
- (5) Peirce, Collected Papers, 8: 191, pp. 148-50 ed. cit.
- (6) DE, p. 354.
- (7) En el capítulo III de QC Dewey hizo un repaso genérico de la historia del dualismo entre conocimiento ("razón natural") y moral, incluyendo a los griegos, Sto. Tomas, Spinoza, Kant y Hegel.
- (8) En 1.891: "Moral Theory and Practice", O.C. / EW 3: 94-96.
- (9) *idem*, p. 95.
- (10) HNC, O.C. / MW 14: 146.
- (11) O.C. / EW 3: 158.
- (12) *idem*, pp. 94-5.
- (13) HNC, O.C. / MW 14: 178-9.
- (14) DE, p. 348.
- (15) QC, O.C. / LW 4: 225.
- (16) E, O.C. / MW 5: 259.
- (17) *Ibidem*
- (18) Para una más amplia noticia de los términos del problema, vid. E, O.C. / MW 5: 328-351.
- (19) Vid., p. ej., Geiger, G.R., John Dewey in Perspective, p. 109.
- (20) LC, O.C. / MW 3: 5.
- (21) HNC, O.C. / MW 14: 10-11.
- (22) *Ibidem*
- (23) Blau, Joseph L., Men and Movements in American Philosophy p. 351.
- (24) Vid. Morton White, The Origin of Dewey's Instrumentalism, p. 103.
- (25) *idem*, p. 106.
- (26) QC, O.C. / LW 4: 224.

**III - INVESTIGACION
Y FILOSOFIA DE LA ACCION**

INTRODUCCION

Hemos culminado la estrategia negativa de Dewey, consistente en la crítica genética a los dualismos mediante la elaboración de una genealogía de los mismos, de la que ha resultado la desconexión final entre hechos y valores.

Damos comienzo ahora con la investigación a la estrategia positiva, consistente en la transición de hecho y valor mediante la construcción de una teoría empírica del valor o, como Dewey diría, de la valoración.

Para la superación del dualismo teórico-práctico en sus diversas dicotomías, incluyendo la de hecho y valor, hace falta, no sólo el derribo del edificio conceptual de la filosofía tradicional, sino el establecimiento de un basamento metafísico y antropológico sobre el que construir esa teoría del valor. Ese basamento consta, a nuestro juicio, de cuatro conceptos-marco progresivamente más específicos: los de "experiencia" (III.1), "acción" (III.2), "acto" (III.3), y finalmente "investigación" (III.4). Estos conceptos-marco harán comprensible la transición valorativa de las partes IV y V.

El concepto-marco de "experiencia" ocupa una posición central en nuestro estudio, como cruce de caminos entre la estrategia negativa y la positiva. En el parágrafo de las cinco diferencias de la experiencia, donde Dewey expone la teoría tradicional de la experiencia junto a la suya propia en cada uno de los cinco casos, se observa el modo en que la "experiencia" permite superar, en la concepción deweyana, el abismo metafísico entre realidad y apariencia, el

epistemológico entre sujeto y objeto y el antropológico entre hombre y naturaleza.

Los conceptos de "acción", "acto" e "investigación", por su parte, van cercando el parámetro por el que se ha de unificar, desde el punto de vista del organismo agente, la cognición y la valoración: el de un organismo agente dotado de entendimiento y emplazado por el medio a resolver una situación problemática.

III.1. LA EXPERIENCIA.

III.1.1 ¿Qué es la experiencia?

El de experiencia es el concepto genérico que refiere aquellas interacciones y transacciones en las que el hombre es un elemento polar. Contiene esta noción un fuerte componente metafísico que reafirma la transicionalidad y determina las condiciones de toda investigación. De hecho, en la metafísica naturalista de Dewey los rasgos comunes de la experiencia son al mismo tiempo los rasgos del mundo ⁽¹⁾.

Podemos hacernos una idea de su contenido recordando que el término 'experiencia', ampliamente desarrollado por Dewey en 1.922 a través de EN, fue sustituido por el de 'cultura' hacia 1.950 ⁽²⁾, cuando Dewey reescribía EN para una nueva edición. Precisamente cuando Dewey se acerca más a una definición formal de 'experiencia' fue en 1.948, en la Re-introducción a EN, que quedaría inacabada. Allí afirma que en la primera edición empleó la palabra 'experiencia'

«(...) para significar toda forma actual y posible en que el hombre, una parte de la naturaleza en sí misma, tiene tratos con otros aspectos y fases de la naturaleza (...) "Experiencia" es una palabra usada para designar, en una forma sumaria, el complejo de todo lo que es distintivamente humano» ⁽³⁾.

El marco suficiente a partir del cual puede explicarse la vida humana, sin apelación a principios externos a la

misma (pues Dewey concibe lo sobrenatural como extra-experiencial '4'), es el de una experiencia analíticamente empírica y antitrascendental.

III.1.2 Las cinco diferencias

Estableceremos la significación de la experiencia como concepto-marco mediante los cinco contrastes que establece en NR entre la noción tradicional de experiencia -con ello alude principalmente a la tradición del empirismo británico- y la suya propia. Incluiremos en esas diferencias los tres principios de orden metafísico que suponen ésta última: interacción, transacción y continuidad.

«(1) Para la visión ortodoxa, la experiencia es primariamente considerada como un asunto de conocimiento. Mas para los ojos que no miran a través de lentes antiguos, aparece ciertamente como un asunto de relación (*intercourse*) entre un ser vivo y el medio físico y social» '5).

No sólo se refiere Dewey, como ya propone Bernstein '6' a que ciertas experiencias (mirar un cuadro, beber agua) son no-cognoscitivas frente a otras (tasar el cuadro, analizar el agua) cognoscitivas, sino, más específicamente, al enfoque naturalista de que aquéllas originan éstas, eliminando así la fractura epistémica entre sujeto trascendental y sujeto empírico.



La experiencia de cualquier agente (si bien podríamos decir mejor "en" cualquier agente) rebosa de conexiones y relaciones con el medio, de mutuos ajustes que Dewey llamó primero interacciones, y luego transacciones '7'. Esa experiencia cruda prelógica recibe el nombre de "experiencia primaria"; posteriormente, la inteligencia selecciona determinados aspectos de la misma, formamos el mundo cognitivo que es el mundo de experiencia refinada, la cual -como veremos en III.4- ha de retornar a la experiencia primaria si quiere ser efectiva.

La segunda parte del texto alude de nuevo al modelo biológico del conocimiento, estableciendo ya la oportunidad del "acto" pautado que analizamos en III.3, y al contextualismo de toda experiencia.

«(11) Según la tradición, la experiencia es (al menos primariamente) una cosa psíquica completamente contagiada de "subjetividad". [Pero] lo que la experiencia sugiere sobre sí misma es un mundo genuinamente objetivo que entra en las acciones y sufrimientos de los hombres y experimenta variaciones como consecuencia de sus respuestas» '8).

Alude al subjetivismo implícito en los modernos dualismos -a partir de Locke y Descartes- psicológicos y epistemológicos que contraponen un sujeto separado frente a un mundo "problemático", "intrínsecamente dudoso" o "probable", acerca de cuya existencia se mantienen reservas, y en el que un registro "interior" da cuenta del mundo "exterior". Para Dewey, la percepción es un evento objetivo

con dos caras: la del individuo y la del medio. La transacción surge precisamente de la noción objetiva de la experiencia: cuando el organismo actúa, el ambiente varía, y a su vez las variaciones del ambiente afectan al organismo.

La diferencia (ii) supone el principio de interacción: conexión bidireccional entre los factores internos o individuales y los externos o ambientales. Al aplicar las interconexiones al organismo humano, tenemos el concepto de transacción (con el ambiente).

«(iii) En tanto que nada más allá del mero presente es reconocido por la doctrina establecida, sólo cuenta el pasado. El registro de lo que ha tenido lugar, la referencia a lo precedente, se supone que es la esencia de la experiencia. El empirismo se concibe como el entramado de lo que ha sido, o es, "dado". Pero la experiencia en su forma vital es experimental, un esfuerzo para cambiar lo dado; está caracterizada por la proyección, dirigiéndose hacia adelante sobre lo desconocido; la conexión con el futuro es su rasgo sobresaliente» ⁽⁹⁾.

Esta diferencia apunta a la superación de la teoría epistemológica del espectador mediante la transición entre conocimiento y acción, y anuncia la actividad como atributo de la experiencia humana. La actividad como modo primario de comportamiento humano, que veremos en el próximo capítulo, prima la actividad intelectual de la anticipación, previsión e intervención frente a la recolección, la clasificación, la contemplación y el juicio retrospectivo ⁽¹⁰⁾.

Se establece la incumbencia del tiempo futuro en la experiencia humana como verdadero horizonte de sus

propósitos, así como la instrumentalización del pasado y, hasta cierto punto, del presente para su cumplimiento.

Finalmente supone el segundo principio de la experiencia: la continuidad; la continuidad experiencial contempla un presente que "proviene de experiencias pasadas y se dirige hacia experiencias futuras" (11).

«(iv) La tradición empírica está comprometida con el particularismo. Las conexiones y continuidades se suponen extrañas a la experiencia, productos secundarios de validez dudosa. Una experiencia que sea asimilación del ambiente y lucha por su control en nuevas direcciones está llena de conexiones» (12).

Subyace la crítica al atomismo del mundo de los empiristas clásicos, en el cual la discreción de las percepciones impide la consideración holística; un atomismo que según Bernstein (13) podría haber coadyuvado a la solución kantiana de concebir el entendimiento como "ordenador" de un mundo esencialmente caótico.

«(v) En la noción tradicional la experiencia y el pensamiento son términos antitéticos. La inferencia, en la medida en que es otra cosa que una reedición de lo que sucedió en el pasado, va más allá de la experiencia; por lo tanto, o es inválida, o es una medida desesperada por la cual, usando la experiencia como un trampolín, saltamos fuera a un mundo de cosas estables y otros yoes. Pero la experiencia, liberada de las restricciones impuestas por el viejo concepto, está llena de inferencia. Manifiestamente, no se da experiencia consciente sin inferencia; la reflexión es natural y constante» (14).

Los términos antitéticos que menciona Dewey se

entenderán mejor si hablamos de "mera experiencia" en el sentido de lo informe y primario, de lo necesitado de un principio externo racional que lo determine. La asociación de la experiencia con lo "material", lo "azaroso" y poco fundamentado sólo se puede superar mediante la inclusión de la inteligencia en el campo de las interacciones de la experiencia: en los campos de la acción y la conducta.

III.1.3 Significado para la teoría de la valoración

En conclusión, los principios experienciales de la interacción, transacción y continuidad implican que los elementos del juicio moral requieren un tratamiento lógico, y que la inteligencia tiene la misión de asentar a nivel intelectual la continuidad *de facto* de la experiencia moral.

Hay un relacionamiento entre los elementos y el papel de la inteligencia en la formación de juicios morales, juicios de valor y valoraciones: la creación del valor surge a partir de la continuidad de la experiencia moral.

La continuidad de las formas de la experiencia es una cualidad que permite el meliorismo ético: la idea de que podemos establecer sucesivas metas en el mejoramiento de la relación del individuo con la sociedad y con la naturaleza.

El propio Dewey ⁽¹⁵⁾ ha afirmado que la continuidad de la experiencia implica la continuidad de la experiencia moral, y por tanto la continuidad entre unos juicios morales y otros: continuidad que aquí significa: capacidad de

control lógico de los juicios morales, de manera que unos puedan tener relaciones lógicas con otros, y podamos utilizar unos para formar otros. Lo que -arguye Dewey- impide esta continuidad entre juicios es la concepción trascendental que los sustrae del curso de la experiencia, de manera que adoptan un significado independiente de la misma, y, secundariamente, del resto de juicios.

Asimismo, la experiencia deweyana anuncia dos rasgos de los juicios prácticos: el genérico de su naturaleza anticipatoria y operativa, y el específico de que las ideas son en su fase definida planes de acción o hipótesis.

La superación del subjetivismo que se deduce de la diferencia (ii) permite la posibilidad de que la experiencia sea experiencia compartida, y que las diversas fases de la investigación sean fases objetivas, públicas, en vez de subjetivas y privadas. Este objetivismo de la experiencia humana puede rastrearse en EN, donde, tras afirmar que cuando se habla de "experiencia" en el discurso filosófico, siempre surge algún crítico que pregunta "¿Experiencia de quién?" con intención recriminatoria, argumenta:

«Su implicación es que la experiencia por su propia naturaleza es poseída por alguien; y que esta propiedad es de tal clase que todo lo relacionado con la experiencia está afectado por una cualidad privada y exclusiva. La implicación es tan absurda como lo sería inferir del hecho de que las casas tienen usualmente propietario, que son mías, tuyas y suyas, que la referencia posesiva impregna de tal manera las propiedades de la casa que nada inteligible se puede decir de ellas. (...) Substituyamos "experiencia" por "casa" y no hay que cambiar ninguna palabra. Cuando la experiencia sucede tiene la misma dependencia de

los eventos naturales objetivos, físicos y sociales, que tiene la ocurrencia de una casa. Tiene sus propios rasgos objetivos y definitivos; éstos pueden ser descritos sin referencia a un yo, exactamente como una casa está hecha de ladrillos, se compone de ocho habitaciones, etc., independientemente de a quién pertenezca» (16).

La experiencia es objetiva por su misma naturaleza, y depende de interacciones reales entre objetos reales; esta dependencia no significa que no se den percepciones o juicios aberrantes, sueños y alucinaciones, sino que su propio carácter liminar y excepcional hace honor a los procesos ordinarios, en que de hecho, hasta el más reticente escéptico se apresurará a abandonar un local en llamas, dando por supuesto que si no se mueve de su butaca, es altamente probable que el fuego real produzca en su piel real quemaduras reales. *Mutatis mutandis*, la tradicional creencia de que los valores son también subjetivos, y se alojan en el interior de los individuos, encerrados en el límite de su piel o de su cerebro, es desechada por Dewey, para quien la valoración positiva de una línea de acción que salve a un grupo de personas del peligro de muerte es tan objetivamente experiencial como el impulso a seguir viviendo, y tiene tanta relación con los procesos reales y fácticos como la percepción visual del fuego y su correspondiente constatación descriptiva.

NOTAS

- (1) En la p. 517 de su análisis sobre la filosofía del lenguaje de Dewey, "The Role of Language in the Philosophy of John Dewey", Mesthene propone un paralelismo entre el uso dual de 'logos' en la filosofía griega -refiriéndose tanto a la estructura de la inteligencia como a la estructura de la existencia- y el uso dual que hace Dewey de 'Lógica', el cual es extensivamente aplicable a 'experiencia'.
- (2) Vid. la justificación de Dewey en O.C. / LW 1: 361, en la que los "obstáculos históricos" que se oponían al uso del término en sentido deweyano aparecen como "insuperables".
- (3) O.C. / LW 1: 331. Sin embargo, en EN se puede encontrar también el sentido más amplio de "interacción de un organismo con su ambiente".
- (4) "What I believe", O.C. / LW 5: 268.
- (5) NR, O.C. / MW 10: 6.
- (6) Bernstein, R., Praxis y Acción, pp. 210-211.
- (7) Vid. la distinción entre una "transacción" que enfatiza la continuidad y una "interacción" que enfatiza la relación en el capítulo 4 de KK, O.C. / LW 16: 96-109.
- (8) NR, O.C. / MW 10: 6.
- (9) *Ibidem*.
- (10) *idem*, p. 10.
- (11) En la definición que ofrece Dykhuizen en su The Life and Mind of John Dewey, p. 278.
- (12) NR, O.C. / MW 10: 6.
- (13) Vid. Bernstein, Richard, Praxis y acción, p. 215.
- (14) NR, O.C. / MW 10: 6.
- (15) LC, O.C. / MW 3: 5.
- (16) EN, O.C. / LW 1: 178-9.

III.2 LA ACCION.

La acción deweyana se apoya en el concepto metafísico y antropológico de actividad, que nos limitamos a mencionar en II.7.8, y que ahora pasamos a describir

III.2.1. La actividad

Entronca el concepto de "actividad" en el naturalismo y en la condición precaria del hombre como sistema vivo: «el mundo es precario y peligroso» ⁽¹⁾ dirá en las primeras páginas de EN cualificando la experiencia. La incumbencia antropológica de la actividad como tendencia aparece en QC: «(...) hablando en general, los hombres están hechos más para actuar que para teorizar» ⁽²⁾.

Interpretando al Dewey funcionalista y evolucionista, podemos decir que primero hemos sido una especie agobiada por problemas de supervivencia -por razones metafísicas y biológicas- y mucho después nos hemos ocupado de filosofía; el cerebro, como centro de las conexiones neuronales, es un órgano que emerge históricamente en una especie biológica bien dotada para el intercambio activo con el medio, con la función primordial de facilitar ese intercambio.

La actividad, que permite el allanamiento de la teoría del espectador, es condición de la teoría del acto, de la acción, del progreso social y de la perfección personal; en tanto condición de la acción moral, no se precisan "impulsos" externos al organismo humano para que éste actúe,

como sostienen ciertas teorías psicológicas porque, así lo mantiene Dewey, el hombre es «un ser activo y esto es todo lo que se puede decir sobre este asunto» ⁽³⁾.

Es uno de los supuestos metafísicos que penetran la obra de Dewey y no encuentran definición en ningún lugar.

III.2.1.1 La actividad como búsqueda del control

Dewey define la adaptación pasiva, en la que el organismo simplemente va a remolque de las condiciones ambientales, como acomodación, en tanto que la adaptación activa -la que es capaz de modificar las condiciones ambientales y experimenta con ellas- se define como adaptación activa o control ⁽⁴⁾, distinción por la cual queda claro que es la búsqueda activa e interventora en las condiciones naturales lo que caracteriza la posición típicamente humana en la relación entre organismo y medio. No está lejos de la concepción que Arnold Gehlen alberga del hombre como de un "ser prático", que ha de hacerse su propio mundo, alejado ya del mundo fijo y cerrado cuyas metas cumplimentan tan bien los animales. Ahora el hombre, cuyo ambiente es abierto y misterioso, no tiene más remedio que formar su propio mundo, por medio de fantasmas y de símbolos, acabando así con la fase unívoca en que los animales son meros reproductores de conductas estereotipadas: control humano en vez de acomodación animal.

De esta base transicional antropológica se nutre en parte el behaviorismo ético de Dewey, pues si es la actividad objetiva organismo-ambiental la que produce el control sobre la naturaleza, la esfera de la conducta será tan extensa como la propia esfera de la conducta moral:

«El reconocimiento de que la conducta cubre todo acto juzgado con referencia a lo mejor y lo peor y que la necesidad de este juicio es potencialmente coextensiva con todas las porciones de la conducta nos libra del error que hace de la moralidad un compartimento separado de la vida» (5).

Potencialmente toda conducta es moral y no hay más moral que la moral expresada en la conducta. El lenguaje de los hechos y de las consecuencias reales sustituye al lenguaje de los propósitos y de las utopías.

III.2.1.2 La actividad como modo de la felicidad

Correlativamente al de controlar las regulaciones vitales, surge el deseo de no abandonar la felicidad o el bienestar a la suerte o al destino, sino tomarla y conducirla por uno mismo. En RF (5) se lee: «(...) [la felicidad] es un proceso activo, no un logro pasivo». Aquí se insinúa un principio inexpresado que se encuentra, como ya hemos visto, en las antípodas del *páthos* de la espiritualidad y la filosofía clásicas, que arrancan de Grecia y pasan a la espiritualidad ultramundana y ascética

del cristianismo primitivo, para impregnar finalmente toda la vida intelectual de Occidente.

La concepción de la felicidad en Dewey no incluye una visión trágica del destino, ni tampoco una visión beatífica ni intelectual de descanso y quietud, ni tampoco conformada estoicamente a la fuerza de los imponderables, sino que se encuentra en el movimiento faústico, en «ir adelantando, avanzar», en «dominar obstáculos» (7), en medio del esfuerzo inducido por los problemas. Los términos "esfuerzo", "propósito" y "control" son en Dewey eulogísticos, y otros como "sumisión", "aceptación" y "azar" son peyorativos.

El crecimiento como valor refleja el carácter frutivo de la actividad. En HNC (8) sostiene Dewey que la doctrina de la evolución ha sido malinterpretada en el sentido de subordinar el cambio presente a una meta futura, cuando en realidad podría haberse hecho como un "evangelio del crecimiento presente". Como ya vimos respecto al placer, si bien el éxito consiste en el fin buscado, sólo tenemos éxito cuando antes hemos porfiado por él, y el medio de conseguirlo se convierte en un valor cultural y personal en sí mismo: el crecimiento individual y el progreso social. No de otra manera ha de entenderse la crítica al utilitarismo:

« (...) [El utilitarismo] trata las actividades concretas y los intereses específicos no como valiosos por sí mismos, o como elementos constituyentes de felicidad, sino como meros medios externos para conseguir felicidad» (9).

La versión vigorosa, viril y prometeica de la felicidad deweyana resume bastante bien lo que puede designarse como el primado de la actividad en Dewey, y es el motivo por el que se le ha incluido en la "moral del pionero", expresada y sublimada en ciertos poemas de Walt Whitman ⁽¹⁰⁾. En ambos casos se halla a la base su teoría de la acción.

III.2.2.- La acción

Hay dos sentidos de "acción" en Dewey, a veces casi opuestos; el primero lato, estricto el segundo. Nos interesa este último: la intervención de un organismo dotado de capacidad electiva en el medio en que vive, conformándolo y conformándose en un proceso de ajuste.

La acción implica intervención en las condiciones del problema, y tiene su correlato metodológico en la fase experimental de la investigación, que veremos en III.4.6 y III.4.7. Mediante la acción, el conocedor y lo conocido se interrelacionan y modifican mutuamente.

La acción intencional y propositiva juega un papel primordial en la transición del dualismo antropológico al erigirse en una cualidad típicamente humana, y también en el modo orgánico de la interacción metafísica:

«La interacción es un rasgo universal de la existencia natural. "Acción" es el nombre dado a un modo de esta interacción, a saber, el designado desde el punto de vista de un organismo» ⁽¹¹⁾.

y lo mismo cabe decir de la separación entre teoría y práctica, y de las dicotomías éticas entre la voluntad o intención del agente y las consecuencias de la acción. Es el mismo organismo el que concibe la idea y el que la lleva a la práctica: no hay valor cumplido si no se traspasa efectivamente la frontera de la experiencia "interior" y se alcanza lo fáctico o "exterior".

Dewey siempre va a estar más ocupado en la resolución de problemas específicos de la conducta, en conexión con la importancia práctica del control del futuro trayendo a existencia cosas que aún no existen, o buscando la elección más correcta, que en la aprobación o desaprobación, *ex post facto* de las decisiones tomadas por otros por el lado del moralismo, o con el análisis de la terminología ética por el lado de la metaética y la filosofía analítica.

Del efecto integrador de la acción sobre los contenidos separados de la teoría y la práctica nacerá la superación de la dicotomía entre ser y deber ser típica del problema de la acción moral, y en el asunto propio de los juicios práctico: los *agenda* o el conjunto de cosas que es fuerza realizar.

NOTAS

- (1) EN, O.C. / LW 1: 44.
- (2) QC, O.C. / LW 4: 224.
- (3) HNC, O.C. / MW 14: 84.
- (4) O.C. / MW 6: 364-5.
- (5) HNC, O.C. / MW 14: 194.
- (6) RF, O.C. / MW 12: 182.
- (7) Ibidem.
- (8) HNC, O.C. / MW 14: 196-7.
- (9) RF, O.C. / MW 12: 183.
- (10) Véase un, a nuestro juicio, soberbio ejemplo en "Pioneers! O Pioneers!", en Whitman, Walt, The Complete Poems, pp. 257-261.
- (11) QC, O.C. / LW 4: 195.

III.3. EL ACTO.

Entenderemos por "acto" la pauta internamente secuencial y externamente iterativa que adopta el comportamiento de un organismo dado en sus transacciones con el medio, incluyendo en éste la presencia de otros organismos.

Los actos son grupos encadenados de acontecimientos y acciones cuyo principio temporal es una paralización de la actividad, y cuya finalidad -también su conclusión- es el restablecimiento de la actividad interrumpida.

El acto es la forma orgánica de actividad que dará lugar a la investigación.

III.3.1 La base metafísica del acto.

El "acto" es una especificación de dos rasgos de la naturaleza según Dewey: en primer lugar los fines o conclusiones con que se resuelven las ~~las~~ situaciones, sean por cumplimiento, por saciedad, o por mera degeneración ⁽¹⁾ -fines que dependen a su vez de la naturaleza temporal de la realidad- y en segundo lugar y principalmente con la ocurrencia de "historias" (*histories*).

La ocurrencia de historias es un rasgo metafísico de la naturaleza. Ésta se halla compuesta por acontecimientos más que por substancias (el elemento dinámico reaparece aquí) y esos acontecimientos tienen un relieve, no están diseminados ni son arbitrarios, no están atomizados en unidades

discretas: más bien al contrario, suceden en líneas continuas, y forman agrupaciones a lo largo de esas líneas.

La idea de Dewey se entenderá mejor con la siguiente analogía: no podemos extraer el fragmento de una sonata y trasfundirla en otra sin que el fragmento mismo pierda parte de su significado. Asimismo, ciertos actos extremos no son inteligibles si se incluyen en la peculiar agrupación de sucesos que los produjeron. En resumen, ciertos actos son significativos porque inician o dan lugar a comportamientos estables en el tiempo, y otros son significativos porque acaban con esos comportamientos.

«Pues la vida no es una uniforme marcha o corriente ininterrumpida. Es un asunto de historias, cada una con su propia trama, su propio comienzo y su movimiento hacia su final (*close*), cada una con su propio movimiento rítmico particular; cada una con su propia cualidad irrepetible extendiéndose por doquier» ⁽²⁾.

Creemos interpretar adecuadamente a nuestro autor si proponemos las amistades, los amoríos, las asociaciones, las colonizaciones, los partidos de fútbol, la construcción de catedrales, e infinidad de procesos que tienen un comienzo y un final, entre cuyos límites los eventos se relacionan distintivamente, como "historias". Las historias significan

«(...) la continuidad en el cambio procediendo de principios a finales. Consecuentemente, es natural para las iniciaciones y las consumaciones que ocurran en la experiencia» ⁽³⁾.

La recurrencia del cambio y la continuidad en una relación integrada, marchando juntos en mutua interacción, cierra la base metafísica del acto.

III.3.2. El acto, en el "camino" de la vida

Dewey proporciona una ilustración paradigmática en HNC:

«Comparamos la vida a un viajero en marcha. Podemos considerarlo primero en un momento en que su actividad es confiada, sencilla, organizada. Sigue su marcha sin (...) pensar en su destino. De repente, se siente retenido, parado. Algo va mal en su actividad (...) se despierta un nuevo impulso que se convierte en el punto de partida de una investigación, de un examen de las cosas, de un intento de observarlas, de averiguar lo que está ocurriendo. Los hábitos bloqueados de locomoción le dan idea de a dónde iba, de lo que se había propuesto hacer y del terreno ya recorrido. Conforme va observando, ve cosas definidas que no son simplemente cosas en general, sino que están relacionadas con su curso de acción (...) En suma, recuerda, observa y formula planes (...)» ⁽⁴⁾.

La naturaleza del acto -que luego se hará diferido y espiritualizado por obra de la inteligencia- es vital o, como dice Dewey en ocasiones, existencial. El "acto" ya supone una estructura sensomotora individualizada capaz de hacer frente a los embates del medio gracias una capacidad volitiva y un arsenal de recursos que comprenden la capacidad de transformar las condiciones iniciales en condiciones más favorables y organizadas:

«Cuando la interacción tiene como consecuencia el establecimiento de condiciones futuras bajo las

cuales funciona un proceso vital, es un acto» «E».

Lo que se trata en Dewey es de controlar los cambios producidos en las diversas fases del acto por medio de técnicas instrumentales que los hagan seguros y deseables, de manera que las historias dejen de "sucederse" como a sujetos pasivos y pasen a responder a nuestros propósitos.

III.3.3 Modelo orgánico de la investigación

Con la formulación de planes termina abruptamente la ilustración del "camino de la vida", pero nos basta para incardinar el acto en un sujeto bio-psicológico, orgánico, capaz de actividad impulsiva y habitual, y en un medio natural que le obliga a reconsiderar esa actividad.

El "acto", que aparece como tal en Mead «E», tiene ya en él la connotación de pauta biológica, pues habla a este respecto en términos de sensación, actividad, impulso y estimulación a nivel irreflexivo (a reserva de la incorporación del pensamiento con la elaboración de significados).

Dewey deja también claro que el modelo de la investigación es un modelo orgánico, al hacer uso de términos como "adaptación", y "correspondencia con las actividades de busca y exploración de un organismo". Afirma:

«La estructura y el curso del comportamiento vital tiene una pauta (pattern) definida, espacial y

temporal. Esta pauta anticipa claramente la pauta general de la investigación» '7'.

La noción instrumentalista de que toda actividad intelectual nace de un conflicto experiencial ya la expone Dewey en Introduction to Philosophy de 1.892 y no la abandonará nunca. Para él, la investigación surge de un estado previo de adaptación establecida, la cual, a causa de la perturbación, se vuelve indeterminada o problemática (correspondiendo a la primera fase de la actividad tensa) para convertirse más adelante en la investigación propiamente dicha (en correspondencia con las actividades de búsqueda y exploración de un organismo); cuando la búsqueda tiene éxito, la creencia o aserción es la contrapartida, en este nivel, de la reintegración en el nivel orgánico.

Desde una perspectiva behaviorista del carácter ético, en Dewey '8' la conducta consta de dos elementos básicos: los hábitos y los impulsos, que son factores de desviación de los hábitos. Al relacionarse unos con otros, los hábitos, si bien temporalmente secundarios, son primarios de hecho, y representan el origen y el tema de los problemas conductuales.

Retengamos que el sujeto de la investigación, "en el camino de la vida", es un organismo, porque las consecuencias de esa planificación con la que Dewey termina (precariamente) la comparación afectan sobremanera a la transición valorado / valorable.

Nº

III.3.4 Las fases del acto: los precedentes de Peirce y Mead

El acto tiene una secuencia interna, desgranable temporalmente en fases invariables. Las fases del acto, que prefiguran las fases de la investigación, tienen como acreedor inmediato, cuanto menos en las fases de situación original (concepto de "convicción"), situación problemática (concepto de "duda") y situación consumatoria, al Peirce de, principalmente, «The Fixation of belief» («»).

Peirce establece allí un primer estadio de "convicción", normalmente ya bajo la forma del hábito, y un segundo de "duda", a cuya irritación se atribuye el único motivo inmediato para la lucha por la adquisición de certeza.

Buscamos entonces una convicción que nos devuelva el estado de fe tranquila de la convicción. Cuando alcanzamos la convicción, llegamos al estadio final, en el cual los efectos de la duda se desvanecen. Entre el primer y el último estado de convicción se ha desarrollado la "investigación". Peirce es aquí acremente descriptivo: según él, la finalidad real del pensamiento es la formación y determinación de convicciones. Enuncia los famosos métodos para fijar las creencias, y atribuye al método científico la cualidad de ser el único que permite distinguir entre la forma correcta y la errónea de fijación de creencias mediante la hipótesis de que hay cosas reales e independientes, las cuales se gobiernan por leyes que podemos descubrir mediante la observación y prueba

empíricas; pero al mismo tiempo nos permite optar por el método metafísico, el de autoridad o el de tenacidad, que tienen sobre el científico ventajas de tipo emocional y volitivo.

También Mead ⁽¹⁰⁾ hizo un análisis biológico y psicológico del acto en términos de estimulación, percepción, sensibilidad, etc. Para Mead las fases del acto son las de impulso, percepción, manipulación y consumación.

La percepción implica tanto la respuesta a los materiales sensibles como la actividad (en la visión: mover los ojos, enfocar las lentes, ajustar las líneas de visión; en general, la anticipación, la curiosidad) que la acompaña.

III.3.5 El acto como instancia comprensiva y originaria de la investigación

Todo juicio forma parte instrumental de un acto, cuyo componente biológico en Dewey quiero resaltar aquí: la investigación valorativa asumirá, como toda investigación, la forma iterativa con que aparece el acto a lo largo de la vida, en la cualidad metafísica de las "historias". El juicio es también inseparable de los diversos elementos psicológicos, sociales y culturales de los que forma parte cuando alcanzamos el nivel humano.

«En todos los casos de juicio individual hay un acto; y en todos los casos el acto es expresión de motivo, y en consecuencia de hábitos, y finalmente del cuerpo

integral de hábitos o carácter» ⁽¹¹⁾.

Luego Dewey distingue que la condición de acto de los juicios intelectuales es considerada una condición práctica, no lógica, de tales juicios, mientras que en los juicios morales es considerada una condición lógica, puesto que el sujeto entra en ellos como parte del objeto (*subject-matter*) de los mismos, y "afecta a la cualidad del objeto específico" ⁽¹²⁾.

H.S. y V.T. Thayer han relacionado este organicismo del juicio con el instrumentalismo epistémico, al señalar que los factores primarios del análisis no son ideas o proposiciones, sino "acción orgánica" ⁽¹³⁾ que presupone todo un conjunto de actividades, procesos y ajustes. Con lo cual queda claro que la instancia a la que responde todo juicio es la instancia del acto irreflexivo, una instancia previa.

Esta preordinación lógica del acto de carácter vital y orgánico a la formación de todo juicio implica el instrumentalismo de las ideas respecto a todo un mundo previo de requerimientos subjetivos y ambientales, susceptibles de ser "organizados" por la inteligencia, como también han visto los mismos autores:

«Las ideas y proposiciones son vistas como medios emergentes e instrumentalidades por los cuales la acción alcanza un foco y tendencias en conflicto; materiales perceptuales inconexos devienen ordenados y dirigidos a un fin o resultado» ⁽¹⁴⁾.

Pero no sólo están los juicios internamente ordenados a la resolución de problemas últimamente orgánicos; también se da una homología entre el resultado de cualquier operación intelectual y la fase consumatoria, es decir, entre la conclusión de una investigación y la finalización de cualquier experiencia propositiva. En ambos casos, ocurre que el momento terminal clausura ese "circuito de energía" que es el acto, sea intelectual o meramente volitivo:

«Decimos de una experiencia de pensamiento que alcanzamos (*reach*) o sacamos (*draw*) una conclusión. La formulación teórica del proceso se hace a menudo en tales términos que se esconde eficazmente la similitud de la "conclusión" con la fase consumatoria de toda experiencia integral (...) Una "conclusión" no es algo separado e independiente; es la consumación de un movimiento» (15).

Y en la misma obra vuelve a exponer la universalidad experiencial del circuito energético:

«(...) toda experiencia integral se mueve hacia un término (*close*), un final (*ending*), puesto que cesa solamente cuando las energías activas en ella han cumplido su trabajo peculiar» (16).

Me parecen suficientes pruebas para dejar establecido aquí que la teoría unificadora (ciencias físicas / ciencias naturales) de la investigación tiene una clara base orgánico-biológica.

Cuando aplique a la valoración la estructura secuencial e iterativa del acto, Dewey se verá empujado a encontrar

para el final o término de la investigación una analogía más objetiva y social que la de la "satisfacción" orgánica, pues ésta, que puede cerrar el proceso de un acto irreflexivo, presenta una cualidad subjetiva y responde al mero deseo de retornar a la posición inicial. De lo que se tratará entonces es de evitar los riesgos del subjetivismo y de la homeostática conservadora que conlleva el modelo orgánico, de manera que se respeten los valores de la objetividad del método experimental y del crecimiento humano, respectivamente. Una ardua tarea, como veremos.

NOTAS

- (1) EN, O.C. / LW 1: 83.
- (2) AE, O.C. / LW 10: 42-3.
- (3) EN, O.C. / LW 1: 6.
- (4) HNC, O.C. / MW 14: 127.
- (5) QC, O.C. / LW 4: 195.
- (6) Vid. a este propósito Mead, G.H. The Philosophy of the Act, pp. 3-16.
- (7) L, O.C. / LW 12: 40.
- (8) HNC, O.C. / MW 14: 65-66.
- (9) Peirce, Collected Papers, 5: 358-87, pp. 223-247 ed. cit.
- (10) Mead, G.H., The Philosophy of the Act, pp. 3 y ss.
- (11) LC, O.C. / MW 3: 21.
- (12) idem, p. 22.
- (13) Thayer, H.S. y V.T., "Introduction", O.C. / MW 6: xiv.
- (14) idem, p. xv.
- (15) AE, O.C. / LW 10: 42-3.
- (16) idem, p. 47.

III.4. LA INVESTIGACION.

'Inquiry' tiene en Dewey el sentido lato de 'indagación', y no falta quien prefiera esta traducción a la de 'investigación'. Bernstein diferencia la indagación en sentido amplio (*inquiry*) de la investigación científica (*investigation*). Sin embargo, nosotros conservamos 'investigación' para traducir 'inquiry', pues Dewey utiliza "scientific inquiry" para referirse concretamente a la investigación científica.

Dewey define así la investigación:

«La investigación es la transformación controlada o dirigida de una situación indeterminada en otra que es tan determinada en sus distinciones y relaciones constitutivas que convierte los elementos de la situación original en un todo unificado» (1).

En la definición se combinan el instrumentalismo de la inteligencia respecto a una situación existencial -que estudiaremos en III.4.1- y el método empírico y experimental que "transforma" las condiciones iniciales en la dirección de un todo unificado -que estudiaremos en III.4.2-.

La investigación es un tipo de comportamiento que Dewey considera natural: una forma evolucionada del "acto" bajo la intervención del hombre como agente.

La investigación genérica, que para Dewey tiene sus dos paradigmas en la investigación del sentido común -la de las artes, las técnicas, los oficios, la de la experiencia

ordinaria- y en la científica -una evolución metodológica de la primera-, presenta los pasos siguientes (incluimos en subrayado los pasos de la investigación científica que Dewey estableció en SLT), los cuales serán estudiados en los párrafos indicados entre paréntesis:

- A) (III.4.3) Toda investigación se sitúa en un contexto.
- B) (III.4.4) Parte de una situación dada, que es indeterminada (en el juicio moral, materializada en las "condiciones")
- C) (III.4.5) Se produce a causa de un problema específico; en la valoración, conflictos de hábitos e impulsos. Primer paso en SLT
- D) (III.4.6) Para la solución del problema en una primera fase se aplican métodos inteligentes y empíricos a sus elementos. Segundo paso en SLT.
- E) (III.4.7) Se da un proceso de razonamiento o discurso racional de ideas hasta la formación de una hipótesis. En la valoración: deliberación y examen de las consecuencias posibles. Tercer paso en SLT: .
- F) (III.4.8) Se actúa en la dirección propuesta y se corrobora observando los hechos el funcionamiento de la idea: es la fase de prueba, que puede concluir con una fase final consumatoria de orden intelectual. Cuarto paso en SLT.
- G) (III.4.9) Fase consumatoria, con la que puede concluir favorablemente la fase de prueba.

III.4.1 Su función biosocial como instrumento de integración.

Decisivo para la consideración final de esta tesis, y posibilidad no apurada por muchos exégetas de Dewey, es entender que toda investigación (y por tanto todo juicio, sea intelectual o moral) parte, se desarrolla y está dirigido a una integración biológica entre individuo y ambiente, y también que finalmente el criterio por el que se probará la aptitud (*fitness*) de la resolución tomada, de la conclusión de la investigación, es el logro de esa adaptación. En SLT afirma:

«El significado del método evolucionista en biología e historia social es que cada órgano diferente, estructura, o formación, cada agrupación de células o elementos, ha de ser tratado como un instrumento de ajuste o adaptación a una particular situación ambiental. Su significado, su carácter, su fuerza, es conocido cuando y sólo cuando se lo considera como una adaptación para tratar las condiciones implícitas en cada situación específica» (2).

Otra prueba la encontramos en L (3), donde se entiende la investigación como una línea de desarrollo en la interacción del organismo y el medio. De suerte que lo que buscamos en el cierre consumatorio de un acto es una reconstrucción de la situación original y no problemática, pero de tal manera que pueda hacer frente a las condiciones que va a encontrar en el futuro. En términos evolucionistas,

buscamos una adaptación activa o de control más que una adaptación pasiva o de acomodación.

La dependencia del modelo biológico será de gran importancia para la consideración "defectiva" de la teoría deweyana de la valoración, la cual es continua, como quiere el propio Dewey, con cualquier otra investigación:

«No hay ruptura de continuidad entre operaciones investigadoras y operaciones biológicas y físicas»
(4).

La dependencia instrumental de la investigación respecto a estados orgánicos ya se puede rastrear en Peirce, para quien (5) la irritación de la duda es el único motivo inmediato para la lucha por la consecución de la creencia, a la que él llama "investigación". Sin embargo, y a diferencia de Peirce, que ponía el énfasis en la investigación llevada a cabo por una comunidad de especialistas, en Dewey se insiste siempre en el aspecto individual de la misma, como se verá en "La unicidad de la situación" en III.4.3.1: cada situación es peculiar, induplicable, y esto significa que el individuo asume el papel de investigador en un proceso que termina con la restauración de la acción en marcha.

La comunidad de colaboradores y la exhaustividad propia del pensamiento científico no es intrínseca a la investigación, sino a la organización social de la misma. De nuevo encontramos en esta diferencia la importancia del paradigma biológico en Dewey.

III.4.2 El método empírico. Empirismo y experimentación.

A) Establecida la importancia de la experiencia como criterio de validez de ideas y valores, hablemos ahora del empirismo.

Dewey critica el empirismo clásico, que concibe a las ideas como *memoranda* de hechos pasados, incapaces de hacer frente a la situaciones nuevas, y se muestra insensible a su función prospectiva. Pero el pensamiento se realiza en términos empíricos

«Desde el punto de vista de la definición operacional y las pruebas de las ideas, las ideas tienen un origen y un status empírico» (6)

Una vez superado el empirismo sensacionista, Dewey respalda los procedimientos de observación, las hipótesis basadas en hechos observables. Las ideas surgen en el método empírico para explicar los hechos de la experiencia primaria, transformándolos en experiencia refinada, pero con la finalidad de afrontar los retos del medio; por lo tanto, esas ideas siempre han de probarse y contrastarse en (de nuevo) la experiencia primaria. En ese sentido de la relevancia fáctica y existencial de la investigación es empirista. Pero también lo es en un sentido específico; en el de que las formas surgen del material de la experiencia mediante la elección y selección de aquellas áreas y características que nos interesan para la resolución de los

problemas surgidos en la experiencia primaria '7'. En general, se muestra contrario al método deductivo que parte de conceptos universales, y partidario de conceder el primer y el último paso de la investigación al caso particular (de hecho, considera (8) incompleto el método hipotético-deductivo de la ciencia si no es como paso intermedio en el que previamente se han inducido los significados conceptuales partiendo de existencias singulares, y en el que finalmente se aplican las hipótesis a existencias singulares con el fin de comprobar aquéllas).

La relación del método empírico -el cual parte de la experiencia integral que reúne al sujeto y a las cualidades de la experiencia primaria- con la superación de los dualismos aparece en EN:

«El método empírico es el único método que puede hacer justicia a esta integridad inclusiva de la "experiencia". Sólo él toma esta unidad integrada como el punto de partida para el pensamiento filosófico. Otros métodos comienzan con resultados de una reflexión que ya ha dividido en dos el objeto [subject-matter] experienciado y las operaciones y los estados del experienciador. El problema es entonces reunir de nuevo lo que ha sido escindido (...) El método no empírico comienza con un producto reflexivo como si fuera primario, como si fuera lo originalmente "dado". El método no empírico, sin embargo, objeto y sujeto, mente y materia (o cualesquiera palabras e ideas sean usadas) son separadas e independientes» '8'.

Los problemas abstractos del sujeto y el objeto, la teoría y la práctica, la mente y la materia, se nutren

precisamente de esta "falacia filosófica" que consiste en convertir los productos en factores y los efectos en causas.

Retengamos para nuestro interés ético que según Dewey, la apelación a principios generales (v.gr., "naturaleza humana") para explicar problemas morales o políticos retardó el progreso de las ciencias sociales. En general, Dewey asigna el éxito de las ciencias naturales a la sustitución explicativa de las fuerzas genéricas por el estudio de las leyes que correlacionan cambios empíricamente observables en los procesos naturales.

B) El experimento

Para Dewey, toda investigación supone la intervención en las condiciones ambientales con el fin de orientarlas en una dirección más adecuada. Es el instrumento técnico ideal para cumplir el programa de intervención y acción humana en el medio en virtud de la acción intencional.

Cuando queremos saber a ciencia cierta cómo se comporta un objeto, lo manipulamos en todas las formas posibles. El experimento se encuentra en la actividad curiosa del niño tanto como en el primer contacto con nuevas realidades: es una realidad precientífica. La revolución metodológica que ha convertido al hombre moderno de esclavo en dominador de las fuerzas naturales ha consistido precisamente en el "estudio paciente y experimental de la Naturaleza", el cual ha eliminado la "inveterada separación de teoría y práctica"

'10'), y en el origen de la revolución científica cuentan, tanto como las ideas, los útiles, los objetos que permitían realizar experimentos fiables. Por medio del experimento, se sustituyeron los objetos últimos de la ciencia antigua por datos, los cuales son materiales susceptibles de cambio intencional, y no acabados. El experimento se revela como el medio más adecuado del conocimiento-control que coloca al hombre en una actitud directiva, de re-construcción de las relaciones iniciales, y lo aleja de la posición del espectador de una obra concluída.

En la teoría moral se propondrá también el método experimental en sentido amplio como el ideal, que no siempre se puede llevar a cabo. Su fin es superar la idea de un conocimiento cierto y final, o de contenidos *a priori*, y utilizar la investigación, la observación y comparación de los datos, la formación y comprobación de hipótesis, para resolver problemas prácticos.

En cuanto a la teoría política, la democracia se constituirá, con su énfasis en el método, con el sometimiento a prueba de sufragio de las líneas de gobierno, en el método experimental de tratar los problemas sociales.

III.4.3 La situación, marco teórico de toda investigación

La situación «es un todo existencial cualitativo de carácter único» ⁽¹¹⁾. A partir de esta definición deweyana, vamos a espigar las características de la situación en general que afectan a la ética. Estas características dan forma a la investigación, como el propio Dewey recalcó: «en mi doctrina general acerca de los juicios y la verificación, situación es la palabra clave (...)» ⁽¹²⁾.

III.4.3.1. Unicidad y concreción de la situación

Cada situación es cualitativa e inmediatamente única.

Nos podemos encontrar con situaciones parecidas, y podemos emplear hipótesis y soluciones parecidas en diferentes situaciones, pero a menos que nos dejemos llevar por una esclerosis mental, lo primero que se experimenta al acceder a un problema es la cualidad única en la combinación de las condiciones de hecho y en la constelación de posibilidades que se abren ante nosotros.

Consecuentemente, cada situación tiene su propio bien peculiar, que en principio no es aplicable a otra situación:

«La cualidad extensiva [de la situación] es no sólo la que une a todos sus constituyentes en un todo, sino que es también única; constituye en cada situación una situación *individual*, indivisible e induplicable» ⁽¹³⁾.

En Dewey las situaciones concretas no pueden ser diagnosticadas mediante generalidades abstractas. La observación de condiciones y consecuencias específicas se vuelve necesaria para una lógica eficaz.

Las situaciones son individualizadas, y los métodos de investigación han de medirse por la eficacia en el tratamiento específico.] Desde el punto de vista moral, la unicidad situacional conlleva la importancia del análisis cuidadoso de cada caso, y la ulterior invención de planes para su tratamiento, y *a contrario* el desechamiento de los fines inmutables y los valores universales.

III.4.3.2 Contextualismo de la situación

La concreción con que tenemos que considerar cualquier situación, incluyendo la situación moral, se explica a su vez por el contextualismo de todo problema, y por lo tanto de todo valor o fin propuesto.

Dewey suele poner el ejemplo de que cuando un médico se deja llevar por una regla general de medicina y olvida que está tratando un caso individual, su ciencia se vuelve rutinaria y dogmática, y su capacidad se debilita debido precisamente a la rigidez de la teoría. En L afirma

«Lo que se designa con la palabra 'situación' no es un objeto o acontecimiento o conjunto de objetos y acontecimientos. Pues no experimentamos ni formamos juicios acerca de objetos y acontecimientos aisladamente, sino sólo en conexión con el todo contextual (...) En la experiencia real no se da

nunca un evento u objeto singular aislado; un objeto o evento es siempre una parte específica, una fase, o aspecto, de un mundo ambiental experimentado -de una situación» (14).

Dewey acuña precisamente el concepto de "falacia analítica" con el fin de denunciar el olvido del contexto en el análisis de los problemas. La falacia analítica consiste en olvidar la preeminencia de la situación existencial sobre cualquier análisis de términos o conceptos. Al no tomar en cuenta el contexto, tenemos tendencia a la generalización, como si los significados no estuvieran limitados por el momento y el lugar en que se toman o aplican.

Si bien cada situación es única, ninguna situación surge como aislada o separada del resto de acontecimientos, sino que pertenece a un todo contextual. No hay contradicción, sino complementariedad: precisamente la especificidad (concreción) de cada situación viene dada por su contexto, y es conociendo el contexto como conocemos lo que tiene esa situación de específica.

El contextualismo es tan importante en la filosofía de Dewey, que Pepper la caracterizó en su conjunto con ese título. El propio Dewey habla en ocasiones de la experiencia como el contexto más inclusivo, lo que revela la dependencia de una y otro.

Dewey establece un fondo (*background*) contextual de la investigación, de cierto interés: el tiempo. El fondo temporal implica la relevancia teórica de las condiciones

culturales y sociales. Es un telón de fondo que da forma al pensamiento y a los valores. Dewey habla en ocasiones ⁽¹⁵⁾ de los fondos temporales de la física aristotélica, en un sentido pre-kuhniano de "paradigma", como la estructura admitida comúnmente y dentro de la cual se encauzan todas las investigaciones científicas en un área dada. También esto se explica en base al fondo temporal de la situación, que impide el recurso fácil de universalizar las conclusiones.

El significado para la valoración del contextualismo investigativo se resume en las críticas al intuicionismo y al absoluto moral.

A) contra el intuicionismo.

El valor de un objeto se pondrá a prueba, no atendiendo a la cualidad intrínseca revelada por alguna facultad privilegiada, sino atendiendo al contexto de causas y consecuencias, de problemas, placeres o intereses que son a la vez, y no por casualidad, contextuales y objetivos:

«Asumir que algo puede ser conocido aisladamente de sus conexiones con otras cosas es identificar el conocimiento con tener meramente algún objeto presente en la percepción o la sensación, y así perder la clave de los rasgos que distinguen a un objeto como conocido. Es fútil, incluso insensato, suponer que alguna cualidad directamente presente constituye el todo de la cosa que presenta la cualidad. (...) Tales cualidades [lo placentero, lo valiente] son, una vez más, efectos, fines en el sentido de cierres de procesos que suponen conexiones causales. El calor experimentado como consecuencia de operaciones dirigidas tiene un significado bastante diferente del calor experimentado casualmente sin

conocimiento de cómo llegó a producirse. Lo mismo es verdad de los goces» '16'.

Y en efecto, lo mismo es verdad de los goces. Este párrafo significa en términos éticos que es preciso examinar la causalidad de las condiciones, y que estas condiciones no vienen dadas ni son un punto inexaminable de origen.

B) Contra el absolutismo y la pretensión de certeza definitiva de los valores.

Los límites impuestos por los valores estarán limitados a los intereses, al fondo espacial y temporal y a la intrínseca unicidad de cada nueva situación. Estos requerimientos metafísicos y metodológicos cuentan tanto para las situaciones eminentemente prácticas como para las eminentemente teóricas.

El contextualismo pretende arrancar los problemas epistemológicos y morales de la ontología, concebida como una disciplina que difumina los contornos de las situaciones mediante las distinciones necesarias y absolutas, y devolverlos al plano empírico.

III.4.4 La situación indeterminada

En principio, la situación indeterminada es la situación específica de partida «17» de una investigación cualquiera.

III.4.4.1 Caracteres de la situación indeterminada

~~En~~ la situación indeterminada aparece como condición de la investigación, y tiene los siguientes rasgos:

A) La situación es extra-cognitiva.

«En el tramo intermedio de la transición y transformación de la situación indeterminada se emplea como medio el discurso que se sirve de símbolos» «18»

Es decir, el discurso de la inteligencia aparece sólo cuando estamos ya transformando la situación indeterminada.

Que ésta sea pre-cognitiva y pre-lógica implica que la inteligencia entra instrumentalmente en actividad por causas existenciales; Dewey pone el ejemplo del desequilibrio orgánico del hambre, que no tiene nada de cognoscitivo.

Constataremos de nuevo la importancia del modelo orgánico-biológico para toda investigación, aquí en la analogía que propone Dewey, donde el hambre pone en funcionamiento el acto que restablezca un equilibrio biológico.

Las condiciones (biológicas, sociales) de la investigación han de aceptarse tal como son. Esto significa que en principio (si bien en las conclusiones de la investigación podría considerarse su supresión o modificación) se las trata como datos -por mucho que Dewey no lo especifique- de la investigación práctica, sea científica, ética o de cualquier otro signo, pues si nada hay de cognoscitivo en las condiciones que conforman la situación, esas condiciones están fuera de discusión.

B) La situación es cualitativamente inmediata.

La inmediatez cualitativa de la situación indeterminada se extiende también a la problemática y a la unificada.

La doctrina de la cualidad tampoco es siempre igual de clara en nuestro autor; en principio, Dewey quiere decir aquí que hay situaciones excitantes y situaciones peligrosas, situaciones novedosas y situaciones tediosas; en cualquier caso, percibimos la situación como un todo, en la línea de la psicología gestáltica. En "Valuation Judgments and Immediate Quality" (19) afirma que la situación es "directa e inmediatamente cualitativa". Directa e inmediata, sin la criba del examen inteligente. En la misma página dice que cuando la percibimos como problemática, es también en su cualidad inmediata, "a causa de las cualidades confusas, en conflicto, relativamente desordenadas". Debemos suponer que la situación previa que da lugar a la situación

indeterminada es inmediatamente sentida como ordenada, clara y no conflictiva.

C) La situación es "abierta" a la investigación.

Dewey señala que «lo está en el sentido de que sus partes constitutivas no dependen unas de otras» ⁽²⁰⁾. Esta afirmación no es autoexplicativa. Quiere decir Dewey que la investigación tiende intrínsecamente a integrar sus elementos constitutivos, y la mera existencia de elementos no relacionados remite a la unificación inteligente de los mismos: a la investigación que relaciona, por medio de la implicación de términos y proposiciones, unos elementos con otros. Lo veremos mejor a propósito de los hábitos.

III.4.4.2 Su conformación en impulsos y hábitos

La interacción de organismo y ambiente en la situación indeterminada lleva a una conformación natural de impulsos orientados, y a su posterior canalización por medio de los hábitos. Los hábitos permiten que el impulso sea conducido en aquella forma que funciona más adecuadamente, por el método de ensayo y error. Los hábitos permiten la fluencia de la actividad del organismo y, como afirma James en The Principles of Psychology ⁽²¹⁾ ahorran una gran cantidad de energía y atención en tentativas inútiles.

Ahora bien, las condiciones cooperantes en la actividad (sociales, biológicas, psicológicas) pueden hacer que, en un

momento dado, un hábito o conjunto de hábitos resulten inadecuados para hacer frente a los retos del medio. En ese caso se produce el conflicto. Entonces es cuando el organismo humano afronta la situación problemática, y se ve conducido a una situación de duda -en el sentido peirceano- inducida objetivamente.

III.4.5 La situación problemática

En general, cualquier elemento integrado en un viejo hábito que de pronto se nos revela incongruente o ineficaz, da origen a un problema.

Una situación problemática puede darse cuando, después de viajar todos los días en un ferry que nos lleva de un lado a otro de un río ⁽²²⁾, nos fijamos en un largo palo horizontal plantado en cubierta. Nos preguntamos cuál será su función y nos sentimos intrigados. Hay un elemento que resulta dudoso porque no es congruente con el resto.

Dewey bascula entre estas dos posturas:

- 1) o bien la situación problemática es una fase posterior y diferenciada de la situación indeterminada: cuando el hábito establecido ya no funciona como solía.
- 2) o bien la situación indeterminada y la situación problemática son la misma situación según que la consideremos o no desde el punto de vista de la investigación ⁽²³⁾. Según esta segunda postura, cuando el investigador vuelve la vista atrás, se figura como

problemática la situación indeterminada que dió origen a la investigación. El problema supone una interrogación no contestada, y como había dicho ya en L:

«Investigar e interrogar son, hasta cierto punto, términos sinónimos. Investigamos cuando interrogamos; e investigamos cuando tratamos de encontrar algo que de respuesta a una pregunta planteada» (24).

En este proceso mental, la investigación comienza con las preguntas mismas sobre la misión del palo, y con el tanteo mental correspondiente. Por eso el problema es problema desde el punto de vista del discurso lógico insito en las fases intermedias de la investigación, y no en la situación previa de desconexión e indiferencia lógicas, donde tal calificativo sería, como dice Dewey, "proléptico y anticipador". En nuestra exposición hemos optado, por mor de la claridad, por separar la situación indeterminada de la problemática. He aquí las características de esta última:

A) La situación misma es de una naturaleza objetivamente interrogativa, cuestionable (25), así como oscura, ambigua, confusa, llena de tendencias en conflicto, enredada, embrollada (26).

En HT (27) la sitúa como el primer paso lógico del acto de pensamiento. El pensamiento reflexivo (entendido como el del sentido común y el de la ciencia) es para Dewey secundario y derivativo (28), y su primer paso es "una

dificultad sentida" (*a felt difficulty*). Ante esta expresión aparentemente subjetivista, Dewey dejará ver que una dificultad sentida es, además, una dificultad en sí. No considera teóricamente la posibilidad de una dificultad sentida en sentido meramente subjetivo, pues reproduce el divorcio entre lo interior y lo exterior: «Los estados personales de duda que no se deben ni refieren a alguna situación existencial, son patológicos» (29).

Hemos dicho "objetivamente interrogativa". Dewey no usa el adverbio por no recaer en la dicotomía sujeto / objeto, y suele expresar por medio de una paráfrasis que no somos nosotros los que con nuestra duda o interrogación convertimos en dudosa una situación, sino que es la situación intrínsecamente dudosa la que nos hace dudar.

La continuidad organismo / ambiente es aquí la instancia explicativa. Para nuestro estudio es de gran importancia que la fase consumatoria del acto haya de tener como ingrediente la conciencia de recuperación de un estadio orgánico previo a la comezón desintegradora. En consecuencia:

«sólo puede efectuarse la integración [aquí usa 'integración' como sinónimo de 'unificación'] (...) mediante operaciones que modifiquen de hecho las condiciones existentes, no por meros procesos "mentales"» (30).

B) Es determinada en su indeterminación. Según Dewey, la incertidumbre resultante de la dificultad sentida es singular, y esto produce que la situación sea la que es y no

otra diferente, en una clara consecuencia deducida de la unicidad de toda situación.

Dewey no es aficionado a las paradojas intencionadas. Lo que quiere significar es que la indeterminación está localizada. Si no lo estuviera, nuestra respuesta sería «de un completo pánico» ⁽³¹⁾. En el ejemplo del incendio en local público, si el fuego no está localizado, o, diríamos para mejor interpretarlo, es ilocalizable, haríamos cualquier cosa, indiferentemente (por eso afirma que la situación, en su indeterminación determinada «ejerce el control sobre sus procedimientos específicos» ⁽³²⁾).

C) Importancia en la concepción del problema para la orientación de la investigación.

«El modo en que se concibe el problema decide qué sugerencias específicas se examinan y cuáles se dejan de lado, qué datos se seleccionan y cuáles se rechazan; es el criterio para la relevancia o irrelevancia de hipótesis y estructuras conceptuales»

⁽³³⁾.

Esto supone que, una vez establecemos que existe un problema, hemos de averiguar dónde se encuentra. Y al localizar el problema, estamos esbozando ya un criterio de significatividad sobre aquellos datos que nos interesa dejar intactos y sobre aquellos que nos interesa modificar.

Digamos que todas las cosas están ahí, pero unas son más valiosas que otras. ¿Valiosas para qué?, podríamos

preguntar, y Dewey nos respondería: para resolver el problema.

III.4.6 Determinación de la solución.

Significa la conversión de una situación problemática en un problema definido con referencia a su posible solución.

La determinación de la solución es progresiva y ya se anuncia en la determinación del problema.

III.4.6.1 Las fases de la determinación

Consta de dos pasos:

A) Observación ⁽³⁴⁾. Consiste en hallar aquellas partes constitutivas de una situación que están determinadas. En el caso del palo del ferry, he de averiguar qué tipo de objetos tienen relación con el palo, qué tipo de personas pueden utilizarlo: los pasajeros, el piloto, el servicio de limpieza...; en el caso de un incendio en local público, serían la localización del fuego y de las salidas disponibles, así como el comportamiento del público.

Dewey habla al respecto tanto de «hechos del caso» como de «términos del problema» ⁽³⁵⁾. En realidad, los hechos del caso son tales porque a su vez son los términos del problema. Al tomar ciertas áreas de la experiencia, las seleccionamos y las convertimos en centro de nuestra

atención, en un claro caso de emergencia de significados en función de los fines propuestos.

Diríamos que hay hechos que afectan al problema (verbigracia, la existencia de extintores) y hechos que no lo afectan (verbigracia, una colonia de hormigas saliendo de una juntura de las baldosas). Los primeros son las partes constitutivas determinadas del problema. Dewey dice que una posible solución «es sugerida por la determinación de las condiciones de hecho aseguradas por la observación». Aquí tenemos el término 'condiciones' refiriéndose ortodoxamente a condiciones, no biológicas o psicológicas o sociales, sino llanamente espacio-temporales.

B) Ideación. Cuando observamos los hechos pertinentes a la luz del problema, surgen sugerencias, que son ocurrencias vagas; más adelante, surgen ideas. Estas ideas son «consecuencias anticipadas (previstas) de lo que sucederá si se ejecutan ciertas operaciones bajo y con respecto a las condiciones observadas» ⁽³⁶⁾, es decir, son presunciones anticipatorias.

Dewey llama a la ideación «suggestion» ⁽³⁷⁾, y también coincide con L, como el 3º paso del acto de pensamiento: «(iii) suggestion of possible solution». La llama «el verdadero corazón de la inferencia» ⁽³⁸⁾; implica ir de lo que es presente a algo ausente. La idea, en cualquier caso, está dirigida al futuro y es de naturaleza tentativa.

III.4.6.2 Características de la idea deweyana.

A) Anticipación.

La idea deweyana, inmersa en el marco instrumentalista, implica anticipación y previsión. Aquí entra el funcionalismo de Dewey y la crítica a la idea como copia de percepciones. El propio Dewey la reconviene así:

«Pues al tratarlas [Locke y sus seguidores] como copias de percepciones o "impresiones", se ignora el carácter prospectivo y anticipador que define el ser de una idea» (33).

B) Ideas como hipótesis y emergencia de los significados

No sólo son hipótesis las ideas que surgen en el proceso científico, sino en todo pensamiento racional:

«La conclusión sugerida, en la medida en que no es aceptada sino sólo considerada tentativamente, constituye una idea. Sinónimos de ésta son suposición, conjetura, cálculo, hipótesis y (en casos elaborados) teorías» (40).

Dado que cada situación es única, las hipótesis-ideas que surgen de una situación concreta revelarán una valoración diferente, por minúscula que sea la diferencia, de la valoración correspondiente a una situación anterior.

Aunque tendamos a repetir las que funcionaron bien en el pasado, se da otra vez la necesidad, en virtud de la unicidad de las situaciones, de crear las formas lógicas

pertinentes como una exigencia interna de, e intrínseca a, la propia investigación. Afirma Dewey: «Las formas lógicas acceden al objeto cuando éste está sometido a la investigación controlada» (41). Y más adelante, en la misma página, afirma que las propiedades formales que surgen en el seno de la investigación nos son familiares en arte y derecho, fiel a su idea de que las investigaciones funcionan por igual en todas las áreas de actividad reflexiva, y que todas comparten una misma estructura, dependiendo de las nociones de experiencia y acto, que ya hemos tratado. En el arte, los materiales de la experiencia cotidiana devienen en nuevas formas, que producen los objetos de las bellas artes.

Para Dewey, el artista sabe oscuramente lo que quiere hacer, pero sólo al transformar los materiales averigua lo importante, el cómo. La idea que tiene de la obra de arte es inicialmente aproximativa, y sólo mediante los tanteos del proceso mismo de creación va alcanzando la forma deseada. En lo que respecta al derecho, se llega a la regulación merced a las transacciones ordinarias y cotidianas entre seres humanos, y no al revés. Los conceptos jurídicos emergen del trato cotidiano, del comercio, de la apropiación, del trabajo, y no hay ninguna fuente *a priori* que regule esas transacciones. El cuidado en la observación de la práctica corriente, empírica y ordinaria lleva a la formulación de reglas generales, y no al revés. Las nociones de "delito", "daño", "contrato", provienen de la inducción de formas lógicas que aparecen reiteradamente en la experiencia

corriente. El sentido que Dewey quiere dar a esta introducción de significado por parte de la situación misma es el de que, dependiendo de una motivación u otra, de un propósito u otro, las cosas adquieren una "nueva cara" que no tenían antes; el significado varía dependiendo de todas las variables del proceso investigativo.

Una consecuencia de este "emergentismo" de significados, de reglas y normas de investigación, afecta al campo de la ética. En ética, también los valores que vayan a resolver el problema -siempre específico- surgen de las transacciones concretas, a las que aplicamos tentativamente reglas que han funcionado bien en el pasado. Aquí radica la clave para la comprensión de la temible "creación del valor". La palabra "creación" se esgrime con una aparente intención polémica, y es posible que Dewey hubiera puesto a más filósofos morales de su lado si hubiera utilizado "construcción" en su lugar.

C) La incertidumbre de las ideas.

Las hipótesis son tentativas. Como consecuencia metodológica del fundamento metafísico de la incertidumbre y del gnoseológico de la falibilidad, ninguna idea garantiza que las consecuencias en la situación práctica del futuro funcionarán como se esperaba. Esta incertidumbre se extiende a todo tipo de acción (inteligente o no inteligente) orgánica, como señala Dewey en ~~OC~~



«La incertidumbre es primariamente un asunto práctico. Significa incertidumbre del resultado de

las experiencias presentes (...) La acción para escapar de lo desagradable no ofrece garantía alguna de éxito y es en sí misma peligrosa» ⁽⁴²⁾.

De gran importancia para la valoración: no hay solución a ningún problema concreto que sea la solución correcta; no hay fuente de autoridad que determine desde fuera de la transacción qué dirección hay que tomar. ~~Simplemente~~, se tomará una dirección considerando todos los factores, y después se verá si es satisfactoria. No hay vía regia en la toma de decisiones morales, sino sólo el probar y ver qué pasa propio del esquema hipótesis-consecuencia-prueba.

III.4.7 El razonamiento.

Antes de aceptar la primera solución que se nos ocurra, es preciso comparar diversas soluciones posibles, diversas ideas. En el razonamiento entra también la consideración de las consecuencias como elemento comparativo. Siguiendo HT:

«4. El proceso de desarrollo de relaciones -o, como se ha denominado más técnicamente, las implicaciones- de la idea respecto al problema, es llamado razonamiento» ⁽⁴³⁾.

Se trata de desarrollar y pulir la idea en relación con el sistema conceptual y con las consecuencias previsibles, pues en muchas ocasiones «sugerencias al principio aparentemente remotas y disparatadas» ⁽⁴⁴⁾ devienen aptas en consideraciones más detalladas de sus consecuencias.

Y siguiendo la L, paralelamente hasta ahora (45), bajo el título «IV. Razonamiento.», Dewey señala la dialéctica de las relaciones entre ideas hasta encontrar su sentido significativo. Se busca en ese proceso la coherencia del sentido sugerido (idea) con los otros sentidos de que forma parte, con la estructura conceptual en la que se inserta.

Aquí se pierde claramente la línea de las fases del acto. Lo que da Dewey es el ejemplo del método experimental-

«Una vez sugerida y adoptada una hipótesis, se desarrolla en relación a otras estructuras conceptuales hasta que recibe una forma con la cual puede inspirar y dirigir un experimento que descubrirá, precisamente, aquellas condiciones que poseen la máxima fuerza posible para determinar si la hipótesis debe ser aceptada o rechazada» (46).

Aunque el argumento no es, ni mucho menos, claro, parece darse una semejanza entre la fase del razonamiento deweyano y la fase deductiva del método hipotético-deductivo, en la cual se deduce a partir de la hipótesis y del resto del condiciones y supuestos aceptados, una predicción específica que verificará o falsará la hipótesis. Sin embargo, Dewey no utiliza la palabra predicción en ninguna de las tres fuentes consultadas: L, HT, SLT, aunque en las tres hable de aplicabilidad de la idea al caso particular. Un indicio más se encuentra en HT: «El razonamiento muestra que si se adoptara la idea, se seguirían ciertas consecuencias» (47), con lo cual parece abrirse paso la noción de que el razonamiento hace pasar una hipótesis ("el poste es una

señal indicativa"), después de compararla con otras posibilidades y de extraer sus implicaciones, a la fase definitiva en que se especifica como elemento de predicción ("si el capitán se fija en el poste para fijar el rumbo, es que efectivamente el poste hace de señal indicativa").

Termina el cap. VI de la L, "The Pattern of Inquiry", sin hacer referencia a la prueba, ni a la fase consumatoria. ¿Por qué termina tan prematuramente la pauta de la investigación? Es una pregunta que no ha recibido adecuada contestación, sobre todo si tenemos en cuenta que L es una obra canónica que se pretende exhaustiva. Si el vacío obedece a las dificultades de hallar un criterio de verificación del juicio que supere en objetividad el componente homeostático de la adaptación biológica, es difícil determinarlo. Cuando Dewey no trata el proceso de investigación de L, sino el "acto de pensamiento" en HT, sí establece una última fase de verificación: la de la prueba.

III.4.8. La prueba

Ya hemos señalado que en L falta el último paso de la investigación. Su hueco está justificado al final del capítulo "Razonamiento". En HT, en cambio, sí hallamos ese paso número 5.

III.4.8.1 La prueba en HT

Se define como la «(...) corroboración experimental, o verificación, de la idea conjetural» ⁽⁴⁸⁾. ~~Y en la misma página aparecen por primera vez las consecuencias reales:~~

«El razonamiento muestra que si se adopta la idea, se siguen ciertas consecuencias. En esa medida la conclusión es hipotética o condicional. Si miramos y encontramos presentes todas las condiciones demandadas por la teoría, y si encontramos a faltar los rasgos característicos reclamados por las alternativas rivales, la tendencia a creer, a aceptar, es casi irresistible» ⁽⁴⁹⁾.

Según Dewey, previstas las consecuencias por la idea conjetural, hay dos caminos para la comprobación:

1- observación directa (caso más simple). Sea la la proa de una embarcación en la que hay un poste cuya función ignoramos. Tras razonar y concluir que sirve para orientar al piloto, sólo hemos de esperar a que éste la use como elemento de orientación para verificar nuestra hipótesis.

2- experimentación (caso más complejo). Sean las burbujas que emergen de un plato conteniendo líquido en ebullición.

Si queremos saber la causa (presión, calor, etc.) de la producción de burbujas, hemos de intervenir en las condiciones y aislar el factor decisivo. Al experimentar

«las condiciones son deliberadamente dispuestas de acuerdo con los requerimientos de una idea o hipótesis para ver si los resultados teóricamente indicados por la idea ocurren efectivamente» ⁽⁵⁰⁾.

Si el resultado experimental concuerda con el teórico, y se estima que han sido las condiciones intervenidas las que han llevado a esos resultados, se confirma provisionalmente la conclusión.

En cuanto al significado que estos dos criterios puedan tener para la comprobación de valores propuestos, ninguno de ellos da la impresión de poder servir para el fin que Dewey le asigna, y sí únicamente como elemento cooperativo.

En el primer caso porque no se supera la crítica de Morton White: la hipótesis es una predicción de que una variación observable sucederá en el futuro. Observamos que, en efecto, ese algo sucede. Ahora bien, ¿qué vinculación lógica se da entre el acierto en una predicción y la deseabilidad de lo predicho? Ninguna, a no ser que confundamos los deseos con los pronósticos.

Interpretar la mirada del piloto al poste en el sentido confirmatorio de que es una guía de navegación admite un margen de error mínimo cuando lo comparamos con el de la interpretación de la eficacia de la ley de extranjería en la resolución del problema de los residentes ilegales.

En el segundo caso, porque no podemos introducir el experimento con los seres humanos como objetos. Los seres humanos son elementos esenciales del juicio práctico, cuya existencia e intereses afectan a toda deliberación propiamente moral. Asimismo, es comúnmente aceptada -incluyo

a Dewey- la sensible diferencia entre los hombres y las burbujas en punto a manipulación; ante un conflicto moral cuyos dos polos son existencialmente significativos, no puedo invertir el orden, convirtiendo a los hombres en medios, y al proceso investigador en fin. Podemos experimentar legalizando la droga durante un plazo determinado en un país determinado, pero difícilmente se puede mantener que en una duda sobre si debo divorciarme o no, es conveniente experimentar con el divorcio para ver qué consecuencias se derivan de la predicción. En la misma definición, los hombres entran como condiciones del juicio práctico, y afirmar que podemos convertirlos en condiciones "deliberadamente dispuestado de acuerdo con los requerimientos de una idea o hipótesis" parece efectivamente una inversión axiológica no justificada, y que sólo aplaudimos en los libretos de Lorenzo da Ponte.

En parte por estas dos insuficiencias, Dewey pudo evitar hablar de cuáles son las consecuencias que serán tomadas como prueba del juicio de valor, el talón de Aquiles de la teoría deweyana de la valoración.

III.4.8.2 Asertibilidad garantizada

La asertibilidad garantizada es la verdad deweyana. Un juicio en forma de proposición como "el poste es una señal" es verdadero y queda reforzado para situaciones ulteriores

cuando resuelve la investigación y liquida el problema mediante su comprobación empírica.

No la hemos introducido en la transición epistemológica precisamente porque en sentido teórico no existe: Dewey asocia la verdad de una idea precisamente con la verificación de la misma, es decir, con la fase de prueba de un acto investigador. Fuera de la investigación específica que la ha producido, una verdad determinada carece de valor.

A pesar de que no forma parte de nuestro tema, no podemos dejar de mencionar la teoría de la verdad pragmatista en la medida en que relaciona ésta con sus efectos en la resolución de problemas. Autores como Russell ⁽⁵¹⁾ o Messer ⁽⁵²⁾ han criticado la importancia dada a la utilidad en el significado de la palabra "verdad", pero, sin entrar en la discusión del problema, baste con retener que la modalidad deweyana del significado de verdad pasa por su concepción operacional en la esfera concreta de la investigación. Por ello, en vez de residir la verdad de una idea en un hecho del pasado del cual es copia, reside en el futuro de su comprobación, dentro de su carácter funcional y operativo.

Dewey explica por qué elige la expresión "asertibilidad garantizada", frente a la de creencia, conocimiento o verdad, como fin de la investigación:

«Puede entenderse el término *creencia* como designación apropiada del resultado de la investigación. (...) La investigación termina alcanzando aquello que es establecido. Esta condición de "establecimiento" es una característica delimitadora de la creencia genuina» ⁽⁵³⁾.

Dewey desea separar la creencia que liquida la investigación, la cual es objetiva, de la creencia entendida como mero estado mental. La primera implica conocimiento, porque el conocimiento se define como el fin apropiado de la investigación:

«Se supone entonces que el conocimiento posee un sentido propio aparte de la conexión con la investigación y de la referencia a la misma. Por lo tanto la teoría de la investigación se subordina necesariamente a ese sentido como a un fin fijo externo.» (54).

En resumen, dirá Dewey:

«(...) puesto que todo caso especial de conocimiento se constituye como el resultado de alguna investigación particular, la concepción del conocimiento como tal puede ser solamente una generalización de las propiedades que descubrimos pertenecían a las conclusiones que resultan de la investigación» (55).

La asertibilidad de un juicio no es nunca definitiva. No hay operación lógica de inducción que pueda convertir un enunciado verdadero en necesario; cualquier averiguación ulterior, cualquier cambio de condiciones o consecuencias no previstas puede invalidar lo que antes era válido:

«La "resolución" de una situación particular mediante una investigación particular no nos garantiza que la conclusión "establecida" vaya a estarlo siempre. La consecución de creencias asentadas es asunto progresivo; no hay creencia tan asentada que no pueda ser expuesta a posterior investigación. (...) El uso

de un término que designa una potencialidad en vez de una actualidad implica el reconocimiento de que todas las conclusiones específicas de investigaciones específicas son parte e una empresa continuamente renovada, o de un asunto en marcha». (56).

En el mismo sentido, en la teoría de la valoración el establecimiento del valor de una línea de acción sucede en la comprobación del mismo en relación a las circunstancias en que va a funcionar, y no en criterios previos o externos a la situación consumatoria.

III.4.9 La situación unificada

Es la fase última del acto y de la investigación. La situación resulta unificada cuando, mediante la comprobación, se elimina la duda y se vuelve al estado de acción en marcha (*ongoing action*) que precedió a la situación indeterminada.

La unificación es al mismo tiempo "sentida" como tal y objetiva; es «tan inmediatamente cualitativa como la situación problemática original» (57). Y en L (58) añade que es el fin (*end*) de la investigación, en sentido peirceano, «en el sentido en que fin significa 'fin-en-perspectiva' y en el sentido en que significa 'concluído' (*close*)».

Característicamente, esa cualidad unificada de la última fase de la investigación implica que «la situación ni es subjetiva ni implica una relación sujeto-objeto» (59). Dewey no da un término sustitutorio, pero hay que suponer que esa

objetividad se debe, por una parte a la adecuación intelectual a las exigencias de la realidad, y por otra a hallarse abierta a la inspección pública. Así, Dewey pide a Rice la evidencia de que

«las situaciones con respecto a su inmediatez cualitativa son "subjetivas" en vez de ser previas, neutrales e inclusivas de cualquier distinción y relación que pueda ser legítimamente instituída entre sujeto u objeto» (60).

Dewey se ve llevado a establecer, como Peirce, un estado individual de creencia al final del proceso investigativo, en tanto que fase de un "acto" orgánico y experiencial: se comienza con una "tensión", una "incomodidad" producida por la duda -que también es un estado psicológico-, y se termina con el "establecimiento" restaurador de la creencia previa -creencia idéntica en su forma, pero de distinto contenido-:

«La duda es incómoda; es tensión que encuentra su expresión y desahogo en el proceso de investigación. La investigación termina alcanzando aquello que es establecido» (61).

Pero sin embargo, se ve también obligado a rehuir el aspecto subjetivo que resulta de asociar la prueba de la adecuación de la idea-hipótesis con todo estado de "creencia" o "satisfacción" personal.

A nuestro modo de ver, Dewey propone un equilibrio difícilmente viable: dar un criterio de adecuación (dentro

de la teoría de la verdad pragmatista) de la idea a la realidad en un marco organicista y subjetivo, pero huyendo a la vez de la subjetividad resultante en un marco behaviorista y cientifista. Veamos cómo lo explica Dewey:

«(...) Pero creencia es palabra ambigua. Se usa objetivamente para nombrar *lo que es creído*. En este sentido, el resultado de la investigación es un estado establecido y objetivo de hechos, tan establecido que estamos dispuestos a actuar en consecuencia (...) Pero en el uso popular, *creencia* también significa un asunto personal; algo que algunos seres humanos mantienen o sostienen; una posición, que bajo la influencia de la psicología, se convierte en la noción de que la creencia es meramente un estado mental o psíquico. (...) Así, el significado objetivo de un asunto que ha sido establecido por la investigación aparecido el sentido objetivo de una cuestión que ha sido establecida firmemente por la investigación aparece enturbiado o hasta disipado» «62».

Dewey nos habla de una creencia objetiva establecida por la investigación, independientemente de la motivación y la finalidad de la investigación entendidas orgánicamente como "acto", que es la recuperación del estado de "creencia" previo a la duda. Se da una cesura entre estos elementos de la investigación y la objetividad de su resultado.

He aquí un problema que será vital en la teoría de la valoración para entender la transición valorado / valorable: ¿quién determina si se ha restablecido la unidad cualitativa de la experiencia, o la continuidad? Parece que el sujeto moral, y en términos no verbales, en términos biológicos, o biológico-sociales de adaptación al medio. Es el problema de

la base homeostática de la investigación deweyana, el cual ya latía en la descripción del acto investigativo llevado a cabo por Peirce: de su afirmación de que con la cesación de la duda termina la lucha que se originó con aquélla, sólo tenemos que sustituir 'lucha' por 'investigación', tal como hace Peirce en otras ocasiones, para determinar que la fase consumatoria ha de llegar forzosamente: se trata de una necesidad pareja a la de la cesación de una molestia de restos de comida en las encías. Hay que acabar con ella, y es todo lo que cabe decir de la irritación de la duda (*irritation of doubt*) peirceana. Termina la investigación cuando biológicamente hemos retornado al estado previo al de la vacilación, que es el estado de creencia satisfactoria.

Insisto aquí en la significación homeostática de la fase consumatoria del "acto" investigativo:

«El único objeto de la investigación es el establecimiento de opinión (...) Cuando la duda cesa, la acción mental del sujeto llega a término; y, si continuara, lo haría sin finalidad.» «33».

Pero para Dewey el problema de la subjetividad del conocimiento partiendo del acto biológicamente orientado no parece digno de tenerse en cuenta, pues según él "conocimiento" y "resultado de una investigación competente y controlada" son la misma cosa:

«El conocimiento, como término abstracto, es un nombre para el producto de las investigaciones competentes. Aparte de esta relación, su sentido es

tan vacío que no importa qué contenido o relleno (*filling*) pueda ser arbitrariamente colocado en su interior » «64».

Expresado de otro modo, por mucho que la motivación última del proceso investigador radique en fines biológicos y adaptativos, su resultado es todo lo objetivo que puede ser (lo "establecido" no da garantías absolutas, por ejemplo), y de hecho es la única forma fiable de conocimiento «65». Ese resultado de la investigación "establecido" es justamente la "asertibilidad garantizada", cuya fiabilidad no es completa y además está en proceso.

El problema será averiguar, sobre todo en la valoración, qué ocurre cuando una persona siente inmediata y cualitativamente que una situación dada está unificada, y otra siente inmediata y cualitativamente que no lo está.

NOTAS

- (1) L, O.C. / LW 12: 108. Nótese que la definición da idea de un comportamiento público, no de una actividad privada. En este sentido, vid. Kaufmann, "John Dewey's Theory of Inquiry", pp. 221-2.
- (2) SLT, O.C. / MW 2: 310.
- (3) L, O.C. / LW 12: 41.
- (4) idem, p. 26.
- (5) Peirce, Collected Papers, 5: 375, p. 232 ed. cit.
- (6) QC, O.C. / LW 4: 91.
- (7) L, O.C. / LW 12: 107.
- (8) idem, p. 423.
- (9) EN, O.C. / LW 1: 19.
- (10) QC, O.C. / LW 4: 134.
- (11) L, O.C. / LW 12: 125. Vid. Wendell, Th., "Dewey's Doctrine of the Situation" para un análisis sumario de la situación deweyana.
- (12) "Valuation Judgments and Immediate Quality", O.C. / LW 15: 68.
- (13) L, O.C. / LW 12: 74. Obviamente, que las situaciones cualitativas y las cualidades sean únicas es, como indica taxativamente Paul Welsh en la p. 867 de su "Some Methaphysical Assumptions in Dewey's Philosophy", empíricamente inverificable.
- (14) L, O.C. / LW 12: 72.
- (15) P.ej., en "Context and Thought", passim.
- (16) QC, O.C. / LW 4: 213.
- (17) Seguiremos el tratamiento deweyano a través de HT, cap. 6 "The Analysis of a Complet Act of Thought" y de L, cap. "The Pattern of Inquiry", p. 109-111 de la ed. cit., pero separando la situación problemática de la indeterminada, que en L forman una sola fase. Respecto a la indeterminación de la situación considerada como problema, vid. Mackay, D.S "What Does Mr. Dewey Mean by an "Indeterminate Situation?".
- (18) L, O.C. / LW 12: 109.
- (19) "Valuation Judgments and Immediate Quality", O.C. / LW 15: 69.
- (20) L, O.C. / LW 12: 109.
- (21) Vid. James, W., The Principles of Psychology, cap. IV, p. 112 y ss.
- (22) Tomamos uno de los ejemplos que se leen en HT, O.C. / MW 6: 235.
- (23) Como mantiene Dewey en L, O.C. / LW 12: 111.
- (24) L, O.C. / LW 12: 109.
- (25) Ibidem.
- (26) Ibidem.
- (27) HT, O.C. / MW 6: 236.
- (28) Vid., p. ej., O.C. / MW 2: 298.
- (29) L, O.C. / LW 12: 109. Sobre la prevención ante el subjetivismo en este punto, vid. Deledalle, G., "Durkheim et Dewey. Un double centenaire", p. 496.
- (30) L, O.C. / LW 12: 110.
- (31) L, O.C. / LW 12: 109.
- (32) Ibidem.
- (33) idem, p. 112.
- (34) Seguimos el cap. 6 de HT, en O.C. / MW 6: 238, donde observación y sugerencia ocupan pasos diferentes en el "acto" investigador, y el cap. "The Pattern of Inquiry", de L.
- (35) L, O.C. / LW 12: 113.

- (36) *Ibidem*.
- (37) HT, O.C. / MW 6: 239.
- (38) *idem*, p. 236. La importancia dada por Dewey a la inferencia en el método científico ha sido desacreditada por la posterior filosofía de la ciencia. Ya diez años después de la publicación de HT fue criticada por Buermyer en "Professor Dewey's Analysis of Thought"
- (39) L, O.C. / LW 12: 113.
- (40) HT, O.C. / MW 6: 239.
- (41) L, O.C. / LW 12: 105. Que los "actos de preferencia" son a la vez juicios y actos que establecen diferencias reales es un *leit motiv* deweyano, cuyo desarrollo en el aspecto moral se puede contrastar en Schneider, "Dewey's Ethics", en Boydston, Jo Ann, A Guide to the Works of John Dewey, pp. 107 y ss.
- (42) HT, O.C. / MW 6, p. 239.
- (43) *Ibidem*.
- (44) *Ibidem*.
- (45) L, O.C. / LW 12: 115.
- (46) L, O.C. / LW 12: 115-6.
- (47) HT, O.C. / MW 6: 240.
- (48) *Ibidem*.
- (49) *Ibidem*.
- (50) *Ibidem*.
- (51) Vid. Russell, B., En A History of Western Philosophy, pp. 775-781, y también en An Inquiry into Meaning and Truth, p. 318 y ss., donde se percibe que sus diferencias con Dewey en este punto radican en que para Russell la verdad y la falsedad de las proposiciones se fundamenta en las causas, y para Dewey en los efectos.
- (52) Messer, A., La filosofía actual, p. 108-111.
- (53) L, O.C. / LW 12: 15.
- (54) *idem*, pp. 15-6.
- (55) *idem*, p. 16.
- (56) *idem*, pp. 16-7.
- (57) "Valuation Judgments and Immediate Quality" O.C. / LW 15: 69.
- (58) L, O.C. / LW 12: 160.
- (59) "Valuation Judgments and Immediate Quality", O.C. / LW 15: 70.
- (60) *Ibidem*.
- (61) L, O.C. / LW 12: 15.
- (62) *Ibidem*.
- (63) Peirce, "The Fixation of Belief", Collected Papers, 5: 375, p. 232 ed. cit.
- (64) L, O.C. / LW 12: 16.
- (65) Vid. Nagel en Razón soberana, p. 158, donde se asocia la asertibilidad garantizada como éxito de la investigación con los principios lógicos. Para situar la asertibilidad garantizada en su contexto histórico, vid. Putnam, H., Meaning and the Social Sciences, p. 1.

IV - LA INVESTIGACION DEL

VALOR

INTRODUCCION

Cuando el ser humano realiza una investigación cuyo objetivo apunta a los cursos de acción que debe emprender, realiza una investigación valorativa.

La existencia de una investigación específicamente valorativa presenta en Dewey dos metas complementarias:

A) La constatación de la semejanza metodológica entre el proceso de valoración y cualquier otro proceso investigador, o lo que viene a ser lo mismo, entre el juicio de valor y cualquier otro juicio:

«Y llamando a mi teoría en este asunto [la valoración] un caso especial de mi teoría general, intento llamar la atención sobre el hecho de que he negado que como juicio, o respecto al método de investigación, prueba, y verificación, los juicios de valor tengan algún rasgo peculiar o único» ⁽¹⁾.

En esa isonomía, con su raíz biologista y behaviorista última, radica, no sólo el problema hermeneútico de Dewey, sino el de su propia autocomprensión.

B) La conformación de un tipo genuino de proposición y juicio, cuya peculiaridad radica en su objeto: guiar la conducta con miras a la realización de acciones futuras. Esa peculiaridad se cifrará en el problema de los *agenda*:

«[el problema central de la valoración es] el problema de la posibilidad de proposiciones genuinas acerca de la dirección de los asuntos humanos» ⁽²⁾.

Estas dos metas coinciden en la proposición general de que los juicios prácticos -y por ende los juicios de valor- se caracterizan, no por el método, que es compartido con las disciplinas naturales, sino por el objeto o tema de los juicios. En este sentido afirma que los juicios de valor son juicios de valor en la medida que los juicios de (acerca de) gatos son juicios de gatos:

«(...) como juicios, o con respecto al método de investigación, prueba y verificación, los juicios de valor carecen de rasgos peculiares o únicos. Difieren de otros juicios en el material específico con que tiene que trabajar. Pero en este aspecto las investigaciones y juicios acerca de patatas, gatos y moléculas difieren unas de otras. La diferencia genuinamente importante reside en el hecho de la mucha mayor importancia con respecto a la conducta del comportamiento vital que posee el especial tema de los así llamados juicios de valor» ⁽³⁾.

Obsérvese el modo categórico en que se afirma la identidad de método entre la ciencia natural consolidada y la ciencia moral pretendida.

El término 'valoración' (*valuation*) se usa en Dewey en dos formas diferentes: en unas ocasiones como equivalente del juicio práctico, en un sentido concreto en el que se formula una evaluación (*evaluation*), y en otras como un proceso que conduce a la evaluación; casi equivaliendo al tipo de investigación que trata de los problemas prácticos y que como juicio práctico produce los juicios de valor.

La valoración es investigación sobre todo en el sentido de que se dan las mismas fases que en ésta:

«(...) la valoración tiene lugar solamente cuando algo sucede (*something is the matter*), cuando hay algún problema que superar, alguna necesidad, alguna carencia, (...), algún conflicto de tendencias a resolver mediante el cambio de las condiciones existentes» (4)

Para una correcta investigación valorativa han de seguirse todos los pasos de cualquier investigación, pero adaptados a su asunto propio. Siguiendo con nuestro propósito de especificar la transición teórico-práctica en el problema del valor, recordemos que la investigación reproducía los pasos del "acto" organicista, y que, a *fortiori*, la semejanza estructural del proceso de valoración con cualquier proceso investigativo permite distinguir en el "acto" valorativo las siguientes fases o pasos:

- 1 - Situación original y condiciones del problema.
- 2 - Situación problemática.
- 3 - Perentoriedad o necesidad práctica de la acción.
- 4 - Valoración - método inteligente.
- 5 - Deliberación - la determinación del valor de una proposición o juicio por sus consecuencias: hipótesis.
- 6 - Elección
- 7 - Prueba.
- 8 - Situación unificada.

NOTAS

- (1) "Valuation Judgments and Immediate Quality", O.C. / LW
15: 69-70.
- (2) TV, p. 4.
- (3) "Valuation Judgments and Immediate Quality", O.C. / LW
15: 70-71.
- (4) TV, p. 34.

IV.1. LA ETICA CIENTIFICA.

La existencia de una fase intelectual de la investigación valorativa, y las implicaciones empíricas y experimentales de toda investigación en Dewey, nos llevan a delimitar su llamada "ética científica", la cual tiene un objetivo central de interés humano y filantrópico: la utilización del conocimiento científico con fines sociales. En Dewey, la integración y ampliación de sus resultados al ámbito de la práctica no es una necesidad expansiva de la ciencia, sino una necesidad imperativa de la sociedad ^{'1'}, que ve cómo se deja la dirección de los asuntos más importantes a instituciones y fuerzas que extraen su autoridad de la fuerza, la tradición o la costumbre. Las críticas que se han realizado han sido en el sentido de que era deseable una ciencia y una filosofía no supeditada a los intereses sociales ^{'2'} que investigara por amor del saber, y que los intereses teóricos fueran desinteresados, más bien que en el sentido de que el saber humanístico resultara amenazado.

En ningún momento, por lo que se me alcanza, pretende Dewey eliminar la naturaleza genuina de los juicios morales y sustituir sus *termini* por *termini* descriptivos, como propuso Bentham y cierto género radical de naturalismo ético:

«El propósito del pensamiento, científico y filosófico, no es eliminar la elección, sino hacerla menos arbitraria y más significativa» ^{'3'}.

La elección arbitraria no se presenta como tal, sino bajo el pabellón de una "ética mágica" ⁽⁴⁾, y desde la creencia en que vicios y virtudes "gobiernan" los actos y los hábitos de modo mágico: X actuó así porque poseía tal cualidad intrínseca, con independencia de causas y efectos naturales, y por ende, de su estudio y examen. Negativamente, al aplicar el método de la inteligencia a la ética, Dewey pretende desasirse de esta ética judicial y mágica de la alabanza y el reproche. El interés positivo de Dewey radica, por un lado, en apoyar los juicios morales -bajo los límites tradicionales de la libertad y la responsabilidad- en proposiciones contributorias que han mostrado su adecuación por la corroboración científica, y por otro, en aplicar los recursos del método experimental a la toma de decisiones morales; en ningún caso sustituir la decisión moral por una especie de ambiciosa alquimia tecnológica.

IV.1.1 Dicotomía ética / ciencia

Una ética con los medios de las ciencias naturales acabaría con la desconexión de ética y ciencia, implícita en la separación de las "facultades" (expresada históricamente en la división entre artes liberales y mecánicas o técnicas, entre disciplinas humanísticas y no-humanísticas ⁽⁵⁾, y que se alió con la separación entre ciencias naturales y ciencias del hombre, disciplinas materiales y espirituales. Pero también se

concibe la dicotomía expresando un estado de cosas moralmente insatisfactorio y acomodaticio, donde las virtudes señorean los libros y la corrupción campa en la calle. La vida intensamente real de los negocios, la organización política, la profesión, cae fuera del ámbito de los estudios y de la regulación moral.

Hay también una dependencia de la dicotomía inteligencia / acción: Dewey relaciona los tradicionales criterios religiosos del valor, en que se asocia éste a lo ontológicamente último y supremo, lo remotamente dado, con que se perciba como una mala noticia la posible extensión de la ciencia al ámbito del valor; asoman de nuevo la "aparente discordia" y la consiguiente tentación del retorno. Para alguien a quien se le ofrecían "dados" los valores, la idea de someter a prueba los criterios recibidos no puede dejar de ser molesta, pero en Dewey es la única manera de averiguar si éstos son o no efectivos.

IV.1.2. Transición entre la ética y la ciencia.

Dewey establece que en primer lugar debe superarse el miedo cuasirreligioso a inmiscuir al conocimiento garantizado en el campo de la conducta. Ese miedo es un sentimiento, como hemos dicho, dualista y supersticiosamente ligado al temor de que los valores se "contaminen" en contacto con la *empiría*:

«¿Por qué cualquier mejora en el conocimiento ha de aparecer como una amenaza a lo que apreciamos,

admiramos y aprobamos? ¿Por qué no proceder al empleo de nuestros logros en ciencia en mejorar nuestros juicios acerca de los valores, y a regular nuestras acciones en el sentido de hacer más seguros los valores y más ampliamente compartidos en la existencia?» «E».

La cuestión de fondo está en saber si nos vamos a instalar en el estrado del espectador, considerando al valor como el significado previamente dado de ciertos términos, como algo en lo que el hombre no tiene arte ni parte, o si vamos a establecer métodos que nos permitan descubrir en cada caso cuáles son las consecuencias que hacen aconsejable una línea de conducta. La actividad y la construcción, la observación y el descubrimiento, son los medios de este cambio de orientación.

No hay una revelación de valores, pues los valores absolutos que pudieran revelarse no existen. La dependencia de la teoría del espectador, y del factor superador de la misma por el concepto-marco de "acción", queda clara cuando Dewey reduce la "cuestión fundamental de la filosofía actual" a las preguntas:

«¿Está justificada la teoría según la cual el conocimiento es válido en el grado en que representa una revelación de existencias antecedentes o del Ser? ¿Está justificada la doctrina de que los fines y propósitos reguladores poseen validez sólo si se puede mostrar que son propiedades pertenecientes a las cosas, ya sea como existencias o como esencias, independientes de la acción humana? Proponemos un nuevo punto de partida. Los deseos, sentimientos, preferencias, necesidades e intereses existen, cuanto menos en la experiencia humana: son sus características. También existe el conocimiento de la naturaleza. ¿Qué implica ese conocimiento con respecto a la guía de nuestra vida emocional y volitiva? ¿Cómo habrá de beneficiarse ésta

última de lo conocido para ponerlo a su servicio? (...) Se trata de cuestiones próximas, no de carácter último. No se refieren al Ser y al conocimiento "en sí mismos" y en general, sino a la existencia en tiempos y lugares específicos, y a los sentimientos, planes y propósitos en circunstancias concretas.» '7'.

IV.1.3 La transición. ¿Corpus o método?

Cuando Dewey ve en la moral un tipo de conocimiento biológico o histórico aplicado al hombre, asoma la doble influencia de la ciencia. La transición aplicada a la teoría de la valoración, reviste dos formas básicas: a) la utilización de los datos de la ciencia como proposiciones contributorias que ayudan a la toma de decisiones en la fase de juicio de valor del juicio práctico, y b) la aceptación del método científico - en su versión deweyana- como el método de la valoración.

«(...) la idea de adoptar activamente el método experimental en asuntos sociales, en las materias consideradas de valor más duradero y definitivo, provoca en la mayoría de la gente la sensación de que se abandonan todos los criterios y toda autoridad reguladora (...) ¿De dónde vendrá la regulación si abandonamos los valores familiares y tradicionalmente apreciados como criterios directivos? En gran parte, de los hallazgos de la ciencia de la naturaleza (...) Los moralistas, en general, trazan una línea fronteriza entre el campo de las ciencias de la naturaleza y la conducta que se considera moral. Pero una moral que establezca sus juicios de valor a base de consecuencias, ha de depender en una forma más íntima de las conclusiones de la ciencia.» '8'.

La utilidad del corpus científico para el problema del valor entronca con el empirismo de la ética deweyana. Los hechos -aparentemente externos al valor- biológicos, históricos o sociales que determinan las ciencias, constatan merced a la continuidad de la experiencia condiciones de las que partimos en toda situación, incluida la moral. El empirismo conduce a un cientifismo de los resultados establecidos, repito, estrictamente en cuanto proposiciones garantizadas de apoyo, y sólo de apoyo, para las decisiones morales:

«La conexión de hechos-valor con otros hechos forma un problema que es más que legítimo. Es indispensable. No se puede llegar a los juicios evaluativos garantizados, sin salir fuera del "ámbito del valor" en materias físicas, fisiológicas, antropológicas, históricas, sociopsicológicas, etc.» «³».

Una de las aportaciones del pragmatismo a la filosofía moral estriba en que este punto parezca comúnmente aceptado por casi todas las tendencias: que no es aceptable fundamentar posturas morales en creencias que se encuentran superadas por el desarrollo progresivo de la ciencia. Es posible mantener afirmaciones marginales o tangenciales a los hechos y teorías comprobados, pero no en abierta contradicción con ellos. En Dewey se da siempre una escrupulosa separación entre la fase empírica de la investigación valorativa (que es también práctica) y la fase propiamente evaluativa.

NOTAS

- (1) Vid., p. ej., QC, O.C. / LW 4: 249.
- (2) Vid. Cohen, M.R., "Some Difficulties in Dewey's Anthropocentric Naturalism", pp. 196-228.
- (3) EN, O.C. / LW 1: 35.
- (4) L, O.C. / LW 12: 487-9.
- (5) Vid. respecto a la importancia de este último resultado histórico, TV, p. 66: «At the present time the widest gap in knowledge is that which exists between humanistic and nonhumanistic subjects».
- (6) QC, O.C. / LW 4: 35.
- (7) idem, pp. 36-7.
- (8) idem, pp. 218-9.
- (9) "The Field of Value", p. 77.

IV.2. APLICACION A LA MORAL DEL METODO CIENTIFICO.

La idoneidad de los modernos métodos de investigación para los problemas de la acción suscita la posibilidad de una ética científica. Este capítulo sólo se ocupa de mostrar que lo importante en la teoría de la valoración es el método (por eso Dewey llamará a su ética "experimental", porque precisamente es el aspecto metódico del experimento lo que le interesa), y lo que intenta es aplicar el método científico al proceso de formación de los juicios prácticos.

No se trata de poner la moralidad al servicio de la ciencia, o de la tecnología, como se ha dicho. Más bien al contrario, la ciencia -como en general toda labor explicativa sistemática- adquiere en Dewey una función mediadora entre las exigencias vitales y su cumplimiento. La subordinación del método de la ciencia a las exigencias de la vida moral se puede rastrear ya hacia el final de su época idealista, en SLE. Ya ahí se proclama la importancia del organicismo y del modelo biológico tanto para la investigación científica como para la valoración:

«Si se admite que conocer es algo que ocurre en la naturaleza, se sigue entonces como un axioma que conocer es un acto existencial evidente. (...) La teoría de conocimiento del espectador puede, hablando humanamente, haber sido inevitable cuando el pensamiento fue visto como un ejercicio de una "razón" independiente del cuerpo, que por medio de operaciones puramente lógicas accedía a la verdad. Es un anacronismo ahora que tenemos el modelo de procedimiento experimental ante nosotros y somos

conscientes del papel de los actos orgánicos en todos los procesos mentales» ⁽¹⁾.

C.W. Mills ha resaltado este hecho, al sostener que consideraciones de carácter biológico controlan la aplicación del método científico, pues en Dewey el procedimiento científico tiene un contenido de acción que abarca asimismo a la reflexión, incluyéndose ambas en "la adaptación del hombre" y en el control del medio ⁽²⁾. En ese sentido, Dewey propone la expansión del *ethos* del científico a toda investigación, incluida la moral.

La actitud crítica del investigador que Dewey quiere expandir se basa en el uso del método (observación, prueba, falibilidad) no menos que en suposiciones metafísicas (noción de "cambio" y "futuro"). Los dos aspectos más importantes de esta actitud son:

A) Revisabilidad de los fines y las valoraciones. Se tiende a la recusación de los preceptos y a la reformulación de principios, a la revisión interminable de ideas y juicios y al ensanchamiento y progresión del conocimiento. Asimismo, se reduce la distancia entre el conocimiento moral, que se pretendía fundamentador, y el conocimiento no-moral.

B) Talante moral y político progresivo. La concepción de un progreso en el conocimiento conecta con la concepción de un progreso en el control moral y político. Dewey suele

vincular, sin demasiados matices, el carácter político estancado y conservador con creencias morales en fines y deberes fijos que fueron establecidos por la clase hegemónica, la tradición u otras fuentes de autoridad «a».

Finalmente, Dewey pretende con la aplicación del método científico a cualquier sistema ético que éste se capaz de formar inferencias entre sus juicios.

Dewey relaciona (en PM, por ejemplo) la asistematicidad de la ética con la sima que separa los principios y la experiencia moral. Si pudiéramos orientar la conducta -parece decirnos- apoyándonos en los métodos que han dado resultado en otras esferas del saber, podríamos establecer inferencias entre unos juicios morales asentados y otros.

La continuidad de la experiencia moral «a» implica que las nociones morales han de surgir en el curso de la experiencia, y establecer relaciones lógicas entre sí precisamente gracias al terreno común de la misma experiencia.

NOTAS

- (1) QC, O.C. / LW 4: 195. Respecto a la importancia del experimentalismo en Dewey, vid. Ratner, J., "Introduction to John Dewey's Philosophy", pp. 58 y ss.
- (2) Mills, C.W., Sociología y Pragmatismo, p. 401.
- (3) Respecto al paralelismo entre ciencia y democracia, vid., p. ej., Bernstein, R.J., Philosophical Profiles, pp. 264-5.
- (4) Vid. III.1.3.

IV.3 LA SITUACION INDETERMINADA.

Toda situación, sea moral o no, se da en un contexto empírico. En ese sentido, por ejemplo, son empíricas las expectativas que despierta en la familia la habilidad musical de un niño; son perceptibles y observables.

Estudiaremos las condiciones que surgen en ese contexto, la actividad que genera en el individuo, la posición que ocupa esa actividad en la investigación valorativa, su concreción en diversas formas de comportamiento, y la necesidad de ser completada por la crítica y la inteligencia.

IV.3.1 Las condiciones "subjetivas" de la investigación valorativa

En un sentido más incidental y discutido que el de las condiciones "objetivas" de una situación dada -vid. capítulo IV.8-, hay otro tipo de condiciones comportamentales necesarias para la valoración ⁽¹⁾: los intereses, los impulsos, los placeres, los hábitos. Todos ellos elementos del comportamiento humano, el cual «está abierto a la observación» ⁽²⁾ en clara profesión de fe behaviorista.

Dewey es reacio a considerar estos elementos de la conducta pre-cognitiva como enteramente "dados", y tampoco como valiosos en sí. Son condiciones observables necesarias para la

valoración, pero no suficientes. En compensación, son situacionalmente "últimas". En el problema ético corresponden a estratos biológicos o culturales, los cuales, muy lejos de estorbar la libre elección -como ocurre en buen número de teorías morales- la informan y colorean.

En el proceso específico de formación del juicio práctico, no podemos decir sino que esas condiciones se dan, y aún cuando decidamos ignorarlas o abortarlas, no dejan de influir en nuestras elecciones. Así, podemos reconstruir y remodelar un hábito de resultados de una investigación, pero no darlo por inexistente en el curso de la misma. En este sentido son últimos ciertos patrones valorativos que Dewey no tiene escrúpulo intelectual en suponer: por ejemplo, la salud.

Los objetos de esos primigenios actos de estima (*esteem*) del valorar son precisamente los objetos de deseo e interés, es decir, las condiciones "subjetivas" de la valoración. Hemos entrecomillado "subjetivas" porque para Dewey las condiciones del apreciar y el querer son "transacciones comportamentales" no subjetivas. Remitimos al dualismo psicológico, según el cual los deseos se hallan "encerrados" en el interior de la piel o de la corteza cerebral, cuando de hecho esas condiciones corresponden a una experiencia que "sucede" tanto en el organismo como en el ambiente, en una interacción que sólo *post facto* se deja aislar en compartimentos estancos.

IV.3.2 El valorar: descripción

El valorar (*valuing*) en el sentido inmediato de apreciar que adoptamos aquí, en contraste con el sentido mediato de evaluar que adoptaremos en IV.6, se define como «(...) un modo de comportamiento que sirve para preservar una cosa que existe independientemente de que haya sido valorada» ³ y normalmente presenta la connotación de a-racionalidad. Antes de someter los objetos queridos a un proceso de investigación, ya se da una afectividad y un compromiso existencial con los mismos.

Desde el punto de vista de la acción mental, representan la primera fase, meramente emocional o afectiva, de la misma ⁴.

Obviamente, el valorar en sentido de estimar o apreciar corresponde a la fase de situación indeterminada de toda investigación, y adquiere todas sus características, incluyendo la de ser influida por condiciones objetivas. Reproduzcamos los ejemplos ⁵ de un pájaro alimentando a sus crías o de la madre oso defendiendo a sus oseznos de las amenazas exteriores.

Dewey ha dado numerosas aproximaciones lingüísticas del valorar como comportamiento: sustentar (*nourishing*), cuidar de (*caring for*), mirar por (*looking out after*), proteger (*fostering*) ⁶, apreciar (*prizing*), querer (*holding dear*), honrar (*honoring*), o estimar (*esteeming*) ⁷, y otros, donde estimo que el componente "impulsivo" y no mediado es común. En todos ellos se denota la misma afección inmediata que nos

producen ciertos seres u objetos a los que nos encontramos naturalmente ligados, y en los que, en principio, no cuenta el cálculo o la sospecha, no se da el conflicto ni la conjetura.

Si bien es cierto que en TV el cuidado, el deseo y el valorar en general surgen de la necesidad de traer a la existencia algo inexistente, o de conservar algo existente que está amenazado, creemos que ese factor de pre-ocupación depende del módulo biológico de conducta de atracción-rechazo.

Abordemos ahora la cualidad más sobresaliente del valorar.

IV.3.3 La inmediatez cualitativa del valorar

Inmediatez cualitativa significa que, en esta primera fase, el bien apreciado se presenta sin mediación alguna: «Los valores son valores, cosas que tienen inmediatamente ciertas cualidades intrínsecas» ⁽²⁾. En TV Dewey atribuirá al valorar "inmediatez cualitativa" y lo definirá como "la simple ocurrencia de un valor", o "una muda e informe experiencia de una cosa como buena" ⁽³⁾. Gozamos, sufrimos o apreciamos al modo despreocupado de la experiencia primaria.

Se entiende que el razonamiento carece de capacidad para reeditar la experiencia genuina de esa cualidad inmediata; esto significa que su objeto es el valor intrínseco, el cual se experimenta como un don. El valor intrínseco en Dewey no puede ser objeto de juicio; es incomparable con otros valores o

invalorable, por paradójico que parezca. Si no hay medida de las cualidades primigenias, uno de esos valores intrínsecos vale tanto como cualquier otro.

He aquí lo que podemos llamar la "inconmensurabilidad" de bienes y valores inmediatos, tributaria del instrumentalismo.

Si los objetos del aprecio (*prizing*) no se pueden comparar ni cuantificar, en una deducción semánticamente comprometida habría que aceptarlos como premisas verdaderas, y en un cálculo probabilístico como variables independientes.

En la controversia valorado / valorable lo inmediatamente valorado es lo 'deseado', un bien primario entendido como condición necesaria, pero no suficiente, de lo deseable. Del mismo modo que las cosas son primero habidas y luego pensadas, y el pensamiento refina y conecta significativamente su aspecto existencial '10', los bienes primero son habidos y luego razonados, reconstruidos y conectados entre sí.

IV.3.4 Organicismo y primacía del valorar

Esa posición primaria puede señalarse en la actitud de 'cuidado' (*care*) de base biológica que apreciamos en los ejemplos animales, y que el objeto del valorar despierta en el organismo. El cuidado apunta por una parte a la solicitud y por otra a la preocupación. Viene enmarcado en un tipo de comportamiento, también biológico, que Dewey forjó en su última

época: el "comportamiento de aceptación-rechazo". Este comportamiento impulsivo es común a todos los seres vivos y en el hombre funciona como el trasfondo biológico de los fenómenos de apreciación y valoración; es por lo tanto un comportamiento primario, filogenética y lógicamente anterior al fenómeno humano. Llamamos de nuevo la atención sobre el marchamo biológico y comportamental del origen del "acto" valorativo, pues también lo será del destino del mismo, lastrando ineluctablemente el problema de la "prueba" del valor.

Ese cuidado deweyano, sobre el cual no es adecuado preguntar, ni comparar (ni casi, como afirmó Novalis de los sentimientos nobles, mencionar en voz alta) es en nuestro autor un "dato" de la experiencia moral, y hay que contar con él tal como aparece. No es que Dewey extienda un velo místico sobre la solicitud que nos inspiran ciertas relaciones, sino todo lo contrario: los objetos de nuestro cuidado se encuentran allá donde miremos. Son simples, cotidianos y modestos, y nuestra vida moral se edifica sobre su existencia, de tal suerte que no los ponemos en entredicho más que cuando ciertas consecuencias inesperadas de nuestros actos proyectan sobre ellos una sombra de duda.

Dewey, en fin, da la categoría de primariedad a la "ocurrencia" desnuda del aprecio (*prizing*), y la de secundariedad al acto mediato del tasar (*appraising*).

IV.3.5 El querer, el desear, el interés y el placer

Si bien el querer inmediato da lugar cuando entra en conflicto con otros elementos al deseo o al interés, y puede llevar directamente al placer consumatorio, la relevancia filosófica del acto se da cuando la inteligencia conecta esos elementos comportamentales con otros conceptuales. Es al examinar cuando formamos fines y valores inteligentes.

En Dewey, y debido al primado de la actividad, se distinguen el mero 'querer' (*wishing*) del 'desear' (*desiring*); el primero sería la simple plasmación de un impulso, mientras el segundo ya implica un esfuerzo. Dewey ⁽¹⁾ define 'interés' como una disposición duradera del apreciar (*prizing*), es decir, derivativamente, del valorar. El interés es duradero, pero también ordenado; un «conjunto de deseos interrelacionados» ⁽²⁾ que ha funcionado bien en experiencias previas. De la misma forma, el placer auténtico en Dewey surge mediante el esfuerzo y la actividad. Veamos sus implicaciones.

IV.3.6 El problema del placer: actividad, crítica e investigación

Hagamos notar la dualidad de los impulsos, hábitos, placeres e intereses. Por una parte aparecen como elementos del comportamiento de atracción-rechazo previo a la crítica, en el

valorar desnudo, y son condición del proceso investigador, pero por otra sólo alcanzan verdadero sentido (sobre todo el placer y el interés) tras el filtro de la crítica.

Ya se dijo ^{'13'} que los goces, como los impulsos, son la condición necesaria, pero no suficiente, de la valoración, y que es precisamente la conflictividad de los goces lo que pone en marcha el proceso intelectual. En L suele Dewey llamar al goce una "condición operante" de la valoración. Esto significa que sin el visto bueno del entendimiento, es incompleto:

«Los goces que surgen de la conducta, dirigidos por la comprensión en sus relaciones, tienen un significado y una validez debido a la forma en que son experimentados. Tales goces no engendran arrepentimiento; no generan resaca o amargura. Aún en medio del goce directo, hay un sentido de validez, de autorización, que intensifica el goce» ^{'14'}.

Es ésta una tesis psicológica y ética que ya hemos etiquetado como "integración" de los hábitos en la personalidad: los placeres dirigidos por la razón que forman parte de una conducta orientada son más intensos que los casuales. Tesis a contracorriente de los actuales modos del sentido común, el cual atribuye menos intensidad a los placeres "autorizados" que a los "desautorizados". Se admitirá a Dewey que éstos engendran *aftertaste*, pero no que sean menos intensos. Más bien al contrario: puesto que aquéllos tienden a armonizarse con el medio social, que repudia los placeres

(intensos, pero peligrosos) de la agresividad o la sexualidad, resulta obvio el plus de placer que lo prohibido puede conferir al acto placentero ⁽¹⁵⁾. En Dewey, la previsión ayuda a los sentidos a gozar más del placer bueno, porque sabemos que va a durar y a extenderse, a saturar todas nuestras relaciones, en contraste con el placer malo, que es limitado y conflictivo. Pero hay más: en Dewey el placer no es exactamente aristotélico, como parece seguirse de lo anterior, sino que siempre se supedita a la actividad de ir en su busca, de suerte que inmediatamente después de alcanzarlo nos sentimos llamados por otros objetos, en la línea con la dimensión faústica de la "Actividad".

Ya en 1.891 el placer juega un papel muy restringido en la fijación de fines y, en un claro resabio puritano, se propone más bien que sea la actividad misma el fin para la acción:

«Es bastante cierto que el azúcar como un hecho externo no despierta el deseo, pero es igualmente cierto que el niño no quiere un placer pasivo. Lo que quiere es su propia actividad en la cual hace suyo el azúcar» ⁽¹⁶⁾.

A este respecto, utiliza la "paradoja del hedonismo" ⁽¹⁷⁾, según la cual para conseguir placer hemos de buscar algo distinto del placer. Para Dewey ese algo es la actividad misma.

Esperanza Guisán ⁽¹⁸⁾ critica a Dewey que piense el placer exclusivamente como "placer pasivo" y como "entidad

sustantiva"; si fuéramos capaces, afirma, de ver en el placer una entidad relacional que vincula a los seres humanos en vez de una entidad sustantiva y final, la actividad invertida en su consecución ya no será externa al placer, sino un ingrediente del mismo.

La concepción del placer como pasivo y sospechoso es dependiente del sustantivismo al que paradójicamente se hace acreedor Dewey. Lo cierto es que la idea del placer como guía y motor de nuestra conducta repele a Dewey, quien prefiere asignar el gozo como tal más bien al estadio inicial y desorganizado del deseo que al estadio del cumplimiento.

En cualquier caso, un estado psicológico "consumatorio" como es el del placer no tiene un verdadero sentido integrador sin antes pasar el tamiz de la crítica, es decir, de la actividad humana. Por lo tanto, todos los ingredientes comportamentales del valorar han de dar el paso de la integración si quieren devenir significativos. Esto implica dar el paso de la comparación, de la consideración de consecuencias, de la crítica y de la prueba: en suma, de la investigación del valor, sin la cual las diferentes condiciones de la valoración se quedan en mera conducta infrahumana.

NOTAS

- (1) Tal como aparece en TV, p. 19, y en un sentido heterogéneo a las "condiciones iniciales" de cualquier experimento científico ortodoxo.
- (2) TV, p. 20.
- (3) "Some Questions about Value", p. 451.
- (4) QC, O.C. / LW 4: 179-80, donde aparecen como un modo de respuesta a la situación problemática; sin embargo, también claramente se contradice aquí con otras afirmaciones que apuntan a que el problema convierte el querer (*wishing*) en desear (*desiring*); y puesto que el deseo pertenece por definición a la fase volitiva, el querer inmediato y emocional ha de preservarse para la primera fase previa a la duda problemática, tal y como hacemos en este punto.
- (5) Expuestos en "Some Questions about Value", p. 451.
- (6) *idem*, p. 450.
- (7) TV, p. 5.
- (8) EN, O.C. / LW 1: 297. No es posible coincidir con Becker, quien en la p. 60 de su On Justifying Moral Judgments afirma que en Dewey el valor es exclusivamente fruto del *appraisal*.
- (9) TV, p. 5. La experiencia inmediata y cualitativa del valor extraña a primera vista en un pensador que insiste en el papel de la inteligencia en las valoraciones. Marvin Fox, por ejemplo, en la p. 128 de "Discussion on the Diversity of Methods in Dewey's Ethical Theory", afirma que esa experiencia ha de entrar en las consideraciones del juicio de valor. Veremos más adelante que el valor es cualitativo al principio y al final del proceso investigativo, pero no entra como elemento de deliberación en el juicio.
- (10) EN, O.C. / LW 1: 28.
- (11) "Some Questions about Value", p. 450.
- (12) TV, p. 54.
- (13) En el apartado 1) de I.2. LOS TEXTOS DE LA CONTROVERSIA.
- (14) QC, O.C. / LW 4: 213.
- (15) Vid., p. ej., Bataille, G., El erotismo, pp. 122. El autor defiende la idea de arrojarnos grandes riesgos sólo si el placer que buscamos viene sazonado por el interdicto o prohibición; en caso contrario, el placer pierde valor precisamente por ser asequible. Diríamos, por una saturación de la oferta.
- (16) O, p. 20.
- (17) *idem*, p. 25.
- (18) Guisan, E., La falacia naturalista y el empirismo ético, p. 488.

IV.4. LA SITUACION PROBLEMÁTICA.

La situación problemática en el proceso de valoración equivale a la de cualquier investigación, y el ejemplo del caminante que de pronto interrumpe su marcha acuciado por un obstáculo inesperado vale también aquí.

La situación problemática en el "acto" valorativo surge cuando un objeto querido se nos resiste o cuando diferentes objetos apreciados o queridos entran en conflicto. En el momento en que se produce el problema, que puede ser cuando se bloquea un impulso '1' o un bien se torna dificultoso, se produce la imperiosa necesidad de tasar comparativamente (to appraise) los bienes o valores en liza. La tasación es ya una experiencia mediada por un juicio de valor, el cual facilita que una cosa sea juzgada. En consecuencia, uno tasa cuando -y sólo cuando- un valor u objeto apreciado se torna problemático.

IV.4.1 La hibridez de la situación problemática: inmediatez y mediación

Por una parte, el conflicto producido entre diferentes deseos, placeres o fines, asume la cualidad inmediata de la situación indeterminada, y por otra, la inquietud que produce en el curso habitual de la acción -y que da lugar al deseo- sólo puede ser solventada con la mediación intelectual.

En cuanto a la primera parte, la incomparabilidad que procede de la inmediatez con que se nos da el valor y de la unicidad de toda situación, resurge cuando tenemos que elegir entre valores dados; ni siquiera entonces se da propiamente una "comparación" entre valores, y sí solamente una comparación en la adecuación de los mismos a la situación específica:

«(...) un bien particular no es ya un bien en sí mismo, un bien intrínseco. Pues si lo fuera, sus pretensiones serían incomparables, imperativas. El problema es ahora referente a su status como un medio para realizar algo, que es entonces lo invaluable de esa situación» ⁽²⁾.

Y pone como ejemplo un hombre a quien, en términos generales, le gusta comer y oír música. A la hora de la sobremesa, afirma Dewey, esa persona preferirá oír música a seguir comiendo. Por mucho que conozcamos a personas que desafiarían esta confiada previsión deweyana, el énfasis en el ejercicio contextual de nuestras preferencias axiológicas parece razonable, mostrando a la vez la renuencia de Dewey a formular una jerarquía apriorística de bienes o de valores al modo de las tablas axiológicas de Scheler o de la estimativa de Ortega, con la consecuencia implícita de que es la elección que hagamos del bien en cada momento lo que cualifica ese bien (temporalmente) como mayor o menor que otro.

En cuanto a la segunda parte, en la cualidad intrínseca del problema está ya la restauración de la actividad en marcha, en

el mismo sentido de actividad orgánica que en otra investigación cualquiera. El problema da lugar a la fase volitiva, y lo que fue un mero querer o apreciar se constituye ahora en deseo, el cual ya anuncia una dirección en la búsqueda de soluciones, una orientación para la fase intelectual.

La inmediatez cualitativa está vinculada a la percepción individual de una situación en que aparece el bien o el valor, pero merced a la continuidad de la experiencia, todas las cosas aparecen interactuando, y se proyecta un mundo de relaciones en planos temporales diferentes, relaciones que no están presentes en la mera percepción de objetos gratos, sino sólo en la mediación intelectual. En el problema reside la conciencia de un desequilibrio; en el deseo la posibilidad de una integración de los elementos en conflicto.

IV.4.2 El bien problemático y la precariedad natural

La posición intermedia del problema significa que el pensamiento sólo aparece en virtud de la inestabilidad de los valores, de la precariedad como rasgo metafísico de la actividad humana. El mundo es precario y difícil: de esa cualidad obstaculizadora del mundo surgen escalonadamente el deseo y la inteligencia del organismo como superando (por medio del concepto-marco de acción) esa misma precariedad.

Ya sabemos que Dewey responsabiliza a la dicotomía metafísica entre necesidad y contingencia -pasada por el tamiz de la filosofía natural newtoniana- de que consideremos las existencias como completamente determinadas, y alojemos la duda y la incertidumbre en el seno del sujeto individual. Pero la transición metafísica mediante la experiencia primaria nos ha dado la extensividad de la precariedad misma. Así, lo problemático de un goce o un bien no es algo incidental, que puede ocurrir en la misma medida en que puede no ocurrir, sino que es intrínseco a los bienes y los goces mismos. Sólo desde un sentimentalismo edénico puede pensarse en la prolongación de un estado no problemático en las actividades del valorar:

«La posesión y el goce de los bienes pasa insensible e inevitablemente a la tasación. La primera e inmadura experiencia se contenta simplemente con gozar. Pero un breve curso de experiencia fuerza a la reflexión; precisa poco tiempo para enseñarnos que ciertas cosas dulces en su posesión son amargas en su regusto y en aquello a lo que conducen. La primitiva inocencia no dura. El disfrute deja de ser un dato y deviene un problema» ⁽²⁾.

La experiencia "nos fuerza a la reflexión". La perentoriedad de la acción y la perentoriedad de la reflexión devienen en el hombre, merced a la continuidad entre experiencia natural y experiencia humana, indistinguibles.

La radical inestabilidad e incompletitud de los bienes, la precariedad de los mismos, se materializa en la situación

problemática, y nos fuerza (insisto en el verbo) a la acción, que en el hombre es eminentemente reflexiva.

IV.4.3 El estado de duda

Un estado de duda producido por el bloqueo de los impulsos es un estado provisional. La duda es un estado de agitación desagradable y, como sucede en Peirce ⁴, lo mejor que se puede hacer con ella es disolverla. La duda metódica cartesiana, que forja la quimera de un estado intelectual virginal sin supuestos ni expectativas de ningún tipo, y la duda existencial, asentada en el sujeto como un virus, son en Peirce y en Dewey, por caminos diferentes, variedades morbosas de la misma esclerosis del método.

La convicción es en Peirce ⁵ el destino natural de la duda, y, muy significativamente para nuestro estudio, dice que la convicción que procede de la investigación «es una semicadencia que cierra una frase musical en la sinfonía de nuestra vida intelectual», metáfora musical que me atrevo a interpretar como sigue: nuestra vida en su conjunto es una sinfonía compuesta por frases musicales relativamente independientes, que son las investigaciones particulares o actos de investigación; la duda forma parte de cada una de estas frases como el conjunto de notas intermedias, las cuales sólo adquieren significado al desembocar en la nota dominante

de la semicadencia, que cierra la frase. La seriación interna, la clausura mediante la semicadencia (unificadora, diría Dewey) de la convicción, y la iteración externa de frases en la sinfonía intelectual de la vida vuelven a recordarnos la familiaridad pragmatista entre Peirce y Dewey y la importancia del "acto" investigativo de base biológica.

Es de gran importancia el problema de la duda en la fase problemática de la valoración, pues lo que quiere decir Dewey con «Estamos dubitativos porque la situación es inherentemente dudosa» 'ε' no se reduce a que la experiencia primaria es la que informa el estado del sujeto y no al contrario, sino también que no se puede convertir una cualidad de la fase problemática de la cual el organismo intenta librarse en un estado de ánimo (la duda por la duda, la duda como timbre de gloria filosófico). El empecinamiento en la duda funciona de hecho como un bloqueo de la investigación.

Aquí interviene el concepto-marco de "acción": si superamos un estado de duda, no es porque hayamos encontrado una certeza que nos garantice su resolución de una vez y para siempre, sino porque perentoriamente tenemos que actuar al respecto. Actuamos en la dirección que nos parece más fiable y luego esperamos a ver qué ocurre; la base biológica del acto impide la dilación y la pretensión intelectualista de infalibilidad. El organismo ha de proseguir indefectiblemente con la investigación: un hombre sediento que duda entre beber o no beber de una fuente pública

no puede prolongar el bloqueo del impulso producido con el argumento de que sospecha es insalubre; el propio impulso, que es un impulso vital, una de las condiciones "subjetivas" del problema, le "fuerza" a actuar en un sentido o en otro, y a reflexionar para encontrar una salida al bloqueo '7' mediante una decisión.

Los casos más refinados prolongan el estado de duda todo lo que haga falta, pero nunca abandonan su naturaleza instrumental. Que la duda exista en función del resultado del acto no significa, pues, que haya que desembarazarse atropelladamente de la vacilación: la diferencia entre las mentes disciplinadas y las mentes toscas 'e' radica en el cuidado y fruición con que se mantiene el estado de duda hasta hallar la respuesta más adecuada. Pero ésta es una gradación enmarcada en un proceso que ha de conducir a la creencia. Por ello, será perentorio actuar ante un problema moral haciendo uso de nuestras mejores armas: las del pensamiento.



NOTAS

- (1) El "blocking of an impulse" jamesiano también aparece como fase del acto en Mead y en Peirce.
- (2) DE, p. 239.
- (3) EN, O.C. / LW 1: 298.
- (4) Peirce parte para el análisis de la duda de la práctica de la investigación científica, Dewey del acto orgánico.
- (5) Peirce, Ch. S., "How to make our ideas clear", en Collected Papers, 5: 397, p. 255 ed. cit.
- (6) L, O.C. / LW 12: 109.
- (7) Quizás he dejado de lado una opción posible ante el problema, el deseo y la duda, como es la opción de las técnicas interiores: la ataraxia y el autogobierno de la mente, la negación de que las penalidades ejerzan poder sobre el yo individual y el adiestramiento estoico del *Abstine et sustine*; sin embargo, en Dewey se asocia linealmente este complejo de actitudes al deficiente estado de la técnica y de la ciencia en solventar los problemas mediante la inteligencia práctica; puede parecer simplista, y a nuestro juicio ciertamente lo es, pero en Dewey las técnicas de consolación interior y de cambio de actitudes ante un problema de hecho, son una especie interiorizada del rito y del culto que proceden de la falta de medios para dominar las condiciones externas. Su significado, subsumido en el "arte de la aceptación", es meramente histórico. Vid. QC, O.C. / LW 4: 178.
- (8) QC, O.C. / LW 4: 182.

IV.5 PERENTORIEDAD DEL JUICIO PRACTICO

Ni permanecemos pasivos de hecho ni podemos permanecer pasivos ante las amenazas de la situación problemática, sino que es la actividad (inteligente en el caso del hombre) la única disposición que nos permite controlar y dominar el medio: de ahí la proyección sobre el futuro de los bienes presentes en un ensayo mental; de ahí el juicio práctico.

IV.5.1 Situación de la perentoriedad en el acto valorativo

Como vimos en el capítulo anterior, la problematicidad resuelve los impulsos en deseos. El 'deseo' es la actitud comportamental que surge cuando los actos de apreciar son temporalmente bloqueados o frustrados. El deseo en Dewey se define funcionalmente dentro del "acto", y la objeción de Aiken (1) en el sentido de que hay deseos sin previo bloqueo es a la vez verdadera y trivial, pues en Dewey los deseos son la expresión orgánica de que algo va mal y a la vez, de que es necesario mejorarlo.

Una vez asumida la existencia de situaciones problemáticas en que entran en liza objetos de aprecio, se debe admitir no sólo la necesidad de que el agente investigue, sino también la de que forme juicios de valor:

«Actualmente, no solamente carecemos de medios seguros para formar el carácter excepto los toscos recursos de la censura, el elogio, la exhortación y el castigo, sino que el auténtico significado de las

nociones generales de la investigación moral es asunto de duda y disputa. La razón es que estas nociones son discutidas en aislamiento de los hechos concretos de las interacciones entre los seres humanos -una abstracción tan fatal como lo fue la vieja disución del flogisto, la gravedad y la fuerza vital aparte de correlaciones concretas entre acontecimientos cambiantes» ⁽²⁾.

La perentoriedad es la exigencia que la situación impone sobre el agente en el sentido de que debe elegir en la mejor manera posible y con los medios más eficaces; esto es, en el caso de la conducta humana, mediante la inteligencia. Como resume Gouinlock, "La situación demanda una elección" ⁽³⁾.

Si bien la perentoriedad no es una fase temporalmente extensa en el proceso de la investigación moral, sí es un concepto clave que explica buena parte de las confusiones de las críticas a Dewey. La perentoriedad es el nexo de unión entre la metafísica de la experiencia, el concepto de "acción" y la peculiaridad del juicio práctico deweyano, que no es posterior al hecho, sino que «se ocupa de estimar valores no existentes y de traerlos a la existencia» ⁽⁴⁾.

IV.5.2 Necesidad de los juicios prácticos.

IV.5.2.1 La acción moral

La acción aplicada a la moral unifica los reinos correlativos del ser y el deber ser. Cuando "algo es el asunto", cuando, por ejemplo, un niño de corta edad va a

cruzar solo una calle peligrosa, sentimos que hay que hacer algo. Podemos dejar que la cruce, y al hacerlo estamos actuando (sólo que en forma inhibida, o negativa; estamos interviniendo al no modificar las condiciones en las que nosotros somos factores). También podemos aconsejarle que no cruce o podemos ayudarle a cruzar; podemos escoger otras alternativas. En cualquier caso, "hay que hacer" algo. Y en eso que hay que hacer consiste, en principio, el deber de la acción. En sus escritos de juventud está escrito con una radicalidad no superada:

«(...) (primero) el "deber ser" siempre surge de y vuelve al "es", y (segundo) el "deber ser" es en sí mismo un "es", el "es de la acción» '5'.

Dewey pone el ejemplo de una huelga de autobuses. La cuestión estriba en si un conductor dado habría de (*should*), es decir, debería (*ought to*) sumarse a la huelga.

El conductor piensa entonces en su sueldo, en los compañeros, en sus jefes, en los sindicatos, en su familia, en la situación de la empresa, e imagina sus consecuencias.

El conjunto de condiciones y factores constituyen el "es" del problema. Lo que deba hacer procede de y revierte en esas demandas de hecho, no en reglas abstractas; debe hacer referencia a la situación concreta al comportarse justamente, no a un ideal abstracto de justicia.

El deber no tiene significado fuera de la acción, y no se añade al análisis de la acción, sino que surge de ella:

«la diferencia entre decir "este es un acto que hay que hacer (*to be done*), este acto hará frente a la situación (*will meet the situation*)", y decir "El acto *debe* (*ought*) ser hecho" es meramente verbal»

<6>.

Es de enorme importancia comprender que de la estructura misma de la acción en su modalidad de acción moral surge la analogía entre "tener que hacer" y "deber hacer", que ocupa el centro de la controversia valorado / valorable.

La superación de teoría y práctica -el dualismo ético por excelencia- conduce en Dewey a emparentar en la gramática profunda el perentorio tener que hacer algo con el deber hacerlo tras el examen inteligente de los factores.

IV.5.2.2. El artesano frente al espectador

De la consideración activa de los problemas morales se sigue la hegemonía del punto de vista del agente ("el hombre como artesano") frente a la teoría del espectador, que toma el punto de vista pasivo del asistente a un espectáculo '7'.

Cuando el individuo se ha enfrentado a un problema moral, ha llevado a cabo una deliberación sopesando pros y contras y ha emitido un juicio práctico, ha hecho uso de unos cálculos y evaluaciones que puede justificar. Ha respondido a la pregunta "¿Qué hacer?" con el curso de acción que ha juzgado más adecuado, no a "¿Qué significa "bueno" o "correcto"? Decir que intenta convencer a los

demás o expresar sus sentimientos es malentender el proceso primario de valoración, el proceso no-pragmático de resolución de un problema que tiene el agente con la materia de su deliberación. Las críticas y réplicas a esta defensa de la ética sustantiva partiendo de la perentoriedad de los juicios prácticos, de la necesidad que tiene el agente de aplicar su inteligencia a los asuntos morales, se abordarán en V.3. Allí concluiremos que el punto de vista del agente es el punto clave para que el juicio de valor resultante de un proceso valorativo no sea un sinsentido.

Desde la perspectiva del agente que tiene que actuar, no se busca otra cosa que la resolución más adecuada del problema, y no es necesaria ninguna implicación lógica para que los argumentos de orden descriptivo y fáctico sean considerados suficientes en orden a una decisión expresada en términos valorativos 'e'. El punto de vista del agente que ha de tomar necesariamente una decisión entre las posibles mediante el uso de su inteligencia arroja un rayo de luz sobre el oscuro maremágnun de la controversia.

NOTAS

- (1) Aicken, "Reflections on Dewey's Questions about Value", Value: A Cooperative Inquiry, p. 17.
- (2) HNC, O.C. / MW 14: 222.
- (3) Gouinlock, John Dewey's Philosophy of Value, p. 129.
- (4) "Valuation and Experimental Knowledge", O.C. / MW 13: 10.
- (5) "Moral Theory and Practice", O.C. / EW 3: 105.
- (6) idem, p. 109.
- (7) Remitimos al capítulo "acción", que analiza un concepto del cual la perentoriedad moral es corolario.
- (8) Vid. un punto de vista semejante en un autor actual: Hampshire, Stuart, p. 473 de "Fallacies in Moral Philosophy", donde recuerda que no todo argumento es deductivo, y que éste no es el único apoyo posible de un juicio.

IV.6 LA VALORACIÓN

La valoración (*valuation*) consiste en examinar, comparar y criticar los objetos del valorar (*valuing*). En su juventud, Dewey consideró la diferencia entre la valoración y el valorar como de naturaleza, y ya en la madurez, como de grado. En 1.944 '1' toma una postura definitiva: si en el valorar se reconocen las propiedades de la cosa valorada, entonces la diferencia entre el valorar (*valuing*) inmediato y el tasar mediado por la valoración (*appraising*) es de énfasis y de grado. En ese caso *ap-praising* significa sistematizar y desarrollar. Pero «si el *valuing* es totalmente a-racional, si no hay nada "objetivo" como fundamento, entonces se da una completa separación» '2'.

IV.6.1. Naturaleza mediadora de la inteligencia.

La valoración representa la mediación intelectual:

«La valoración tiene lugar sólo (...) cuando hay un problema que solucionar (...) algún conflicto de tendencias que resolver mediante el cambio de las condiciones existentes. Este hecho prueba que está presente un factor intelectual -de investigación- allí donde se da la valoración (...)» '3'.

Morris Eames acusa a Dewey de no especificar cuándo se produce la mediación '4' y cita «Tras la primera experiencia muda,

informe, de una cosa como buena, la percepción subsecuente del bien contiene al menos un germen de reflexión crítica» ⁽⁶⁾. A mi juicio, la mediación, si bien sólo adquiere importancia práctica con la llegada del conflicto, ya se produce antes, como puede colegirse del siguiente pasaje:

«Valorar (*to value*) significa primariamente apreciar, estimar (*to esteem*); pero secundariamente significa tasar (*appraise*), calcular (*to estimate*). Significa el acto de proteger algo, de quererlo, y también el acto de enjuiciar la naturaleza y el monto de su valor en tanto comparado con otra cosa» ⁽⁶⁾.

Es igualmente importante para nuestra interpretación el siguiente texto, en el cual se hace depender la mediación intelectual del sentido anticipatorio del cuidar-de, con independencia de que ya tengamos motivos específicos para preocuparnos por el objeto de nuestro cuidado:

«La discusión comienza con el hecho de que el cuidar y proteger, como el valorar *de facto*, tienen lo que en lenguaje psicológico se llama un aspecto motor. La observación del hecho de que las selecciones-rechazos animales están frecuentemente acompañadas por rabia, miedo, emoción (...) muestra que también tienen un aspecto emotivo. La cuestión de si también tienen un aspecto "intelectual" determina la respuesta a la cuestión de si constituyen dos tipos separados de eventos. La hipótesis presentada responde a esta cuestión en el sentido de la primera de estas alternativas. La anticipación, la previsión del resultado de un cuidar-de como fundamento para un cuidar-de comportamental, suministra el eslabón de la conexión intrínseca» ⁽⁷⁾.

De esta manera, el aspecto psicológico motor del valorar se traslada en cierto modo al objeto de la valoración. Esto es de gran importancia para la concepción activa de los valores morales en Dewey. Cuando nos ponemos a evaluar, ya estamos implicados afectivamente en los valores. Nada más artificial entonces que la pregunta ¿por que habría de actuar moralmente?, que parece pedir un "resorte", una instancia teórica que nos proporcione el impulso para actuar en conciencia.

En líneas generales, sin embargo, y atendiendo a la existencia de situaciones problemáticas, el valorar en sentido de apreciar significa el "acto" de querer y apreciar algo, mientras que en el sentido de tasar denota la existencia de un juicio comparativo, es decir, de relación inteligente, la cual sólo surge en el transcurso del acto evaluativo.

Dewey sostuvo que la transición podía ser "insensible" o "de énfasis" porque la inteligencia se ocupa de e-valorar, como sinónimo de tasar (*appraising*), los primigenios objetos de cuidado, del valorar (*valuing*) primigenio. Pero no olvidemos que las operaciones de definir o investigar en los antecedentes y las consecuencias representan simplemente la aplicación de la inteligencia a aquello que se ha valorado, y resultan asimismo las únicas capaces de transformar un bien inmediato en un bien especioso o en un bien genuino.

IV.6.2 Primariedad del impulso, derivatividad de la inteligencia

Como ya dijimos en IV.3, el impulso y el deseo, canalizados por los hábitos, se encarnan en el cuidado y en general, en el valorar, proteger, estimar, etc., todos ellos modos irreflexivos de actividad que dan sentido a la elección, a modo de humus en el cual crecen y de la cual se nutren los valores.

En cuanto a la inteligencia, en Dewey es secundaria respecto al impulso, pero su labor, más que la de obediencia al impulso, es la de su transformación en planes viables de acción. Es un lugar común de la ética deweyana que la inteligencia convierte los deseos en planes. Digamos, interpretando a Dewey, que si bien es cierto que las manifestaciones de aprobación-desaprobación primarias forman la realidad insoslayable de la vida moral, a menos que se moderen por la inteligencia, están sujetas a los enmascaramientos y "racionalizaciones" denunciadas por Ayer ^(*) y los emotivistas.

La dicotomía entre impulso e inteligencia conduce a las conocidas aberraciones de una ética romántica meramente volitiva, que tacha a la inteligencia de falsaria, y de una ética ilustrada meramente racional que desprecia la emoción y la pasión. Esta ética sólo puede superarse mediante la asignación de un lugar funcional a cada uno de los términos, de manera que operen juntos en una estructura dinámica común:

«El impulso es primario y la inteligencia es secundaria y en cierto sentido derivativa. No se debe titubear sobre este hecho. Pero el reconocimiento de esto como un hecho exalta la inteligencia. Pues el pensamiento no es el esclavo del impulso para cumplir con sus mandatos. El impulso desconoce lo que hay después; no puede dar órdenes, aunque quiera. Se arroja ciegamente a cualquier apertura que encuentre. (...) Una salida es como otra. Es indiscriminado (...) Lo que hace la inteligencia al servicio del impulso es actuar no como un servidor obediente, sino como su clarificador y liberador. Y esto sólo se puede conseguir por un estudio de las condiciones y causas, del funcionamiento y consecuencias de las más grande variedad posible de deseos y combinaciones de deseos. La inteligencia convierte el deseo en planes (...)» '9'.

A pesar de que la función de la inteligencia se limite al análisis, comparación y refinamiento de los impulsos previos, y que esta limitación pudiera parecer que reproduce una forma de voluntarismo, ya hemos indicado que el modelo orgánico impide que ninguno de los dos términos, que representan dos funciones mutuamente ensambladas, pueda "rodar" por su cuenta. Si bien es cierto que en Dewey la inteligencia sólo puede pensar (en un proceso real de resolución de problemas) bajo la energía de los impulsos previos, éstos no pueden desenvolverse adecuadamente sin la colaboración de la inteligencia. Se concibe como una tragedia intelectual la separación de emoción e inteligencia, y la asignación del papel de la calidez a la primera y de frialdad a la segunda; como veremos en la siguiente cita, Dewey propone la figura de la inteligencia apasionada: una dilección confiada por ciertos valores para los cuales no tenemos

fundamentos empíricos, pero que se presentan a la inteligencia como dignos de generar un *pathos*, una fe en ellos. La fe en el crecimiento (en sus dos formas de desarrollo individual y de progreso social), la fe en la democracia (en una forma ideal de democracia que hay que construir más que conservar) y la fe en la inteligencia, serían las tres formas en que los aspectos volitivos y afectivos de la mente condicionan el desarrollo de la personalidad, los tres valores que proceden de la fuente emocional y volitiva. Veamos un ejemplo de la segunda forma:

«(...) no hay oposición entre ella [la inteligencial] y la emoción. Existe la inteligencia apasionada (...) Uno de los pocos experimentos que la humanidad no ha probado en la vinculación de la emoción a los fines es el de la devoción -tan intensa como para ser religiosa- a la inteligencia como fuerza de acción social. (...) El decir que las emociones que no están unidas a la inteligencia son ciegas es una tautología. La emoción intensa puede expresarse en acción que destruya las instituciones. Pero la única garantía del nacimiento de las mejores [instituciones] está en el matrimonio de la emoción con la inteligencia» (10).

IV.6.3. Significado para la controversia valorado / valorable: la decisión inteligente como valor en sí

Desde el punto de vista de la valoración, lo único que tiene un *status* de criterio, por ser un valor instrumental, es la consideración crítica de los diversos bienes o, dicho de otra manera, la mediación intelectual:

«(...) puesto que la reflexión es la instrumentalidad de asegurar bienes más libres y duraderos, la reflexión es un bien intrínseco único» '11'.

Las elecciones impulsivas son literalmente ciegas, y su resultado depende del azar. Dewey utiliza con frecuencia el término "arranques" (*outbursts*) para significar peyorativamente la cualidad desorientada de las afecciones impulsivas y sentimentales, y frases como "las irrealidades de una vida puramente interior" para el subjetivismo de la conducta intuitiva o mística, que reclama una autoridad interior.

Si bien puede resultar poco alentadora la perspectiva de introducir las labores de análisis y comparación en ciertos problemas vitales (casarse o no casarse, por ejemplo), el hecho de que fuerzas inconscientes suelen jugar aquí el papel decisivo no parece arredrar a Dewey, para quien no es ningún "desenmascaramiento" que la razón se ocupa de racionalizar los impulsos. Efectivamente, así es en un sentido profundo, y no hay nada deshonroso en aplicar criterios inteligentes a los asuntos existenciales, pues al hacerlo actuamos conscientemente sobre los impulsos y los deseos, en vez de enfrentarnos a ellos o pretender que carecen de fuerza en nuestras deliberaciones.

Por otra parte, las decisiones que cuentan en nuestro autor son las decisiones de las que podemos aprender, aquellas en la que conscientemente nos proponemos un fin y que nos permiten crecer. Dewey olvida voluntariamente aquellas decisiones más

vinculadas a fuerzas infra o sobrehumanas, instintivas o sobrenaturales. Con ello aplica un énfasis selectivo sobre el tipo de acciones susceptibles de ser tratadas inteligentemente y que implican un crecimiento progresivo de nuestra pericia.

Sólo así se entiende que en "Philosophies of Freedom" ⁽¹²⁾ hable de deseos inteligentes, seleccionados de manera behaviorista; la disciplina y la observación conducirían a la promoción de ciertos deseos (modificados o no) convenientes y a la relegación de los inconvenientes. Ciertas consecuencias se siguen para el problema valorado / valorable. Según Dewey

«Toda persona, en el grado en que es capaz de aprender de la experiencia, distingue entre lo que es deseado y lo que es deseable (...) El contraste referido es simplemente el que se da entre el objeto de un deseo tal como se presenta (a causa de los mecanismos existentes de impulsos y hábitos) y el objeto de deseo que emerge como una revisión del impulso en su primera aparición, después de que es críticamente juzgado (...) Lo "deseable como distinto de lo "deseado" (...) apunta a la diferencia entre la operación y consecuencias de impulsos inexaminados y aquellos de deseos e intereses que son producto de la investigación de las condiciones y consecuencias» ⁽¹³⁾.

Subrayemos "impulsos inexaminados", porque ahí reside la máxima: lo "deseable" es "lo deseado" sometido a examen inteligente, de la misma forma que en la parte V lo "valorable" será lo "valorado" sometido a examen inteligente.

NOTAS

- (1) En "Some Questions about Value", que es una réplica a ciertas objeciones a su teoría del valor por parte de Raymond Geiger en "*Can We Choose between Values?*".
- (2) "Some Questions about Value", p. 453. Puede parecer una visión excesivamente cognitivista, y Prall la ha criticado en este sentido en "Value and Thought Process". También Bush, en la p. 96 de "Value and Causality", ha lanzado contra el instrumentalismo valorativo el cargo de que deja sin explicar el valor de, p. ej., un desfile infantil, el cual no responde problema alguno ni apunta a resolverlo en el futuro. Si bien es cierto que no hay valoración sin investigación, Dewey contempla la posibilidad de sentencias evaluativas que sean meramente la expresión de emociones. En el divertido ejemplo de Schneider, en "A Note on Dewey's *Theory of Valuation*", p. 493, difícilmente podría traducirse el "¡Buen pudding!" con que un comensal satisfecho recompensa a la señora de la casa, por "Señora, verifico su experimento". Lo que ocurre es que en la teoría deweyana tales preferencias son marginales.
- (3) TV p. 25.
- (4) Eames, S. Morris, "The Cognitive and the Non-cognitive in Dewey's Theory of Valuation", pp. 179-195.
- (5) EN, O.C. / LW 1: 300.
- (6) DE, p. 238.
- (7) "The Field of Value", p. 74.
- (8) Vid., p. ej., Ayer, A.J., quien en el capítulo "On the Analysis of Moral Judgments" de *Philosophical Essays*, pp. 240-246 califica a los términos morales de recomendaciones disfrazadas.
- (9) HNC, O.C. / MW 14: 175.
- (10) CF, O.C. / LW 9: 52-3.
- (11) EN, O.C. / LW 1: 303-4.
- (12) O.C. / LW 3: 107.
- (13) TV, pp. 31-32.

IV.7 Valoración y juicio práctico

La finalidad de la valoración es la formación de juicios prácticos. Un juicio práctico determina qué tipo de acción hay que tomar, y también se compromete en su realización.

Antes de elucidar los pasos que conducen a su establecimiento, descubramos su significado.

IV.7.1. El juicio práctico

Dewey ha mantenido acerca del juicio práctico dos versiones diferentes: una amplia, equivalente o asimilable al proceso de investigación, y otra estricta, equivalente al resultado de la investigación, y defectuosamente separado del juicio de valor o del juicio moral '1'. Esta última es la que nos interesa ahora.

En EEL, Dewey define los juicios prácticos como «proposiciones relativas a *agenda* -cosas que hacer o ser hechas (*to do or be done*), juicios de una situación que demanda acción» '2'. Y punto seguido da los ejemplos «M.N. debería hacer esto, sería mejor, más prudente, sabio, correcto, aconsejable, oportuno, adecuado, etc., actuar así y así» '3'.

El juicio práctico en sentido estricto -para el que Dewey reclama un nuevo status lógico- «implica una situación incompleta» '4', su tema radica en las cosas que hay que hacer (IV.8.2), su propia emisión condiciona el resultado

(IV.8.3), y por lo tanto afecta al tema en la medida en que ha de completar en el futuro esa situación '6', y finalmente «su verdad o falsedad se constituye por su resultado» '6'.

En cuanto a la primera característica, Daniel Sommer Robinson '7' critica la supuesta peculiaridad del juicio práctico y la pretensión deweyana de que sea considerada una nueva forma lógica, en base a que, en el ejemplo "él haría bien consultando a un médico", no hemos producido un juicio práctico, sino un simple juicio condicional o hipotético disfrazado. En realidad, su forma *profunda* sería: "Si se encuentra enfermo, haría bien consultando a un médico". Es una crítica de calado, porque cuestiona la novedad lógica de los propios juicios prácticos, en base a retrotraerlos al conocido esquema condicional, «el viejo amigo de los lógicos» '8'. Dewey redarguye que los juicios fácticos, cooperativos o generales (aquí, "estar enfermo", "los médicos suelen curar ciertas enfermedades")

«no determinan adecuadamente un juicio de valoración concluyente, es decir, no determinan la bondad o utilidad de lo que estamos buscando. Simplemente suministran un material. Pero el objeto característico de un juicio de valoración es lo que el material o los medios significan, un "agrado" (*liking*) o interés todavía en formación» '9'.

donde hay que señalar ese valor que está en formación y aún no determinado, en el cual el agente se implica, en vez de automarginarse del problema mediante un condicional cuyo antecedente corre por cuenta del enfermo.

Sin entender que la acción de ir al médico está determinada en parte por el juicio, y que su resultado va a determinar, no sólo su valor ulterior, sino también un mayor conocimiento futuro del problema, seguiremos pensando, parece decir Dewey, que un juicio práctico es una sarta de juicios fácticos disfrazada.

Vayamos ahora con las otras características.

IV.7.2 Los agenda

El de "acción" es el concepto clave según el cual, sin la intervención humana a instancias concretas del medio (las *agenda* o cosas que reclaman ser intervenidas) resultan incomprensibles el conocimiento y la moral:

«La diferencia entre una conciencia práctica y una teórica es que la primera es conciencia *de algo que hay que hacer* (*something to be done*)» '10'.

Cuando abordemos la importancia del juicio práctico en la provocación de un hecho, volveremos la mirada hacia este concepto de acción, que resume la transición epistemológica.

El juicio práctico, el juicio de valor y el juicio moral serán formas intelectualizadas de acción. Esto significa que representan una materialización de la necesidad de empujar, de ayudar al cambio de las condiciones existentes. Puesto que el mundo está lleno de cosas que hay que hacer,

«existen proposiciones relativas a las cosas agenda es decir a las cosas que hay que hacer, juicios sobre una situación que exige acción» ⁽¹¹⁾.

Contra lo que reacciona Dewey al insistir en que vivimos en un mundo de cosas que han de ser hechas es contra el parámetro del moralista moderno, el cual parte de la separación entre conocer y hacer, siguiendo el punto de vista del espectador, y a veces, como cierta filosofía analítica, ni siquiera ese punto de vista, sino más bien con el de un receptor del mensaje que, situado cómodamente en un estrado imaginario, se ocupa de preguntar por qué tendría él o cualquier otro que actuar en una dirección determinada, sin dar razones para actuar de otra manera, o también por qué tendría que actuar en absoluto: en suma, como si no estuviera implicado en los procesos vitales debatidos. Así, en Nowell-Smith ⁽¹²⁾, "Haz esto y esto" es el mensaje de las proposiciones de las ciencias prácticas, y tal mensaje carece de la más mínima relación con lo que es el caso.

El punto de vista del espectador implica desinterarse por el contenido que pongamos en lugar de las variables "esto y esto", pues la forma misma "de orden o consejo" ⁽¹³⁾ de las proposiciones prácticas desautoriza intelectualmente al emisor, al que siempre se le puede contestar con la cuestión de principio ¿por qué hacer algo?.

La frase «La acción es el medio por el cual una situación problemática se resuelve» ⁽¹⁴⁾ podría interpretarse como una crítica de Dewey a esta contemplación

desde la atalaya, y un análisis de su contenido nos ofrecería los siguientes elementos:

- 1) No tenemos más remedio que actuar ante los retos del medio.
- 2) No tenemos más remedio que hacerlo en la forma más conveniente: en el hombre, mediante la inteligencia.
- 3) Sólo mediante la intervención activa surgen fines y valores que han de orientar lo que no puede dejar de ser dirigido sin falsear su propio nombre: la conducta. Y dirigirla creativamente, no mediante la contemplación o aseveración de fines últimos o estados previos, ambos tomados de manera idealista, como cosas moldeadas previamente. Si el conductor decide seguir la huelga como una consecuencia del estado de la cuestión, no precisa de ninguna conciencia suplementaria de que "debe" seguirla para efectivamente hacerlo.

La perentoriedad reside en ese "algo que hay que hacer", de contenido indeterminado, que para Dewey coincide con la conciencia del deber, y se concretará después de la investigación pertinente en "hay que hacer esto", fórmula que conduce al "debo hacer esto", como ya incidamos en el subparágrafo anterior.

Para Dewey, se precisa dar cuenta en el plano de la lógica de los juicios de aquellas situaciones conflictivas en que es preciso actuar, en las cuales nos es obligado alcanzar un juicio práctico, un juicio acerca de qué debe ser hecho, para pasar en el siguiente paso lógico a hacerlo.

En ese trayecto que unifica el ser y el deber ser, el juicio práctico contempla el cumplimiento e integración futura de una situación actualmente incompleta.

IV.7.3 El juicio práctico como factor de cambio

«Su tema [el del juicio práctico] implica que la proposición es, ella misma, un factor en el cumplimiento [completion] de la situación, conduciéndola a su conclusión» (15).

El juicio como factor de cambio significa que el agente que emite el juicio y el agente que actúa en la dirección del juicio emitido son el mismo. Está hablando de su propia acción, y la acción determina el juicio expresado en la proposición. Esa reciprocidad tendrá extraordinarias consecuencias en la controversia valorado / valorable, sobre todo en la crítica stevensoniana. Dice Dewey de las proposiciones de valor del tipo distintivo (equivalentes aquí al juicio práctico)

«Además, mientras están lógicamente condicionadas por predicciones de hechos, son más que simples predicciones, pues las cosas en cuestión son tales que no tendrán lugar, bajo las circunstancias dadas, excepto a través de la intervención de algún acto personal» (16).

Este es el status peculiar del juicio práctico: no sólo se trata de una valoración, sino, en cierto modo, de una acción; de una suerte de emisión realizativa, por hablar en

términos extemporáneos a Dewey. El secreto está en que la valoración no sólo juzga el valor, sino que lo constituye en una acción de amplias consecuencias prácticas ^{'17'}.

El juicio práctico conecta con las fases del acto y con la perentoriedad, la cual se expresa aquí en la necesidad de afrontar una situación indeterminada con una combinación de teoría y acción, donde el pensamiento («el pensamiento es algo que hacemos») es acción.

La elección es, en sí misma, un agente de cambio. Al elegir un curso de conducta mediante el juicio "lo mejor sería ir al médico", se produce un compromiso por parte del agente con su actividad futura, y se hace un pronóstico de que de esa actividad se seguirán ciertas consecuencias. El compromiso consiste, no en valorar las cosas en una intemporalidad abstracta, sino de conducirse con ellas en el futuro en un sentido determinado. Dewey pregunta si

«el objeto de los juicios prácticos no implica una indeterminación objetiva tal que el juicio es en sí mismo un factor en su determinación» ^{'18'}.

pregunta a la que, por supuesto, contestará afirmativamente.

La practicidad del juicio práctico reposa en que el objeto del que trata es el de algo que hay que hacer en el tiempo futuro, un objeto indeterminado en cuya realización la formulación del juicio práctico es un factor.

NOTAS

- (1) No siempre resulta fácil discernir acerca de cuál de ellas está hablando. Vid. cargo de ambigüedad en Holmes, R.L., "The Development of John Dewey's Ethical Thought", p. 394.
- (2) EEL, O.C. / MW 8: 14.
- (3) *Ibidem*.
- (4) *idem*, p. 15
- (5) *idem*, p. 17.
- (6) *idem*, p. 21.
- (7) O.C. / MW 10: 428.
- (8) Robinson, D.S., "An Alleged New Discovery in Logic", O.C. / MW 10: 428.
- (9) "Valuation and experimental knowledge", O.C. / MW 13: 16-17.
- (10) "Moral Theory and Practice", O.C. / EW 3: 108.
- (11) "The Logic of Judgments of Practice", *The Journal of Philosophy*, XII (1.915), p. 505.
- (12) Nowell Smith, *Ethics*, p. 11.
- (13) *Ibidem*.
- (14) QC, O.C. / LW 4: 195.
- (15) O.C. / MW 8: 16. Para Robinson, juiciosamente (vid. "An Alleged New Discovery in Logic", O.C. / MW 10: 420), esta característica de factor revela el sentido "subjetivo" del juicio práctico deweyano, lo que contrasta con el sentido objetivo de "proceso investigativo como tal" que tiene en otros lugares.
- (16) TV, p. 52.
- (17) Lo constituye, no lógica ni trascendentalmente, sino psicológica y empíricamente. A este respecto, vid. Perry, R.B., "Dewey and Urban on Value Judgments", pp. 169-70.
- (18) Dewey, J., "Concerning novelties in Logic: A Reply to Mr. Robinson", O.C. / MW 10: 99.

IV.8 LAS CONDICIONES

Dewey sitúa en el contexto de la situación indeterminada el conjunto de condiciones biológicas, fisiológicas, psicológicas y sociales que representan las condiciones "objetivas" y determinables de la investigación empírica, sea teórica o valorativa.

Sin embargo, desde el punto de vista de la pauta investigativa, las condiciones sólo se tienen en cuenta cuando la inteligencia ya ha comenzado sus labores de observación, identificación y análisis:

«Al analizar la conducta, es tan importante considerar la situación como el agente. En tanto la conducta procede de un agente, el agente mismo actúa con referencia a las condiciones tal como se presentan» ⁽¹⁾.

En el mismo estudio afirmará que las tres formas en que las condiciones constituyen la situación son: a través de la educación, a través de las demandas sociales, y por la necesidad de tener en cuenta las fuerzas ambientales; lo cual sugiere que las condiciones son ambientales o externas al sujeto.

A pesar de que las condiciones "subjetivas" estudiadas en IV.3 también aparecen como tales condiciones, como cuando Dewey habla de «Las condiciones biológicas que preceden a una situación no resuelta...», ⁽²⁾ o del comportamiento de atracción-rechazo o atracción-aversión ⁽³⁾, optamos por la

solución incluyente: entenderemos a partir de ahora que, cuando se realiza una elección, cuentan las condiciones ambientales, que se expresan en elecciones previas y en costumbres sociales, así como también lo hacen todo tipo de impulsos y hábitos individuales, de base biológica y psicológica.

CITAS

- (1) Sy, O.C. / EW 4: 229.
- (2) L, O.C. / LW 12: 110.
- (3) Para la importancia de las actividades orgánicas en la constitución de condiciones de valoración en Dewey, vid. las pp. 186-7 de Eames, Morris S., "Dewey's Theory of Valuation".

IV.9. LAS CONSECUENCIAS.

La relevancia teórica de las consecuencias en el proceso investigador deweyano es, no sólo moral, sino también gnoseológica, en línea con los orígenes de la escuela pragmatista: esa relevancia ya preside la famosa definición peirceana de "significado de una concepción" como la consideración de los efectos que presumiblemente tiene esa concepción en la práctica. Los efectos que en el Peirce de "How to make our ideas clear" ⁽¹⁾ agotan los criterios de significado lógico y semántico de una proposición, se transforman en Dewey en las consecuencias experienciales que agotan el significado de una regla o línea de conducta:

«(...) el término "pragmático" significa solamente la regla de referir todo pensamiento y toda consideración reflexiva a las consecuencias para su significado y prueba finales» ⁽²⁾.

El instrumentalismo moral («lo correcto es un medio para lograr lo bueno», en palabras de Dewey) se basa en un instrumentalismo epistémico, según el cual pensamos con el fin de afrontar los retos de la experiencia. En la línea del pensamiento como acción, parece claro que cuando más urgente es la toma de una decisión, más importan las consecuencias y menos las causas. Si esta máxima vale para todo pensamiento, vale *a fortiori* para el pensamiento práctico. Respecto a las consecuencias en el plano axiológico, hay que tratar dos

aspectos diferentes: las consecuencias como criterio de valoración, y como prueba de la valoración. Este capítulo se ocupará del primero exclusivamente, y dejaremos el segundo para el capítulo dedicado a la prueba.

IV.9.1. Las consecuencias como criterio.

La entronización criterial de las consecuencias supone la crítica de II.12.2.3 a los *bellos ideales* y a la utopía, así como a los principios como criterio de valoración.

Las consecuencias previstas (que en Dewey coinciden con los fines) son un elemento inexcusable de la deliberación, así como lo es el análisis de las condiciones del problema.

Antes de entrar en materia conviene despejar un prejuicio contra el instrumentalismo moral -y contra el pragmatismo en general- consistente en atribuir a las consecuencias por las que se guía el juicio moral un contenido material o cuantificable. Oigamos al propio Dewey:

«Ningún falso concepto de la lógica instrumental ha sido más persistente que la creencia de que convierte al conocimiento meramente en un medio para un fin práctico, o para la satisfacción de necesidades prácticas -tomándose lo práctico como algunas utilidades restringidas de tipo material o de pan y mantequilla (...) Nada se dice acerca de la naturaleza de las consecuencias: pueden ser estéticas, o morales, o políticas, o religiosas -o de cualquier otro tipo que se desee» (3).

Afirmación tautológica y a la vez pertinente: una

consecuencia significa cualquier consecuencia, no cierto género de consecuencia.

IV.9.2 Las consecuencias previstas como fines.

En el siguiente pasaje se verá cómo Dewey enlaza las consecuencias previstas con los fines en perspectiva (*ends-in-view*). Según Dewey, los hombres se fijaron primero en consecuencias al azar surgidas de ciertas acciones, y las asociaron con las mismas. Luego, al llevar a cabo una deliberación, se preguntaron si no sería posible tener presente, como fin de la acción futura, aquello que otrora fueron consecuencias azarosas. Así nacen los fines en perspectiva, que nada tienen que ver con fines fijos:

«De hecho, los fines son fines en perspectiva u objetivos. Surgen de efectos o consecuencias naturales con los que en un principio nos topamos, tropezándonos sin propósito alguno de encontrarlos (...) Las consecuencias reales, es decir, los efectos que han ocurrido en el pasado, se convierten en posibles consecuencias futuras de actos todavía por realizar (...) Los fines son consecuencias previstas que surgen en el curso de la actividad y se emplean para (...) dirigir su curso posterior. No son en ningún sentido fines de la acción; siendo fines de la *deliberación* son ejes directivos en acción (...) Los hombres no disparan porque existan blancos, sino que ponen éstos para que lanzar y disparar sea más efectivo y significativo (...)» ⁴.

IV.9.3. La dicotomía de los fines y los medios.

Según una doctrina dualista ampliamente aceptada, los

fines son fijos y estables, dignos y espirituales, en tanto los medios son cambiantes y móviles, indignos y materiales.

La separación entre moral y ciencia en la dicotomía entre fines fijos y medios instrumentales surge según Dewey de la desafortunada combinación de la ciencia natural emergente con la vieja metafísica. Cuando se creía en fines fijos para la Naturaleza -como la causa final aristotélica- había concordantes fines fijos para el hombre, pero cuando los fines fueron expulsados por la ciencia moderna del reino natural, los fines de la moral no se fueron con aquéllos, y se separaron así los destinos teóricos de la moral y de la ciencia modernas. He aquí una vuelta al *gap* de las ciencias humanas respecto a las naturales que ya vimos en II.6.5.

Pero si se aplica la precariedad metafísica y el *ethos* del método científico, no hay otro remedio, como señala Abagnano (5) que concebir los fines y valores como móviles y provisionales, en la misma medida en que lo es la existencia. Vayamos a un análisis del problema.

IV.9.3.1 Crítica del fin en sí mismo.

Del párrafo reproducido de HNC se colige claramente que los blancos (fines) no preceden a la acción o a la investigación, sino que nacen en relación a las condiciones observadas, a la experiencia previa, y a las necesidades de la investigación (en este caso, valorativa). El interés de Dewey está en limitar los fines a fines-de-la-acción. Para

él, funcionan más bien como estímulos que orientan en la deliberación que como patrones a los que adaptarse, y por lo tanto su naturaleza es tentativa y abierta.

«Concebidos como completos y exclusivos, como algo que exige y justifica la acción como medio para su propio logro, conducen a la estrechez de criterio»

(e).

Late en estas palabras la convicción de que es precisamente el desarrollo de los acontecimientos, la emergencia de novedades, lo que produce una formación de fines que, fuera del proceso del "acto", no nos serían perceptibles. Considerado así, quien se guía exclusivamente por fines preformados se nos presenta con la poco halagadora imagen del animal de tiro provisto de anteojeras que le impiden aprender de los márgenes del camino en beneficio de un objetivo rígido. Un poco más adelante, relaciona argumentativamente la dicotomía fines / medios con la inexistencia del fin único:

«No es el fin (en singular) lo que justifica los medios, porque no existe un fin único de absoluta importancia. (...)» '7'.

Claramente alude al adagio popular "el fin justifica los medios". En la misma página afirma que al mantener el espíritu del adagio nos negamos a observar los múltiples efectos que emanan de toda acción, y lo hacemos para no

tener que justificar las consecuencias que, quizás caprichosamente, hemos elegido o nos han impuesto.

La crítica es en realidad un juicio de intenciones poco matizado, pero convincente en su aplicación general: el adagio de que los fines justifican los medios, tan apropiado para convertir cualquier tropelía (real) en un medio para fines etéreos (irreales), es inválido porque no existe un fin último, ni de timbre aristotélico ni de ningún otro.

«El supuesto común, quizás prevaleciente, es el de que hay objetos que son fines-en-sí-mismos; que esos fines son dispuestos en una jerarquía del menos al más definitivo y tienen una autoridad correspondiente sobre la conducta. Se sigue de esta visión que el "juicio" moral consiste simplemente en la aprehensión directa de un fin-en-sí-mismo en su posición apropiada en el esquema de valores fijos. Se asume que aparte de esta jerarquía de fines fijos, un agente moral carece de otra alternativa que la de seguir sus deseos tal como aparecen y ocurren» (8).

IV.9.3.2. La interacción de fines y medios

La dicotomía ética interna fines / medios entronca con la dicotomía teórico-práctica de valores / hechos, pues en aquélla los medios suelen ser desvalorizados y reducidos a la categoría de "meros" instrumentos, objetos externos mecánicamente inducidos en el sujeto por las circunstancias, por la estructura inerte de la realidad, y en la que el propio sujeto no interviene. Esos medios desmoralizados están muy próximos a los "meros hechos", de los cuales no

somos responsables, como si no formaran parte de la decisión moral integral más que en un sentido adventicio.

Es una de las más tempranas transiciones en la obra de Dewey, que ya aparecen en dos apartados de la Ps de 1.887:

A) En la parte psicológica, hablando de los motivos.

«La mente (...) no sólo debe tener un fin ante ella, no sólo el impulso sensible con el cual se dirige a ese fin, sino que debe tener también una concepción de los medios para el fin, de los caminos que debe seguir el impulso. Estos medios, sin embargo, no son intrínsecamente distintos del fin. Son sólo fines próximos; son el fin analizado en sus factores constituyentes» ⁹.

Dewey pone el ejemplo de un fin de la volición:

construirse una casa. Los medios serían los planos, así como los materiales, los instrumentos y la actividad de técnicos y obreros. Pero el fin no es intrínsecamente diferente de los medios: «el fin son los medios tomados como un todo armoniosamente manifestado» ¹⁰. Y en el mismo lugar:

«Cuando consideramos el acto como un todo realizado, lo llamamos fin; cuando lo consideramos en proceso de realización, parcialmente resuelto, lo llamamos medio. Pero la acción del intelecto es requisito para analizar el fin, el todo, en sus medios, sus factores componentes»

La principal conclusión es que el análisis intelectual separa lícitamente fines y medios, y luego la falacia filosófica da a esta separación analítica un carácter

preexistente; despojando a los medios de su puesto en el proceso de valoración, e hipostatizando el puesto de los fines absolutos. Pero en la realidad fines y medios forman parte del mismo plan integral: considerados sincrónicamente, pueden parecer cosas diferentes, pero considerados diacrónicamente, tal como lo hace el sujeto que planifica, pertenecen a una misma realidad.

B) En la parte moral, desde la óptica de la deliberación:

«(...) la elección del fin es la elección de los medios. Al elegir un fin uno debe elegir todo aquello que es necesario para alcanzarlo» '11'.

El sentido común y la tradición filosófica nos dirán que primero elegimos la casa, que es lo valioso, y luego nos agenciamos los medios, que son meramente técnicos.

Pero lo que Dewey quiere significar es que yo no decido hacer una casa si no dispongo de medios para ello, porque la inteligencia preverá en las consecuencias de una decisión tan imprudente un estado de cosas indeseable; también tengo que elegir qué tipo de casa quiero (con o sin vistas, funcional o elegante, espaciosa o recogida), dependiendo de los medios de que dispongo y de las circunstancias concurrentes.

Si pienso que el fin de mi acción está determinado, lo que sucede de hecho es que, por una parte, me eximo de la responsabilidad de construir mis propios fines, y por otra,

no presto atención a las condiciones de hecho de la situación ^{'12'}. Ambas circunstancias contribuyen a condenarme a la eventualidad de un fracaso; fracaso que, a cambio, siempre podré atribuir a la "dureza" de la realidad o al materialismo ambiental: en suma, reiterando el extrañamiento de pensamiento y acción.

Estimo que un punto de apoyo a la teoría de los fines-medios deweyana reside en la psicología de los hábitos: con harta frecuencia hacemos cosas que se suponen medios para alcanzar un fin previamente fijado, y en el proceso de ejecución se convierten en fines en sí mismos, que a su vez relegan al olvido el fin inicialmente propuesto.

IV.9.3.3. La transición entre fines y medios: el fin en perspectiva (end-in-view)

El problema reside en que todo fin es concebido como fin fijo de la acción, como fin en sí mismo, conectado con la idea del fin último, y que todo medio es concebido como un instrumento amoral. Sin embargo, la reflexión pertinente indica que «los fines son determinables sólo sobre la base de los medios que están implicados en provocarlos» ^{'13'}, lo cual significa que un coste excesivo en medios puede inducir a reevaluar el fin propuesto, y además que

«deseos e intereses deben ser ellos mismos evaluados como medios en su interacción con condiciones externas o ambientales» ^{'14'}.

lo cual significa a su vez que no hay ningún fin último, sino que cualquier fin que nos proponamos (verbigracia, comprar un velero) puede a su vez, en un momento dado, convertirse en medio en relación a ulteriores fines (relaciones sociales, u otros) ⁽¹⁵⁾.

Con el propósito de resaltar la función tentativa de los fines y su permeabilidad respecto a los medios, Dewey acuñó el término "fin en perspectiva". En TV lo define operativamente:

«Los fines en perspectiva (...) funcionan en sí mismos como medios directivos; o, en lenguaje corriente, como planes.» ⁽¹⁶⁾.

Los fines son medios que planean consecuencias futuras, medios directivos y anticipatorios. Los fines en perspectiva relacionan fuertemente las condiciones con las consecuencias pretendidas, los deseos con los valores finales, en abierto contraste con los fines en sí.

Según Frankena ⁽¹⁷⁾, Dewey trató de romper la distinción entre lo que es bueno como medio y lo que es bueno como fin en parte porque se dio cuenta de que la mayoría de las cosas son a la vez buenas y malas en sí mismas, así como en sus resultados. Frankena estima que la premisa de Dewey es correcta, pero su conclusión innecesaria, pues lo único que se sigue de aquélla es que debemos buscar indistintamente ambas clases de valores en nuestras actividades.

Frankena equivoca a mi juicio su diagnóstico al olvidar que el motivo que lleva a Dewey a romper la distinción es más profundo que la desaparición de la idea de "bueno en sí". El motivo radica en las funestas conexiones de la dicotomía fines / medios con otros dualismos, es decir, en el complejo total del dualismo en cuya estructura está empeñada las partes I y II del presente estudio, y del cual la idea de los "bueno en sí" aparece como una conformación más. La superación de la idea de lo "bueno en sí" implica, no sólo hacer justicia a las complejidades de la vida moral, como parece pensar Frankena, sino una llave maestra en la transición del dualismo ético. Pongamos como ejemplo la transición entre motivos y consecuencias, dependiente de la separación psicológica entre lo interior y lo exterior.

Según la separación entre motivos y consecuencias, lo "bueno en sí" tiene el efecto de espiritualizar los motivos, hasta convertirlos en la emanación volitiva de un yo "desinteresado" (en el sentido estrecho y rígido del yo de II.12.3). Al hacer esto, ocurren a mi modo de ver dos cosas:

- a) se expulsan los motivos naturales del reino de la motivación ética.
- b) se los desposee de su finalidad, que es el logro a través de la acción de un estado más unificado y satisfactorio de cosas.

La imbricación de lo "bueno en sí" con el resto del entramado dualista parece, pues, difícil de negar.

IV.9.4 Significado del consecuencialismo para la transición valorativa.

De «El hombre no dispara porque existan blancos», que hemos reseñado en IV.9.2, se sigue la posibilidad de la construcción del valor o, en términos radicales, de la creación del valor, pues en el proceso de deliberación surgen nuevos fines, y no hay fin último, fijo o previo a la consideración evaluativa del mismo.

Asimismo, la existencia de fines fijos se revela como un dispositivo imprescindible para la conservación del mito eulogístico de los valores fijos, separados de la experiencia y de los procesos de valoración.

Las alternativas que muestra Dewey a la creación de los fines-valores en coordinación con las necesidades y circunstancias del "acto" investigador, son las de seguir una jerarquía de fines fijos que no entendemos o, en caso contrario, guiarnos por criterios de crudo interés. La alternativa a los fines en perspectiva, o fines prácticos surgidos en el seno de investigaciones reales, es en ambos casos una desmoralización de la conducta.

NOTAS

- (1) Peirce, "How to make our ideas clear", en Collected Papers, 5: 401, pp. 257-8 ed. cit. Efectos prácticos; p. ej., el vino de la Santa Misa es vino, y no sangre, porque sus efectos son los del vino: color, aroma, textura, etc.
- (2) O.C. / MW 10: 366.
- (3) *Ibidem*.
- (4) HNC, O.C. / MW 14: 155-6.
- (5) Abagnano, N., "Dewey: Esperienza e possibilità", p. 261.
- (6) HNC, O.C. / MW 14: 157.
- (7) *Ibidem*. Esta cita, como muchas otras que podrían espigarse, desautorizan las interpretaciones "tecnológicas" del continuo fines / medios. En German Philosophy and Politics, p. 128, Dewey afirma «(...) But instead of of confining intelligence to the technological means of realizing ends wich are predetermined by the State (...) intelligence must, with us, devote itself as well to construction of the ends to be acted upon (...)».
- (8) L, O.C. / LW 12: 169.
- (9) O.C. / EW 2: 317-8.
- (10) *idem*, p. 318.
- (11) *idem*, p. 337. En esta dirección señala Gewirth lo oportuna que es la continuidad fines / medios cuando se quieren alcanzar bienes como el bienestar o la libertad. Vid. Gewirth, A., Reason and Morality, p. 248.
- (12) HNC, O.C. / MW 14: 160.
- (13) TV, p. 53.
- (14) *Ibidem*.
- (15) Vale el ilustrativo ejemplo de Parodi en "Knowledge and Action in Dewey's Philosophy", en Schilpp, P. (ed.), The Philosophy of John Dewey, pp. 235-6: se da el caso de que si elijo comer langosta, tendré ahora placer, y luego indigestión. Es al elegir entre comer o no cuando elijo el fin de la acción (el placer culinario o la salud gástrica), porque es en el proceso de la valoración, y no antes, cuando doy un valor más alto -convierto en un fin- a una cosa u otra.
- (16) TV, p. 53.
- (17) Frankena, Ética, pp. 109-111.

IV.10. LA DELIBERACION

Dewey define la deliberación como

«(...) un ensayo dramático (en la imaginación) de varias líneas posibles de acción en competencia (...) Cada hábito e impulso en conflicto toma su turno al proyectarse sobre la pantalla [screen] de la imaginación» ⁽¹⁾.

ensayo dramático ⁽²⁾ que reproduce las consecuencias del curso de acción considerado, y las compara con las consecuencias de los otros posibles cursos de acción.

La deuda de la deliberación al "acto" orgánico puede rastrearse ya en E, cuando bajo el parágrafo "Deliberation and Intuition", critica al intuicionismo afirmando

«La deliberación es realmente un ensayo imaginativo de varios cursos de conducta. Damos paso, *en nuestra mente*, a algún impulso; intentamos, *en nuestra mente*, algún plan» ⁽³⁾.

Sin "visualizar" imaginativamente las consecuencias previsibles no podemos darles vía libre en nuestra conducta.

El motivo y la finalidad de la deliberación es satisfacer los fines que surgen en el mismo proceso, los cuales se basan en bienes, de origen impulsivo o afectivo, y en estímulos del medio: la deliberación simplemente hace indirecto, mediante la memoria y la imaginación, el papel del estímulo que se presenta directamente a los sentidos.

IV.10.1 Deliberación y creación del valor '4'

Los juicios en donde emerge el valor no son los únicos juicios de valor. Dewey distinguió '5' entre

α) el valorar y el juicio acerca del valor (*judgment about value*) como actividades que registran los resultados de elecciones pasadas.

β) la valoración como actividad que surge al tener que elegir, y donde aparece la institución (*enstatement*) de valores.

Dewey introduce la plausibilidad de los juicios acerca del valor para dejar claro que no todos los juicios morales son prácticos, ni promisorios, sino que algunos de ellos (la mayoría, de carácter instrumental para el juicio definitivo) se limitan a poner de relieve -registrar- unos valores aceptados o sus efectos en la práctica.

Hemos de tener claro para el análisis de la controversia valorado / valorable que mediante el valorar se instituye lo valorado, y mediante la valoración lo valorable.

Entiéndanse los fines (que operativamente traducimos aquí por valores) no previamente constituidos, sino surgiendo eventualmente en el camino investigativo, exactamente igual que surgieron los significados en la investigación genérica. Los fines a la vista son "valores a

prueba", en la feliz expresión de Aiken (6). Y no son eventuales derivativamente, sino primariamente, pues si no fueran eventuales (7), es decir, si no se precisara realizar un descubrimiento que solventara la problematidad, el problema no sería un problema genuino, y su solución podría residir en un algoritmo donde principios ya aceptados se aplicaran a hechos ya identificados. Los medios, que pueden estar representados por hábitos (8) dirigidos intencionalmente a un fin, pueden ser reemplazados por otros como resultado de la investigación, pero a su vez cambiar de medios implica revalorizar los fines. Esta emergencia y provisionalidad de fines y valores es imprescindible en el sistema deweyano, porque la investigación parte de un bloqueo de hábitos que nos ha desorientado.

Para Dewey, en suma, el juicio de valor entra en toda deliberación, y el juicio compara los valores con el fin de descubrir (y seguir) el mejor entre los presentados a la imaginación. Aquí hay una importante base de la creación del valor: al descubrir el mejor curso de acción estamos dotando de un mayor valor al camino escogido, pero en esa dotación hay también un descubrimiento y una construcción del valor:

«¿Afecta o modifica la valoración (*valuation*) cosas previamente valoradas en el sentido de ser queridas (deseadas, disfrutadas, estimadas), o una proposición de valoración (*valuation-proposition*) meramente comunica el hecho de que una cosa o persona ha sido de hecho querida (gustada, disfrutada, estimada)? Si es lo último, cuál es la función de la deliberación?»

(9).

Vamos a responder a esa pregunta distinguiendo las hipótesis de los principios.

IV.10.2 Hipótesis y principios

La deliberación moral, en su comparación de posibles líneas de acción por las consecuencias previstas, termina su labor formulando hipótesis. Digamos entonces que la formulación de hipótesis es la finalidad de la deliberación.

Como definición, la hipótesis es la forma que adopta una idea ante la situación problemática una vez conocemos causas y consecuencias. La temporalidad metafísica y la importancia del modo futuro se contemplan en el carácter promisorio que envuelve el uso de hipótesis, como un convencimiento de que la novedad de cada situación puede, no sólo invalidar viejos principios, sino dar a luz otros nuevos.

Se ha relacionado acertadamente ⁽¹⁰⁾ la funcionalidad de las hipótesis deweyanas con el mensaje del instrumentalismo, y por lo tanto con la superación de la teoría del espectador, afirmando que ni el empirismo tradicional ni el racionalismo tuvieron noción de tales hipótesis: mientras los empiristas supondrían a las ideas procediendo totalmente de la experiencia previa, para los racionalistas las ideas representaban la comprensión de la realidad en y por medio de sus esencias inherentes. En Dewey las ideas no son copias de la realidad empírica ni de la teórica, sino constructos

que nos dirigen del presente al futuro especificando las condiciones de las que dependen las experiencias futuras.

La noción de futuro que ya conocemos entra en la composición del instrumentalismo epistemológico, y por tanto en la adecuación de la hipótesis. Dewey, al afirmar «Un principio es intelectualmente lo que un hábito para la acción directa (...)» ⁽¹¹⁾, equipara textualmente los principios morales a las hipótesis, y de ahí que se rechace el sentido tradicional, fijista y apriorista del principio o del precepto, que busca principalmente la certeza absoluta. Los principios, con su carga de abstracción y disponibilidad para "cualquier tipo de conflicto", despiertan toda la susceptibilidad empirista de Dewey, para quien pueden desembocar en una forma de "charlatanería" (*quackery*) ⁽¹²⁾.

En el campo de la conducta humana, esgrime Dewey el error original de los dualismos -la busca de certeza- como origen de una multitud de vicios morales e intelectuales:

«Pero en la moral el anhelo de certeza, nacido de la timidez y alimentado por el amor de prestigio autoritario, ha llevado a la idea de que la ausencia de principios convencionales [*ready-made*] inmutablemente fijos y universalmente aplicables es equivalente al caos moral» ⁽¹³⁾.

Distinguimos, pues, en nuestro autor cuatro factores -tres metafísicos y uno metodológico- que recomiendan la sustitución de los principios por las hipótesis:

- 1) La unicidad de la situación. Cada situación moral, por imperativo genérico, es distinta. No hay ningún medio para saber a ciencia cierta y *a priori* si los elementos de la nueva situación deben o no subsumirse en un principio dado.
- 2) La incertidumbre como principio metafísico.
- 3) La emergencia de lo inesperado en los efectos de la acción.
- 4) La eficacia del modelo de la hipótesis científica en el desarrollo de las ciencias naturales.

Como resultado de todo ello, tenemos que las situaciones futuras «son un reto a la inteligencia para la creación de nuevos principios» ⁽¹⁴⁾. La creación del valor, inherente a la deliberación inteligente, como ya hemos visto, surge operativamente de la hipótesis, y exige la puesta a prueba de aquello que se presenta como el más deseable curso de acción: los principios «requieren verificación en los acontecimientos (events)» ⁽¹⁵⁾, es decir, en la experiencia.

Lo que haríamos según Dewey con los valores descubiertos en el proceso de la investigación es experimentar con ellos: de hecho, la única forma de enfrentarse a lo inesperado es revisar la autoridad cada vez que haga falta.

Obviamente, para Dewey no partimos de cero con cada nueva deliberación: contamos con un arsenal de hipótesis que han funcionado bien en el pasado y que se conforman, si queremos utilizar el viejo término, en principios más o menos asentados. Lo que ocurre es que esos principios son perpetuamente revisables. Como dice de ellos Dewey:

«La alternativa inteligente es revisarlos, adaptarlos, expandirlos y alterarlos. El problema es de una readaptación vital y continua.» (16)

¿Será necesario recordar que esta visión de las ideas como planes de acción y como hipótesis, así como de los valores hipotéticos, que parten del instrumentalismo epistemológico, dependen a su vez de una investigación moral concebida como proceso adaptativo organismo / ambiente? Pues los valores se prueban y "tienen éxito", de manera que en el futuro pueden ser utilizados normativamente como principios, los cuales se limitan a generalizar esas corroboraciones.

Resumiendo, no se emprende un tipo de conducta para satisfacer principios, como sucede en los rigorismos, sino que son los principios -como toda generalización- los que se conciben para la satisfacción de las demandas de una conducta unitaria. La fijeza de las reglas de conducta ha de conservarse sólo en la estricta medida en que sea conveniente desde el punto de vista de la consideración inteligente de las consecuencias.

IV.10.3 Carácter personal de la deliberación moral

De los párrafos anteriores se sigue el carácter personal de la deliberación. Si bien las condiciones y consecuencias no pueden desde la perspectiva behaviorista de Dewey dejar de ser sociales, el "ensayo dramático" es un ensayo mental que tiene lugar en una mente individual.

El énfasis deweyano en el método de resolución de problemas personales es coherente con la raíz biológica del "acto", y con la psicología empirista que aplica Dewey, pero esa individualidad del sujeto moral, al que hay que suponer el sujeto de todo el proceso de investigación, será una fuerte objeción cuando lleguemos al problema central de nuestra tesis, el problema de la prueba del valor y de la transición valorado / valorable (17). Es Dewey quien ha afirmado en contextos de filosofía moral y en momentos diferentes de su carrera intelectual que «la conducta es absolutamente individualizada» (18) y que «Todo acto, todo hecho, es individual» (19).

NOTAS

- (1) HNC, O.C. / MW 14: 132.
 - (2) E, O.C. / MW 5: 292.
 - (3) idem, p. 293.
 - (4) Dewey reconoce en punto a la creación del valor las deudas de Katuín y Stuart. En O.C. / MW 13: 25, indica la influencia del artículo "The Ideality of Values" de G.A. Katuín: «Esto [la necesidad de aportar nuevos datos a cada nueva valoración] explica, imagino, el hecho tan bien resaltado por el señor Katuín (...) a saber, que los valores para la valoración son siempre ideales. O, como él dice, un bien no es "nunca tan bueno que no pueda ser mejor"». Y en el mismo lugar cita un artículo de H.W. Stuart, "Valuation as a Logical Process", como fuente de inspiración: «En este artículo (...) tras decir que la valoración no averigua (ascertain) o reconoce valores, sino que los determina o fija, añade que la fijación "sirve para el presente y está sujeta en todo momento a la re-apreciación" (...)».
- El carácter "ideal" de los bienes o de los fines significa que no pretendemos reproducir en el futuro conservadoramente algo que ya nos sucedió en el pasado, sino que componemos mentalmente una situación de completitud por la que valga la pena actuar. Esa proyección imaginativa no está copiada del mundo, y habrá que producirla con el aporte del propio sujeto.
- (5) O.C. / MW 13: 24-25.
 - (6) Aicken, "Reflections on Dewey's Questions about Values", p. 39.
 - (7) Como ha observado agudamente Gail Kennedy en «The Hidden Link in Dewey's Theory of Valuation», p. 92.
 - (8) idem, pp. 90-91.
 - (9) "Some Questions about Value", p. 452.
 - (10) Por ejemplo, Gouinlock, en "Dewey's Theory of Moral Deliberation", pp. 221-2.
 - (11) O.C. / MW 14: 164.
 - (12) Ibídem.
 - (13) Ibídem.
 - (14) Ibídem.
 - (15) Ibídem.
 - (16) idem, p. 165.
 - (17) Stevenson, en "Reflections on John Dewey's Ethics", p. 98, ha señalado que Dewey olvida aquellos casos de conflicto interpersonal en que dos individuos deciden tras el correspondiente "ensayo dramático" actuar de manera diferente ante la discriminación racial, lo cual nos indica que no ha pasado totalmente desapercibida la insistencia deweyana en la personalización de la conducta y su teorización.
 - (18) "Moral Theory and Practice", O.C. / EW 3: 97.
 - (19) HNC, O.C. / MW 14: 165.

IV.11 LA ELECCION.

La elección (*choice*) culmina el proceso de deliberación del juicio práctico, liberando las energías retenidas por la intelectualización del bloqueo en una de las direcciones propuestas por la imaginación.

IV.11.1 La elección como opción inteligente e integrada

En HNC Dewey nos recuerda al definir la elección que ésta es una fase del acto de la investigación valorativa:

«Qué es entonces la elección? Simplemente, acertar en la imaginación con un objeto que proporciona un estímulo adecuado para la recuperación de la acción manifiesta (*overt*)» '1'.

Pues en Dewey la elección (*choice*) es todo lo contrario que el ejercicio de una supuesta libertad esencial ejercida por una voluntad soberana. Dewey propone la causa histórica de la idea de libertad absoluta en una racionalización filosófico-judicial de la necesidad de castigar los delitos por mor del bien público. Esta conciencia de la necesidad operativa de la responsabilidad se valía de la ficción en virtud de la cual el delincuente contaba con una facultad "interior" que le hubiera permitido evitar el delito:

«A menos que los hombres fueran responsables de sus actos, era injusto castigarlos (...) Así, una cierta filosofía de la naturaleza de la elección como



libertad desarrolló una apología con un interés esencialmente legal: sujeción al castigo. El resultado fue la doctrina conocida como libertad de la voluntad: la noción de que un poder llamado voluntad residía detrás de la elección como su autor, y como fundamento de la responsabilidad y la esencia de la libertad» (2).

No hay una libertad absoluta ni una voluntad detrás de las acciones individuales. El incremento en las áreas de libertad que progresivamente ha ido consiguiendo el hombre parecen tener un límite lógico en Dewey: no es posible el ejercicio de la libertad más que en un contexto situacional, en el cual lo que sobran son impulsos, deseos y hábitos en conflicto, al revés de lo que le sucede al dubitativo asno de Buridán, y de lo que se desearía desde una perspectiva racionalizadora como la del utilitarismo. En Dewey el odio ha de contrarrestarse con simpatía, y la simpatía se potencia con ciertos hábitos de tolerancia, no con la eliminación de toda pasión o de todo deseo, ni con la hegemonía del cálculo sobre el poder de la pasión:

«La conclusión no es que la fase emocional, apasionada de la acción puede o debe ser eliminada en nombre de una razón inanimada. Más "pasiones", no menos, es la respuesta» (3).

De nuevo vuelve la preferencia como una manifestación intelectual cuyo tema son los objetos de aprecio y creencia preexistentes. Por medio de la crítica, lo que hacemos es elegir; y al elegir ora seleccionamos, ora rechazamos unos

bienes que en su fase inicial eran incomparables, que nos limitábamos a "celebrar", y que ahora ya adquieren un relieve teórico en función del interés del acto y en pos de la experiencia consumatoria. Sin el método inteligente, la elección sería ciega, fatalista o, aplicando la cualidad intrínseca de inteligencia a la elección, inexistente:

«Su propósito [el de la fase crítica] es hacer posible el gustar y elegir cognitivamente y con significado, en vez de ciegamente» ⁴.

IV.11.2 Elección y valor inteligente

Hay dos nociones diferentes de valor en Dewey: la del valor incomparable que ya conocemos de la fase del apreciar, y la del valor inteligente que resulta del proceso de valoración. La confusión entre ambas ha podido llevar a Mitchell ⁵ a afirmar críticamente que la elección en Dewey es últimamente impulsiva. Pero esto sería cierto sólo sobre la base del valor inmediato y evanescente que aparece en EN, y del cual se afirma que es lo que es y que nada más puede ser dicho en su torno; es decir, sería así dicho del valor incomparable, el cual se aplica a un objeto gozado y aún no tasado. Sin embargo, una vez entramos en el proceso del acto valorativo, lo que hacemos mediante la valoración es aplicar un método cognitivo que conduce a la decisión ponderada. En ese proceso surge la segunda noción del valor, aquella que se define en QC como un goce que es consecuencia de la

acción inteligente '6', y que Mitchell no parece haber tenido en cuenta: los valores dependientes del método por el que se los trae a existencia.

De lo dicho se deriva que la emergencia del valor, que ya comenzó tentativamente en la formación de hipótesis y tomó cuerpo en la concepción de los fines-en-perspectiva, llega aquí a su consolidación, y sólo pide la prueba de las consecuencias para su cumplimiento. Para Geiger «Los valores [en Dewey] son elecciones» '7'.

A mi juicio, el valor deweyano no puede, si admitimos la relevancia de los informes cognitivos y su emergencia en la investigación, aparecer de una vez y para siempre, como en el modelo intuicionista, sino sólo progresivamente. Al optar por una línea de acción que respeta ciertos bienes y declina otros, estoy dando la prueba comportamental de que esa línea de acción es valiosa para mí, y lo hago por medio del riesgo que supone poner en práctica lo que antes sólo estaba en la imaginación. Ese riesgo es tan efectivo y real, que en lo que hace al agente, no puede haber mayor prueba de compromiso con una línea de acción que elegirla.

La elección, que no es arbitraria, gana con el método empírico, y en Dewey se contempla, característicamente, la posibilidad de que los caminos seguidos por alguien en la toma de una decisión sean aprovechados por otros, favoreciéndose así la tendencia cooperativa que caracteriza a las ciencias naturales.

NOTAS

- (1) HNC, O.C. / MW 14: 134.
- (2) O.C. / LW 3: 93.
- (3) HNC, O.C. / MW 14: 136.
- (4) EN, O.C. / LW 1: 321.
- (5) Mitchell, B.T., "Dewey's Theory of Valuation", p. 292.
- (6) Vid. QC, O.C. / LW 4: 206.
- (7) Geiger, John Dewey in Perspective, p. 51.

IV.12 LA PRUEBA, PROBLEMA CENTRAL DE LA VALORACION DEWEYANA.

Si Dewey es consecuente con su tesis de que metodológicamente no hay diferencia entre las ciencias naturales y la ética, debe haber una verificación o comprobación de la hipótesis práctica consistente en la observación de que se produce un hecho confirmatorio de la hipótesis, más bien que otros, en el mismo claro y discriminador sentido de las ciencias naturales.

Aún admitiendo que los juicios éticos formulan hipótesis sobre consecuencias imaginadas por el agente en la fase de deliberación acerca de sus futuras acciones; aún aceptando la necesidad de información veraz sobre las condiciones de la acción, aún aplicando un método riguroso a tales condiciones, nos queda por resolver lo más importante: cómo podemos caracterizar las consecuencias para que sean tomadas como las correctas o buenas entre todas aquellas que se presentaron al tribunal imaginario de la deliberación. ¿Cómo probamos que una hipótesis práctica era la más adecuada? ¿Qué tipo de experiencia, natural o moral, prueba que tal valor, o tal línea de acción, son los adecuados?

Dewey suele hablar genéricamente de "la prueba (test) de la experiencia" ⁽¹⁾, y confía en que la experiencia interpersonal y pública -véase IV.13.2- pueda dar cumplida y suficiente validación a nuestros juicios prácticos.

Ahora bien, ¿cómo se articula esa confianza? Dejando de lado algún error juvenil ⁽²⁾, la prueba es experiencial,

pero no consiste en la mera confirmación empírica de una predicción descriptiva. ¿En qué consiste, pues?

IV.12.1 La prueba reside en el examen de las consecuencias.

Ya en IV.9.1 tratamos a las consecuencias deweyanas como constituyendo criterio del juicio práctico, y ahora las trataremos como prueba del mismo.

IV.12.1.1 Exposición

Para centrar la posición de Dewey, diremos que en términos generales se limita a aplicar su concepción del pragmatismo -es decir, la caracterización de las consecuencias como pruebas de las proposiciones- al problema de la decisión moral:

«(...) en la interpretación correcta de lo "pragmático", a saber, la función de las consecuencias como pruebas necesarias de la validez de las proposiciones, *siempre que* esas consecuencias se instituyan operacionalmente y sean tales que resuelvan el problema específico que suscita las operaciones, (...)» ⁽³⁾.

Las consecuencias son fácticas, fragmentos de experiencia pública y observable. Que la prueba de las hipótesis prácticas reside en la experiencia interpersonal, y no -por vía intuitiva o emotiva- en uno mismo ya se

vislumbra en un artículo de 1.897 donde afirma que «la única prueba final» ⁴ es la de la acción, siendo la acción lo único que permite discriminar lo que promete éxito de lo que amenaza fracaso.

También en QC establece que las leyes morales se prueban por lo que ocurre cuando las seguimos: la prueba por las consecuencias es más difícil que la prueba por las reglas, pero a cambio nos garantiza un crecimiento continuo.

Lo que Dewey quiere evitar con estas afirmaciones es la posibilidad de formular impunemente normas y leyes ineficaces o absurdas: debe haber unas consecuencias más acertadas que otras en la teoría refinada, de la misma manera que ya se toman en cuenta en la experiencia cruda (*gross experience*) y en el sentido común.

Por otra parte, Dewey no busca una prueba "definitiva" de que se actuó correctamente, sino sólo una regla provisional que nos permita ir corrigiendo nuestros errores a medida que los percibimos como tales. Es una aspiración sincera y legítima, y negarla sin aportar una solución mejor puede peligrosamente significar o bien que es igualmente válida toda decisión, o bien que hay reglas fijas inmutables e impermeables a los efectos de la experiencia.

Dewey, refiriéndose a las proposiciones de valor, afirma

«Estas proposiciones en su forma generalizada reposan sobre proposiciones empíricas científicamente garantizadas y son capaces de ser probadas por la observación de resultados efectivamente logrados en comparación con los intentados» ⁵.

Este es el talante de la prueba: comparación de los resultados intentados con los resultado logrados o consecuencias reales.

IV.12.1.2 Comentario y críticas

¿Cómo comparamos lo intentado con lo logrado? La insuficiente respuesta a estas preguntas incita a formular numerosas objeciones. Gewirth ⁽⁶⁾ criticará a Dewey que no indique cómo se relacionan las consecuencias (aquí, "resultados efectivamente logrados") con los goces iniciales (aquí, "resultados intentados"), para producir un juicio de valor. Gewirth se refiere al problema de qué tipo de consecuencias debemos considerar como relevantes para juzgar que tal acción ha sido acertada, estableciendo que si se trata de averiguar si alguien debe dejar de fumar, podemos establecer cuáles son las consecuencias probables empíricamente, pero aquí el método funciona porque hay una norma de valor que está previamente asumida: el mantenimiento de la salud física. Ahora bien, ¿qué ocurre si alguien quiere probar un goce mal considerado socialmente? ¿Qué norma rige para medir las consecuencias?

Digamos clara y rotundamente que Dewey no explica nunca cómo se pueden comparar los resultados pretendidos -deducidos de los fines en perspectiva- con los resultados efectivamente logrados, con el fin de extraer una conclusión

definida. Todo lo que podemos hacer es intentar reconstruir sus ideas al respecto.

Está claro que lo que Dewey quiere aprovechar es la lección de la experiencia en su novedad, esa diferencia cualitativa que se produce entre lo que se busca (según pautas ya conocidas de intereses o goces) y lo que adviene en la nueva situación. En TV caracteriza la diferencia como la que hay entre los fines en perspectiva, que son los fines deseados y propuestos, y los fines logrados o consecuencias:

«El acuerdo entre lo que es querido y anticipado y lo que es realmente obtenido confirma la selección de condiciones que operan como medios para el fin deseado; discrepancias, que son experimentadas como frustraciones y derrotas, conducen a una investigación que descubre las causas del fracaso».

<7>

Subrayo el "confirma" de la segunda línea. La diferencia entre el fin buscado y anticipado y el fin conseguido es lo que confirma el juicio: su prueba.

«La observación de los resultados obtenidos, de las consecuencias efectivas en sus acuerdos y diferencias con los fines anticipados o previstos, proporciona las condiciones por las cuales los deseos e intereses (y por tanto las valoraciones) son maduradas y probadas» «e».

Si Dewey está describiendo una situación de hecho correspondiente a la experiencia del sentido común u ordinaria, según la cual se da una práctica común a todas

las actividades coronadas por el éxito, a saber, que toman nota de los resultados de las acciones al compararlos con lo esperado de ellas, su conclusión es aceptable y no ha de encontrar en nosotros objeciones frontales. Pero si está intentado mostrarnos el "contenido" de la prueba del juicio práctico ⁽⁹⁾, entonces el fracaso no admite paliativos.

Parece que en ese supuesto nos encontraríamos ante un caso de predicción vaga, forma defectiva y peligrosa de toda hipótesis consistente en predecir unos sucesos de orden tan vago y genérico (aquí, el éxito de los resultados obtenidos) que resulta imposible separarlos de los no predichos.

Dewey entiende ⁽¹⁰⁾ que aquellas personas que aprenden de la experiencia trazan una distinción entre lo deseado y lo deseable siempre que eligen entre deseos e intereses en competencia. Esto significa que el intelectualismo moral vincula la relación impulso (sin valor) / revisión crítica tras la experiencia (con valor), a la relación fines en perspectiva / consecuencias, y también a la de deseado / deseable. Pero esta triple relación tampoco apunta al contenido de la prueba. En "The Logic of Judgments of Practice" se apunta al curso de la acción como probatoria de los contenidos de la proposición práctica, y en TV insiste

«(...) la valoración de los fines en perspectiva se prueba por las consecuencias que efectivamente se siguen» ⁽¹¹⁾.

Volvemos a preguntar, ¿cómo indica que está probada? Hay

una clara insuficiencia y ambigüedad en el punto de la doctrina deweyana que discute la confirmación de los valores creados. Dándola por hecha, fue severamente juzgada por Randolph Bourne en sus consecuencias, en el sentido de que cualquier tipo de crecimiento, o cualquier actividad que lograra los fines que se había propuesto, llegó a quedar automáticamente justificada en la vida norteamericana '12', confundiendo así el "resultado" con el "producto".

IV.12.2 Condiciones exigibles a las consecuencias para ser consideradas probatorias

En resumen, Dewey se limita en los pasajes reseñados en IV.12.1 a afirmar formalmente que en nuestra vida diaria "probamos" nuestras decisiones por medio de sus resultados efectivos, por contraste con los resultados intentados, pero no desea afrontar el problema concreto de qué tipo de consecuencias pueden aducirse como prueba de una valoración.

Ahora bien, Dewey protagonizó polémicas de las cuales podemos colegir por vía negativa las condiciones que han de cumplir las consecuencias para ser consideradas probatorias.

IV.12.2.1- Las consecuencias probatorias no dependen de ninguna sensación (satisfacción, placer), ni tampoco de ninguna convicción subjetiva (intuición).

Remitimos en principio a la crítica a la noción de

"subjetividad" que vimos en II.8.1.1.

Echemos ahora un vistazo a la iluminadora controversia de Dewey con Philip B. Rice, a raíz del artículo de éste "«Objectivity» in Value Judgments" ^{'13'} al que contestó en "Valuation Judgments and Immediate Quality" ^{'14'}.

Rice afirma que Dewey, por culpa de su conductismo social, deja pasar la evidencia probatoria de la «cualidad inmediata de la experiencia de valor en sí misma» ^{'15'}.

Dewey insiste por su parte en que el goce cualitativo, la satisfacción, es el material al que se refiere el juicio de valor. Pero -y aquí viene la conexión con la controversia valorado / valorable- la satisfacción no es por sí misma un valor. Dewey estima que "X me satisface" se traduce mejor por "X es candidato" que por "X es valioso", pues "X es candidato" no indica que la candidatura sea una propiedad intrínseca de X, sino una propiedad en conexión con «una serie de acontecimientos que se están desarrollando, de los cuales es parte indispensable una futura elección» ^{'16'}.

Aquí secamos por otro ángulo el problema valorado / valorable: la satisfacción funciona como una candidatura al valor que condiciona de la elección, pero que sólo mediante la acción futura puede llegar a ser valiosa. Podemos, con Gouinlock ^{'17'}, proponer una analogía con la investigación científica: la satisfacción emocional bien puede acompañar la resolución de un problema, pero ciertamente no constituye la verificación de la hipótesis. De la misma manera, la satisfacción subjetiva "sobreviene" (en términos

aristotélicos), pero lo hace a causa del funcionamiento real de la hipótesis en la resolución del problema. La visión contraria, la de suponer que la hipótesis ha tenido éxito por una sugestión psicológica, no se contempla en Dewey:

«(...) mi teoría sostiene que tales eventos son el *asunto* [*subject-matter*] de las valoraciones, pero dado que su estado incierto o dudoso *en tanto valor* es lo que precisamente provoca el juicio, es un equívoco considerarlos, *en su mero acaecer*, como susceptibles de proporcionar evidencia.» (18).

Resulta claro que gran parte de la fuerza probatoria reside en la publicidad de las consecuencias reales (el criterio propuesto por Rice es el del dolor de muelas, no ya de las condiciones y consecuencias de ese dolor de muelas), y los resultados virtualmente probatorios deben mostrarse abiertamente a la observación. La prueba debe ser behaviorista, comportamental:

«La opinión de que la mera ocurrencia de *cualquier* tipo de satisfacción sea una prueba de valor, me parece implicar una recaída en el método precientífico que Peirce llamaba método de la *congenialidad*. No me resulta demasiado claro cómo una cualidad que se dice privada e íntima puede sumarse a cualidades que son públicas con vistas a formar un conjunto probatorio» (19).

Pero si las consecuencias de mi acción han de ser juzgadas behaviorísticamente en la situación resultante, surge un problema que, en lo que se me alcanza, nunca ha

sido mencionado '20', y al que aludiré con un ejemplo demostrativo.

Soy un oficinista que deseo conservar mi empleo, y me encuentro dudando entre decir la verdad a mi jefe -a saber, que he faltado al trabajo todos los lunes del último mes- o no. Siguiendo el método empírico, llego a la conclusión de que decir la verdad es el mejor de los caminos estudiados.

Obro en consecuencia, y mi jefe me felicita por la sinceridad mostrada. Según Dewey, se produce una situación unificada: el organismo y el medio experimentan el reencuentro de una satisfacción perdida. Ahora bien, ¿qué ocurre si mi jefe me ha engañado al felicitarme, y en realidad ahora está esperando la ocasión oportuna para despedirme?; en ese caso ¿dónde ha estado mi error?

Obviamente, en que he tomado el comportamiento (público, objetivo, abierto) de mi jefe como evidencia probatoria de su comportamiento, cuando él llevaba a cabo ese tipo de comportamiento precisamente con el propósito de que me sintiera confiado.

Un deweyano siempre podría reponer, para salvar la virtualidad del método, que al ser finalmente despedido al cabo de cinco años, entro en conocimiento de que mi decisión fue errónea, si bien cinco años después de que la puse a prueba

Pero, por un lado, si aplicamos la universalidad de todo principio al principio de contextualismo, hay que aplicarlo también a este caso específico, en el sentido de que también

la confirmación de la hipótesis tiene un horizonte temporal razonable. Por otro lado, no es difícil imaginar un ocultamiento de intenciones por tanto tiempo como a alguien le interese mantener un propósito en secreto.

La prueba va a revelarse no sólo como la piedra de toque, sino también como el talón de Aquiles de la teoría de la valoración. Claramente, Dewey se ha expuesto a esta objeción porque, en su tarea transicional, ha querido igualar la relevancia teórica del comportamiento de los elementos químicos, los cuerpos físicos y los organismos biológicos, correspondiente a las ciencias naturales, con el comportamiento psicofísico del ser humano, correspondiente a las ciencias morales ⁽²¹⁾. Y no cae en la cuenta de que el comportamiento de los primeros es unívoco y transparente, en tanto que el de los segundos es primordialmente opaco y está mediado por las complejidades pragmáticas del significado y la retroalimentación. El hecho de que la dificultad de evaluar los comportamientos humanos reside en la dificultad previa de interpretarlos, en tanto pueden ser objeto de una "presentación" por parte del interesado, no ha sido suficientemente considerada por nuestro autor.

IV.12.2.2 Carácter público y social de la prueba

En ocasiones, Dewey parece condicionar la contrastación de las hipótesis al resultado social de las consecuencias.

Gail Kennedy ⁽²²⁾ afirma:

«Este método [el instrumentalista] de probar continuamente el significado y valor de las ideas, costumbres, instituciones, a la luz de sus consecuencias, no sólo las consecuencias personales inmediatas, sino las ampliamente sociales, nos lleva a la concepción de una nueva sociedad...»

Esto se puede entender: o bien como que el sujeto toma en cuenta las consecuencias sociales (¿y si no lo hace?), o bien, y es lo más peligroso, que se constituye un tribunal público en la elección de consecuencias (o de relación fin en perspectiva / consecuencia) adecuadas para la valoración de las acciones personales. No me parece que aquí pueda entrar la conciencia social de Mead a arbitrar entre valores conflictivos sin dañar gravemente los derechos civiles y nuestras más elementales convicciones sobre la libertad de acción y pensamiento.

Reaparece el tema de la publicidad de la prueba. Desde luego que la inteligencia social es el método democrático que nos permite aprender de las consecuencias de una elección y rectificar, en un aprendizaje creativo que no tiene más juez que el público; pero parece obvio que a) la solución tomada democráticamente no garantiza que sea la solución más adecuada (y esto no significa que haya un método en la toma de decisiones que sí lo garantice); no hay nada de verificación científica en la puesta en práctica de las leyes, decretos o reglamentos emitidos democráticamente; en el primero hay una "dureza" de los resultados empíricos que no se da en los segundos.

b) En la moralidad de los juicios prácticos la opinión de la mayoría, o de la "sociedad", sobre conformar los valores individuales en la interiorización sociogénica de los mismos (Mead), carece de autoridad moral frente al individuo para el cual un valor social compartido ha pasado a ser problemático. Esta es otra objeción radical que le hacemos a Dewey: que un joven aldeano asuma los riesgos de la capital será deseable o no, pero no se ve qué papel puede jugar en una decisión moral de ese tipo el sentido común de la sociedad o de la opinión pública. He aquí otro límite de raíz liberal que convierte en defectiva a la teoría de la valoración deweyana, precisamente en su intento de preservar la transición ciencias naturales / ciencias humanas, en este caso un límite de la facticidad y la publicidad del consecuencialismo y el énfasis en el método. Podríamos tomar a Bernstein como un portavoz de Dewey en este punto

«La valoración, como toda investigación, presupone una comunidad de experiencia compartida en la cual hay normas y procedimientos comunes, y la valoración inteligente es también un medio para hacer de tal comunidad una realidad concreta. También aquí los fines y las normas son clarificados, probados y modificados a la luz de la experiencia acumulativa de la comunidad» (23).

Efectivamente, es cierto que en toda comunidad hay normas y procedimientos comunes, pero no es menos cierto que en toda comunidad (notoriamente, en las modernas) hay normas y procedimientos no comunes, y nos da la impresión que la

parte más viva de las polémicas morales y sociales se da en el seno de estas últimas, aquellas precisamente en las que la teoría deweyana es defectiva.

Aquí se ve que el método de la valoración inteligente tiene una aplicación completa a la democracia, a la resolución de problemas sociales por medio de un método social. Pero desde el punto de vista estrictamente ético no consigo imaginar un standard normativo que dictamine el modo en que deben compararse las consecuencias en el nuevo contexto en que se producen con los fines a la vista que buscábamos (24).

La caracterización del método empírico como el método genuinamente social (también llamado de inteligencia social, y finalmente democracia) es de gran interés. Resulta sabido que Dewey propone tratar los problemas morales de alcance social por medio del comportamiento y el hábito democrático formador de consensos responsables. Pero cuando se decide por métodos democráticos un programa de gobierno, el método no asegura que la solución adoptada sea la mejor, pues no hay una solución "mejor" que otra hasta que no veamos las consecuencias y podamos rectificar. A todo lo que podemos aspirar es a un método abierto al futuro que permita aprender de los errores (percibidos como tales por el individuo social) ¿Podría el método social servir de modelo para el método de la valoración? Nos tememos que sí, en la medida en que no hay valores sustanciales, sólo decisiones inteligentes. No hay contenido de la prueba, sino método por

el que se llega a la prueba. Y la prueba consiste en una especie de "unificación", de "consenso", de base pública, objetiva y en ocasiones, hasta social, una experiencia que en Dewey es cualitativa y que tiene que ver con la fase consumatoria de la unificación situacional.

La conclusión es que la crítica de Dewey al solipsismo virtual de autores como Rice es muy pertinente, y sin embargo, no lo es tanto la reconstrucción de una prueba objetiva y comportamental para las hipótesis de los juicios prácticos. Desde esa perspectiva se entienden mejor las críticas de Gewirth. ¿Qué "hechos" valen más? ¿Qué "consecuencias" nos sirven"? ¿Qué se entiende aquí por "unificación"?

Intentaremos responder a estas inquietantes cuestiones con el siguiente capítulo.

NOTAS

- (1) P. ej., en TV, p. 60.
- (2) En "The Logic of Judgments of Practice", p. 510, Dewey afirmó: «La verdad o falsedad del juicio está en que la acción en cuestión se produzca o acontezca». Esto es completamente inaceptable para el juicio práctico, porque entonces éste deviene una simple predicción, una prognosis descontextualizada donde no comparamos la consecuencia de la acción con su adaptación a las condiciones que la acompañarán en el futuro, sino que nos limitamos a enunciar que el pronóstico ha sido confirmado, dando la razón a Robinson, White y otros críticos, que ven en el juicio práctico una concatenación de enunciados descriptivos. La irrupción de novedades que representa el futuro, su nueva constelación de circunstancias, desaparece. Afirmado en general de todo juicio, puede parecer que Dewey lo asume para el juicio práctico, pero en el resto de su obra ya no da pie a esta interpretación.
- (3) L, O.C. / LW 12: 4.
- (4) "Ethical Principles Underlying Education", O.C. / EW 5: 82
- (5) TV, p. 24.
- (6) Gewirth, Alan, "Ethics", pp. 976-998.
- (7) TV, pp. 30-1.
- (8) TV, pp. 31.
- (9) ¿Lo está haciendo? pudiera tratarse de una mera analogía entre experiencia ética y experiencia ordinaria, pero tal analogía no nos informa de cómo hay que comparar una cosa con otra en la experiencia dirigida.
- (10) TV, p. 32.
- (11) TV, p. 53.
- (12) Bourne, Randolph, Twilight of Idols, ensayo de 1917 citado en Kennedy, Gail, "The Hidden Link...", p. 87.
- (13) Philip B. Rice, "«Objectivity» in Value Judgments", *Journal of Philosophy*, vol. XL (1.943), pp. 5-14, incluido en O.C. / LW 15: 402-412.
- (14) Dewey, "Valuation Judgments and Immediate Quality", O.C. / LW 15: 63-72.
- (15) O.C. / LW 15: 407.
- (16) O.C. / LW 15: 66.
- (17) Gouinlock, The Moral Writings of John Dewey, p. 121-123.
- (18) "Further as to Valuation as Judgment", p. 550.
- (19) "Valuation Judgments and Immediate Quality", O.C. / LW 15: 72.
- (20) Si bien Carl Wellman, en Morales y éticas, pp. 424-5, establece una objeción semejante a la atinencia del método científico para confirmar o falsar una hipótesis no fáctica, no apunta ninguna posible causa de la inatinencia propuesta.

- (21) En Dewey se puede a veces colegir que las emociones son de hecho, y salvo excepciones, una fuente de "conocimiento" moral, como señala Hook en "A Pragmatic Note", p. 185. Esta confianza casi absoluta en la veracidad de la expresión de emociones es a nuestro juicio una ingenuidad; si bien es cierto que en algunos casos resulta difícil no mostrar las intenciones y deseos al experimentar una emoción intensa, no es menos cierto que el hombre ha ido desarrollando mecanismos de disimulo que imposibilitan la observación en sentido behaviorista; Sheldon, en su artículo "Critique of Naturalism", ha atribuido al neonaturalismo en general la incapacidad en el tratamiento de problemas morales que nosotros atribuimos a Dewey.
- (22) Kennedy, Gail, en Fisch, M.H., Classic American Philosophers, p. 333.
- (23) Bernstein, R., "Dewey, John", pp. 384-385.
- (24) Para los problemas derivados de la validación por el método, vid. Rescher, N., Methodological Pragmatism, pp. 69-72.

IV.13 VALOR UNIFICADO / EXPERIENCIA CONSUMATORIA.

El último paso o fase del "acto" de la investigación valorativa es el de la experiencia consumatoria de un valor como unificado; en este paso se da una experiencia de 'cumplimiento' y cesan la duda y el deseo. Dewey define así la naturaleza del bien o de la satisfacción resultante:

«[la naturaleza del bien o la satisfacción] (...) consiste en el sentido que se experimenta como perteneciente a una actividad cuando el conflicto y confusión de diversos impulsos y hábitos incompatibles termina en la ejecución de una acción ordenadamente unificada '1'».

Puede calificarse la experiencia unificada deweyana, con ciertas restricciones, mediante los términos "cumplimiento" y "satisfacción". Pese a la connotación biológica del segundo '2', y de los pasos precedentes del acto, Dewey pretende que se trata de una satisfacción no tanto del individuo como "del problema", y que por lo tanto incluye no sólo al individuo sino también al medio, notoriamente el grupo social al que aquél pertenece.

La "unificación" del valor no significa que todos los miembros de la comunidad lleguen a un consenso sobre valores o bienes, sino más bien que valores o bienes que estaban obstruidos o eran conflictivos entran en una relación

armónica, la cual sólo será perfecta si integra el ambiente social en que se mueve el individuo.

IV.13.1. El criterio de la continuidad

La satisfacción del problema "integra", "reconstruye" o "reunifica" la situación problemática y restablece la continuidad perdida. La continuidad se entiende en ciertos textos como la reconstrucción de los elementos del problema, de tal forma que éstos recobran una estructura estable, y en otros como el restablecimiento de la transacción entre el organismo y el ambiente, bloqueada por un conflicto.

Tomemos como punto de partida la defensa que Deledalle hiciera de la experiencia consumatoria deweyana ⁽³⁾.

Deledalle advierte que el método no garantiza el buen uso que se pueda hacer de él, y apela a la oportunidad de «otro criterio, un valor "más" último» que lo garantice. Ese criterio consiste en «la continuidad reencontrada de la transacción experiencial». Según Deledalle, si el método ha cumplido su papel, los elementos ya no estarán en conflicto, sino en continuidad.

Pero la repetitividad del experimento y la inatinencia criterial del público van a ser dos elementos que pongan en duda esta apología de la continuidad, dándose el caso de que el método cumple su papel y, al mismo tiempo, no hay manera de saber si los elementos resultantes están en continuidad.

Pues, ¿quién determina si están o no en conflicto los elementos?, y ¿el imaginario tribunal es subjetivo u objetivo?

Si se trata de restablecer un orden previo y el tribunal es subjetivo (y la vinculación de una "satisfacción sentida" de un bien o valor con un estado consumatorio subjetivo parece inevitable), el joven aldeano que duda entre volver o no a su lugar de origen porque en la capital se encuentra a disgusto, puede optar por lo primero y obtener como resultado una satisfacción interna, y también restablecer la continuidad con su medio, recuperando la unidad cualitativa que dejó a su partida. Pero la satisfacción sentida no es, a nuestro juicio, ninguna prueba de que ha hecho lo mejor que podía hacer. Puede darse el caso de que haya hecho simplemente lo más cómodo.

Si el orden es objetivo habrá que determinar cómo accede el sujeto al conocimiento de la mejor opción entre soportar o no los rigores de un mundo complejo y competitivo a cambio de una mejor posición económica y social.

Claramente, cuando el joven llegue a saberlo, por la "experiencia de la vida", ese conocimiento ya no le será de utilidad, porque la decisión que había de basarse en esa experiencia ya habrá sido tomada.

La objeción a Dewey que exponemos aquí reposa en el supuesto de que al afrontar ciertas situaciones existenciales del tipo de abandonar a mi madre por las trincheras, abandonar mis principios por el éxito, dejar el

pueblo por la ciudad, etc., no podemos aprender nada de las consecuencias, porque el perfil que presenta la vida desde esta perspectiva no es el de la meliorista sucesión de "historias" de cariz investigativo, sino el de un continuo afectado de una vez y para siempre por decisiones cruciales.

Esas decisiones cruciales, por no defraudar la metáfora del camino, estarían en lugar de las señales indicadoras en los cruces de un camino en el que no podemos volver sobre nuestros pasos cada vez que nos parece.

No todas las decisiones son reversibles y rectificables en una nueva historia, sino que algunas son cruciales.

Seguramente la decisión crucial (es decir, irreversible) de seguir viviendo o no es la que mejor refleja la inatención de la observación y de la repetitividad en la esfera ética, pues la sola idea de experimentar con la segunda de las opciones recuerda más bien la posibilidad de un chiste macabro que la de una línea eficaz de investigación.

Esta es una limitación que quizás aceptara teóricamente Dewey, pero contra la cual nada puede hacer el examen de las consecuencias. Dewey se comporta como si la cadena de condiciones y consecuencias de una deliberación fuera en todos los casos infinita, y pudiéramos darnos siempre una segunda oportunidad. Olvidando el aspecto existencialista de la vida y la relevancia teórica de las apuestas de Pascal, de James o de Kierkegaard, Dewey olvida la parte más apasionante de la teoría de la decisión ⁴.

Nuestro autor es consciente de que el método experimental de las ciencias físicas contiene en la repetitividad del experimento un elemento metodológico imprescindible, a no ser que nos conformemos con la observación intencional de acontecimientos casuales. Pero la repetitividad no es aplicable a la esfera ética sino en un grado realmente bajo.

Asimismo, su pretensión de que las experiencias de una persona sirvan "cooperativamente" para afrontar problemas morales semejantes de otra persona no sólo va contra nuestras intuiciones morales más profundas, sino contra la observación del sentido común expresada, por poner sólo dos ejemplos palmarios, en el relevo ideológico de las generaciones y en la inatinencia de "si yo estuviera en tu lugar" para hacer frente al tipo de decisiones indeclinables que nadie puede tomar en lugar de uno. Siguiendo con la metáfora del camino, las desviaciones que alguien haya tomado en un trayecto previo al mío no indican en absoluto que yo deba repetir las, *a menos que quiera llegar al mismo punto de destino*, sino que en muchas ocasiones y desde la óptica pluralista y biologicista del propio Dewey, puede suceder exactamente al revés.

En su intento de aplicar el método de las ciencias físicas a las ciencias morales, Dewey se ve obligado a silenciar este aspecto defectivo de su teoría, que parece no considerar suficientemente los aspectos individual y existencial de la ética.

Claramente el de continuidad es un concepto tan ambiguo y genérico que difícilmente puede establecerse como criterio de una valoración "científica": para Deledalle, la continuidad es el criterio de la valoración, y su expresión es la unidad cualitativa de la experiencia reconstruida.

Deledalle nunca habla de prueba, pero podemos presumir que el criterio de valoración funciona como tal. El ve el tribunal subjetivo como la expresión del criterio, y yo lo veo como la "única señal" para el agente; una señal frecuentemente falaz, como creo haber mostrado.

IV.13.2 El criterio orgánico de validez y el postulado del orden moral del mundo

Importa retener que el bien integrado es de carácter biológico-social, y cualitativa la experiencia que tenemos de él. Cualitativa e inmediata, como lo fue la experiencia de un bien problemático al inicio de la deliberación.

La única prueba de su validez es que el problema "se" experimenta (Dewey omite, más significativa que iluminadoramente, el sujeto de la oración y el modo activo de la misma) como resuelto en el ajuste del individuo al medio biológico-social en que se encuentra.

Gouinlock, por ejemplo, mantiene que el valor consiste en la experiencia consumatoria que integra la situación, y lo califica de «función inclusiva de organismo y ambiente» (5). Aquí tenemos la limitación de la objetividad del valor

de Dewey: es una objetividad relativa, no una normatividad, sino una deseabilidad concreta en la situación única de la que depende.

Ahora bien, y emprendiendo una consideración crítica del criterio orgánico: ¿qué modelo de "organismo" determina si hemos alcanzado una experiencia consumatoria? ¿el del individuo que acomete la investigación, o el del *continuum* individuo / sociedad? Aquí, la elusividad de Dewey es completa. Si se subordina la experiencia consumatoria a la "satisfacción" del agente, tendríamos una connotación subjetivista, pero Dewey suele utilizar el impersonal "se experimenta", elidiéndose el sujeto. Sugiere que la satisfacción también implica al medio, como cuando calificamos una solución diplomática de "satisfactoria", y entendemos con ello que lo es para todas las partes en litigio. Esto supone que organismo y medio forman, no sólo un *continuum*, supuesto que básicamente compartimos con él, sino, y muy aventuradamente, que ese *continuum* es no conflictivo.

Como ya vimos en el capítulo anterior, la existencia de ese *continuum* en el nivel humano es un postulado deweyano de índole socrática y aristotélica que ya expresó Dewey en su forma no optativa, sino descriptiva, en O:

«En la realización de la individualidad se halla también la necesaria realización de aquella comunidad de personas de la cual el individuo es un miembro; y, a la inversa, el agente que debidamente satisface a la comunidad en la cual participa, por esta misma

conducta se satisface a sí misma» '6'.

La dificultad que se nos presenta para aceptar el "postulado ético" radica en que Dewey no sostiene que el agente deba o pueda satisfacerse a sí mismo cuando satisface a la comunidad, sino que de hecho lo hace; ya en E mantuvo Dewey que la consideración del yo y la consideración de los demás son variaciones secundarias del interés "normal"; del interés por el grupo social. En esta comprometida descripción de la realidad consiste el postulado, el cual es un corolario de la transición ética individuo / sociedad: la medida del valor corresponde a la integración de individuo y ambiente, notoriamente al ambiente social.

Pero insisto en que no se ve cómo el común de las gentes puede garantizar que mi acción ha sido la mejor de las posibles. El "espejo social" en que miramos el resultado de nuestro comportamiento nos sirve de hecho como orientación en nuestras acciones, pero en este punto nos interesa hallar el elemento normativo de la opinión pública, junto a una especificación de los casos en que el investigador ha de tomarla como criterio práctico sin sentirse ilícitamente presionado por las normas sociales.

Gouinlock asegura que los valores inicialmente diversos "se" integran en un proceso inclusivo de individuo y ambiente; entonces las potencialidades del individuo se «liberan y completan» '7' en la experiencia consumatoria, una experiencia orgánica que unifica hombre y naturaleza.

Para ello es preciso un conocimiento de la naturaleza y del hombre, y que las personas cooperen y actúen concertadas.

Para la experiencia consumatoria hace falta una cooperación inteligente, y esto nos lleva al ideal de la democracia: la idea de democracia creativa sería la reconstrucción inteligente de los aspectos más ricos de la interacción humana. Una unificación de valores a escala social.

La creencia deweyana en unos valores básicos ampliamente compartidos, con el valor de lo social en cabeza, es lo que ha llamado Stevenson ^(e) la fe en un "orden moral del mundo", y presenta a nuestro juicio serios inconvenientes: orilla problemas morales de tanta raigambre histórica como el de las decisiones existenciales, los conflictos internos, el egoísmo y el altruísmo, el individualismo, etc., dándolos por superados merced al postulado ético. Sólo desde la perspectiva transicionista puede compartirse esta creencia acerca del mundo, que afecta radicalmente al problema valorado / valorable, como veremos en su momento. La confianza en que el sentido común se ocupa de hecho principalmente en el bien y la armonía de la comunidad, y sólo secundariamente de los intereses personales, implica, no sólo la negación de nuestras percepciones diarias -lo cual es un asunto empírico- sino y sobre todo la imposibilidad teórica de que dos individuos con actitudes diferentes, que hayan llevado a cabo una investigación en toda regla, siguiendo un mismo método deliberativo aceptado por ambos, y en posesión de toda la información posible,

decidan acciones fundadas en valores básicos diferentes y hasta opuestos, es decir, entren en conflicto ético.

La disonancia de la intersubjetividad científica, que no depende de ningún postulado, respecto a la pretendida intersubjetividad ética, que depende del un postulado ético ampliado al "postulado del orden moral", es evidente. Este segundo inconveniente lleva directamente al problema valorado / valorable.

IV.13.3 El modelo homeostático

Si tomamos la satisfacción, aún compartida, como prueba de que un fin en perspectiva ha cumplido la misión que se esperaba de él, ¿no volvemos al ideal homeostático de un estado previo de satisfacción bloqueado, y que, modificado por la investigación, quiere disolverse con un fin a la vista que retorne al punto inicial?

La respuesta es negativa. Para Dewey, al alcanzar la experiencia consumatoria no se vuelve al punto de partida, sino que el punto de encuentro entre organismo y ambiente es nuevo, en virtud de la unicidad de toda situación. Sin embargo, parece claro al mismo tiempo que en un cierto sentido la experiencia consumatoria es una reformulación del estado previo, cuya vivencia afectiva es formalmente idéntica, sólo que distinta en la medida en que se adapta a las nuevas circunstancias.

Hay, a mi juicio, dos líneas doctrinales que impiden la

aplicación del método científico a los problemas morales, al interponerse el modelo homeostático del "acto" entre ellas:

A) Se da un desajuste entre la subjetividad del acto orgánico, que introduce al individuo como único agente de la valoración, y la objetividad de las investigaciones positivas. Esa disonancia se expresa en el contraejemplo de Russell, según el cual se pide a un deweyano que numere un mazo de cartas, y éste se pone a ordenarlas con el fin de transformar el mazo en una relación más satisfactoria:

«Excepto sobre la base de una metafísica hegeliana inconsciente, no veo por qué habría de esperarse que la investigación acabara en 'todos unificados'» ⁽⁹⁾.

Si bien aceptar el encargo de numerar un mazo de cartas no es precisamente lo mismo que emprender una investigación, el fondo de la crítica russelliana consiste en que, desde el punto de vista meramente científico, el logro de una unificación de los elementos diseminados no es el propósito primario al formular una hipótesis, y es perfectamente posible concluir una investigación con una verdad desazonante ⁽¹⁰⁾.

B) Se da un desajuste entre la doctrina del crecimiento continuo, que es progresiva, y la doctrina homeostática de las fases del acto, que es conservadora. Esta última se manifiesta en la importancia de la experiencia consumatoria, que es un momento de plenitud y cumplimiento, más allá del cual cesa la dirección que antes tenían nuestras acciones,

así como en la discreción de las historias, que tienen una cualidad "estética" de unidad en su final.

IV.13.4 Conclusiones al acto valorativo

Al buscar el contenido de la prueba deweyana, hemos topado con sus limitaciones. Cuando un deweyano como Gouinlock afirma:

«Claramente, las hipótesis acerca de condiciones y consecuencias de instituciones y prácticas están abiertas a prueba experimental» ⁽¹¹⁾.

está reiterando una ambigüedad ya inadmisible en Dewey: si se entiende por consecuencia la de que el médico curará tus heridas o la de que los espectadores no se quemarán, entonces sí se da una prueba experimental de la hipótesis y de la predicción. Pero si se entiende por consecuencia la satisfacción consumatoria derivable de esos estados de cosas predichos, entonces no está abierta a prueba experimental en el sentido de las ciencias naturales, porque el criterio de la prueba es ambiguo. Hemos concluído que ni la satisfacción subjetiva ni la satisfacción del medio, principalmente social, cada una por su parte, nos proporcionan un contenido mínimo equivalente al de las ciencias naturales. Y suponer que se halla en el continuo "transicional" deweyano, como orgánico-ambiental, sólo es aceptable si aceptamos a la vez el programa de la superación de los dualismos, y sobre todo

del dualismo individuo / sociedad, mediante el postulado ético y la fe en el orden moral.

Asimismo, el criterio de continuidad de la experiencia consumatoria se concibe como no criticable en tanto resultado de la investigación, en la medida en que se trata de una experiencia cualitativa. Partiendo de que la experiencia consumatoria procede de un "acto" serial y sólo de ese acto, inquiere Gouinlock:

«Si las predicciones no se extienden más allá de la resolución de la situación, ¿cómo puede ser juzgada la propia resolución? ¿No deberían los valores consumatorios ser criticados como condición de eventos posteriores, o están de alguna manera exentos de evaluación?

Hay un sentido en el que la experiencia consumatoria, según Dewey, está exenta de crítica (...)) «12»

y unas páginas antes

«La experiencia consumatoria no presenta problemas; es la resolución de los problemas» «13».

lo cual significa que la experiencia consumatoria justifica o desautoriza una sola predicción, aquella de la cual procede, en un acto perfectamente individualizado y contextual. Si se ponen en duda los elementos que conforman esa experiencia, será en una situación posterior en que entrarán como nuevas condiciones iniciales de una nueva situación problemática, porque lo que hacemos al iniciar una

deliberación es intentar lograr una experiencia de valor consumatorio. Lo menos que podemos decir es que esta situación de punto final de un acto biológico contrasta fuertemente con la comprobación de una hipótesis científica.

Por otra parte, no hay un contenido determinable antes de la investigación, sino que todo el proceso de elaboración del complejo fines-medios conducente al establecimiento de fines en perspectiva ha de comprobarse en la medida en que se experimenta que esos fines "funcionan" en la práctica, una experiencia de continuidad más allá de las palabras.

La posibilidad de una ética científica se desvanece con estas críticas, pues la asimetría entre ciencia y ética, incluso con el rango generoso que les atribuye Dewey, ha resultado demasiado aguda. Epígonos de Dewey como Bernstein o Gouinlock han sugerido que no era la constitución de una ciencia de la ética lo que Dewey pretendía, pero la profusión de declaraciones de Dewey al respecto ¹⁴ desaloja toda posible duda sobre su intención última.

Hemos detallado los problemas que, a nuestro juicio, limitan el éxito de la teoría científica de la valoración, y que se siguen tanto de la peculiaridad de la materia ética como de la noción biológica de acto. Vamos ahora a determinar qué entiende Dewey por valor, y a calibrar si es posible, partiendo de un concepto menos fuerte que el de "científico", establecer un valor simplemente "cognitivo" que permita la transición entre valorado y valorable.

NOTAS

- (1) HNC, O.C. / MW 14: 146.
- (2) Dewey había utilizado anteriormente "goce" (*enjoyment*) para cubrir la misma función que en los últimos escritos sobre el valor cubren "cumplimiento" (*fulfillment*) o "satisfacción" (*satisfaction*). Para mayor detalle, véase Harold N. Lee, "Dewey and the Behavioral Theory of Meaning", p. 58.
- (3) Deledalle, G., L'idée d'expérience..., p. 460-461.
- (4) Morton White, en Pragmatism and the American Mind, p. 54 critica el experimentalismo ético desde otro punto de vista, pero con el mismo fondo de inatinencia metodológica, y refiere que ya Stuart Mill, en A System of Logic, propuso el método abstracto-deductivo como única alternativa al experimentalismo cuando se trataban problemas de orden práctico.
- (5) Gouinlock, J., "Dewey's Theory of Moral Deliberation", p. 220.
- (6) O, Greenwood Press, Nueva York, p. 131.
- (7) Gouinlock, J., The Moral Writings of John Dewey, xx.
- (8) Stevenson, "Introduction", O.C. / MW 5: xxvii.
- (9) Russell, B., "A History of Western Philosophy", p. 778.
- (10) El desajuste entre la dinámica de impulsos y hábitos y la dinámica de la investigación científica organizada es señalada desde otro ángulo diferente en Scheffler, I, Four Pragmatists: A critical Introduction to Pierce, James and Dewey, en las pp. 225 y ss.
- (11) Gouinlock, J., John Dewey's Philosophy of Value, p. 324.
- (12) *idem*, p. 315.
- (13) *idem*, p. 300.
- (14) Vid. citas de los capítulos IV.1 y IV.2.

IV.14. EL VALOR.

Puede parecer decepcionante haber recorrido un camino tan largo para terminar restringiendo tan severamente el alcance de la propuesta "ética científica".

Debemos asentar sin embargo que, a pesar de la frecuencia con que Dewey reclama para su teoría de la valoración un grado de confiabilidad y garantía empíricas semejante a la de las ciencias experimentales, lo único estrictamente científico en la ética deweyana es el procedimiento. Dicho de otra manera, lo que convierte un bien en valor es la razonabilidad del método.

Y dicho, aún mejor, por el propio Dewey: «Los valores son bienes razonables» ⁽¹⁾. Que el método en sí alcance el rango de elemento criterial de valor es un resultado de

- a) la insistencia deweyana en el método mismo como garantía de validez de un enunciado
- b) la condición de que ha de producirse un "esfuerzo" para la consecución efectiva del placer valioso.
- c) la idea de que no hay ningún valor en sí mismo, y
- d) finalmente la analogía entre el método inteligente y el método social de la democracia.

Abandonado el programa de construcción de una ética científica, por las dificultades reseñadas en los aspectos de predicción y prueba, debemos volver la vista hacia las excelencias del método a la hora de mantener un control de las

valoraciones ⁽²⁾. ¿En qué sentido? En el sentido de que el método permite proponer como valor aquella consecuencia individual y públicamente aceptada ("integrada") de un acto emprendido en pro de la conservación o ampliación de nuestros bienes, siempre que se siga de una deliberación inteligente y respete ciertos fines generales como los de interés público o crecimiento. Es la garantía de la deliberación la que nos permite pasar de una investigación a la siguiente con una mayor garantía de fines y principios.

IV.14.1 Las dos caras del valor

Ya hemos asentado que los valores son en un principio "lo que son", es decir, cualidades eventuales de ciertos objetos de aprecio. Esos bienes iniciales son inestables, variables como las nubes y no predicables. En la medida en que no los juzgamos porque no ha habido ocasión, esos valores valen todos por igual y son incomparables. Esta es la noción "cruda" de valor que aparece en la situación indeterminada.

La segunda noción del valor lo define como la propiedad de aquel bien que, a través de la investigación, se ha hecho más seguro e integrado: el "bien razonable". Así, en QC ⁽³⁾ los valores se definen como «goces que son las consecuencias de acciones inteligentes». Si hay una diferencia entre cosas gozadas y cosas gozables, radica en el procedimiento por el que

se alcanzan unas y otras. Podríamos decir que el valor, y a su vez el criterio por el que un valor aparente deviene genuino, reside en que el primero es un valor *ex ante* y ayuno de método, y el segundo es un valor *ex post* y producido por el método, sobre todo en lo que respecta a la "regulación" de los goces.

Así pues, el valor tiene dos, y sólo dos caras: la de su inmediatez, y la mediada por la crítica en una investigación inteligente.

IV.14.2 El método inteligente como criterio de la valoración

La doctrina del gusto (*taste*) defendida en TV y en EN mantiene que hay un cierto "paladar" en el juicio de las costumbres, sobre la misma base que un catador de vinos ha desarrollado un paladar para los caldos: por medio de la comparación y de la experiencia dirigida. En cualquier disciplina, la crítica sobre los eventos, más que la vivencia fenomenológica de los mismos, es la que da sabiduría:

«Si un hombre cree en fantasmas, demonios, milagros, adivinos (...) [éstos] son bienes inmediatos para él, exactamente (...) como la dueña de su corazón es encantadora. Pero cuando la cuestión alcanza al valor "real" del objeto de creencia, la apelación es a la crítica, a la inteligencia. Y el tribunal de apelación decide según la ley de condiciones y consecuencias»
(4).

El intelectualismo moral que destilan estas palabras implica que el bien consumatorio se diferencia del bien espurio fundamentalmente en que es fruto del examen y la crítica. La garantía del valor, pues, tiene su primera condición en el uso de procedimientos inteligentes. Valga como prueba la siguiente:

«el goce deviene un valor cuando descubrimos las relaciones de las que depende su presencia» ⁽⁵⁾

El sentido criterial del propio método, cuando lo tomamos en un sentido amplio (en el sentido de método inteligente, de "reflexión" que conduce a un "juicio desapasionado" ⁽⁶⁾ o de crítica, no ya en el de método científico) es aquí diáfano.

Se repite en la última cita la distinción entre experiencia cruda (*gross*) y refinada (*refined*); a la primera corresponden los objetos primarios, y las cualidades, propias de la metafísica; a la segunda corresponden la experiencia secundaria, y las relaciones, propias de la ciencia. En este sentido residual y programático podemos afirmar que la científicidad de la ética deweyana se reduce al uso del método y a la afirmación del intelectualismo moral, el cual mantiene que el valor de una cosa depende de la mejoría que introduce el conocimiento de las relaciones en las cualidades de la cosa sobre el mero dejarse llevar por esas cualidades ⁽⁷⁾.

De ahí la dificultad de entender que el carácter ocultamente hipotético del juicio de valor: "deberías ir al médico (si quieres conservar la salud)", no sólo no representa un desenmascaramiento del juicio de valor deweyano, sino que es consecuencia necesaria de la relacionalidad del propio juicio: partimos de un mundo de bienes, condiciones y consecuencias previsibles, y al asignar valor a un curso de acción o a un objeto estamos, no proclamando la hegemonía de un valor intrínseco o inmediato sobre otros valores igualmente cualitativos, sino mediando críticamente en la resolución de obstáculos suscitados por la conexión de ciertas cualidades incompatibles. Sólo así se entiende la afirmación deweyana de que la reflexión es el único bien intrínseco.

En cierta ocasión, estableciendo los valores hacia los que debe dirigirse la educación, y rechazando preliminarmente los valores "sustanciales", Dewey menciona en primer lugar «la competencia ejecutiva en la administración de los recursos y obstáculos encontrados (eficiencia)» ⁽²⁾, competencia que nosotros podemos caracterizar como la virtud metodológica de tratar una situación en la manera más "eficaz", "consumatoria" o "satisfactoria" entre las presentadas al tribunal imaginario.

Además de la eficiencia, y junto al gusto estético cultivado, Dewey propone los valores de la sociabilidad y, derivados de éste, el interés por el compañerismo y la sensibilidad ante los derechos y reclamaciones de los otros. Termina diciendo:

«Y si bien todas estas consideraciones no son normas (*standards*) de valor, son criterios útiles para el examen, la crítica y la mejor organización de los métodos existentes y las materias de instrucción» ⁽⁹⁾.

Declina Dewey la responsabilidad de estatuir principios o normas para toda acción, y se limita aplicar criterios amplios derivados de la metafísica transicional (crecimiento y sociabilidad, principalmente) apoyando un método empírico que proporcione garantías formales en la deliberación. Es la aplicación del método a los bienes inmediatos lo que nos convierte en personas progresivamente menos dogmáticas y más competentes: en EN sólo con el juicio crítico llega «la conciencia a la moral, el gusto a las bellas artes y la convicción a las creencias» ⁽¹⁰⁾ y la reflexión misma se convierte en un "bien intrínseco" donde coinciden el bien aparente y el real ⁽¹¹⁾, reafirmando a la propia filosofía en su misión de "crítica de la crítica".

En conclusión, el método inteligente permite manejar de la mejor manera posible todas las variables que componen un problema moral, no garantizando ningún resultado "material". Y si bien es cierto que el método limitado por esos principios generales de interés público y crecimiento no constituye prueba en el sentido de las ciencias naturales, sí representa al menos un criterio estable del valor de los juicios ⁽¹²⁾.

Dewey estima que las alternativas a considerar los valores

como resultado del método son más bien desalentadoras:

«Si está ausente el método inteligente, no lo están el prejuicio, la presión de la circunstancia inmediata, el interés propio y el de clase, los usos tradicionales, las instituciones de origen histórico accidental, y tienden a tomar el lugar de la inteligencia» ⁽¹³⁾.

De manera que, o bien deliberamos tomando en cuenta causas, significados compartidos y consecuencias, o bien un ejército de instancias que tradicionalmente han ocupado el lugar de jueces inapelables dictando sentencias irrevocables volverán a hacerlo. Con la sumisión a estas fuerzas "ciegas", perdemos el control de la situación y de nosotros mismos.

Opera aquí un racionalismo moral "ilustrado" que pretende liberar al hombre del yugo de las tradiciones impuestas, valiéndose de una disyuntiva tan reduccionista como atractiva.

La disyuntiva opone el método que permite alcanzar control y previsión sobre el medio, y el confusionismo -en bruto o disfrazado de certeza interior- subjetivo, que conduce a la sumisión al accidente. La disyuntiva debe saldarse con la decisión activa de someter los bienes a prueba en la vida comunitaria, y optar por la resolución intersubjetiva de los problemas por medio del pacto y el compromiso. Esta opción recuerda la toma colegiada de decisiones políticas propia de la democracia, en que se supone a la vez una fuerte base de interés común y un gran recelo frente al valor sustancial de

las convicciones de las partes (sean élites, clases o individuos) implicadas.

Nuevamente vuelve una conclusión de la estrategia transicional negativa, la de la perentoriedad, a jugar en favor de la complementación de deseado y deseable: a menos que lo deseable surga naturalmente de la aplicación activa de un método inteligente y unos criterios naturalistas a lo deseado, nos encontramos "invadidos" por supuestos deseables auspiciados por instancias no racionales, frecuentemente enmascarando intereses inconfesados, las cuales se valen de nuestra pasividad o desidia para reinstaurar el fatalismo en nuestras vidas. Y de nuevo la única salida es aplicar el pensamiento a la acción, poniendo en marcha los medios ejecutivos con el fin de alcanzar el fin propuesto por el análisis de la situación.

IV.14.3 Críticas al formalismo del método

Las críticas a este formalismo procedimental van en la dirección esencialista de que si no consideramos ciertas actitudes como intrínsecamente buenas -o malas-, un cúmulo de serias dificultades amenazan la teoría ética. Por ejemplo, para Gewirth (15) la constitución del método en criterio no podría impedir la justificación de un acto sádico, pues el sádico, que experimenta placer haciendo daño a personas inocentes, podría rechazar toda norma instrumentalista que pretendiera medir las

consecuencias de sus actos. En la idea de Gewirth el argumento de timbre utilitarista de que un comportamiento sádico haría daño a personas que no lo merecen no sería probatorio para el sádico, a quien precisamente lo que le proporciona más placer es hacer daño a personas que *no* lo merecen. Dewey no puede mostrar que, cuando las consecuencias de un goce incluyen un aumento de sufrimiento ajeno, el valor del goce se elimina, y se convierte en un disvalor moral. En consecuencia, la definición deweyana de los valores como «goces que son las consecuencias de acciones inteligentes» podría conceder valor genuino a un acto sádico.

El error de Gewirth está en su concepción de un yo particular, el cual en Dewey se reduce a una forma morbosa y parasitaria del yo social, que es el sano y fértil; la satisfacción del goce sádico es una satisfacción seccionada y no extensa (por lo tanto, no inteligente) con la que no se puede contar para un análisis descriptivo. Montoya Sáenz apunta lo que pudiera ser una respuesta a Gewirth en este punto:

«(...) Pero este proceso de integración y unificación no puede entenderse como un proceso autónomo del individuo aislado. La integración de intereses que se da en el criminal perfecto, en quien todas las potencialidades están puestas al servicio del delito, no es de ninguna manera un proceso moral. En la medida en que esa integración se pone al servicio del egoísmo (...) implica no sólo una corrupción moral, sino una corrupción de la misma personalidad» (16).

Sin embargo, puede servirnos el ejemplo de Gewirth en el sentido de que, si seguimos exclusivamente el criterio del método, no se ve qué argumento podríamos ofrecer al sádico en apoyo de nuestra convicción de que su placer no es bueno.

Emprendamos nosotros una crítica más central, tomando el ejemplo de TV del incendio en un local. Es claro que la acción más valiosa será la que unifique la situación futura; en este caso, teniendo en cuenta el valor de la vida para el sentido común, será más valiosa la acción que salve a los espectadores del peligro, permitiéndoles retornar a la situación inicial. Y también es claro que en una situación de emergencia la actitud de "usar la cabeza" es, en general, más efectiva que la de "dejarse llevar por el corazón". Pero cuando no está en juego un valor tan universal como la vida '17', ¿quién decide la línea de acción más valiosa "teniendo en cuenta los hechos"?

En resumen, y tal como viene formulada en cuanto a su prueba y a su criterio, la teoría de la valoración deweyana es claramente defectiva. Quiero expresar con "defectiva" la idea de que, resolviendo aquellos casos en que el fin está dado de antemano y es generalmente compartido, no da indicación alguna para resolver precisamente el tipo de casos que nos interesaría preferentemente resolver, a saber, aquellos en que los fines no son compartidos por distintas personas, o en que los fines son conflictivos en una sola persona; es defectiva en el campo de

los conflictos morales que nacen de actitudes a la vez opuestas y legítimas.

A la acusación de que el método deweyano funciona cuando ya se dispone de una norma, pero no cuando se carece de ella, contestaría Dewey con la acusación de que reincidimos en la dicotomía fines / medios ⁽¹²⁾; en realidad, diría, la salud es un standard o un fin dado, pero la única forma de saber si en realidad "merece la pena" dejar de fumar en pro de la salud consiste en poner a prueba el placer de fumar, o bien observar los efectos del tabaquismo en la salud de otro. Es posible que tras una prueba de este tipo lleguemos a la conclusión de Anthony Burgess: uno ha de hacer aquello que le gusta, y después pagar por ello. Pero en todo caso habría que realizar el experimento. La salud funciona, como hemos indicado en otro lugar, como un fin o valor que forma, con muchos otros, el telón de fondo de la decisión, siendo un "fin inconmesurable" que se acepta sin preguntas y sólo en casos excepcionales -cuando es objeto de una investigación-, se cuestiona.

Sin embargo, y aún aceptando la relatividad de los fines, lo cierto es que el método inteligente no nos ofrece ninguna indicación que nos permita resolver los conflictos morales en el mismo sentido en que se resuelven los conflictos teóricos.

Acerca de los conflictos morales Dewey extiende un manto de silencio reticente. Lo único que cabría hacer aquí es repetir que para él

- a) este tipo de conflictos es poco significativo;
- b) no ganamos nada con insistir en las fuerzas irreductibles de los factores del conflicto, y ganamos mucho con insistir en el esfuerzo activo por alcanzar acuerdos;
- c) la base universal de los impulsos y deseos (el "orden moral del mundo") es lo bastante amplia como para que podamos esperar de diferentes investigaciones sobre un mismo tema que alcancen conclusiones semejantes. Mediante el postulado del orden moral, los "fines inconmensurables" compartidos son más, y más importantes, de lo que creemos.

IV.14.4 Contextualismo situacional del valor

La última nota del valor deweyano es su contextualismo.

Fuera del proceso específico en que se encuentran, los valores carecen de sentido; son, en expresión de Smith (19) "intrínsecos" a cada situación y no exportables a ninguna otra.

Si los valores son iniciales, carecen de relacionalidad, pues se perciben como cualidades intrínsecas; y si son tasados en la investigación, se permean de todas las notas específicas de la situación en que se hallan. En ambos casos, pero sobre todo en el segundo -que es el efectivo- no hay ninguna cualidad intrínseca al objeto o acontecimiento valioso. Por eso Dewey prefiere nombrar su teoría como "teoría de la valoración" en vez de "teoría del valor". El valor unificado es el resultado

eventual de una situación compleja, con aspectos biológicos, fisiológicos, psicológicos y culturales, y que no puede en ningún caso reducirse a una "cualidad" de ciertas experiencias privilegiadas. Esto significa que, como piensa Hume de la justicia, el valor sólo puede manifestarse en el trasiego de una disputa, y no hay referente que corresponda a la palabra "valor" si lo desconectamos de una situación concreta.

También implica un relativismo moderado del valor, pues hay que tener en cuenta para su cualificación un gran número de condiciones que la conforman: origen, hábito en el que se inserta, función que desempeña en ese momento, etc. Ese relativismo es, obviamente, el que hace del procedimiento la base más fiable en la resolución de problemas morales.

En este punto alcanzamos una pregunta crucial. Si no hay valores en absoluto, sino funciones eventuales en un proceso orgánico; si no se dan bienes esenciales, sino bienes que situacionalmente "se" sienten consumatorios y restablecedores de la continuidad, cuya única condición específica es la de haber sido transformados por un método inteligente, ¿en qué consiste la "objetividad" deweyana del valor que da origen a la controversia valorado / valorable? ¿En qué consiste la cognitividad del juicio de valor?

NOTAS

- (1) EN, O.C. / LW 1: 300.
- (2) Por cierto, ¿y si no queremos? es una pregunta perfectamente válida en este contexto, que sólo tiene una respuesta: si no queremos un control subjetivo e intersubjetivo sobre las valoraciones, el proyecto de la ética empírica carece de sentido. Pero en Dewey el del control de la experiencia es un imperativo antropológico procedente de la segunda estrategia detallada en la parte II.
- (3) QC, O.C. / LW 4: 207.
- (4) EN, O.C. / LW 1: 303.
- (5) QC, O.C. / LW 4: 207.
- (6) Como aparece, por ejemplo, en EN, O.C. / LW 1: 303.
- (7) Por supuesto, es posible criticar a Dewey si se estima que los valores están previamente constituidos, y que el juicio de valor no juega ningún papel constitutivo, sino meramente "expresivo" o racionalizador, como en el caso de Prall: véase Prall, David Wight. "A Study in the Theory of Value" (y réplica de Dewey en O.C. / MW 13: 8 y ss.), quien afirma en la página 216 de su artículo que el juicio es una «afirmación *post facto* en términos racionales de impresiones, es decir, de actitudes afectivo motoras», lo cual supone una crítica al racionalismo moral "creador" de valores, un racionalismo irrenunciable para Dewey, porque es el único que permite la variación deliberada y experimental de las condiciones.
- (8) DE, p. 243.
- (9) idem. p. 244.
- (10) EN, O.C. / LW 1: 300.
- (11) idem, p. 304.
- (12) Deledalle, en L'idée d'expérience..., pp. 460-461, atribuye el mismo relativismo a Dewey: no hay ninguna cualidad inherente a la acción que la haga buena en absoluto, y sí una excelencia relativa dependiente de la aplicación del método.
- (13) QC, O.C. / LW 4: 211-2.
- (14) TV, p. 58.
- (15) Gewirth, "Ethics", pp. 976-998.
- (16) Montoya Sáenz, J., "La ética del pragmatismo", p. 564.
- (17) En otras ocasiones -vid. TV, p. 22- Dewey pone como ejemplo de consenso la construcción de un puente, problema de ingeniería cuyas soluciones son compartidas porque el valor que se asigna a la mejora de las comunicaciones es también ampliamente compartido.
- (18) Remitimos al parágrafo IV.9.3., dedicado a los fines y los medios.
- (19) Smith, T.V., "Dewey's Theory of Value", p. 346.



IV.15. LA OBJETIVIDAD DEL VALOR.

Una vez delimitado el valor a una propiedad eventual determinable mediante la aplicación del método científico a una situación específica, pero carente de un procedimiento unívoco e inteligible para su contrastación empírica, podemos rechazar la pretensión cientifista deweyana. Sin embargo de lo cual podemos asignar un nuevo grado de objetividad real al juicio de valor deweyano: el juicio de valor es objetivo porque se presenta como la conclusión de una investigación sobre condiciones y consecuencias de objetos experimentados. En este capítulo apuntamos, partiendo de los supuestos deweyanos, la posibilidad de la ética sustantiva y la significatividad de sus proposiciones.

La idea de una ética empírica compuesta de juicios de valor con cualidades *de facto* prevé la superación del dualismo que separaba al intelecto del valor, asignando a los objetos de valor la no-intelectividad, y a los objetos del intelecto la no-valorabilidad.

IV.15.1. Objetividad del juicio de valor.

IV.15.1.1 La facticidad del juicio de valor y la "prueba por negación"

Contamos con la evidencia social de que la determinación del valor en asuntos importantes se realiza por todo tipo de

medios, en una práctica común establecida por factores de azar histórico, de hábito individual y práctica comunitaria, que carecen de recursos para tratar sus conflictos:

«Me limito a señalar que en la actualidad serias diferencias en el valorar son tratadas de hecho como susceptibles de acuerdo sólo con el recurso a la fuerza (...). Este es el caso del recurso a la guerra entre naciones, y (...) en disputas domésticas entre grupos y en conflicto entre clases» '1'.

Negarse al tratamiento inteligente -experimental y social- de las decisiones equivale de hecho a claudicar ante las diversas formas de la tradición y del hábito.

Ante la amenaza del convencionalismo, hay que discriminar la orientación del juicio de valor por medio de la investigación: en un conflicto real, se puede decidir con mayor o menor fundamento -vale decir, mejor o peor-, y la única forma efectiva de controlar la decisión es analizar condiciones y consecuencias -incluidas las sociales- que pueden poner de acuerdo a los litigantes. De lo contrario, lo que decidimos al no decidir inteligentemente es "dejarnos llevar" por las circunstancias. Veamos, por ejemplo, TV:

«Las valoraciones existen de hecho y son susceptibles de observación empírica puesto que las proposiciones acerca de ellas son empíricamente verificables. Lo que los individuos y grupos quieren o aprecian y las razones por las cuales las aprecian son susceptibles, en principio, de averiguación (*ascertainment*), no importa cuán grandes sean las dificultades prácticas para ello. Pero, en general, en el pasado los valores fueron determinados por los hábitos, que han sido después elogiados a causa de que favorecen ciertos intereses especiales (...) Los seres humanos están

continuamente implicados en valoraciones» (2)

Si bien he de reiterar aquí mi reserva acerca de la verificabilidad de las proposiciones valorativas, el mensaje contextualista me parece irreprochable: en nuestra conducta estamos ya de hecho mediatizados por valores existentes, y nosotros añadiríamos: no sólo mediatizados por valores, sino inmersos en todo tipo de actividades que dependen de esos valores; pues bien, en la medida en que tales valores se producen sin reflexión ni examen de consecuencias sociales, son valores estructuralmente problemáticos. Lo que Dewey propone aquí, y en este aspecto minimalista hemos de coincidir con él, es la oportunidad de someterlos a examen intersubjetivo, independientemente de cuáles sean los criterios empleados para ello. En síntesis, diríamos que los juicios de valor se formulan de hecho en todas partes y en todo momento -o, como diría Dewey, forman parte de la naturaleza-, porque el juicio de valor es sólo la parte decisiva de las valoraciones, las cuales se emprenden en cuanto hay conducta reflexiva: «Toda conducta que no sea simplemente impulsiva o mecánicamente rutinaria parece implicar valoraciones» (3). La idea de que el agente moral delibera en un *topos ouranios*, fuera del ambiente social y en un lenguaje ahistórico, queda fuera de la perspectiva de un Dewey que asume las enseñanzas de Mead. Remitimos nuevamente a la teoría del espectador, según la cual el sujeto establece su teorizar, siquiera sea como posibilidad

trascendente, "fuera de" la trama lingüística y valorativa de la comunidad natural en la que se ha formado. En realidad sólo nos queda, ya inmersos como agentes morales en las transacciones de un lenguaje valorativo, hacer valer nuestro interés y discernimiento dentro de los límites de ese mismo lenguaje: convertirnos en hablantes responsables. Puesto que no está en nuestra mano mantenernos al margen de las valoraciones, intervengamos en las mejores condiciones.

He aquí, sumariamente expuesta, la conclusión: una vez desalojada la ilusión científicista de la contrastación de bienes, lo que resulta pertinente en Dewey es su naturalismo aplicado a la ética empírica como alternativa a formas ineficaces en el control moral y social de la conducta.

Hasta aquí la que podríamos llamar la "prueba negativa" de la objetividad del valor, fuertemente asociada a la perentoriedad y al contextualismo del juicio práctico: para Dewey, allí donde hay problemas, estamos obligados a elegir.

Pero la elección no se basa, como en el existencialismo, sólo en cuestiones últimas e imperativos morales, sino también en los elementos fácticos de los juicios instrumentales, cooperativos (juicios de hecho que ayudan a la toma de decisiones), y generales (de relaciones).

IV.15.1.2 Consecuencias inaceptables del no-cognitvismo.

En el análisis de la posición emotivista sobre los valores, Dewey suele establecer las consecuencias estimadas

de esta posición, para la cual las divergencias morales son irresolubles y proceden de hechos últimos no modificables.

Esas consecuencias van desde el dogmatismo y la justificación de cualquier conducta impositiva en base a la supuesta irreductibilidad de los valores últimos, hasta la práctica habitual de la guerra como último paso de la diplomacia. Este es un argumento del tipo "tu quoque", de indudable eficacia social y política que para muchos estará fuera de lugar, pero que en Dewey resulta coherente con su posición de compromiso social y de relevancia etiológica de la práctica social. Si la idea de que es posible llegar a acuerdos sobre la materia polémica en disputa puede llevar a una disminución de la hostilidad social y política, la teoría de la insolubilidad última de las actitudes o valoraciones tiene un argumento consecuencialista en contra.

Si nada hay que modificar, investigar ni resolver en un conflicto de valores, la capacidad de maniobra de los hombres se reduce al mínimo, y retorna a la condición miserable de sus orígenes. Si el no-cognitivismo es cierto, a) en los conflictos nos topamos con voluntades opuestas que nada tienen que decirse y que se niegan a una discusión.

Sin duda, éste es la última consecuencia de la diferencia entre creencias y actitudes de Stevenson. Sólo queda desentenderse de la materia del juicio moral y ver qué se puede hacer -asunto de procedimiento- para no lesionar nuestros valores, pero también para debilitar al rival.

b) reducimos el protagonismo de nuestra inteligencia al restringirla a asuntos marginales de la vida. En Dewey, la democracia es la inteligencia organizada, significando que la misma inteligencia que considera y tasa en la valoración, también considera y tasa los valores individuales a la luz de los intereses comunes, expresados abiertamente.

c) de hecho, preferimos guiarnos por la tradición o la convencionalidad en cualquiera de sus múltiples formas a establecer un control sobre nuestra propia conducta.

IV.15.2 Críticas de Dewey al emotivismo y prescriptivismo: teoría mentalista de la "expresión de emociones".

Dewey ⁴ critica tanto la pretensión emotivista de que la proposición "hiciste mal robando ese dinero" agota su significado en la equivalencia con decir "robaste ese dinero" con un tono de voz horrorizado, expresando nuestras emociones ante el hecho, como la prescriptivista que interpreta "es tu deber decir la verdad" como "Dí la verdad". En ambas, lo que rechaza Dewey es la pretensión de que al afirmar "la tolerancia es una virtud", no se estaría estableciendo una proposición, sino *exclusivamente* "mostrando" o "expresando" (*evincing*) las propias emociones -como, por ejemplo, el miedo a la lucha-.

La argumentación de Dewey pasa por una consideración genética de "mostrar (expresar) las emociones". Tomemos los llantos de un bebé. ¿Está "expresando" sus "emociones" o sus

"sentimientos"? Si creemos esto, caemos en un error típicamente dualista, como es el mentalismo. En realidad, asegura Dewey, el bebé no "expresa" nada interior. El llanto es una respuesta orgánica a una carencia, y corresponde a una "condición orgánica más amplia" «=». Pero el niño no tiene idea inicialmente de que alguien se hará cargo de su carencia, alguien a quien "expresar" lo que siente en su "interior". En esa primera fase (recuérdese que estamos bajo la teoría periférica de las emociones) lo primario es el berrinche, y no una cierta instancia fantasmal entre una actividad "interior" y el mundo "exterior". Cuando el niño alcance un estadio de desarrollo superior, podrá descubrir que el llanto produce ciertas consecuencias en la conducta de su madre. A partir de ese momento, gritará (o llorará, o gesticulará) con el fin de provocar la protección materna.

Hay una diferencia pragmática ostensible entre el grito espontáneo y el grito a propósito; pues bien, cuando el grito del niño se produce, sucede que, o bien es espontáneo (y ya hemos visto que en ese caso no expresa nada), o bien es a propósito (y en este caso tampoco expresa una emoción o sentimiento, sino que emprende un comportamiento lingüístico con el fin de producir un cambio en sus condiciones orgánicas); como se ve, la expresión supuestamente explicativa de las emociones es perfectamente inverificable y superflua en ambos casos.

Volviendo al tema de las expresiones valorativas, nos encontramos con que aquí también el recurso a "expresar"

"sentimientos" o "emociones" conduce a un problema que sólo se puede describir apelando a la inspección privada. Las pretensiones de los emotivistas se reducen a la existencia de actividades orgánicas que «evocan ciertas respuestas de otros y que pueden ser empleadas con la intención de evocarlas» «e», y también a que «las expresiones de valor tienen que ver o están implicadas en las relaciones comportamentales entre las personas» «7». Si bien Dewey no lo afirma en ningún momento, parece insinuar que el hecho de valerse de las expresiones de valor para influir en la conducta de otras personas no es una prueba en contra (tampoco a favor, pero lo atinente aquí es que no en contra) de su valor cognitivo y hasta empírico.

En el ejemplo del incendio, el hecho de gritar "¡Fuego!" o "¡Ayuda!" delata el intento de influir en la conducta de los otros, sin que ese intento diga nada en contra de la oportunidad de prestar ayuda o de huir. En su contexto observable el grito de ayuda se puede analizar en tres proposiciones que se refieren a cosas observables y se pueden probar por evidencia empírica:

«(i) que se da una situación que tendrá consecuencias perjudiciales; (ii) que la persona que emite las expresiones es incapaz de afrontar la situación; y (iii) que se anticipa una situación mejorada en caso de que se obtenga la ayuda de otras personas» «e».

Y del análisis de las proposiciones surge el juicio de valor:

«Observaciones previas pueden justificar (substantiate) la conclusión de que en cualquier caso las consecuencias objeccionables son mucho menos probables si el signo lingüístico es empleado con el fin de obtener la ayuda que intenta evocar» «9».

La crítica emotivista no daña el verdadero contenido de una valoración empírica. Una expresión imperativa como "hay que ponerse a trabajar contra el fuego", (implícita en la preferencia "¡Socorro! o "¡Fuego!") puede perfectamente (y en este caso, hasta debe) pretender influir en la conducta de los demás, y a la vez estar justificada moral y empíricamente.

Aquí la significatividad de la expresión valorativa, y por tanto del juicio de valor, sale bien librada ante las objeciones del no-cognitivismo porque es a la vez descriptiva y normativa «10». En resumen, lo que Dewey pretende aquí es compatibilizar la respetabilidad intelectual de las expresiones valorativas con la (virtual) intención del emisor de influir en el receptor. Al mismo tiempo, nos da el ejemplo de un juicio de valor que es a la vez cognitivo (no prospectivamente en este caso, sino constatativamente acerca de las condiciones actuales) y normativo. Hemos llegado, pues, al problema de las cualidades *de jure* y *de facto* en un mismo juicio, con el que dimos comienzo a este estudio.

NOTAS

- (1) "Some Questions about Value", *The Journal of Philosophy*, p. 454.
- (2) *TV*, p. 58.
- (3) *idem*, p. 3. Los valores, en la medida en que satisfacen deseos e intereses, son por principio "sesgados", y si no reconocemos esto, pierden valor tanto las consecuencias como la integración y el compromiso.
Vid., p. ej., Parker, D.H., "Discussion of John Dewey's «Some Questions about Value», pp. 241-2.
- (4) *idem*, pp. 6-13.
- (5) *idem*, p. 8.
- (6) *idem*, p. 10.
- (7) *idem*, p. 11
- (8) *idem*, p. 12.
- (9) *ibidem*.
- (10) Como afirma Eames en "Introduction" a O.C. / EW, 3, xx.....

IV.16. ELEMENTOS *DE JURE* Y *DE FACTO* EN LOS JUICIOS MORALES

Hemos alcanzado el punto final en el desarrollo de la teoría valorativa deweyana, y confluimos con la transición entre ser y deber ser que encarna la controversia valorado / valorable: ¿se puede justificar un juicio de valor? ¿hay algún sentido en que una proposición pueda ser a la vez de *jure* y *de facto*, es decir, objetiva y normativa?

Ya sabemos que el juicio de valor es la parte del juicio práctico que fundamenta la decisión. Como última fase del juicio práctico, da por concluido el proceso de deliberación. El juicio de valor es, pues, imposible sin los juicios empíricos instrumentales acerca de relaciones, condiciones y consecuencias. En este capítulo, la estructura diacrónica de la investigación combina las proposiciones fácticas y valorativas en una empresa común. Esta es la transición fáctico-valorativa que "reside" en el juicio de valor, en la medida en que se basa en juicios empíricos.

Después veremos cómo se relacionan esos elementos, que dialécticamente aparecen trabados en el proceso del acto deliberativo, en un único juicio de valor.

Hemos cualificado en el capítulo anterior el valor deweyano. Para afrontar el análisis del juicio de valor en sus aspectos *de jure* y *de facto*, insertaremos antes la última dicotomía que intenta superar: la separación lógica entre juicios empíricos y morales, en la cual se condensan los problemas de la filosofía moral contemporánea.

IV.16.1 La dicotomía entre juicios morales y juicios físicos

De aceptarse la dicotomía etico-práctica entre hechos y valores, se podría afirmar que, así como los valores son no-experienciales, las proposiciones en que éstos aparecen tampoco son empíricas, y por lo tanto los procedimientos de garantía intelectual de los juicios descriptivos o "físicos" ^{'1'} no intervienen en los juicios morales.

La separación entre juicios físicos y morales dejaría a éstos con el dudoso honor de ser inmediatos e intuitivos ^{'2'} y de sustraerse por su alto rango ^{'3'} a las contingencias del mundo sublunar. Estas prerrogativas de los juicios morales tan aparentemente prometedoras significan de hecho la prohibición de ejercer sobre ellos el mínimo control moral y social ^{'4'}. Lo que significa esta separación es que no podemos realizar inferencias, ni establecer ningún tipo de relación lógica, es decir, de control intelectual, sobre los juicios de valor; como si éstos no tuvieran, además de un propósito constatativo, una función vital:.

«Un juicio meramente inmediato [se refiere al juicio moral] es (...) incapaz de rectificación intelectual o de uso intelectual. (...) las valoraciones morales proceden de una facultad separada, la conciencia, que tiene sus propios criterios y métodos no accesibles a la inspección intelectual» ^{'5'}

La importancia de la teoría del espectador y del dualismo metafísico para la constitución de una ética

meramente interna, no contaminada por la contingencia ni por el tráfico de las relaciones humanas, es evidente.

Dewey asigna a la concepción de la libertad subjetiva absoluta la causa de que percibamos el control de los juicios morales mediante las operaciones intelectuales ordinarias como lesivo para su dignidad. He aquí otra excrecencia dualista: los hechos obedecen al imperio de la causalidad, los valores al imperio de la arbitrariedad.

IV.16.2 La integración deweyana mediante la investigación

Hay dos niveles en la superación que pretende Dewey de la dicotomía *de iure / de facto*.

Un primer nivel modesto precisamente en la integración de ambos tipos de juicio en un mismo proyecto: el juicio práctico en sentido amplio. Recordemos que los juicios fácticos y los evaluativos se integran como estadios de una única investigación. Ya hemos visto en la parte III que en un mismo "acto" transformador de la situación concurren

- a) proposiciones y juicios lógicos generales,
- b) proposiciones y juicios fácticos que contribuyen a determinar el *status quaestionis*, y
- c) juicios propiamente evaluativos.

El juicio de valor se construye con constataciones de todo tipo: del gusto, de los deseos e intereses, de las condiciones, de los supuestos teóricos, etc. En este primer nivel las "proposiciones y juicios declarativos", como

califica en la L a los b), serían juicios parciales 'e', y en todo caso juicios instrumentales que desembocan en un "juicio práctico" (puesto que en Dewey toda investigación es últimamente práctica), y en un juicio práctico evaluativo cuando la investigación sea específicamente valorativa.

Un segundo nivel más ambicioso de integración se encuentra precisamente en la coordinación, *dentro de un mismo juicio*, de aspectos descriptivos y evaluativos. En este segundo nivel es donde reside el germen de las afirmaciones de QC, X. En la medida en que un juicio de valor es práctico, asume sus propiedades. En cuanto al juicio práctico, ya lo definió Dewey como aquél que atañe al cumplimiento futuro de lo que debe ser hecho '7'.

De manera que en el juicio valorativo se conjugan, como juicio práctico acerca de los *agenda*, el pronóstico de que, si se siguen ciertos pasos, la situación será mejorada, y también que la situación resultante de seguir esos pasos será *mejorada*. Reproducimos aquí, *sub specie exempli nostri*, la diferencia de énfasis que propone Dewey en el texto de la polémica como contenido de los elementos *de facto* y *de iure* en un juicio de valor. Sin duda, es la ambigüedad del término cumplimiento (*fulfillment*) la que permite esa diferencia de énfasis. El cumplimiento futuro integra en el mismo juicio dos elementos separables sólo analíticamente: a) el pronóstico de que esa situación llegará a un estado determinado, observable empíricamente: en el ejemplo del

incendio, que todos los asistentes evitarán las posibles quemaduras o estados de asfixia. Es el elemento *de facto*.

b) la valoración de que el el estado que se presenta durante el incendio como un fin a la vista, es decir, la evitación de quemaduras y asfixias, será "satisfactorio". El cumplimiento en este sentido comporta un elemento *de jure*.

El cumplimiento futuro de la situación supone la combinación de un juicio instrumental del tipo "si haces ..., entonces..." con el juicio evaluativo de que el resultado del primero será satisfactorio para la resolución del problema. En ese sentido los juicios prácticos se refieren tanto a fines como a medios. Es importante saber que el elemento *de facto* no es exactamente descriptivo, pues versa sobre el tiempo futuro, y ese estado que se predice del tiempo futuro *no se puede alcanzar sin la intervención del agente*. Diremos mejor que es cognitivo, pues el pronóstico que se sigue de la hipótesis resulta de un conocimiento lógico de relaciones y de un conocimiento empírico que funcionó eficazmente en el pasado. Pero el elemento cognitivo del juicio teórico no es más que un instrumento utilizado por un agente en la resolución de un problema práctico en un continuo de fines y medios.

En el ejemplo de la asistencia médica, "Harías bien yendo a un médico" implica el pronóstico instrumental y cognitivo de que si vas a un médico, evitarás el dolor y su causa en mayor medida que si no lo haces; ese pronóstico es confirmable o refutable comparándolo con otro tipo de

asistencia: curanderos, automedicación, etc. Pero al mismo tiempo, "harías bien yendo a un médico" también comporta la evaluación de que el cumplimiento del fin a la vista que es evitar del dolor contribuirá a un estado mejor -más integrado, ordenado, etc.- de la situación que el estado en que nos encontrábamos antes de ir al médico.

El punto central es que el juicio mismo es un factor en el cumplimiento de la situación futura; la acción que ha de realizar el sujeto, así como el desenlace de la situación, están producidos también por el factor del juicio mismo, emitido por un sujeto "en apuros" que ha de establecer una relación adecuada de fines-medios que probará su idoneidad en las consecuencias de la acción.

En líneas generales, "esta es la línea a seguir", entendida como juicio de valor y juicio práctico, contiene en sí misma dos elementos: la relación de fines-medios expresada en la proposición hipotética "si sigues esta línea, se producirán tales y tales consecuencias", y la hipótesis tentativa y evaluativa "si se producen tales consecuencias, se producirá una situación mejor de la que habíamos partido".

Como ya hemos indicado, la parte *de iure* del pronóstico es ambigua y no podemos darle carta de naturaleza "científica", como Dewey parece haber pretendido en algunos textos, pero lo que resulta no menos evidente es que en un juicio de valor, tal como lo entiende Dewey, "hay que hacer esto" no implica exclusivamente aspectos expresivos,

normativos o emotivos, sino que implica también aspectos cognitivos, relacionales y empíricos, acerca de los cuales se puede discutir, comparar y preferir racionalmente.

Cuando afirmamos "esta es la línea a seguir", podemos argumentar y razonar nuestro juicio en base precisamente a los elementos cognitivos del mismo, porque un juicio de valor incluye en sí mismo, como juicio práctico que es, proposiciones que no son valorativas: en el ejemplo del incendio, tendríamos el conocimiento de los materiales inflamables, de la psicología de masas, de las salidas reales del edificio, etc. Y esto es posible porque el juicio evaluativo es solamente la parte "decisiva" de un juicio práctico, es decir, de una valoración, es decir, de un acto en marcha. Además, y muy importante 'e', un juicio moral es inválido cuando los juicios de hecho que incluye, siquiera implícitamente, son falsos.

La forma en que Dewey hace coincidir cualidades *de jure* y cualidades *de facto* en un mismo juicio no es estática, sino dinámica, y esto sólo se puede comprender bajo la condición de que comprendamos la practicidad del juicio moral, es decir, situando al juicio moral en su lugar natural, que es menos semejante a la idea del Juicio Final que a la idea de un juicio legal, en el sentido de que el juicio moral se produce 'e' en el seno de un proceso, a lo largo del cual cosas deseadas y perfectamente fácticas son puestas en cuestión mediante el análisis de hechos y procesos empíricos, de condiciones y consecuencias.

Es en el seno del proceso investigativo, que conduce a la elección y al juicio moral, donde se produce la conversión de los bienes inmediatos en bienes "ilustrados", por decirlo así, de bienes *de facto* en bienes *de jure*.

Hemos alcanzado la conclusión de que el racionalismo moral de Dewey autoriza el paso, teniendo en cuenta la estrategia transicional, y todos los pasos positivos dados hasta aquí, de los bienes *de facto* -que son los bienes iniciales, los bienes apreciados- a los bienes *de jure* -o bienes tasados- por medio de la reflexión.

Consecuentemente, el juicio moral contiene un elemento *de facto* y un elemento *de jure*. En el capítulo X de QC es donde Dewey expone su noción de que los juicios valorativos, como "Deberías ir al médico" contiene elementos cognitivos y elementos normativos, elementos *de facto* y elementos *de jure*. Decimos que, según la razón y la experiencia disponibles, la mejor manera de conservar el bien de la salud es ir al médico. Estamos haciendo una descripción de hechos que al mismo tiempo indica un camino a tomar, sin que haya entre una y otra cosa ningún abismo lógico ni práctico.

Sólo entonces afirmamos que ir al médico es "deseable" en esa situación dada. Así pues, la noción de lo "deseable", desdoblada implícitamente en que x "es digno de ser deseado" y a la vez "ha de ser deseado", aparece como la noción clave en la que la estrategia positiva de la transición y la doctrina del valor expuesta en QC, X coinciden.

NOTAS

- (1) Respeto aquí la terminología de LC.
- (2) Vid. críticas a la inmediatez y a la intuición del valor en IV.12.2.1
- (3) Vid. críticas a los "ideales vacíos" en II.12.2.3.
- (4) LC, O.C. / MW 3: 5.
- (5) ídem, p. 6.
- (6) Vid. a este respecto, así como respecto a que el resultado de toda investigación es un "juicio práctico", Morris, Ch., The Pragmatic Movement in American Philosophy, p. 88. Por otra parte, la idea de que en un mismo juicio coinciden elementos normativos y descriptivos se remonta LC y a SLT, de 1.903; vid. un análisis de los mismos en Sleeper, R.W., The Necessity of Pragmatism, p. 173 y ss.
- (7) Vid. en relación a esto PC, concretamente el capítulo "The Practical Character of Reality", pp. 36-55 passim.
- (8) Vid., p. ej., Thayer, Meaning and Action, p. 389.
- (9) Como hemos visto en la parte IV.

IV.17 LA DESEABILIDAD.

Para emprender con garantías el análisis de la controversia valorado / valorable, se impone la cualificación del concepto de "deseabilidad" (*desirability*), que es el concepto-puente entre ambas instancias.

La deseabilidad es la propiedad objetiva de ciertos cursos específicos de acción que surge de aplicar la crítica a los bienes inmediatos. Su objetividad está contextualmente limitada y sujeta a las restricciones impuestas por los conceptos-marco de experiencia, acción y acto, así como por las pautas del método científico (con la restricción ya expuesta por nuestra parte) y la investigación valorativa.

El concepto de deseabilidad permite romper por el ángulo más débil el extrañamiento entre juicio moral y juicio no-moral que origina la controversia valorado / valorable.

IV.17.1 Heterología de la deseabilidad deweyana con la obligación y la normatividad.

La deseabilidad depende de los bienes, del procedimiento y de las condiciones de la situación. No es ninguna cualidad inmediatamente presente en la acción, bien u objeto deseado, sino la capacidad eventual de esa acción, bien u objeto, de hacer frente a las expectativas que sujeto y medio depositan en él; y esa capacidad no radica en un *quale*, sino en una *relatio* '1'. En la L no cesa de asignar la validez de los

métodos vigentes en las artes y oficios a una generalización de su éxito. Esos métodos no son perfectos ni deben mirarse con unción; simplemente son los que han funcionado hasta ahora; su valor es meramente procedimental y contextual.

En Dewey, el limitado éxito en la imposición de normas de conducta desautoriza la tendencia de la filosofía moral a educir, partiendo de un cierto grado de objetividad en los juicios de valor ⁽²⁾, su normatividad, tal y como pretenderá White en sus críticas a "La construcción del bien" ⁽³⁾.

Dewey mantiene que la deseabilidad de una acción se compone de la constatación de los intereses y deseos ⁽⁴⁾, más la relación de éstos con todo tipo de condiciones y consecuencias (mediante juicios lógicos e instrumentales previos), vale decir, de consideraciones fácticas.

Ahora bien, ¿en qué consiste la deseabilidad?

Stevenson, al citar la afirmación deweyana «la moral tiene que ver, en gran medida, con el control de la naturaleza humana» ⁽⁵⁾ y añadir que Dewey no señala la utilidad de los enunciados valorativos en ese control, recae a nuestro juicio en la confusión entre un control del agente sobre sus propios impulsos y deseos y un control interpersonal de unos agentes sobre otros. Insistimos en que el proceso de la crítica valorativa es individual y prospectivo más que judicial y retrospectivo ⁽⁶⁾.

Indudablemente, en Dewey se supone la oportunidad de una "ingeniería social" que nos indique en qué forma y bajo qué valores hay que educar a las generaciones jóvenes -puesto

que, también la educación, es una actividad perentoria-, pero en el método social de formación de valores rige el principio de concurrencia democrática, en que todos los individuos se sienten llamados a contribuir a la formación de los valores sociales; la comunicación, la publicidad (*publicity*) expanden las nuevas ideas y valores, que son elevadas a consideración pública.

Ahora bien, en el terreno de los juicios valorativos, de lo que se trata no es de ejercer un control de moralista sobre el prójimo, sino el de investigar la oportunidad de los bienes y valores de cada uno en el entramado social.

En síntesis, Dewey rehuye el concepto "normatividad" y aprueba el de "deseabilidad" en parte porque rehuye la normatividad voluntarista y fiscalizadora entre miembros jerárquicamente diferenciados de una comunidad, pero sobre todo porque busca una deseabilidad cognitiva que pueda ofrecerse ulteriormente a consideración pública y a decisión inteligente (democrática en el terreno sociopolítico).

IV.17.2 La conexión entre proposiciones descriptivas y valorativas no es de implicación, sino de apoyo.

Como ya hemos indicado, la proposición de valor «es conveniente hacer esto» aparece en Dewey, al modo naturalista clásico, como consecuencia de proposiciones descriptivas, pero con la peculiaridad de que se añaden ciertos supuestos de la filosofía de la acción, como los de

"experiencia", "acto", o "perentoriedad". La crítica que se hace a esta "transición ilícita" se suele apoyar en el texto clásico de Hume que prohíbe pasar de proposiciones empíricas a proposiciones que contengan términos valorativos.

Pero la crítica de heterogeneidad en el modo (en sentido gramatical) de las proposiciones no tiene demasiado sentido aplicado a Dewey, quien en ningún momento mantiene una conexión lógica de implicación, o de inferencia deductiva entre unas y otras. Lo que mantiene es que, aceptando las nociones de su filosofía de la acción, aparece como solución más conveniente hacer esto o aquello, pero tal solución no se presenta según un esquema deductivo, sino pragmático.

Citaremos dos argumentos que pueden ayudarnos sobremanera a entender la posición de Dewey: el de Hook y el de Hampshire.

Para Hook ⁶⁷, partiendo de premisas que no contengan el término "ought" no podemos alcanzar una conclusión que sí lo contenga. Sidney Hook contrapone a ésta una visión "fenomenológica" según la cual muchas proposiciones teoréticas, en un contexto dado, asumen un uso práctico del que carecen aisladamente. Y es ese contexto del juicio práctico el que convierte la prohibición de White en una perogrullada: desde luego que no hay implicación en el sentido de implicación lógica; pero en un contexto en el que hay que hacer algo, el "ought" de la conclusión se deriva por una parte de la urgencia del problema, y se apoya o justifica por los enunciados fácticos de las probables consecuencias que se seguirán si tomamos determinada línea

de acción. El elemento normativo se asienta en la peculiaridad de la situación práctica.

En resumen, para Hook el pecado de White y de los que piensan como él es creer que se puede aislar un juicio de valor del conjunto de valoraciones y descripciones previas y futuras del cual es parte. Un argumento así "desgajado" del sistema de referencias olvida tanto la situacionalidad del valor como lo que nosotros hemos llamado perentoriedad de los agenda ("contexto en el que algo debe ser hecho"), y también la noción de que vivimos *de facto* en un universo simbólico lleno de cosas valiosas que han probado hasta ahora su bondad. La valoración es en todo caso contextual.

Y en efecto, lo que llama Hook un "eslabón" ilícitamente desgajado de la cadena se entiende mejor desde nuestro análisis del juicio práctico, que representa la cadena del acto orgánico en la que el juicio de valor es un elemento diacrónico, situado dialécticamente en un punto clave del proceso valorativo.

En cuanto a Stuart Hampshire, detecta una falacia en las palabras "derivar" y "deducir":

«Sólo en casos limitados sucede que, describiendo la lógica de cualquier clase de sentencias del discurso ordinario, puede uno esperar razonablemente encontrar otra clase de sentencias de las cuales las sentencias-problema sean lógicamente deducibles. Los enunciados acerca de cosas físicas no pueden ser deducidas, o lógicamente derivadas, de proposiciones acerca de sensaciones (...) Cuando como filósofos preguntamos cómo ha de categorizarse o describir un tipo particular de sentencia, nos estamos preguntando a nosotros mismos qué clase de argumentos se establecen y cómo justificamos su uso si es

cuestionado; explicar su lógica y significado es generalmente describir e ilustrar con ejemplos el tipo de sentencias que se aceptan convencionalmente como fundamento para su aserción o rechazo. Así, podemos explicar adecuadamente los juicios morales o prácticos diciendo que son establecidos o apoyados [subrayado mío] por argumentos consistentes en juicios fácticos de un orden particular, admitiendo a la vez que no son nunca estrictamente deducibles, o en este sentido lógicamente derivables, de cualquier conjunto de juicios fácticos» («»).

Este análisis encaja con la deseabilidad deweyana, salvo en que para Hampshire la fundamentación de las sentencias evaluativas no reviste implicación lógica, y para Dewey sí.

La diferencia es casi meramente verbal, y se salva teniendo en cuenta el significado no formal y no logístico que la lógica de la investigación tiene para Dewey.

En suma, no hay nada de deducción formal, siguiendo los procedimientos de la lógica tradicional, ni de implicación (*entailment*) en las proposiciones o juicios de valor a partir de proposiciones o juicios fácticos, sino una toma de decisiones teniendo en cuenta la situación específica de un agente, la mediación social de los significados, las condiciones del problema y la necesidad de actuar.

El argumento negativo de la composición mixta *de jure* y *de facto* de los juicios morales sería que, si rechazamos el punto de partida de un agente que ha de formular un juicio de valor sobre un futuro curso de acción, y tomamos el de la teoría del espectador que formula juicios morales en pos de la certeza absoluta, tropezaremos con los problemas de

esterilidad de la ética sustantiva contemporánea, derivando fatalmente bien en el subjetivismo del intuicionismo, bien en la discusión terminológica y semántica del juez lógico, bien en la alabanza y condena del juez de distrito, bien en la irresponsabilidad de hecho de los formalismos.

IV.17.3 El resorte en la ejecución de la deseabilidad

Hemos alcanzado el punto en que el concepto de deseabilidad ha quedado justificado en su acepción "débil" (aceptando la doctrina deweyana de la acción) como aquella cualidad de los juicios morales que les hace ser cognitivos y normativos al mismo tiempo.

Ahora arribamos al último escollo teórico: ¿Por qué razón habríamos de realizar una acción que los hechos, por importantes o coincidentes que sean, sólo pueden "apoyar", pero no implicar? La respuesta a esta pregunta por lo que podríamos llamar en términos kantianos el "resorte" de la actividad moral en general, a saber, ¿por qué nos hemos de comportar moralmente?, es en el sistema de Dewey muy clara: porque queremos (sí y sólo si queremos) solucionar el problema práctico en que de hecho estamos inmersos.

En Dewey no se precisa ningún resorte que "obligue" a la voluntad a realizar una acción que va contra su naturaleza conativa, porque precisamente la condición del juicio moral es la necesidad práctica de actuar inteligentemente sobre los agenda, y el propio juicio moral no ha caído del cielo,

sino que forma parte de un proceso en marcha: el conflicto se sitúa como un evento que da lugar a las fases del acto, en una de los cuales se inserta el juicio de valor.

Consecuentemente, no hay en Dewey necesidad de ningún impulso lógico o ético que haga actuar moralmente 'e', puesto que un juicio de valor no es algo que uno pueda hacer o dejar de hacer desde una atalaya imaginaria, sino la respuesta a una pregunta que uno previamente se ha hecho, empujado por la precariedad de la existencia.

Cuando desde esta perspectiva necesitaria reexaminamos la corroboración deweyana de las hipótesis, vemos que sólo podía consistir en resolver las dificultades que obstruyen nuestros fines. Esa resolución y corroboración, basadas en una homeostática adaptativa y en un modelo biológico, tanto como en un relativismo cultural de los significados, no es más que aproximativa y eventual (¿podría serlo de otra manera?), en la medida en que resolvemos problemas humanos inscritos en un plano temporal que apunta al futuro, y por ello la resolución queda afectada de una falibilidad radical: la falibilidad libremente expuesta de la democracia como método de inteligencia social y de la ciencia como método de inteligencia teórica.

IV.17.4 El criterio de la deseabilidad

La deseabilidad se constituye, pues, en el único criterio posible para que reglas que funcionaron bien en

situaciones semejantes a la actual, utilizadas inteligentemente con el fin de predecir posibles consecuencias, sirvan como apoyo y fundamento (siempre relativo y revisable) al agente en la formulación de propuestas de acción objetivamente (si bien, y aquí entra nuestra restricción, no inter-subjetivamente a menos que aceptemos el postulado del orden moral) más adecuadas que otras propuestas formuladas sin tener en cuenta tales criterios y usos: reductivamente, se constituye en el criterio de control sobre nuestros gustos y deseos.

Una vez analizadas y compulsadas las circunstancias que relativizan y moderan tanto la emergencia de los valores en el seno de la investigación como su posterior garantía por medio del método científico y la contrastación pública de la experiencia, llegamos a la superación del dualismo entre hecho y valor (recordemos, el destino de la estrategia transicional positiva) por medio del juicio de valor, que juzga como deseable, cognitiva y normativamente '1º' un fin en perspectiva.

Ahora sí, nos encontramos en las mejores condiciones para llevar a cabo el análisis de la controversia valorado / valorable.

NOTAS

- (1) Para un análisis de la relacionalidad de lo deseable y de lo verdadero, vid. Roth, Joseph, "John Dewey's Moral Law Ethics", *passim*.
- (2) Objetividad argumentada por Dewey en el párrafo IV.15.1.
- (3) Vid. el capítulo V.3.
- (4) Bausola, en L'etica di John Dewey, p. 182, sostiene que Dewey no pretendía un valor autónomo o independiente, sino un valor inscrito en la experiencia: no hay objetividad inmutable del valor, sino deseabilidad estrictamente situacional. Y esto porque el valor es una cualidad de relación, mudable y variable con los elementos que relaciona. En la afirmación de Bausola late la contraposición de deseabilidad frente a objetividad o normatividad del valor.
- (5) HNC, O.C. / MW 14: 4.
- (6) Dewey critica expresamente el paso que nosotros hemos caracterizado como de lo objetivo a lo intersubjetivo en AE, O.C. / LW 10: 303, donde se puede leer: «Much of our existence is keyed to the note of praise and blame, exculpation and disapproval. Hence there has emerged in theory, reflecting a widespread tendency in practice, a disposition to erect criticism into something "judicial"».
- (7) Hook, Sidney, "The Desirable and Emotive in Dewey's Ethics", en Hook, S. (ed.), John Dewey, Philosopher of Science and Freedom, p. 204.
- (8) Hampshire, Stuart, "Fallacies in Moral Philosophy", pp. 472-3.
- (9) Gail Kennedy, en «The Hidden Link in Dewey's Theory of Valuation», p. 94 se ha expresado en el mismo sentido, al responder en nombre de Dewey a la pregunta "¿Por qué debería yo hacer esto?" con la respuesta "Porque es la solución más adecuada al problema indicado por su pregunta".
- (10) Normativamente, no en el sentido de que obligue universalmente a los agentes morales, sino en el sentido en que los buenos resultados tienden a convertirse en principios de acción.

PARTE V.

LA CONTROVERSI A VALORADO/VALORABLE

A LA LUZ DE LAS CONEXIONES DOCTRINALES

V.1 RECONSIDERACION DE LAS CRITICAS DE CAVELL- SESONSKE.

A) Como ya dijimos, en su primera crítica Cavell y Sesonske afirmaban que para Dewey los enunciados éticos eran en último término hipótesis y predicciones.

El significado de la crítica es que se trata de "meras" hipótesis y predicciones, sin conexión alguna con la regulación de la conducta. Stevenson reiterará más adelante la misma objeción.

Cavell y Sesonske no captan la posibilidad de que tales enunciados sean de orden práctico (cuasi-normativos, en el sentido de Dewey) o "regulativos" -como los denomina Fingarette- y que a la vez tengan una base cognitiva.

Los autores, así como también Stevenson, se muestran reacios por principio a admitir que una solución, tal como veremos en V.4.3, pueda ser objetivamente mejor que otra teniendo en cuenta la experiencia y las expectativas racionales, y que esa bondad no sea absoluta, sino dependiente de la mediación social y de la particular constelación de circunstancias que rodean el problema.

Por otra parte, ya hemos señalado en IV.16, al analizar el problema de los contenidos *de iure* y *de facto* que en ningún caso un juicio práctico acerca de cursos de acción o un juicio de valor acerca de objetos o fines en perspectiva sean meros

pronósticos de que algo sucederá en el futuro, sino que también valoran que será bueno (o integrador, o satisfactorio, etc.).

B) Como un supuesto de A), también afirmaban Cavell y Sesonke que cuando Dewey habla de enunciados éticos, usa los términos éticos descriptivamente, es decir, como de contenido de hecho (*matter-of-fact*). Nos puede servir la respuesta de Fingarette ⁽¹⁾, para quien hay que distinguir "cognitivo" y "descriptivo", distinción que asignaría a las evaluaciones un contenido no descriptivo, sino regulativo y normativo: ahora bien, esa normatividad no sería, como en la tradición mooreana, intuitiva y ayuna de reflexión, sino mediada y cognitiva.

La confusión de Cavell y Sesonke proviene, como advierte el propio Fingarette, de que a la hora de juzgar la teoría del valor se ha perdido de vista la teoría de la lógica y la investigación. Retornamos de nuevo, apoyada en este caso por el propio Fingarette, a reforzar nuestra hipótesis de trabajo, según la cual la teoría del valor precisaba para su comprensión de un análisis completo de la teoría de la investigación de Dewey; vemos de nuevo cómo la superación de la dicotomía valorado / valorable es imposible sin que un nuevo tipo de juicio, regulativo y a la vez cognitivo, sea tenido en cuenta. Es el juicio moral, ya tratado en la parte IV en sus peculiaridades, e ignorado en su aspecto cognitivo por Cavell y Sesonke.

NOTAS

- (1) Fingarette, "How Normativeness can be Cognitive but not Descriptive in Dewey's Theory of Valuation", p. 635.

V.2 RECONSIDERACION DE LAS CRITICAS DE STEVENSON,

V.2.1 Reconsideración del primer argumento

Recordemos el primer argumento, en el cual Stevenson preguntaba si eran suficientes los aspectos predictivos de un juicio valorativo para caracterizar su "cualidad de *jure*". Respondía que no, pues aún cuando todos los juicios valorativos fueran predictivos, no se podía sostener que todos los juicios predictivos fueran valorativos. Predecir lluvia, señalaba Stevenson, no es valorar.

Hay que constatar que Dewey en ningún momento hace reversible su proposición de que todo juicio valorativo tiene aspectos predictivos en la proposición de que todo juicio predictivo es valorativo. Esto lo afirma Stevenson al principio de su análisis, y luego lo toma como premisa de razonamientos ulteriores. Lo que hemos asentado es que para Dewey todo juicio es últimamente práctico, es decir, está orientado hacia la resolución de dificultades en la consecución o fruición de los bienes inmediatos. Esta vindicación instrumentalista, que fue precedente de la orientación posterior de la sociología de la ciencia y de la técnica, es de carácter difuso (los "efectos potenciales sobre el comportamiento", en palabras del propio Stevenson), pero no autoriza a revertir el sentido fuerte de la

predictividad de todo juicio valorativo en la valorabilidad de todo juicio predictivo.

V.2.2 Reconsideración del segundo argumento

Afirmaba Stevenson que el énfasis deweyano en la predicción, que caracteriza sus observaciones acerca de los juicios valorativos, conlleva una restricción significativa: las predicciones son seleccionadas y utilizadas en un esfuerzo por guiar actitudes.

Difícilmente se encontrará a otro filósofo menos interesado que Dewey en guiar actitudes, y este extremo puede cotejarse en nuestro análisis de la deseabilidad; en cualquier caso, no veo cómo se puede justificar la tendencia a guiar actitudes a partir de la importancia dada a la predicción en una teoría del valor, puesto que, si nos atenemos a la mera formalidad de la predicción, se trata de una relación estrictamente unívoca entre el predictor y los hechos predichos, hallándose *per se* exenta de elementos pragmáticos; si nos atenemos, por el contrario, a los efectos pragmáticos de la misma, la insistencia en que se haga un escrutinio racional e imparcial de las consecuencias no parece dar demasiado lugar a la guía de actitudes. Y la prueba de que Stevenson no está seguro, a pesar de ese «con seguridad», es que establece un condicional interpretativo:

«Si esto es lo que sostiene Dewey, su posición sigue siendo compatible con la nuestra.»

Como ya establecimos en el capítulo IV.12 dedicado a la prueba de la hipótesis valorativa, Dewey distingue entre el uso que podamos hacer del juicio de valor y sus criterios de significatividad y valoración, que en Stevenson aparecen formando parte del propio significado del juicio.

V.2.3.- Reconsideración del argumento principal.

V.2.3.1 Primera formulación del argumento principal

El argumento principal trataba de establecer la ignorancia de Dewey del significado cuasi-imperativo respecto a sus propios términos éticos; Dewey estaría mezclando en ellos el significado cuasi-imperativo con el significado predictivo, sin distinguirlos suficientemente.

La crítica de Stevenson se dirige a los pasajes 4 a) y 4 b) de nuestra Presentación. Partiendo del b): "lo que *ha de ser deseado*", afirma Stevenson que Dewey asocia frecuentemente "X es bueno" (*X is good*) con "X ha de ser apreciado" (*X is to be prized*) y Stevenson se pregunta por el significado de "to be".

Notemos al paso que las traducciones al español de QC y de Ethics and Language interpretan "to be ...ed" por "debe ser... ado / ido", y no por "ha de ser ... ado / ido", como hacemos nosotros. El matiz diferencial es analíticamente

decisivo, porque "ha de ser" preserva la acepción meramente prospectiva que Stevenson señalará a continuación, y que "debe ser" apenas admite. Veámoslo: Stevenson resalta el sentido ordinario en que "ha de ser" se emplea predictivamente: "mañana ha de haber un eclipse solar" significa que mañana *habrá* un eclipse solar. El otro sentido se comporta -afirma- como el gerundio adjetivado del latín, y es de carácter imperativo: "Este trabajo *ha de ser* concluido y entregado a las cinco de la tarde". Stevenson sugiere que parte de la plausibilidad aparente de "ha de ser" en el juicio valorativo "x ha de ser deseado" proviene de este uso camuflado de la polisemia de "ha de ser", de suerte que el carácter exhortativo resulta absorbido por una conjunción de sus sentidos predictivos. Dewey identifica tácitamente la función cuasi-imperativa de los juicios éticos con su función predictiva, cuando en buena lógica hay que explicitar siempre la distinción.

Sintetizando la posición de Stevenson, Dewey asimila "to be" al contenido meramente predictivo de los juicios de valor, pero sin reconocer su carácter exhortativo, y ésto a causa de que confunde dos significados distintos de "to be".

La crítica stevensoniana a 4b), a causa de la polisemia de la cláusula "ha de ser", se nos va a revelar como extraordinariamente aguda, y podría extenderse a 4a), con la diferencia de énfasis *será* adecuada / *será adecuada*, pues la diferencia separa morfológicamente los dos sentidos

-el predictivo y el exhortativo- del "ha de ser".

En realidad, la dualidad de significados que Stevenson detecta en 'to be' no es exclusiva de este verbo, sino que puede observarse también en 'ought', como ha señalado John Ladd (''), quien distingue entre el 'deber ético' ('*ethical ought*') y el 'deber de expectativa' ('*ought of expectancy*'); cada uno de ellos se reparte igual campo semántico que el primer y segundo sentido de 'to be'. Igualmente se observa en el 'should': "My friend should know" ("mi amigo debería saberlo"), en sentido evaluativo / "He should be there" ("él debería estar aquí") en sentido descriptivo.

Pero es que también en español se repite esta dualidad de significados exactamente con los mismos matices: En "Hoy vuelve tu marido, así que debes estar inquieta", 'debes estar inquieta' funcionaría, en la terminología de Ladd, como una proposición de expectativa. Como el 'ought' de expectativa y como el primer significado de 'to be', de evaluativa sólo tiene la apariencia, de manera que sujeto y predicado del verbo "deber" pueden ser sustituidos, *salva identitate*, por "afuera (debe) hacer frío".

En cualquier caso, ¿pretende Dewey introducir de matute el aspecto *de jure* utilizando (voluntaria o involuntariamente) este truco lingüístico?

A mi modo de ver, se impone coincidir con Stevenson en su análisis lingüístico, y también en que parte del "embujo" que ha ejercido "to be 'p'" en los deweyanos se explique por esta anfibología. Cuando Dewey establece el

pasaje de la diferencia de énfasis, parece estar efectivamente apoyando la doble condición de los juicios morales como *de iure* y *de facto* en la apariencia gramatical de "ha de ser". Si Dewey se apoya (2) en la doble función del gerundivo -una doble función, por cierto, que ya se puede rastrear en el latín, donde "perficiendum est", por ahondar en el ejemplo de Stevenson, significa a la vez el pronóstico de que algo se terminará y el imperativo de que algo ha de terminarse-, el análisis de Stevenson desbarata esta apoyatura.

Sin embargo, la cualidad *de jure* del 'to be', independientemente de que no sea aceptable -que no lo es- siguiendo la peculiaridad lingüística mencionada (una falacia morfológica que pudo traicionar al propio Dewey), no está solamente basada en el texto 4b), sino que se asienta en las teorías de la investigación y valoración que hemos expuesto en las partes III y IV: la cualidad *de jure* tiene el sentido de "contemplación de una acción futura en que la cosa funcionará". La composición mixta *de facto* y *de jure* del juicio según el cual ir al médico será lo adecuado no estriba entonces en una polisemia inadvertida, sino en el hecho de que cuando traigamos a la existencia la asistencia al médico por medio del juicio práctico, se dará una situación futura de recuperación del estado de salud, determinable mediante unos síntomas subjetivos y objetivos, y además, que esa recuperación del estado de salud será percibida -experienciada- como satisfactoria. En este

sentido, en el mismo juicio se indica que tal cosa se producirá, con la colaboración del agente por medio de la formulación del propio juicio, y que esa cosa será buena (o satisfactoria, o consumatoria, etc.). Creo que el otro ejemplo propuesto por Dewey en que aparecen, de nuevo ilustrativamente, los dos aspectos del juicio moral, puede servir de prueba textual: cuando afirma que "the thing will do" significa al mismo tiempo "the thing will do" y "the thing will do", no se da la anfibología del gerundivo latino, y sin embargo se preserva la diferencia de énfasis: en el juicio, que, recordémoslo, es hipotético y predictivo, se proyecta en el futuro la acción propuesta, y se afirma a la vez que será conveniente, efectiva, buena o adecuada.

He creído mostrar que el análisis valorativo general de Dewey de los juicios prácticos sigue sin ser dañado por la certera crítica de Stevenson a "to be ... ed", porque la cognitividad del juicio evaluativo se basa en las nociones de experiencia, acción, perentoriedad y juicio práctico, de manera que sin destruir la íntima trabazón que las une, la teoría valorativa deweyana se nos sigue mostrando como coherente y altamente explicativa de un buen número de fenómenos éticos.

V.2.3.2 Segunda formulación.

Acerca de la predictividad de los hipótesis prácticas, noción deweyana que Stevenson reputa cortésmente de poco

clara, para Stevenson Dewey no distingue suficientemente el significado emotivo de las sugerencias cognitivas de las que depende. El enunciado "Cierra la puerta, por favor" se puede traducir por un conjunto de enunciados predictivos: "si cierras la puerta, se detendrá la corriente de aire", "hace un día frío", y otros, pero si deseamos que surta efecto, habremos de utilizar el modo imperativo.

Stevenson advierte que, al identificar el significado total de un juicio con las razones que le sirven de apoyo, Dewey se desentiende del aspecto exhortativo de tales juicios, en lugar de explicar el contagio emocional que producen, y los métodos persuasivos a que conducen.

A mi modo de ver, Dewey no está interesado en el análisis pragmático del uso lingüístico, sino en saber hasta qué punto podría omitirse en una relación racional la forma imperativa o prescriptiva que tienden a adoptar los juicios morales. No es que Dewey reduzca los desacuerdos en la actitud a desacuerdos en la creencia, sino que, como ya hemos señalado, los desacuerdos en la actitud que no pueden salvarse recurriendo a elementos críticos (creencias o razones, o cualesquiera otros), sobre ser admitidos como reales y hasta legítimos, son reducidos por Dewey a un silencio inexorable, porque acerca de ellos nada operativo puede ser dicho: como sucede con los bienes cualitativos, si nos negamos a utilizar el conocimiento que tenemos de sus relaciones, sólo nos queda seguir apreciándolos en el reino

mudo de lo cualitativo e inmediato, pero no convertirlos en materia de debate. Para Stevenson, las "razones" sólo refuerzan el imperativo; para Dewey, a causa de su racionalismo moral, lo agotan.

Las dos formas que Stevenson da al argumento principal responden a una misma intención crítica, y tanto a una como a otra se puede reponer que para Dewey el hecho -nunca negado- de que los juicios de valor tiendan a expresarse en forma exhortativa, y de que conduzcan a formas retóricas de discusión cuyo propósito es influir en la conducta ajena, es excrecencial y no guarda relación con la finalidad que las valoraciones tienen en su teoría moral, a saber, el averiguar cuál de esos juicios es más acertado, más ajustado en su análisis de las causas, motivos y consecuencias posibles a la superación de un estado insatisfactorio.

En realidad, la falta de perversidad que Dewey atribuye a la exhortación no es indefendible: al fin y al cabo, exhortar es un modo de actividad que se establece entre iguales, como el despacho que manda un juez a otro: la bondad de la exhortación dependerá entonces de las razones que se den en su apoyo; argumentatividad, por cierto, de la que carecen por causas formales las actividades de ordenar o rogar, las cuales se establecen entre desiguales. El propio Stevenson ha concedido que es posible el juicio ético prescriptivo, pero parece condicionarlo a que se reconozca formalmente que es -culpablemente- prescriptivo.

Claramente Dewey toma el punto de vista del agente individual con las decisiones a tomar como centro positivo en su punto de mira, y el uso que se pueda hacer de la creencia en la práctica moral no implica que la sabiduría moral, el gusto (*taste*) moral ^{'3'} no exista en absoluto. Por ese motivo las razones del juicio agotan el significado lógico (es decir, con status investigativo) del mismo.

El propio Dewey, contestando a la stevensoniana función cuasi-imperativa de los términos éticos ^{'4'}, pone el dedo en la llaga al afirmar que «el uso y la función *completos* de las sentencias éticas es directivo o "práctico"» ^{'5'}, pidiendo a Stevenson que sea más radical. Ocurre -añade Dewey- que en tanto los factores extracognitivos entren en los enunciados que se quieren éticos, se les priva a éstos de las propiedades que se supone contiene una sentencia genuinamente ética ^{'6'}. Lo que quiere decir Dewey es que las sentencias éticas poseen, por un lado, ciertas propiedades cognitivas o teoréticas, y por otro, un uso práctico. Y el uso no solamente no empece la objetividad, sino que en su forma correcta constituye la motivación del juicio. En eso justamente consiste la unidad indivisible de los medios-consecuencias: en que la finalidad de la curación no obsta la validez de los medios que se ponen para conseguirla, incluyendo los juicios contributivos como "tal dentista tiene tal porcentaje de curaciones", o los juicios evaluativos como "lo mejor en tal caso es ir al dentista",

sino que esos medios se conciben con el lícito fin de alcanzar la curación. Como afirma Dewey

«La persona para quien la cesación de un dolor de muelas tiene valor, por este mismo hecho encuentra valor en ir al dentista o en cualquier otra cosa que sea un medio para el cumplimiento. Pues el cumplimiento es tan relativo a los medios como los medios a la realización» (7).

Retornamos al sentido profundo de la unificación entre hecho y valor, como fundamentado en una unificación más amplia, la que se da entre los medios y los fines; los valores cualitativos, basados en los goces humanos, y la relación entre ellos con vistas a su compleción y extensión, no están separados, sino unidos en el esquema dinámico de los medios-consecuencias. Retornamos, aún más hacia atrás, a la diferencia de actitud entre una metaética interesada en cuestiones de principio o en la lexicografía de los usos lingüísticos de los términos éticos, y una ética sustantiva interesada en la aplicación de métodos efectivos en la resolución de problemas morales y sociales.

A juicio de Stevenson, Dewey intelectualiza el carácter emotivo de los términos éticos; al de Dewey, que comparto en este punto, el problema es bien diferente: en términos austrianos, el papel ilocucionario que las proposiciones y juicios éticos puedan jugar en el problema de la decisión moral es asunto periférico respecto al centro de su significado: el de permitir la adquisición de competencia o

gusto moral en la regulación -que, buena o mala, es ya un *faktum* de nuestros deseos y necesidades.

Según Stevenson -y respeto su propia terminología- el procedimiento deweyano tiene el efecto de reducir todo desacuerdo en la actitud a un desacuerdo en la creencia, añadiéndose que esta reducción tiene serias complicaciones metodológicas. Lo cual se puede entender como la reformulación de la idea de que Dewey no explica el contagio emocional de los términos éticos, y al mismo tiempo se deja llevar por una racionalización excesiva.

Que Dewey está más interesado en los aspectos cognitivos y de acuerdo social que en los aspectos emotivos y de conflicto se ha considerado a propósito de su intelectualismo moral, y en esto, como en la crítica restringida al uso de "to be", Stevenson tiene la razón de su parte. Sin embargo, esa táctica del silencio, que explicitaré enseguida, podría explicarse por el rechazo deweyano a la modalidad ontológica de la necesidad y a la modalidad lógica apodíctica, y su aprecio por la de posibilidad, pero puede también contemplarse como una táctica pragmatista que explota la ventaja consecencial de que en nada mejoramos la capacidad de resolver los problemas si hay un convencimiento demasiado generalizado de que al alcanzar los tramos más dificultosos de la deliberación podemos declarar, como recurso más sencillo, que las actitudes son irreconciliables -lo cual, y permítaseme el *excursus*, es simplemente el reconocimiento de un fracaso y

suele tener el mismo efecto disolutorio que la declaración de incompatibilidad de caracteres en el matrimonio-. Por el contrario, podría resultar mucho más fértil mantener siempre abierta la posibilidad de un acuerdo entre las partes merced al cambio de perspectiva, de nueva información, o de un esfuerzo suplementario en pro de la armonización de intereses. Queden aquí estas dos tentativas de explicación.

Sidney Hook, en esta misma línea, afirma a propósito de la crítica de Stevenson que a pesar de que Dewey concibe la finalidad del juicio ético en la influencia sobre la conducta «rehúsa considerar esta finalidad como un elemento constituyente del significado del juicio ético» ⁽⁸⁾.

El problema de la influencia en la conducta del juicio ético, que Dewey desaloja del reino de los juicios éticos *sensu stricto*, está relacionado con la no-predictividad de algunos juicios que Stevenson reivindica y Dewey no menciona. En Ethics and Language afirma Stevenson:

«Dewey sostiene que los juicios éticos son siempre predictivos, en tanto el presente análisis simplemente reconoce esto como una posibilidad lingüística entre otras» ⁽⁹⁾.

Mi punto de vista es que Dewey da al juicio ético el significado restringido de juicio ético *comme il faut*, dotándolo con ello de un carácter activo y de resolución prospectiva de problemas; como no está interesado en la moral reprobatoria de los códigos morales ni en la búsqueda

de una definición o equivalencia de la terminología moral que esclarezca analíticamente las relaciones entre descripción y valoración, simplemente no los menciona, y por eso da la extraña impresión de que desconoce su existencia.

Esta que podríamos llamar táctica tácita es una característica retórica de Dewey que no ha sido convenientemente señalada, y que aquí nos limitamos a mencionar como una táctica extensiva a otros problemas latentes de su doctrina. Mencionemos, entre otras amenazas a la coherencia ignoradas por Dewey: la de la vejez y la decadencia biológica en una ética del crecimiento continuo, la de las consecuencias de la finitud individual en el mismo contexto teórico, y la de los conflictos de actitudes moralmente irreconciliables. Sobre todos ellos ha extendido el filósofo de Vermont una espesa capa de silencio; en lo que atañe a nuestro problema actual, Dewey no está interesado en el análisis de todas las significaciones de los juicios éticos, ni en confeccionar un diccionario o un mapa de los mismos -actividad en la que el propio Stevenson ha destacado- sino en penetrar en el sentido y la función de los juicios éticos "bien formados", por valernos de una conocida expresión metalógica.

NOTAS

- (1) Ladd, John, «"Desirability" and "Normativeness" in White's article on Dewey», p. 95.
- (2) Puede entenderse también, en sentido justificativo, que Dewey se vale de esta anfibología como una ilustración de los dos sentidos en que funciona el juicio moral, pero es una posibilidad que me limito a apuntar.
- (3) En el sentido de la distinción que la lengua coloquial inglesa introduce entre *like* o gusto subjetivo y taste o gusto objetivo, Dewey parece hacerse eco de la misma.
- (4) Stevenson, Ch., Ethics and Language, p. 36.
- (5) "Ethical Subject-Matter and Language", *The Journal of Philosophy*, XLII (1.945), p. 709.
- (6) *Ibidem*.
- (7) EN, O.C. / LW 1: 297.
- (8) Hood, Sidney, "The Desirable and Emotive in Dewey's Ethics", en Hook, S. (ed.), John Dewey, Philosopher of Science and Freedom, p. 208.
- (9) Stevenson, Ch., Ethics and Language p. 261.

V.3. RECONSIDERACION DE LAS CRITICAS DE WHITE.

V.3.1. Reconsideración del argumento contra las consecuencias criteriales.

V.3.1.1 Resumen del argumento.

Lo recordamos en forma interrogativa: ¿quién ha de valorar las consecuencias de una acción?. ¿No implicaría la aplicación del criterio consecuencial a las propias consecuencias la necesidad de valorar las consecuencias de las consecuencias?; y finalmente, ¿no conduciría esto a un retorno al infinito?

Pongamos un ejemplo por nuestra cuenta: si medimos la bondad de jugar en bolsa por las buenas consecuencias en nuestra situación financiera al final de una operación, ¿no deberíamos medir esa situación financiera por sus consecuencias en el operación siguiente? Y si seguimos jugando, ¿no se debería aguardar al estado financiero del último ejercicio de nuestra vida para poder afirmar: "vale la pena jugar en bolsa"?

V.3.1.2 Respuesta.

El argumento, bien orientado en un principio, se pierde en un *progressus in infinito*, por el cual precisaríamos internarnos en un futuro más y más alejado de la original

toma de decisión con el fin de hallar una confirmación completa de nuestros juicios, despojando así a sus consecuencias pretendidas, que suceden en un plazo corto tras la decisión, de su carácter confirmatorio o probatorio '1'.

White no tiene en cuenta aquí que para Dewey la noción clave es la de "experiencia consumatoria", y que tomamos una decisión con la finalidad de alcanzar esa experiencia consumatoria en un plazo conocido y razonable. En el ejemplo aventurado *supra*, el fin de la historia bursátil está en la consumación de una operación financiera, o en los resultados de un ejercicio. Esas buenas consecuencias pueden servir después como argumento para seguir jugando, pero como tales consecuencias han concluido su cometido en el momento consumatorio. Internados en una investigación, no ponemos en cuestión, como ya dijimos respecto al contextualismo, todos los fundamentos a la vez, sino sólo una parte de los mismos: aquellos de cuya eficacia depende la solución del problema.

Si voy al médico para curar la inapetencia, hay un plazo razonable para saber si mi decisión fue correcta o no. Es cierto que, aún cuando el tratamiento me devuelva al régimen habitual de comidas, la inapetencia puede volver en un futuro.

Pero sostener que esta recaída invalida la primera consecuencia supondría no poder guiarse por los resultados de una acción sobre la base de que somos finitos y las secuelas



indirectas de una consecuencia se extienden virtualmente hasta el día de la muerte '2').

La deseabilidad de una consulta al médico cuando nos agobia un problema de salud no es una deseabilidad categórica, pues está inscrita en el espacio y el tiempo y corresponde a una tradición cultural sujeta a todo tipo de modificaciones, pero sí es la única deseabilidad que podemos alcanzar en ese contexto -dicho sea de paso, no sólo un contexto tan admisible como otro cualquiera, sino necesariamente admisible por la contextualidad intrínseca de toda situación-; aquí se da un olvido por parte de White de

a) el contextualismo lógico que hemos tratado en III.4.3.2,
b) la impropiedad de la actitud consistente en buscar una certeza absoluta en la resolución de problemas prácticos, y
c) la naturaleza consumatoria del acto investigativo, que permea la valoración.

Estudiosos de la obra de Dewey, como el recientemente desaparecido Hook '3), arguyen que hay siempre un conjunto de deseables con arreglo a los cuales se juzga si las consecuencias de la hipótesis valorativa confirman su calidad *de jure*: su propia deseabilidad; hay otros deseables que se han de tener en cuenta, pero tales deseables son postulados como válidos en virtud de buenas experiencias previas.

Como en el pasaje peirceano sobre la duda metódica, ningún método efectivo trabaja poniendo en cuestión simultáneamente

todos los patrones o reglas aceptadas. Hook propone el dilema de tomarse unas vacaciones o continuar una tarea comenzada:

«Entre las consecuencias está el descubrimiento de que si no tomo vacaciones, probablemente tendré un ataque de nervios. Esto se asume como indeseable. ¿Pero por qué es indeseable? Este es otro problema completamente distinto. Uno puede seguir preguntando hasta alcanzar la pregunta inevitable: "¿Vale la pena vivir la vida?" ¿Pero debemos realmente responder a esta pregunta, y también a un número indeterminado de otras, para responder a la pregunta inicial? Nadie puede mantener esto seriamente (...)» «4».

Esta reducción al absurdo de Hook implica nuevamente la aceptación del nivel instrumentalista de la inteligencia, de los métodos empíricos de investigación, así como la negativa a buscar criterios de certeza cuando estamos inmersos en un problema práctico. Mencionando los supuestos de la crítica de Hook, recordemos que forman parte de los capítulos dedicados al método investigativo en la parte III de este estudio, y que vuelven a revelar el puesto clave que para la teoría del valor ocupan ciertas transiciones.

V.3.2. Reconsideración del argumento contra la transición valorado / valorable.

V.3.2.1 Primer paso del argumento

«El problema, entonces, es dar un análisis de "a es

deseable" cuando se construye como significado de a debe ser deseado, el cual lo convierte en un enunciado empírico, un enunciado que conlleva conocimiento empírico» (5).

White estima que, si bien la empresa no es imposible, el intento llevado a cabo en "La construcción del bien" falla.

Que Dewey intenta dar una definición de "a es deseable" en el sentido de "a debe ser deseado" es una opinión altamente discutible. Además de la cualificación de lo "deseable" como objetivo que se deriva de nuestro análisis de IV.17 que repele la afirmación de White, se imponen unos incisos críticos.

Comencemos con Gouinlock, quien rechaza la conclusión de White -a saber, que Dewey no ha conseguido solucionar "el problema fundamental de la ética", que es el problema ser / deber- afirmando que pierde todo su valor cuando comprendemos que Dewey no se ocupa de ese problema:

«Dewey no intentaba prescribir imperativos morales incondicionales; estaba interesado más bien en proponer y recomendar formas de comportamiento que podrían ponerse a disposición de los seres humanos enfrentados a sus compromisos característicos» (6).

La insistencia de Gouinlock en los modos de comportamiento y los métodos de acción más que en en reglas específicas, que no garantizan la "solución" de ningún problema práctico, sino

que sólo ponen las bases para que podamos elegir sin trabas e inteligentemente '7' se asienta en la queja del propio Dewey en el sentido de que nunca se había comprendido su insistencia en el método moral. Este ha sido precisamente el punto fuerte de nuestras conclusiones a la parte IV: no hay ningún valor absolutamente deseable, sino una deseabilidad eventual y relacional que surge de la correcta aplicación de procedimientos inteligentes al continuum medios-consecuencias.

El problema está en que sus críticos creen que Dewey hace uso de "obliga" en el sentido en que obliga un mandamiento o una prescripción, cuando, si trasladamos el contexto original de la investigación, que es individual, a un contexto social, sólo valdría "es aconsejable" en la medida (a la vez amplia y limitada) en que puede obligarnos la pericia y los métodos inteligentes de un abogado en la resolución de los pasos legales que debe seguir un empleado ante un despido. Se trata, siempre desde el punto del agente ante una disyuntiva real, de aplicar o no un conocimiento que ha probado su solvencia en la resolución de situaciones complicadas; un conocimiento que, por supuesto, no asegura el éxito, sino que sólo lo hace más probable. Y todo el malentendido procede de que no se acepta que la guía más eficaz de nuestra conducta sea una consideración inteligente (empírica, relativista, contextual, débil) de la situación. Y esta consideración lo que hace es

unificar (rebajando los principios morales, dignificando los hechos situacionales) la dirección de la conducta.

Gouinlock va bien encaminado, y a estas alturas de la tesis creemos haber demostrado que ni la certeza como solución definitiva ni el precepto como referencia definitiva se contemplan en las condiciones de la valoración deweyana.

Según Gouinlock, Dewey no pretende resolver el problema ser / deber ser, ni busca un deber para el lector, sino que quiere proponer el uso de un método comparativamente fiable que nos permita afrontar el problema moral con ciertas garantías.

Lo que mantengo, al hilo del problema del deber, es que el deber que Dewey acepta no es el deber preceptivo, ni el que se opone al placer o al interés, sino el que se deriva de las demandas de la situación y del agente, la primera de las cuales es la de que en ciertas situaciones "hay que hacer algo". Si llamamos "deber" a estas demandas filtradas por la razón, se trata de un deber naturalizado y contextual, un deber disminuído en sus viejas pretensiones absolutistas, por el que resulta más fácil (es decir, más corto) realizar el tránsito entre ser y deber ser.

Ocurre que las garantías de que ciertas decisiones cumplen con el "deber" de afrontar ventajosamente el problema en curso, si bien quizás las únicas posibles, son todavía más modestas de lo que Dewey y sus seguidores suponen, pues dos personas pueden encontrar consumatoria y no consumatoria la misma situación. La

creencia en la armonía de intereses básicos de los hombres, y la preeminencia de la concordia sobre la competitividad o la agresividad es una creencia amable y hasta reconfortante, pero no fundada desde la perspectiva objetivista del propio Dewey - quizás sí desde la de James, pero no desde la de Dewey-, de tal manera que solamente si hacemos un uso voluntarista del término 'deber', podemos encontrar una garantía parecida a la prueba de las ciencias experimentales. Y si bien es cierta la pretensión gouninlockiana de que Dewey en ningún momento habla del deber, no es menos cierto que, por vía negativa, como si temiera hacerlo por vía positiva, Dewey deja entrever que sí piensa en un deber más allá de lo contextual. Así lo menciona textualmente: «¿Cómo ponderaremos la satisfacción? ¿Es un valor o no lo es? ¿Es algo que *debe* ser deseado y buscado, algo que *ha de ser* [to be] gozado?» ⁽⁸⁾. Y luego afirmará, *a contrario*, que la experiencia nos enseña a tener precaución con las consecuencias de cierto género de satisfacciones. ;Lo cual significa que lo deseable sí debe ser buscado!

Es evidente que Dewey rehuye la palabra "deber", y sin embargo el concepto de normatividad intersubjetiva acecha al fondo. Dewey, en lugar de "deber", prefiere hablar de "elemento de dirección que suministra una idea de valor", como en "La construcción del bien", donde da los siguientes ejemplos de elementos directivos en ciencia o en ética: «(...) "vale la pena tratar estos hechos como datos o pruebas, "es aconsejable

llevar a cabo este experimento" (...)» ¹⁰. Son elementos normativos sujetos a revisión permanente, pero elevados a consideración pública en pretensión de validez intersubjetiva.

También afirma por vía negativa y refiriéndose a las proposiciones de facto que «(...) no plantean exigencias acerca de actitudes y actos ulteriores; no se presentan con autoridad para dirigir» ¹¹. Eso implica, *ab negatio*, que las proposiciones de jure sí "exigen", sí tienen "autoridad". Ahora bien, esa autoridad no es "deducida" ni "derivada" en el sentido de las inferencias lógicas formales, sino sólo apoyada y recomendada por el conjunto de factores prácticos de decisión que hemos estudiado en la parte IV.

Sin embargo, la insistencia de White en convertir los objetos o cursos de acción deseables en deberes y obligaciones, como si fueran el objetivo *real* de Dewey, es completamente inadecuada. El armazón crítico de White se derrumba porque la analogía no vale, y obviamente "a es rojo" no implica que nadie tenga la obligación moral de verlo rojo, ni Dewey pretende tal cosa ¹². Pero "a es deseable" en un contexto situacional dado sí implica la existencia de unas condiciones objetivas que aconsejan que el sujeto implicado en el problema lo desee en un momento dado; esas condiciones lo hacen eventualmente deseable, si bien Dewey no es partidario de que nadie "deba" desearlo en un sentido de compulsión ético-legal ¹². Se trata de alcanzar un saber que oriente, no estatuir un principio que obligue.

La insistencia en la obligación por parte de White supone la negación de la perentoriedad del juicio de valor, estudiada en IV.7.2, y del papel del sujeto moral como agente, es decir como elemento activo en una situación, estudiado en IV.7.3.

Supone el olvido de la teoría deweyana de la experiencia, cuya especificación es parte sustancial del presente estudio.

V.3.2.2. Segundo paso del argumento

«(...) La visión de Dewey de la relación entre lo que es deseable y lo que es deseado la indentifica con la relación mantenida entre la propiedad objetiva de ser rojo y la apariencia de rojo. Y parece que según Dewey solamente un objeto que nos satisfaga bajo condiciones que sean análogas a las condiciones normales asociadas a la comprobación de colores, tiene valor en este sentido» ¹³.

Más adelante ¹⁴ White compara la distinción "a me parece rojo ahora" / "a es (realmente) rojo", con la de deseado / deseable. Sugiere que en ambas la parte izquierda refleja el informe de una sensación y la parte derecha no. En ambas se da también un idéntico paso intermedio de reflexión y método.

White, que toma de Browning ¹⁵ la distinción entre "soluble" y "objetivamente rojo", afirma después que según Dewey "a es realmente rojo" equivale a "Para toda persona normal y, si y observa a a bajo condiciones normales, entonces

a parece rojo a y", a diferencia del carácter objetivo de algo soluble. Luego afirma que

- (1) a me parece rojo ahora,
- (2) a es (realmente) rojo, y
- (3) "a es realmente rojo" equivale a "Para toda persona normal y, si y observa a a bajo condiciones normales, entonces a parece rojo a y"

tienen sus análogos en el campo ético:

- (1') a es deseado por mí ahora,
- (2') a es deseable,
- (3') "a es deseable" es equivalente a "Para toda persona normal y, si y considera a bajo condiciones normales, entonces a es deseado por y".

El argumento de White reposa en que Dewey no ha mostrado que 2' tenga mayor valor de jure que 2. Y también que 3' nos dice lo que una persona deseará bajo condiciones normales, como 3 nos indica lo que verá. No se ve por qué, aceptando 3', "a es deseable" posee más cualidad *de jure* que pueda tener 3. De la misma manera, no se sigue de 3 que yo "deba" ver a como rojo.

Lo veo y eso es todo: no hay obligación moral. El artículo concluye que Dewey no ha superado la dicotomía ser / deber ser.

éste es el paso que Bausola resume como el paso de unas condiciones cualesquiera (*comunque*) a condiciones normales (*normali*), y la crítica de White es: los enunciados "a es deseable", como "a es rojo", no tienen nada de normativo, sino que son descriptivos *bajo otro punto de vista*.

Como suele hacer Russell, White no inserta el problema de la determinación del valor con vistas a la resolución del problema, sino que lo considera en abstracto. Por consiguiente, desplaza una relación vectorial presente-futuro a una relación estática, consistente en averiguar la naturaleza de un color.

Por esta razón lo deseable no se puede dar como analogía de lo objetivamente rojo; en el primero hay un problema acerca de la construcción de algo que se completará en el futuro, y en el segundo la determinación o registro de algo que sucedió en el pasado o está sucediendo en el presente.

El propio White, crucialmente, reconoce ^{'16'} que su principal crítica depende del hecho de que «la relación entre "deseable" y "deseado" sea reputada por Dewey como idéntica a la que se da entre "realmente rojo" ("*really red*") y "aparece como rojo" ("*appears red*")». Pues bien, la confesión de esa dependencia argumental resulta fatal para su autor, porque la analogía no es válida. Veámoslo: según reconoce el propio White ^{'17'}, su analogía de la percepción del color se basa en el siguiente pasaje de Dewey

«Una sensación de bien o excelencia está tan alejada de la bondad de hecho (*in fact*) como una sensación de que estos objetos son intelectualmente así o asá está alejada de que lo sean realmente» '1e'.

White observa que afirmaciones de este tipo son las que le llevaron a creer que la relación entre deseado y deseable era equivalente a la relación entre la propiedad objetiva de ser rojo y la apariencia de rojo. Pero a nuestro juicio, Dewey sólo compara el elemento inmediato de la sensación con el elemento mediato de la inteligencia, y se da cuenta de que no hay homogeneidad posible entre la relación "sensación de que un objeto tiene la cualidad C" / "realidad efectiva de que ese objeto tiene la cualidad C", que implica un problema meramente constatativo, con la relación "parecer bueno" / "ser bueno", que implica un problema evaluativo, es decir, relacionado con bienes, fines, etc. Dewey, por lo tanto, no ha establecido una homología, sino que sólo ha puesto un ejemplo (que por cierto, no se repite, salvo error, en ningún otro lugar) comparativo de la lejanía que hay entre la convicción subjetiva del bien cuando todavía no ha sido críticamente considerada, respecto a cuando lo ha sido, con la lejanía que se da entre una sensación de un objeto y la realidad de ese objeto. Por otra parte, en el primero se pretende que hay una transformación de la emoción inicial en otros informes más adecuados, los cuales no son independientes de la situación, del agente ni de la mediación

social, mientras que en la prueba de los colores se trata de la subsunción de un informe perceptivo en un baremo abstracto independiente del sujeto: el de la sensibilidad de personas "normales" en situaciones "normales".

Ayudará a comprender nuestro análisis el ejemplo que da Dewey en la página siguiente ⁽¹⁹⁾ a la del último texto citado.

El ejemplo diferencia algo que se come de algo que es comestible. La diferencia entre una cosa y otra radica en que en la segunda tenemos conocimiento de las interacciones de la cosa comida con el resto de los factores implicados, mientras que en la primera no lo tenemos. No se trata de afirmar la existencia de cosas comestibles en base a que la gente normal las coma en situaciones normales, sino en que averiguamos si una cosa puede (o ha de ser, en ciertas circunstancias) ser comida en base a que la experiencia y la crítica nos indica las conexiones e interacciones de esa cosa con otros elementos relacionados con la acción de comerla, tales como la digestión, la sed que produce, la relación entre esfuerzo y saciedad, etc.

Dewey -como ha visto bien Sleeper ⁽²⁰⁾- no está señalando una norma a partir de una proposición científicamente establecida, sino que está contemplando la forma en que una proposición, al apoyarse en el método científico de examinar causas y efectos y de formular hipótesis, puede fortalecer nuestras decisiones como una alternativa a la arbitrariedad. White, apunta Sleeper- y nosotros con él-, olvida el contexto

metafísico y metodológico de la valoración deweyana, como si Dewey estuviera en "La construcción del bien" escribiendo una página de análisis lingüístico.

El error de White, a nuestro juicio, ha consistido en pensar que deseabilidad y deber son en Dewey conceptos homogéneos, traduciendo "deseable" por "que debe ser deseado" o por "normativo". Como ya vimos en el capítulo dedicado a la deseabilidad, esos conceptos no son homogéneos en absoluto. Hook ⁽²¹⁾ ha acusado en este sentido a White de que olvida el contextualismo de la situación moral, el instrumentalismo teórico y la perentoriedad, lo que nos permite corroborar la tesis central de este estudio, a saber, la importancia de las transiciones y unificaciones para la controversia.

También John Ladd ⁽²²⁾ ha relacionado este defecto con parte de la teoría deweyana de la acción, y en su explicación señala dos sentidos de "deseable": a) como una propiedad de un objeto o estado de cosas, y b) como una relación entre un agente moral y un posible futuro de acción. Según Ladd, White cree que Dewey se refiere a a), y por eso le aplica la deber-ser-idad (*ought-to-be-ness*) al objeto valorado, lo cual engendraría obligación. Pero Dewey trata "deseable" en el segundo sentido. Para que la deseabilidad engendrara realmente obligatoriedad, precisaría a) estar en nuestro poder, y b) que fuera la posibilidad más deseable o la única deseable; ambos

son requisitos que el análisis autocorrector deweyano no contempla.

En cualquier caso, aceptemos o no los requisitos de Ladd, lo que he creído demostrar es que White malinterpreta la deseabilidad de Dewey, y una de las causas fundamentales es que no la sitúa bajo la única perspectiva que la hace comprensible: como una función eventual que surge en el contexto pragmático de la valoración. En ese caso, "a es rojo" no contiene ningún elemento *de jure*, porque un daltónico no tiene ninguna obligación de verlo rojo, pero "a es deseable" sí contiene un elemento *de jure*: yo, como agente implicado en esta situación, con bienes y valores obstruidos por las dificultades de una situación problemática, tras analizar condiciones y consecuencias, con a, b, c como alternativas de acción, encuentro que será objetivamente más adecuado emprender tal opción sobre tales otras. La deseabilidad de la opción escogida se reforzará si experimento un cumplimiento y una satisfacción que procedan de a. La garantía "científica" de ese cumplimiento es la que hemos puesto en cuestión, pero la crítica de White la ha dejado intacta como problema.

NOTAS

- (1) Respecto al t3pico de un contenido cognitivo siempre dependiente, Peirce ya lo critica en "Algunas consecuencias de cuatro incapacidades", en Collected Papers, 5: 265, pp. 156-7, ed. cit. Y Wittgenstein, como yo mismo he se1alado en Catal3n, M., "Una versi3n del cuaderno azul" Er, VII-VIII (1.989), pp. 21-22, lo retoma primero en "El cuaderno azul" y luego en "Investigaciones filos3ficas".
- (2) El adagio "Nadie puede decir que es feliz hasta el final" participa de este absurdo pr3ctico, al despojar a las consecuencias intermedias de su car3cter de criterio felicitarario intrinseco.
- (3) Hook, S., "The Desirable and Emotive in Dewey's Ethics", en John Dewey, Philosopher of Science and Freedom, p. 206.
- (4) Ib3dem.
- (5) White, Morton, Pragmatism and the American Mind, p. 157.
- (6) Gouinlock, J., "Dewey's Theory of Moral Deliberation", p. 220.
- (7) Vid. la cita que hace Gouinlock del Ethics deweyano en la misma p. 220.
- (8) QC, O.C. / LW 4: 208.
- (9) idem, p. 209.
- (10) Ib3dem.
- (11) Otros, como Scheffler, en "Is the Dewey-like notion of Desiderability Absurd?" han aceptado el "ought" con que White traduce la deseabilidad deweyana.
- (12) Gouinlock constata en "Dewey's Theory of Moral Deliberation", pp. 218-228, que White lee "debe ser deseado" y, menos frecuentemente, "impone una obligaci3n", cuando Dewey escribe simplemente "deseable".
- (13) White, Morton, Pragmatism and the American Mind, p. 158.
- (14) idem, p. 159.
- (15) Browning, R.M., en "On Professor Lewis's Distinction between Ethics and Valuation".
- (16) En las pp. 158 y 161 de su art3culo, en Pragmatism and the American Mind.
- (17) idem, p. 158.
- (18) QC, O.C. / LW 4: 212.
- (19) idem, p. 213.
- (20) Sleeper, "Dewey's Metaphysical Perspective: A Note on White, Geiger and the problem of Obligation", p. 104.
- (21) Hook, Sidney, "The Desirable and Emotive in Dewey's Ethics", en Hook, S. (ed.), John Dewey, Philosopher of Science and Freedom, p. 204.
- (22) Ladd, John, «"Desirability" and "Normativeness" in White's article on Dewey», pp. 93-94.

V.4 CONCLUSIONES.

Sobre el núcleo común de críticas que mantienen los autores citados -por mucho que no se la mencione y se pretenda que no se trata de ella- ronda la sombra innombrada de la *open question* de Moore, que es la adecuación a nuestro siglo de la prohibición de paso entre lo evaluativo y lo descriptivo del dualismo ético.

Como es sabido, la argumentación de Moore consiste en que el bien es una propiedad simple e indefinible en términos descriptivos. El enunciado «X es bueno significa que X tiene la propiedad P» es incorrecto, pues siempre se puede preguntar con sentido, «¿pero X, que tiene la propiedad P, es bueno?», a diferencia de la pregunta, «¿pero X, que tiene la propiedad P, tiene la propiedad P?», la cual carece de sentido.

Ese núcleo se podría resumir diciendo que no hay conexión argumental posible entre enunciados descriptivos, por muy cognitivos que sean, y valorativos, por poco normativos que sean. La conexión prohibida está implícitamente propuesta en la noción deweyana de "deseabilidad" (*desirability*) que aparece en "La construcción del bien", y en el caso omiso a la prohibición radica el motivo profundo de la controversia.

Volviendo la vista atrás, y abarcando la totalidad del presente estudio, podemos comprobar que Dewey intentó establecer una superación del dualismo ético y valorativo,

del que la *open question* es una simple consecuencia, siguiendo dos caminos: 1) negativamente, mediante la crítica genética del dualismo *in genere* y de los dualismos sectoriales, y 2) positivamente, mediante la doctrina de la deseabilidad, basada en la investigación valorativa.

V.4.1 La estrategia negativa

La respuesta a la falacia naturalista que parte de la estrategia negativa de las genealogías no puede entenderse si no se entiende que para Dewey, tal como se concluye en el capítulo V.4, la *open question* es una contradicción en los términos. Tal como se utilizan esos términos en la tradición filosófica, carecen de referente y su oposición es inverificable. Lo (meramente) descriptivo y lo (meramente) valorativo son dos ficciones, dos constructos, cuya polarización es tan inaceptable como sintomática de un estadio cultural y filosófico plenamente dualista.

La verdad, según esta estrategia, es solamente una parte del significado, y en Dewey el dualismo de los grandes sistemas del pasado aparece como expresión de la impotencia de un estadio previo al desarrollo científico que posibilitó el control sobre las condiciones naturales. Por ello, cuando Dewey se enfrenta a tales sistemas, no se esfuerza tanto en averiguar el grado de verdad que pudieran tener como en el significado social que pudieran desvelar.

Presentar la *open question* entre unos enunciados puramente descriptivos y otros puramente normativos, como si tales idealidades existieran por separado y *a priori*, y luego exigirnos que superemos el abismo entre ambos, viene a ser exigirnos que saltemos al otro lado de una raya de tiza procurando no hacerlo por encima.

La pretensión ha sido calificado por algunos deweyanos como la de "abortar la cuestión nada más ser concebida" ⁽¹⁾, y todos la han considerado un punto de partida inadecuado ⁽²⁾. Geiger, en defensa de Dewey, proclama abiertamente un *quid pro quo* y asigna ⁽³⁾, el abismo entre hecho y valor (descripción y normatividad, en términos más específicos) a la realidad abismal de todo dualismo, engarzado en el entramado de vacíos que es la tradición occidental: no se trataría entonces de "dar explicaciones exhaustivas" de la conexión entre ser y deber ser, sino muy al contrario, de dar explicaciones exhaustivas de la separación radical que se supone hay que salvar.

¿Cómo se relaciona este *quid pro quo* con el entramado de las genealogías? En realidad, el análisis de cada una de las dicotomías expuestas en la parte crítica-genealógica es una argumentación sectorial del *quid pro quo*, que saca a la luz un extrañamiento que se da por supuesto, como un axioma inviolable del que se ha de partir, y que paradójicamente, nos impide el movimiento. Así, en el arco reflejo, o en el dicotomía altruísmo / egoísmo, no hay conceptos separados que obedezcan a realidades separadas, sino meros constructos

sobre funciones integradas en un todo superior que hemos separado mentalmente y luego sustanciado por medio de la falacia filosófica. La noción de "falacia filosófica" -"la conversión de funciones eventuales en existencia antecedente"- delata el procedimiento por el que se axiomatizan y reifican diferencias meramente analíticas, convirtiendo lo que son efectos en causas y lo que son distinguos en existencias.

La prohibición kantiana, humeana, mooreana y positivista al flujo entre lo descriptivo y lo normativo se nos ofrece entonces, entre los frutos recientes de la genealogía deweyana de los dualismos, bajo un nuevo y sorprendente aspecto: como una separación más entre otras muchas, inmersa en la persistente red de dualismos culturales.

La prohibición ya no aparece bajo la perspectiva del rigor crítico que impide los excesos dialécticos de los predicadores o las fantasías de los metafísicos, sino bajo la de pertinaz heredera de una tradición dualista, esteticista y atomista, previa a la comprensión integradora del evolucionismo y del instrumentalismo epistemológico.

La propuesta implícita de Dewey consistiría en que todo dualismo se resiente de un seccionamiento social, de una fractura de raíz moral y humana, por mucho que formalmente parezca remota o cósmica: todo dualismo contiene un ala noble y un ala innoble, un elemento meliorativo y otro peyorativo. El fondo biológico de los comportamientos de atracción-rechazo no parece despreciable en la constitución

de la polarización valorativa de todo dualismo: la devaluación de facultades y formas de actividad humanas como la sensación, la pasión, la satisfacción de las necesidades, el control sobre el medio, junto y opuestamente a la ultramundanización de los ideales, la razón o la divinidad, equivalen pragmáticamente a seccionar lo que debiera corresponder al desarrollo integral de las potencias humanas en dos partes irreconocibles e impracticables, convirtiendo las funciones dinámicas en figuras hipostasiadas, fijas y estériles, que se repliegan sobre sí mismas.

Los ideales propuestos por la tradición dualista comportan un hombre disminuído, una naturaleza humana necesaria y contradictoria. Que la integridad del hombre sólo puede darse mediante su superación es un escolio que se sigue de lo anterior, al que no dudamos en calificar como el mayor acierto de una filosofía humanística tachada de antihumanística por algunos de sus adversarios.

V.4.2. La estrategia positiva

En cuanto a la respuesta teniendo en cuenta la estrategia positiva de la teoría de la acción, Rachels ⁴ ha intentado argumentar que la deseabilidad deweyana, merced a la imparcialidad y a las garantías intelectuales que se desprenden de ella, convierte en sinsentido la pregunta: «Pero 'X', que tiene la propiedad de ser deseable, es deseable?», y superando así la *open question*.

Rachels tiene razón sólo en parte. A mi modo de ver, y sin pretender más que señalar aquí la naturaleza de un problema tan estudiado y debatido, la *falacia naturalista* de Moore -que es la prohibición de Hume en el tercer libro de A Treatise of Human Nature bajo una nueva envoltura- es más una explicitación de la postura intuicionista que un argumento o prueba contra el naturalismo. Tomemos el ejemplo de la postura del naturalismo deweyano: Dewey definiría 'X' como teniendo tales propiedades que la hacen "bueno", o en la terminología deweyana, "deseable". Eso significa que atribuye la cualidad de ser deseable a cualquier 'X' que presente las propiedades A, B, C. Que la pregunta «¿Pero X, es bueno?» tenga sentido en la posición de Moore, precisamente porque para él lo "bueno" es indefinible, es una explicitación de la postura intuicionista, no un argumento en su favor. En cambio, para Dewey la pregunta «Pero 'X', que tiene las cualidades A, B, C, ¿es deseable?» equivale a preguntar «¿Pero 'X', que es deseable, es deseable?», porque precisamente para Dewey la deseabilidad consiste en cumplir con ciertas condiciones que ya conocemos sobradamente. Consecuentemente, carece de sentido la pregunta y se cierra la *open question*.

En lo que me parece no acierta Rachels, como tampoco Ezorski ⁽⁵⁾, es en pretender que la teoría deweyana se salvaría, ella sola, del reto de la falacia naturalista en base a alguna peculiaridad de la misma. Rachels inquiere: «si sabemos que 'X' proviene de un juicio imparcial, etc....

¿hay lugar para preguntar si 'X' es bueno?». Lo que no parece captar Rachels es que ese pretendido argumento (pues tampoco es un argumento ni una prueba, sino la explicitación de otra toma de postura) es válido para todo naturalista: un hedonista podría argumentar: «si sabemos que 'X' da placer, y habiendo definido lo bueno como aquello que da placer, ¿hay lugar para preguntar si 'X', que da placer, y por lo tanto es bueno, es realmente bueno?». La diferencia entre Dewey y Epicuro es analíticamente nula. Cuando Moore añade que ninguna cualidad ni conjunto de cualidades naturales puede agotar el contenido del concepto de "bondad", lo que está haciendo es explicitar su postura de que ninguna cualidad ni conjunto de cualidades naturales puede sustituir a la bondad, *porque ésta es indefinible*.

Lo que mantengo en este punto es que la *open question* mooreana tiene al menos tanto que ver con la fraseología como con la argumentación racional.

En el Dewey de la filosofía de la acción, la emergencia del valor en el propio proceso de valoración, la conexión de los procesos naturales con la significatividad, el papel activo del investigador, el engranaje metodológico de las hipótesis, fines-en-perspectiva y consecuencias, de los intereses, los goces y los bienes, hacen coincidir en tal grado los intereses del mundo natural con los del mundo del valor, que el establecimiento desde unos pretendidos fundamentos de la experiencia de un examen que ha de pasar

la propia experiencia resulta completamente inadecuado y fuera de lugar.

También Geiger, entre otros, ha relacionado el problema con "el origen, contexto, funcionamiento y la descripción del valor", extremos olvidados por idealistas y positivistas, los cuales desgajan los valores de sus "soportes" naturales. En todos ellos alienta la convicción deweyana de que valoraciones hay en todas partes y a todas horas, de que el testimonio de la experiencia invalida las condiciones de posibilidad dictadas desde fuera de la experiencia, y de que una vez implicados en las interacciones vitales, de lo que se trata es de llevarlas a cabo eficaz y controladamente.

En la línea general de la superación del dualismo, la filosofía de la acción, en sus productos finales de la teoría de la valoración y la deseabilidad, es el punto omega del largo camino que incardina lo que llamamos valor en un proyecto transicional que según nuestra exposición va cercando la experiencia humana de lo genérico a lo específico. El proyecto va abrazando el aspecto naturalista (noción de "actividad") biológico ("acto"), humano ("investigación") y distintivamente práctico ("valoración") de esa experiencia.

Los términos clave para la transición valorativa entre ser y deber ser son los de "experiencia", "acción" y "perentoriedad": ellos especifican la transacción continua que se da entre la persona y el medio, en un intento de la

primera por controlar y expandir sus relaciones con la segunda: «el "deber" es el "ser" de la acción» «6» refleja el papel transicional que la filosofía de la acción deweyana asume en el proyecto de superación del dualismo valorativo, y la mixtificación de la dicotomía entre términos y proposiciones completamente descriptivos y completamente normativos. No hay un deber absoluto caído de lo alto, sino solamente relativo a lo que hay que hacer: Jonas, asumiendo la perentoriedad de la acción moral, lo ha concentrado en estos términos: «puesto que algo debe ser hecho, esto es mejor que aquello, por lo tanto [esto] debe ser hecho» «7».

V.4.3 La transición valorado / valorable, a la luz de los resultados de las dos estrategias deweyanas

El resultado más sobresaliente ha sido el establecimiento de la mutua influencia de descripción, cognitividad y valor en la elaboración y formulación de juicios morales. En el texto de "La construcción del bien" y en la subsiguiente Reconsideración de las críticas se ha visto que, por encima de los errores de la prueba (IV.12), los experimentos cruciales (IV.13.1) y el orden moral (IV.13.2) que hemos señalado en su lugar, los juicios de jure deweyanos presentan aspectos fácticos en varios sentidos:

A) Una proposición o juicio *de jure* como "deberías ir al médico" es una proposición o juicio espacio-temporal 'e' dirigido hacia el futuro, y no envuelve sólo una predicción acerca del hecho de que iremos al médico, como pensaban Cavell y Sesonke, sino que la visita al médico tiene un factor de su consecución en el juicio mismo, pues en éste ya reside la acción que coadyuva a su acaecer, acaecer que en no pocas ocasiones produce el mismo agente que emite el juicio; asimismo, es una proposición o juicio que envuelve también una predicción de tipo evaluativo, a saber, que la situación consecuente a la visita médica será de un tipo determinado: satisfactoria.

Ya hemos criticado en IV.13 el carácter no específico y postulativo de la creencia en que la experiencia compartida hace converger la satisfacción de los diversos agentes, pero la composición de elementos fácticos y valorativos en un mismo juicio queda a salvo.

B) Además de pronosticar que ciertas acciones futuras tendrán consecuencias satisfactorias, la proposición o juicio moral está basado en razones empíricas formuladas implícitamente en juicios parciales previos; un juicio de valor ("El juicio no es algo que ocurra de golpe (*all at once*)" 'e') se ha de apoyar en los hechos establecidos por la ciencia o el sentido común, de los que extrae una base de orden instrumental y cooperativa que coadyuva a su propio proceso de formación. De hecho, describir y valorar son

actividades orgánicamente conectadas en la investigación valorativa, vale decir, en el juicio práctico en sentido amplio. Es merced a esa conexión por lo que decimos de un juicio de valor que se invalida cuando está fundado en creencias *de facto* falsas o inadecuadas. La ciencia no proporciona fines a la conducta, pero sí investiga sobre las condiciones y permite controlar las variables sobre las que se edifican los fines y valores.

C) Cualquier proposición o juicio de hecho, incluyendo los científicos, no es puramente intelectual, sino que está guiado en último análisis por finalidades prácticas. Esta variante del instrumentalismo epistémico que afirma de la razón que es un instrumento de los valores previos tiene su emblema en el *dictum* scotista "Intellectus cadit sub natura", y el pragmatismo en general lo sostiene como uno de sus impulsos teóricos comunes. En lo que respecta a los modernos métodos, la sociología y filosofía de la ciencia posteriores a Dewey han corroborado que las grandes líneas de investigación no se emprenden en función de la mera probabilística, sino de necesidades e intereses mediados social y políticamente; han corroborado, pues, esta línea abierta por la labor zapadora de nuestro autor.

D) Uno de los méritos parcialmente ignorados de la teoría deweyana, en el que se muestra un adelantado de los conceptos actuales de coevolución ecológica, es que el

hombre aparece convincentemente como un ser natural-moral que ha de escoger entre diversas condiciones y posibilidades aquella que armonice y unifique su existencia con la del ambiente biológico y cultural, porque forma parte integral de los mismos. Ha de tener asimismo en cuenta los intereses de la comunidad que se revelan en la experiencia compartida.

Nuestra línea de transicionalidad nos ha permitido rastrear el origen de la experiencia compartida en la superación de la dicotomía ética egoísmo / altruísmo. La dependencia de una teoría integrada de las virtudes con la transición valorativa hace, finalmente, exigible un concepto de deseabilidad que aúne cognitividad y regulación. Como ha dicho Fingarette, esa deseabilidad es la que permite que los enunciados éticos no sean exclusivamente exhortativos, como los positivistas lógicos proponen, ni exclusivamente predictivos, como lo proponen Sesonke, Cavell y Stevenson.

E) De los capítulos dedicados a la experiencia, investigación y acción se desprende que para nuestro autor no hay pura descripción aséptica por un lado y pura normatividad (autoritaria o emotiva) por otro, sino un *continuum* ligado por la cognitividad de los juicios y proposiciones de valor.

Utilizando una analogía perceptiva, no hay rojo y violeta en la experiencia simbólica, sino un espectro continuo del que tomamos operacionalmente una franja.

F) Hay un nivel en el que Dewey ha prestado un servicio a la teoría ética contemporánea, no menoscabado por las diversas críticas: el de que, partiendo de los conceptos de acción y de perentoriedad en la decisión, hacer uso de la inteligencia efectiva para resolver los problemas morales es una decisión ética y filosóficamente deseable.

La respuesta final de Dewey a sus críticos podría espigarse en TV:

«Supongamos, por ejemplo que se ha establecido que un particular conjunto de valoraciones en boga tienen, como sus condiciones históricas antecedentes, el interés de un pequeño grupo o clase especial en mantener ciertos privilegios y ventajas exclusivos y que su mantenimiento tiene el efecto de limitar tanto la extensión de los deseos de otros como su capacidad de llevarlos a cabo. ¿No es obvio que este conocimiento de condiciones y consecuencias habría ciertamente de llevar a una revaloración de los deseos y fines que han sido supuestos como fuentes autorizadas de valoración?» (10).

En cierto tipo de sociedad (restricción que, si bien Dewey no la menciona, hay que suponerle *salva congruitate*), tales enunciados sí aconsejan una valoración que conduzca a la toma de decisión, y solamente una mentalidad pasiva (mentalidad que, por cierto, no exime a su portador de su cuota de responsabilidad social) podría sostener que no hay razones empíricas fundadas (además de fines y valores contextuales en los que está envuelta toda deliberación, incluida la del no-cognitivista) para tomar una cierta línea

de conducta y para considerarla deseable, salvando así el supuesto *gap* entre descripción y valoración. El hecho de que tales juicios puedan emplearse para expresar una emoción no implica que carezcan de apoyo empírico en otras ocasiones, las ocasiones pragmáticamente relevantes:

«A largo plazo el efecto es similar al de una actitud cautelosa que se desarrolla hacia ciertas materias disueltas en el agua como resultado del conocimiento de que esas materias contienen gérmenes dañinos»

Desde luego, puede reiterarse la acusación de que los juicios de valor deweyanos se limitan a los viejos y buenos juicios hipotéticos, en este caso con la cláusula "si deseas conservar la salud" prefijada a "no bebas de esa fuente".

Pero es que, según hemos visto, de la misma manera que no podemos dudar (Peirce) de todas nuestras convicciones al mismo tiempo, tampoco podemos poner dudar de todos los valores a la vez, y en este caso juega su papel inconmensurado el valor de la salud, que no se pone en entredicho (lo cual no significa que no pueda ponerse en entredicho en una investigación específica). O aún concediendo ese beneficio, podemos hacerlo si nos place, pero no en el transcurso de una investigación marginal, que como tal acapara las cualidades de instrumentalidad y contextualismo de toda investigación. Para terminar, en el último ejemplo deweyano se puede distinguir cómo funciona integradamente el bien o valor inmediato, que es la

satisfacción de la sed, junto al problema de si el agua estará en buenas condiciones. Un juicio instrumental de contenido fáctico "el agua está contaminada" ayuda a determinar en un proceso mediado por la inteligencia la decisión de seguir una línea u otra. Si consecuentemente emitimos el juicio práctico "no debes beber", no es a causa de que nos falte celo analítico ni de que nos sobre celo pontificador, sino a causa de que en situaciones problemáticas reales, ser y deber ser se complementan en un engranaje común, "en el camino de la vida", que tiende a mejorar las condiciones de interacción con el medio en base a intereses y bienes dados y ampliamente compartidos y a la naturaleza social del género humano. En el ejemplo del agua contaminada parece mejor que en otros una pedantería supina retraerse a formular un juicio moral como "no debes beber" arguyendo que en su formación intervienen consideraciones *de facto*, o que no se está formulando un concepto cognitivo de deseabilidad de la abstención, sino una mera exhortación, expresión de emociones, o imperativo disfrazados. Insistamos en que, cuando los valores o bienes inmediatos son ampliamente compartidos, la transición entre hecho y valor, entre ser y deber ser, es llevada a cabo, a nuestro juicio, con un éxito reseñable.

V.4.4 Conclusión final

La conclusión final señala que la desconexión lógica

entre proposiciones o juicios morales y proposiciones o juicios fácticos, entre proposiciones descriptivas y valorativas, entre juicios *de facto* y juicios *de jure*, que tiene su formulación moderna en Hume y Kant y sus valedores entre una variedad de escuelas contemporáneas de filosofía (positivistas, analíticos, idealistas) es un supuesto inexaminado de la filosofía moral contemporánea. Ese supuesto de carácter dualista, indetectable por efecto de su ubicuidad, ha sido vigorosamente señalado por nuestro autor.

Dewey ha querido superar este abismo estéril de dos maneras: negativamente mediante la crítica histórica y genética, y positivamente mediante la aplicación de una doctrina pragmatista que combina estimulantes novedades en los conceptos de la experiencia, de la acción y del agente moral en campos progresivamente restrictivos que van a confluir en la deseabilidad valorativa.

Es fundamental la consideración historiográfica de que, desde el punto de vista del agente ocupado con la toma de decisiones, hay un retorno al aristotelismo por parte de una ética preocupada con los métodos reales de decisión y una huida de la metaética, que si como elemento auxiliar es valiosa, considerada como hegemónica, tal como hacen las escuelas anglófonas contemporáneas, nos embarca en un *pathos* estéril de análisis lexicográfico desde el punto de vista del espectador, de cariz básicamente aislacionista respecto a las ciencias sociales ⁽¹²⁾.

Muy útil para especificar la alternativa es la comparación de Stuart Hampshire de la ética con la estética, al afirmar que el artista y el crítico se enfrentan a problemas diferentes ⁽¹³⁾:

«Aquellos que distinguen más claramente las características peculiares de la actividad artística, aprenderán poco o nada de las típicas discusiones estéticas de las interpretaciones objetivas y subjetivas de los juicios estéticos críticos» ⁽¹⁴⁾.

Lo que Hampshire llama el «uso primario de los juicios morales» ⁽¹⁵⁾, y que nosotros hemos llamado el uso sustantivo, en Dewey se asimila a la toma inteligente de decisiones. Ese uso es casi completamente ignorado por la filosofía moral contemporánea, que se reserva para sí el nombre de "analítica" y para el resto el de "moralista", por cierto, con un fuerte sentido ilocucionario.

En ambas observaciones se asocia la teoría del espectador, la busca de la certeza teórica y la irresponsabilidad moral por un lado, y la teoría de la acción, la busca de la decisión adecuada y la responsabilidad moral y política por otro. Un panorama donde se intuye la figura de Dewey como la del filósofo programático que ha desbrozado los caminos de una teoría del valor cuya idea central es remediar nuestra ceguera en asuntos prácticos mediante el conocimiento controlado, y así hacer frente a los problemas globales, ético-políticos, que amenazan *realmente* nuestra acción futura. Para esos

problemas acuciantes resultan lamentablemente estériles los términos absolutos de la cuestión abierta mooreana.

Hemos concluido en relación a las críticas a "La construcción del bien" que se requiere tener en cuenta la contextualidad de la investigación, el papel factorial del juicio de valor y el instrumentalismo de las proposiciones, para entender los problemas evaluativos en Dewey. Esta ha sido la finalidad material de la tesis, y de su éxito depende buena parte del cumplimiento de su propósito, el cual ha estribado más en la iluminación de los puntos de vista de Dewey que en su defensa sistemática.

Pero esta dependencia argumental de la teoría no puede ser despachada sin reconocer la grandiosa visión del mundo que desprende la misma, y que ha latido siempre en el fondo de las discusiones. Sinteticémosla en unas pocas proposiciones: según Dewey, una continuidad primigenia ha sido fracturada por una separación de polos contrapuestos con la irrupción del hombre en la historia natural. La suma de los errores del hombre en formación está llegando a su fin. La transición se presenta como un intento de largo alcance, de un titanismo casi hegeliano, que pretende salvar los vacíos y restaurar la continuidad perdida en todos los órdenes de la vida. Y esa transición, que tiene una genealogía de origen sociológico tanto como existencial y metafísico, como se ve en la parte II, dirige sus pasos hacia "el tema de nuestro tiempo" según Dewey: la unificación de pensamiento y acción.

El trabajo de exégesis y comprensión realizado nos autoriza a concluir que la teoría del valor de Dewey es, si no clara en sí misma ni concluyente en ciertos aspectos, sí coherente con el resto de su amplio programa desde el punto de vista sistemático, y portador de una valiosa e innovadora perspectiva desde el punto de vista material en el panorama de la filosofía práctica del siglo XX.

La incumbente actualidad del problema central de nuestra tesis es difícilmente sobreestimable: tanto el contraste entre una eficaz tecnología de los alimentos que permite alimentar a la población mundial y las barreras socioeconómicas y políticas a su distribución como el impacto de la ciencia deshumanizada sobre el medio ambiente, entre otros desequilibrios, obedecen a la brutal separación de técnica y humanismo, de ciencia y ética, y se complementan con la práctica educativa de separar académicamente las ciencias y las humanidades, con la formación de una mentalidad estética y literaria por un lado, y una mentalidad crudamente técnica y positiva por otro (15). Dewey, cuando insiste en el *cultural gap* y en la "aparente discordia", no está hablando de un problema terminológico ni escolástico, y en 1.945 lo vincula textualmente a la tragedia de la bomba atómica. Hoy, cuando recordamos las palabras de Dewey

«El problema de restaurar la integración y cooperación entre las creencias de los hombres acerca del mundo en que vive y sus creencias acerca de valores y propósitos (...) es el problema más

profundo de cualquier filosofía que no esté aislada de la vida» '17'.

intuímos que no sólo está tratando de la idea seminal de su carrera intelectual, sino y sobre todo de la civilización occidental, de nosotros mismos en este momento en que la admirable capacidad de control sobre el medio físico ha vuelto, por medio de la guerra, a contrastar trágicamente con la falta de control político y de inteligencia social.

Esperamos que el esfuerzo sintetizador no haya sido en vano, y que el logro de una investigación humanística '18' vaya perfilándose: la introducción (mediante el énfasis en el procedimiento democrático de la toma de decisiones más bien que en el contenido de esas decisiones, mediante la interdisciplinariedad en las tareas investigativas y educativas, y las múltiples aproximaciones y vías de acceso en la vida social) de la inteligencia en el campo de la acción, es decir, en los campos abiertos de la economía, la política, la sociología, la educación, la tecnología, la ética y otros, sea más un problema creativo en un mundo nuevo lleno de retos acuciantes a la inteligencia que un enemigo por principio de la moralidad común.

NOTAS

- (1) Geiger, en J.D. in perspective, p. 109. Por supuesto, otros autores -como Kain Nielsen en su "Dewey's Conception of Philosophy"- estiman que Dewey no escapa a la comisión de la falacia naturalista.
- (2) Vid., p. ej., H.D. Aiken en "Reflections on Dewey's questions about Value", pp. 15-6, y Jessup, B.E., "On Value", pp. 131-4,, ambas en Lepley, R. (ed.), Value: A Cooperative Inquiry, ed. cit., pp. 15-16.
- (3) Geiger, J.D. in perspective, p. 109.
- (4) Rachels, James, "John Dewey and the Truth about Ethics".
- (5) Gertrud Ezorski, "Inquiry as appraisal", pp. 118-24, mantiene que la teoría deweyana supera la *open question* en base a que la pregunta «¿Es bueno?» está siempre abierta en la investigación, debido a "la falta de finalidad y el carácter procesual de la investigación misma" (p. 119).
- (6) O.C. / EW 3: 108.
- (7) Jonas, H., The Imperative of Responsibility, p. 46.
- (8) Como afirma el propio Dewey en O.C. / LW 15: 106.
- (9) "Judgment is not something occurring all at once", afirma textualmente en L., O.C. / LW 12: 136.
- (10) TV, p. 59.
- (11) ídem, pp. 59-60.
- (12) Vid. en Stevenson, C.L., Facts and Values, p. 115, la opinión de que es fundamental para la fertilidad de la ética contemporánea que el influjo deweyano cuaje entre los jóvenes investigadores.
- (13) Hampshire, Stuart, "Fallacies in moral philosophy", p. 468.
- (14) Ibídem.
- (15) Idem, p. 469.
- (16) Vid. a este respecto el célebre análisis de C.P. Snow The Two Cultures and The Scientific Revolution, con su propuesta de una "tercera cultura" entre ambas.
- (17) "A Rejoinder", en Schilpp, P., The Philosophy of John Dewey, p. 523.
- (18) En el sentido que, recientemente y entre nosotros, ha sugerido Primo Yúfera en las pp. 98-103 de La investigación. Un problema de España.

APENDICE. ESQUEMA DE
BIOGRAFIA INTELECTUAL

El filósofo norteamericano John Dewey nació el 2o de octubre de 1.859 en Burlington, Vermont. Fué el tercero de los cuatro hijos varones de concibieron Archibald Sprague Dewey, un comerciante que había interrumpido la tradición familiar de granjeros, y Lucina Rich, joven y piadosa congregacionalista.

La línea paterna descendía de un Thomas Dewey cuyo apellido puede provenir de de Wei (del Prado), y que según la tradición familiar abandonó su Flandes natal huyendo de las persecuciones del duque de Alba, para asentarse en Massachussets entre 1.630 y 1.633 (1).

Los antepasados de Dewey fueron artesanos y granjeros, dándose la circunstancia de que antes de John y su hermano David, ninguno de sus ascendientes había accedido a la formación académica (2).

El estado de Vermont comprende un territorio de Nueva Inglaterra fronterizo con Quebec, Canadá; a finales del siglo XIX su escasa población dedicada a la agricultura y sus grandes bellezas naturales la elevaron a la categoría de símbolo de la América colonial tardíamente incorporada a la industrialización; el carácter inmediato y saludable de sus habitantes influyó tanto en el agrarismo jeffersoniano y el anticapitalismo monopolista de la juventud de Dewey como, en general, en su talante filosófico.

Dewey aprendió las primeras letras en la escuela pública, en la cual los hijos de familias bien situadas se

sentaban junto a los hijos de los inmigrantes, en un ambiente igualitario «³».

Su infancia y adolescencia estuvieron señaladas por las excursiones en barca a través de los lagos y ríos de Vermont o por acampadas en grupos de niños por las *Green Mountains* y otros lugares vírgenes de Vermont,

A los quince años, en 1.874, se graduó en la *high school* (segunda enseñanza), y cinco años después en la Universidad local de Vermont, donde durante su *junior year* tuvo acceso a la teoría de la evolución de la mano del profesor de geología y zoología, G.H. Perkins, y del libro de texto de fisiología *Lessons in Elementary Physiology* de T.H. Huxley.

Este libro despertó en Dewey un primerizo interés por la filosofía en base al concepto integrador del organismo humano que desprendían sus páginas. Ya en el *senior year* recibió clases de H.A.P. Torrey, basadas en la escuela intuicionista escocesa, enfrentada al empirismo inglés.

También de su época de universitario data la asimilación de la filosofía positiva de Comte; en general fue un buen estudiante que superó los cursos sin dificultad, si bien no destacó entre los más brillantes.

Tras graduarse impartió clases de materias diversas en una escuela secundaria en South Oil City, Pennsylvania, durante dos años, y después en el pueblo vecino de Charlotte, mientras leía en Burlington a clásicos de la filosofía bajo la dirección de Torrey. Torrey le introdujo en el pensamiento de Kant, y el propio Dewey reconocería que

la lectura sistemática de Kant fue determinante en su vocación filosófica.

En aquella época se decidió a mandar un ensayo "in fear and trembling" ⁽⁴⁾ a W. T. Harris, reputado hegeliano y editor de la revista *Speculative Philosophy*, preguntándole por escrito si creía que su autor podría dedicarse profesionalmente a la filosofía. Harris no sólo le instó a ello en términos elogiosos, sino que publicó su artículo en 1.882: el artículo se titulaba "The Metaphysical Assumptions of Materialism".

Pese a serle denegada por dos veces una beca de investigación, Torrey y Harris animaron a Dewey a perseverar en el camino de la filosofía académica. Dewey se decidió a pedir prestados quinientos dólares a una tía suya y se matriculó en la escuela de licenciados John Hopkins. La John Hopkins era la primera y a la sazón única universidad laica norteamericana, donde Dewey se dedicó en cuerpo y alma a sus estudios de doctorado. Allí entró en contacto con Ch. S. Peirce, quien daba clases de lógica y no le influyó hasta mucho después -Dewey creyó entonces que Peirce sólo estaba interesado en la lógica formal ⁽⁵⁾-; con Stanley Hall, que las daba de psicología; y sobre todo con George S. Morris, un hegeliano discípulo de Trendelenburg que contribuyó notoriamente a la decisiva experiencia hegeliana de Dewey. A Morris se debió asimismo su interés por una lógica "real" o de la experiencia frente a la lógica formal.

Completó en 1.884 sus estudios doctorales con una tesis nunca publicada sobre la psicología kantiana. Ese mismo año Morris le ofreció un puesto de profesor instructor a su lado, en Michigan, y Dewey, ya doctor por la John Hopkins, aceptó inmediatamente.

En Ann Arbor, Michigan, conoce a Alice Chipman, una alumna destacada con la que traba amistad. Enérgica activista del partido demócrata, antibelicista e implicada en el reconocimiento de los derechos de los indios, contrajo matrimonio con Dewey en 1.886 .

En Ann Arbor alcanza el cénit su acercamiento al idealismo, del que Dewey se irá distanciando a partir de entonces merced al estudio sistemático de la ética; esta materia le fue asignada en Ann Arbor, y en The Study of Ethics, de 1.894, ya atribuye a la inteligencia un papel mediador en la conducta en vez de directivo.

También fructifica aquí su interés (inculcado por Stanley Hall, su profesor de John Hopkins) por una psicología experimental, que se vió ampliada a sus aspectos gnoseológicos con la lectura de los Principles of Psychology de W. James, aparecidos en 1.890.

En 1.888 es profesor invitado en Minnesota. Poco después muere Morris y deja vacante la jefatura del departamento en Michigan, que le es ofrecida a Dewey. De vuelta a Ann Arbor, conoce a J.H. Tufts, con quien luego escribirá en Chicago su Ethics. También data de aquí su amistad, más profunda y duradera, con G. H. Mead, una amistad que se extendió a sus

familias y que les llevó a habitar el mismo bloque de apartamentos cuando ambos se mudaron a Chicago.

Dewey reconoció siempre el profundo ascendiente que Mead -quien apenas publicaba sus trabajos- ejercía sobre él a través de sus conversaciones privadas, en que hacía gala de unos conocimientos en ciencias de la naturaleza que faltaban a Dewey ⁽⁶⁾. En los años de Michigan, el estudio de la psicología (Psychology, 1.887, Applied Psychology, 1.889 entre otros) fue desplazando a su interés del hegelianismo especulativo, y en 1.889 es nombrado presidente de la Asociación Psicológica Americana.

En Michigan nacieron tres de sus hijos: Frederick Archibald, Evelyn y Morris. Morris murió en Milán, de difteria, a los dos años y medio.

En 1.894 acepta una oferta de la Universidad de Chicago para ser jefe del departamento de filosofía, psicología y pedagogía -esta última a petición propia-, con la intención de relacionar activamente las tres disciplinas. Encuentra un plantel de profesores extraordinario con los que trabará amistad ⁽⁷⁾: Thorstein Veblen en economía política, J. Loeb en botánica, y A. Michelson en física, entre otros ⁽⁸⁾.

En Chicago funda "The Laboratory School" con la ayuda financiera de la Universidad y de un grupo de padres de alumnos. Con la aplicación de las tesis y descubrimientos de la psicología (campo en el que escribe en 1.896 el artículo sobre el arco reflejo que da vida al funcionalismo) y la filosofía al campo educativo, su interés en estos años

deriva hacia la pedagogía: The School and Society, de 1.900, una obra de enorme influencia en EE.UU., The Child and the Curriculum, de 1.902, y el opúsculo, símbolo de la educación progresiva, My Pedagogic Creed en 1.903. Los primeros años de Chicago fueron de gran estímulo intelectual gracias a ciertas personalidades que conocería dentro y fuera de la Universidad, en buena parte liberales y radicales empeñados en la legalización de los sindicatos, la defensa de las minorías y otras causas sociales.

En 1.903 aparece Studies in Logical Theory, un volumen colectivo compuesto por monografías de siete profesores de Chicago, y que es saludado por W. James como el nacimiento de la *escuela de Chicago*. En su contribución, Dewey expone su teoría instrumental del pensamiento y reconoce su deuda intelectual para con James «⁹».

En 1.904 Dewey dimite de su puesto por diferencias con la dirección de la Universidad respecto al tratamiento dado a la "Laboratory School"; poco después -Dewey ya era por entonces una celebridad en materia filosófica y educativa- se le ofrece un puesto en la Universidad neoyorquina de Columbia.

Antes de ingresar en Columbia, emprende otro viaje a Europa con su mujer y sus cinco hijos (Gordon, Lucy y Jane nacieron en Chicago durante estos años) que volvería a ser trágico, pues en Irlanda muere Gordon de una fiebre tifoidea. Antes de regresar a casa, los Dewey adoptaron a un niño italiano de su misma edad.

En Columbia iba a pasar Dewey 25 años de vida profesional, y allí publicaría la mayoría de sus libros decisivos: Ethics, en colaboración con Tufts, en 1.908, How we Think en 1.910, Democracy and Education en 1.916, Reconstruction in Philosophy, su libro más popular, en 1.920, Human Nature and Conduct en 1.922, Experience and Nature, considerado su *opus magnum* por muchos, en 1.925, y The Quest for Certainty en 1.929.

En Columbia, debido en parte a la mayor competitividad y en parte a que los alumnos ya eran graduados '10', el interés sobre lo educativo deja paso a aspectos más propiamente filosóficos. Allí trabó contacto con Lovejoy y Montague, y sobre todo con un conspicuo realista, Woodbridge, quien se declaraba a sí mismo "realista ingenuo". Woodbridge fundó la revista *The Journal of Philosophy*, desde la cual Dewey y sus seguidores, así como sus críticos, establecieron a partir de entonces un órgano de discusión y debate.

Otro aspecto de Columbia es que nuestro autor se convirtió en un hombre progresivamente crítico con los problemas sociales y tomó parte activa en todo tipo de campañas políticas: contra el militarismo de Theodore Roosevelt en 1.912, a favor de la intervención en la Gran Guerra en 1.917, a favor del sufragio femenino, etc. Fue presidente de la Liga para la Acción Política Independiente, que intentaba crear un tercer partido político en EE.UU. a la izquierda del Partido Demócrata; contribuyó a fundar la

University-in-Exile, que acogió a investigadores perseguidos en sus países de origen por razones políticas; y fue asiduo colaborador de The New Republic. Este activismo explica que el interés en los aspectos más formales de la ética menguara considerablemente ^{'11'}.

En 1.918-19 pronunció unas conferencias en Japón de las que surgiría Reconstruction in Philosophy en 1.920. También viajó por China durante dos años, contribuyendo a la expansión de las ideas democráticas en los ámbitos educativos y políticos de aquella nación.

Visitó la Unión Soviética en 1.928, donde entraría en contacto con pedagogos y alumnos empeñados en una tarea constructiva que apoyara los ideales de la revolución. Dewey escribió a raíz de esta visita unos artículos en los que exponía con simpatía aquellas experiencias, ganándose la animadversión de parte de la prensa y la opinión pública de su país, que lo tachó de antiamericano ^{'12'}.

En 1.927 muere su esposa y a partir de entonces Dewey siempre compartió apartamento en Nueva York con alguno de sus hijos.

En 1.929 se jubila como catedrático de Columbia, tras lo cual surgen nuevos intereses, como la religión y la estética, sobre las que seguirá escribiendo libros de referencia a un ritmo imparable: en 1.934 Art as experience y A Common Faith, sus trabajos más importantes en estética y filosofía de la religión, respectivamente; en 1.938 Logic.

The Theory of Inquiry, que debe mucho a Peirce, y en 1.939 Theory of Valuation.

Ya con 78 años de edad, fue invitado como miembro de la comisión de investigación de los cargos contra León Trotsky en el juicio de Moscú. La comisión dictó en 1.937 su informe "Not Guilty". Después de los juicios de Moscú, y a causa del progresivo anquilosamiento del sistema comunista, Dewey fue desligándose de la experiencia revolucionaria soviética

(13).

En 1.941 Dewey se puso al frente de la defensa de la libertad académica cuando le fue prohibido a su adversario filosófico Bertrand Russell enseñar en el City College, y ayudó a la edición de un volumen de ensayos en defensa de Russell. En ese año declara de nuevo la oportunidad de una intervención en la guerra europea.

En 1.946 se casó con Roberta Lowitz, 45 años más joven que él. Adoptaron un niño y una niña belgas, huérfanos de guerra, con los cuales convivieron hasta la muerte de Dewey.

Durante sus últimos años, Dewey recibió multitud de honores académicos y extraacadémicos, desde el título de profesor emérito de Columbia en 1.929 a la orden de Jade china en 1.939, pasando por su nombramiento como presidente vitalicio de la Asociación Filosófica Americana. Estos honores contrastan notablemente con la emergencia de un movimiento crítico de amplio alcance contra la nueva pedagogía, a la que atacaba con los cargos de que había

contribuido a la indisciplina, formación de malos hábitos y estancamiento en el aprendizaje de los alumnos.

Dewey, que había gozado de una salud excelente durante toda su vida, murió a los 93 años -el 1 de junio de 1.952- en Nueva York. Una neumonía lo había sorprendido en plena actividad intelectual.

NOTAS

- (1) Dewey, Jane M., ed., "Biography of John Dewey", en Schilpp, Paul, ed. The Philosophy of John Dewey, Nueva York: Tudor Publishing Co., 1.951, p. 4.
- (2) *Ibíd.*
- (3) *op. cit.*, p. 3
- (4) *op. cit.*, p. 13
- (5) White, Morton, The Origin of Dewey's Instrumentalism, pp. 7-8.
- (6) Dewey, Jane M. (ed), *op. cit.*, p. 25.
- (7) Dyckhuizen, George, "John Dewey in Chicago: Some Biographical Notes", p. 224.
- (8) Dyckhuizen, George, "John Dewey: The Chicago Years", p. 227.
- (9) James ensalzó la originalidad de Dewey, el cual concebía aún sus propios trabajos como una mera "expansión" de las ideas de James. Vid., p. ej., Kallen, H.M., "John Dewey and the Spirit of Pragmatism", pp. 33-4.
- (10) Wright Mills, Sociología y Pragmatismo, Buenos Aires: Ed. Siglo Veinte, 1.968, p. 328.
- (11) *Ibíd.*
- (12) Sin embargo, las posiciones ortodoxas del marxismo consideraron a Dewey un abanderado del capitalismo. Para esto, así como para un detallado análisis de semejanzas y diferencias entre los pensamientos de Marx y Dewey, vid. Cork, Jim, "John Dewey and Karl Marx", p. 333 y ss.
- (13) Una vívida descripción del ascendiente que sobre los liberales americanos de los años 30 tuvo la revolución soviética puede encontrarse en Farrell, James T., "Dewey in Mexico" pp. 351-5.

BIBLIOGRAFIA CITADA

FUENTES



He citado principalmente siguiendo la edición crítica de Obras Completas de Dewey que Jo Ann Boydston viene llevando a cabo desde 1.975, y cuya composición es la siguiente:

Dewey, John, Collected Works, Illinois: Southern Illinois University Press, 1.971- (en curso). Divididas en tres ciclos:

- a) The Early Works, comprendiendo los años 1.882-1.898 (5 volúmenes)
- b) The Middle Works, " " " 1.899-1.924 (15 volúmenes)
- c) The Later Works, " " " 1.925-1.953 (17 volúmenes)

Así, la fórmula «HNC, O.C. / MW 14: 113» indica que aludo a la página 113 de Human Nature and Conduct (HNC en abreviatura), una obra que se encuentra en el volumen 14 de las *Middle Works* (MW) de sus Obras Completas (O.C.).

Los textos citados, no por las Obras Completas, sino por otras ediciones anteriores, son los siguientes:

Dewey, John, Outlines of a Critical Theory of Ethics, Nueva York: Greenwood Press Publishers, 1.969 (edición original: Ann Arbor: Register Publishing Co., 1.891).

-----, German Philosophy and Politics, Nueva York: Henry Holt & Co., 1.915.

-----, Democracy and Education, Nueva York: The Free Press, 1.966 (edición original: Nueva York: Mc Millan, 1.916).

-----, Philosophy and Civilization, Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1.931.

-----, Theory of Valuation, Chicago: The University of Chicago Press, 1.972 (edición original: Chicago: The University of Chicago Press, 1.939).

-----, y Bentley, A.F, A Philosophical Correspondance. 1.932-1.951, (Ratner, Sidney, ed.), New Brunswick, New Jersey: Rutgers University Press, 1.964.

-----, "The Subject-Matter of Metaphysical Inquiry", *The Journal of Philosophy*, (1.915) XII, pp. 337-345.

-----, "The Logic of Judgments of Practice", *The Journal of Philosophy*, (1.915) XII, pp. 505-523.

-----, "Context and Thought", *University of California Publications in Philosophy*, XII (1.931), pp. 203-224.

-----, "Ethical Subject-Matter and Language", *The Journal of Philosophy*, XLII (1.945), pp. 701-712.

-----, "Further as to Valuation as Judgment", *The Journal of Philosophy*, LX (1.943), pp. 543-552.

-----, "Some Questions about Value", *The Journal of Philosophy*, XLI (1.944), PP. 449-455.

-----, "Experience, Knowledge and Value: A Rejoinder", en Schilpp, P. (ed.), The Philosophy of John Dewey, ed. cit., pp. 517-608.

-----, "The Field of «Value»", en Lepley, R. (ed.), Value. A Cooperative Inquiry, ed. cit., pp. 64-77.

Finalmente, me he valido de dos antologías para para citar sendos artículos deweyanos de difícil acceso:

-----, Intelligence in the Modern World, Nueva York: The Modern Library, 1.939. En este volumen antológico se publicó por primera vez el Adress al Colegio de Médicos de San Luis "The Unity of the Human Being", que pronunció en 1.937 y que cito por esta edición, en sus pp. 817-835.

-----, On Experience, Nature and Freedom, Nueva York: The Liberal Art Press, Inc., 1.960. He extraído de este volumen el artículo "An Empirical Survey of Empiricism", incluido originalmente en las páginas 3-22 del volumen III de los Studies in the History of Ideas, editado por el Departamento de Filosofía de la Universidad de Columbia en 1.935.

LITERATURA

- Abagnano, N., "Dewey: Esperienza e possibilità", *Rivista Critica di Storia della Filosofia*, IV (1.951), pp. 257-268.
- Aiken, H.D., "Reflections on Dewey's Questions about Value", en Lepley, R. (ed.), Value. A Cooperative Inquiry, ed. cit., pp. 15-42.
- Alexander, Th. M., John Dewey's Theory of Art, Experience & Nature. The Horizons of Feeling, Nueva York: State University of New York, 1.987.
- Anton, John P., "John Dewey and Ancient Philosophy", *Philosophy and Phenomenological Research*, XXV (1.964-65), pp. 477-499.
- Ayer, A.J., Philosophical Essays, Londres: Mc Millan: 1.969.
- Bataille, Georges, El erotismo, Barcelona: Tusquets, 1.979.
- Bausola, Adriano, L'etica di John Dewey, Milán: Società Editrice Vita e Pensiero, 1.960.
- Becker, Lawrence C., On Justifying Moral Judgments, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1.973.
- Bello, Gabriel, "El pragmatismo americano", en Camps, Victoria (ed.), Historia de la ética, vol. 3, Barcelona: Crítica, 1.989, pp. 38-86.
- Bernstein, R.J., Praxis y acción, Madrid: Alianza, 1.979 (ed. original: Praxis and Action, Pennsylvania: University of Pennsylvania Press, Inc., 1.971)
- , Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics and Praxis, Oxford: Basil Blackwell, 1.983.
- , Philosophical Profiles, Cambridge: Polity Press, 1.986.
- , "Dewey, John" en The Encyclopedia of Philosophy, Nueva York: Mc Millan, 1.972, pp. 380-385.
- Blau, Joseph L., Mens and Movements in American Philosophy, Nueva York: Englewood Cliffs, 1.952 (edición traducida: Filósofos y escuelas filosóficas, México D.F.: Reverté, 1.957.
- Bohr, Niels, "Discussion with Einstein on Epistemological Problemas in Atomic Physics", en Schilpp, P. (ed.), Albert Einstein: Philosopher-Scientist, ed. cit., vol. I, pp. 199-242.

Boydston, Jo Ann, A Guide to the Works of John Dewey, Carbondale, Illinois: Southern Illinois University Press, 1.970.

Boydston, Jo Ann, y Poulos, Kathleen, A Checklist of the Writings about John Dewey, Carbondale, Illinois: Southern Illinois University Press, 1.977 (segunda edición).

Browning, R.M., "On Professor Lewis's Distinction between Ethics and Valuation", *Ethics*, LIX (1.949), pp. 95-111.

Buermeyer, L., "Professor Dewey's Analysis of Thought", *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, XVII (1.920), pp. 673-681.

Bush, Wendell T., "Value and Causality" *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, XV (1.918), pp. 85-96.

Cahn, Steven M., New Studies in the Philosophy of John Dewey, Hanover, New Hampshire: University Press of New England, 1.977.

Catalán González, M., "Una versión del cuaderno azul", *Er*, 7-8 (1.990), pp. 9-29.

Cavell, Stanley, y Sesonke, Alexander, "Logical Empiricism and Pragmatism in Science", *The Journal of Philosophy*, XLVIII (1.951), pp. 5-17.

Cohen, M.R., "Some Difficulties in Dewey's Anthropocentric Naturalism", *The Philosophical Review*, vol. 2 (1.940), pp. 196-228.

Cork, Jim, "John Dewey and Karl Marx", en Hook, S. (ed.), John Dewey: Philosopher of Science and Freedom, (ed. cit.), pp. 331-350.

Deledalle, G., L'idée d'expérience dans la philosophie de John Dewey, París: Presses Universitaires de la France, 1.967.

-----, "Durkheim et Dewey. Un double centenaire", *Les études philosophiques*, IV (1.959), pp. 493-498.

Dewey, Jane M., ed., "Biography of John Dewey", en Schilpp, Paul (ed.) The Philosophy of John Dewey, ed. cit., pp. 3-45.

Dykhuisen, George, The Life and Mind of John Dewey, Chicago, Illinois: Southern Illinois University Press, 1.973.

-----, "John Dewey: The Chicago Years", *Journal of the History of Philosophy*, vol. 2 (1.964), pp. 227-253.

-----, Dykhuizen, George, "John Dewey in Chicago: Some Biographical Notes", *Journal of the History of Philosophy*, vol. 3 (1.965), pp. 217-233.

Eames, S. Morris, "The Cognitive and the Non-Cognitive in Dewey's Theory of Valuation", *The Journal of Philosophy*, LVIII (1.961), pp. 179-195.

-----, "Dewey's Theory of Valuation", en Boydston, Jo Ann, A Guide to the Works of John Dewey ed. cit., pp. 183-198.

-----, "Introduction", O.C. / EW 3: ix-xxvi.

Einstein, A., "Autobiographical Notes", en Schilpp, P. (ed.), Albert Einstein: Philosopher-Scientist, ed. cit., vol. 1, pp. 1-95.

Ezorsky, Gertrud, "Inquiry as appraisal: The Singularity of John Dewey's Theory of Valuation", *The Journal of Philosophy*, LV (1.958), pp. 118-124.

Farrell, James T., "Dewey in Mexico", en Hook, S. (ed.), John Dewey: Philosopher of Science and Freedom, ed. cit., pp. 351-377.

Feuer, Lewis S., "Introduction", O.C. / LW 15: xi-xxxiv.

Fingarette, H., "How Normativeness Can Be Cognitive But not Descriptive in Dewey's Theory of Valuation", *The Journal of Philosophy*, XLVIII (1.951) pp. 625-635.

Fisch, Max H., Classical American Philosophers, Nueva York: Appleton Century-Crofts, Inc., 1.951.

Fox, Marvin, "On the Diversity of Methods in Dewey's Ethical Theory", *Philosophy and Phenomenological Research*, XII (1.951-1.952), pp. 123-129.

Frankena, W. Etica, México D.F.: Uteha, 1.965 (edición original: Ethics, Nueva Jersey: Englewood Cliffs, 1.963).

Gastil, Raymond D., "What kind of Democracy?", *Dialogue*, XIC (1.991), pp. 10-13.

Geiger, G.R., John Dewey in Perspective, Nueva York: Oxford University Press, 1.958.

-----, "Can we Choose between Values?", *The Journal of Philosophy*, XLI (1.944), pp. 292-298.

Gewirth, Alan, Reason and Morality, Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1.978.

-----, "Ethics", en Encyclopaedia Britannica, vol. 6 de Macropaedia, Chicago: Encyclopaedia Britannica, Inc., 1.982, pp. 985-986.

Gouinlock, James, John Dewey's Philosophy of Value, Nueva York: Humanities Press, 1.972.

----- (editor e introductor), The Moral Writings of John Dewey, Nueva York: Hafner Press, 1.976.

-----, "Dewey's Theory of Moral Deliberation", Ethics, LXXXVIII (1.978), pp. 218-228.

Guisán, Esperanza, La falacia naturalista y el empirismo ético (tesis doctoral), Valencia: Universidad de Valencia, 1.975.

Hampshire, Stuart, "Fallacies in Moral Philosophy", Mind, LVIII (1.949), pp 466-482.

Hendel, Charles W. (editor), John Dewey and the experimental spirit in Philosophy, Nueva York: The Liberal Arts Press, Inc., 1.959.

Holmes, R.L., "The Development of John Dewey's Ethical Thought", The Monist, XLVIII (1.964), pp. 392-406.

Hook, Sidney (ed.), John Dewey, Philosopher of Science and Freedom, Nueva York: Dial Press, 1.950.

-----, "The Desirable and Emotive in Dewey's Ethics", en Hook, S., (ed.), John Dewey, Philosopher of Science and Freedom, ed. cit., pp. 194-216.

----- (ed.), Dimensions of Mind, Nueva York y Londres: Mc. Millan, 1.973.

-----, "A Pragmatic Note", en Hook, Sidney (ed.), Dimensions of Mind, ed. cit., pp. 184-188.

Hudson, W.H., A Traveller in Little Things, Nueva York: E.P. Dutton and Co., 1.909.

Hume, D., Treatise of Human Nature, Oxford: Clarendon Press, 1.975 (reimpresión de la edición original de Selby-Bigge).

James, William, The Principles of Psychology, Nueva York: Dover Publications, Inc., 1.950 (primera edición: 1.890).

-----, The Varieties of Religious Experience, Londres y Glasgow: Collins, 1.960 (primera edición: 1.902).

- Jessup, B.E., "On Value", en Lepley, R., (ed.) Value. A Cooperative Inquiry, ed. cit., pp. 125-146.
- Jonas, Hans, The Imperative of Responsibility. In Search of an Ethics for the Technological Age, Chicago: The University of Chicago Press, 1.984.
- Kahn, Sholom J., "Experience and Existence in Dewey's Naturalistic Metaphysics", *Philosophy and Phenomenological Research*, IX (1.948), pp. 316-321.
- Kallen, H.M., "John Dewey and the Spirit of Pragmatism", en Hook, S., (ed.), John Dewey: Philosopher of Science and Freedom, ed. cit., pp. 3-46.
- Katun, Gerald A., "The Ideality of Values", *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, XVII (1.920), pp. 381-386.
- Kaufmann, F., "John Dewey's Theory of Inquiry", en Hook, S., (ed.), John Dewey: Philosopher of Science and Freedom, pp. 217-230.
- Kennedy, Gail, "The Hidden Link in Dewey's Theory of Valuation", *The Journal of Philosophy*, LII (1.955), pp. 85-94.
- Kurtz, Paul (compilador e introductor), Filosofía norteamericana en el siglo XX, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1.972. (ed. original: Mc Millan, 1.966)
- Ladd, John, "«Desiderability» and «Normativeness» in White's Article on Dewey", *Philosophical Review*, LX (1.951), pp. 91-99.
- Lee, Harold N., "Dewey and the Behavioral Theory of Meaning", en Whittemore, R.C. (ed.), Dewey and his Influence, ed. cit., pp. 51-62.
- Lepley, Ray (ed.), Value: A Cooperative Inquiry, Nueva York: Columbia University Press, 1.949.
- Mac Carthy, Thomas, "Ironía privada y decencia pública: el nuevo pragmatismo de Richard Rorty", texto de la conferencia pronunciada el 9-XII-88 en la Universidad de Valencia.
- Mac Intyre, Alasdair, Historia de la Etica, Barcelona: Paidós, 1.982. (ed. original: A Short History of Ethics, Nueva York: Mc Millan, 1.966)
- Mackay, D.S., "What Does Mr. Dewey Mean by an «Indeterminate Situation?»", *The Journal of Philosophy*, XXXIX (1.942), pp. 141-148.

Manasse, Ernest M., "Moral Principles and Alternatives in Max Weber and John Dewey", *The Journal of Philosophy*, XLI (1.944), pp. 29-48 y 57-68.

Mataix, Anselmo, La norma moral en John Dewey, Madrid: Revista de Occidente, 1.964.

Mead, G.H., Mind, Self & Society, Chicago: The University of Chicago Press, 1.962 (edición original: Chicago: The University of Chicago Press, 1.934. Hay traducción: Espíritu, persona y sociedad, Barcelona: Paidós, 1.982)

Mead, G.H., The Philosophy of the Act, Chicago: The University of Chicago Press, 1.972 (edición original: Chicago: The University of Chicago Press, 1.938).

Messer, August, La filosofía actual, Madrid: Revista de Occidente, 1.930.

Mesthene, Emmanuel G., "The role of Language in the Philosophy of John Dewey", *Philosophy and Phenomenological Research*, XIX (1.958-59), pp. 511-517.

Milton Halsey, Th., John Dewey: A Centennial Bibliography, Chicago: The University of Chicago Press, 1.962.

Mitchell, E.T., "Dewey's Theory of Valuation", *Ethics*, LV (1.945), pp. 287-297.

Montoya Sáenz, José, "La ética del pragmatismo", *Iglesia viva*, CII (1.982), pp. 559-566.

Morris, C., The Pragmatic Movement in American Philosophy, Nueva York: Braziller, 1.970.

Murphey, Murray G., "Introduction", en O.C. / MW 14: ix-xxiii.

Nagel, Ernest, Razón soberana, Madrid: Tecnos, 1.966 (edición original: Sovereign Reason, Glencoe, Illinois: The Free Press, 1.952).

Nathanson, Jerome, John Dewey. La reconstrucción de la vida democrática, México, D.F.: Guaranía, s. d. (edición original: John Dewey: Reconstruction of Democratic Life, Nueva York: Scribner, 1.951).

Nielsen, Kai, "Dewey's Conception of Philosophy", *Massachussets Review*, I (1.960), pp. 110-134.

Nowell-Smith, P.H., Ethics, Harmondsworth, Middlesex, England: Penguin, 1.965.

Parodi, D., "Knowledge and Action in Dewey's Philosophy", en Schilpp, P. (ed.), The Philosophy of John Dewey, Nueva York: 1.951, pp. 229-242.

Parker, D.H., "Discussion of John Dewey's «Some Questions about Value»", en Lepley, R. (ed.) Value. A Cooperative Inquiry, ed. cit., pp. 223-244.

Peirce, Charles S., Collected Papers, vols. 5-6, Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University, 1.978.

-----, Collected Papers, vols. 7-8, Cambridge, Massachusetts: The Belknap Press of Harvard University, 1.979.

Pérez de Tudela Velasco, Jorge, El pragmatismo americano, Madrid: Cíncel, 1.988.

Perry, Ralph B., "Dewey and Urban on Value Judgments", *The Journal of Philosophy*, XIV (1.917), pp. 169-181.

Prall, David. W., "A Study in the Theory of Value", *University of California Publications in Philosophy*, vol. 3, nº 2, pp. 179-290. Berkeley: University of California Press, 1.921.

-----, "Value and Thought Process", *The Journal of Philosophy*, XXI (1.924), pp. 117-125.

Primo Yúfera, E., La investigación. Un problema de España, Valencia: Caja de Ahorros de Valencia, 1.981.

Putnam, H., Meaning and the Social Sciences, Londres: Routledge and Kegan Paul, 1.978.

Rachels, J., "John Dewey and the Truth about Ethics", en New Studies in the Philosophy of John Dewey, Cahn, S.M. (ed.), Hanover, New Hampshire: University Press of New England, 1.977, pp. 149-171.

Ratner, Joseph (ed.), Intelligence in the Modern World. John Dewey's Philosophy, Nueva York: The Modern Library, 1.939.

-----, "Introduction to John Dewey's Philosophy", en Ratner, J., (ed.), Intelligence in the Modern World. John Dewey's Philosophy, ed. cit., pp. 3-241.

Rescher, Nicholas, Methodological Pragmatism, Oxford: Basil Blackwell, 1.977.

Rice, Philip B., "«Objectivity» in Value Judgments", *The Journal of Philosophy*, XL (1.943), pp. 5-14.

-----, "Quality and Value", *The Journal of Philosophy*, XL (1.943), pp. 337-48.

-----, "Types of Value Judgments" *The Journal of Philosophy*, XL (1.943), pp. 533-43.

Robinson, D.S., "An Alleged New Discovery in Logic", O.C. / MW 10: 415-430.

Romanell, Patrick, Toward a Critical Naturalism. Reflections on Contemporary American Philosophy. Nueva York: 1.958.

Rorty, Richard, La filosofía y el espejo de la Naturaleza, Madrid: Cátedra, 1.983 (ed. original: Philosophy and the Mirror of Nature, Princeton, Nueva Jersey: New Jersey University Press, 1.979).

-----, Consequences of Pragmatism, Sussex, Great Britain: Harvester Press, 1.982.

Roth, R.J., "John Dewey's 'Moral Law Ethics'", *International Philosophical Quarterly*, XX (1.980), pp. 129-142.

Russell, Bertrand, A History of Western Philosophy, Londres: Unwin Hyman Ltd., 1.988.

-----, An inquiry into Meaning and Truth, Londres: George Allen & Unwin, 1.985.

Santayana, G., "Dewey's Naturalistic Metaphysics", *The Journal of Philosophy*, XXII (1.925), pp. 673-688.

Scheffler, I., Four Pragmatists: A critical Introduction to Peirce, James, Mead and Dewey, Atlantic Highlands, New Jersey: Humanities Press, 1.974.

-----, "Is the Dewey-like notion of Desiderability Absurd?", *The Journal of Philosophy*, LI (1.954), pp. 577-582.

Sheldon, W.H., "Critique of Naturalism", O.C. / LW 15: 453-472.

Schilpp, Paul (ed.), The Philosophy of John Dewey, Nueva York: Tudor Publishing Co., 1.951.

----- (ed.), Albert Einstein: Philosopher-Scientist (2 vol.), La Salle, Illinois: The Open Court, 1.969.

Schneider, H.W., A History of American Philosophy, Nueva York: Columbia University Press, 1.946 (hay traducción: Historia de la filosofía norteamericana, México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1.950).

-----, "Dewey's Ethics", en Boydston, Jo Ann, A Guide to the Works of John Dewey, ed. cit., pp. 99-111.

-----, "A Note on Dewey's Theory of Valuation", The Journal of Philosophy, XXXVI (1.939), pp. 490-495.

Sleeper, R.W., The Necessity of Pragmatism. John Dewey's Conception of Philosophy, New Haven: Yale University Press, 1.986.

-----, "Dewey's Metaphysical Perspective: A Note on White, Geiger, and the Problem of Obligation", The Journal of Philosophy, LVII (1.960), pp. 100-115.

Smith, A.K., "Dewey's transition piece: the *Reflex Arc* paper", en Whittemore, R.C. (ed.), Dewey and his Influence, pp. 122-141.

Smith, J.E., "John Dewey: Philosopher of Experience", en Hendel, Ch. W., John Dewey and the experimental spirit in Philosophy, pp. 94-116.

Smith, Thomas Verner, "Dewey's Theory of Value", The Monist, XXXII (1.922), pp. 339-354.

Stevenson, C.L., Ethics and Language, New Haven: Yale University Press, 1.944.

-----, Facts and Values, New Haven: Yale University Press, 1.963.

-----, "Reflections on John Dewey's Ethics", Proceedings of the Aristotelian Society, new series, LXII (1.961-62), pp. 77-98.

-----, "Introduction", O.C. / MW 5: ix-xxxiv.

Stuart, Henry W., "Valuation as a Logical Process", en Studies in Logical Theory by John Dewey et al., Chicago: University of Chicago Press, 1.903.

Thayer, H.S., Meaning and Action. A Critical History of Pragmatism, Indianápolis: Bobbs-Merrill, Co, 1.968.

Thayer, H.S. y V.T., "Introduction", O.C. / MW 6: ix-xxviii.

Toulmin, Stephen E., "Introduction", O.C. / LW 4: vii-xxii.

Van Wesep, H.B., Siete sabios y una filosofía. Itinerario del pragmatismo, Buenos Aires: Hobbs-Sudamericana, 1.965 (edición original: Seven Sages: The Story of American Philosophy, Nueva York: Longmans, Green and Co., 1.960.

Visalbergi, A., "Remarks on Dewey's Conception of Ends and Means", *The Journal of Philosophy*, L (1.953), 737-53.

Warnock, Mary, Ética contemporánea, Barcelona: Labor, 1.968 (edición original: Ethics since 1,900, Londres: Oxford University Press, 1.967..

Wellman, Carl, Morales y éticas, Madrid: Tecnos, 1.982.

Welsh, Paul, "Some Metaphysical Assumptions in Dewey's Philosophy", *The Journal of Philosophy*, LI (1.954), pp. 861-867.

Wendell, Th., "Dewey's Doctrine of the Situation", *The Journal of Philosophy*, XXXVI (1.939), pp. 581-584.

White, Morton, The Origin of Dewey's Instrumentalism, Nueva York: Columbia University Press, 1.943.

-----, Social Thought in America, Nueva York: The Viking Press, 1.949.

-----, Science and Sentiment in America. Philosophical Thought from J. Edwards to J. Dewey, Nueva York: Oxford University, 1.972.

-----, Pragmatism and the American Mind, Nueva York: Oxford University Press, 1.973.

-----, "Value and Obligation in Dewey and Lewis", *Philosophical Review*, LVIII (1.949), pp. 321-329.

Whitman, Walter, The Complete Poems, Harmondsworth, Middlesex: Penguin, 1.986.

Whittemore, R.C. (ed.), Dewey and his Influence, La Haya: Martinus Nijhoff, 1.973.

Woodbridge, F., "Experience and Dialectic", O.C. / LW 5: 487-495.

Wright Mills, C., Sociología y pragmatismo, Buenos Aires: Siglo Veinte, 1.968 (edición original: Sociology and Pragmatism, Nueva York: Paine-Whitman Publishers).

